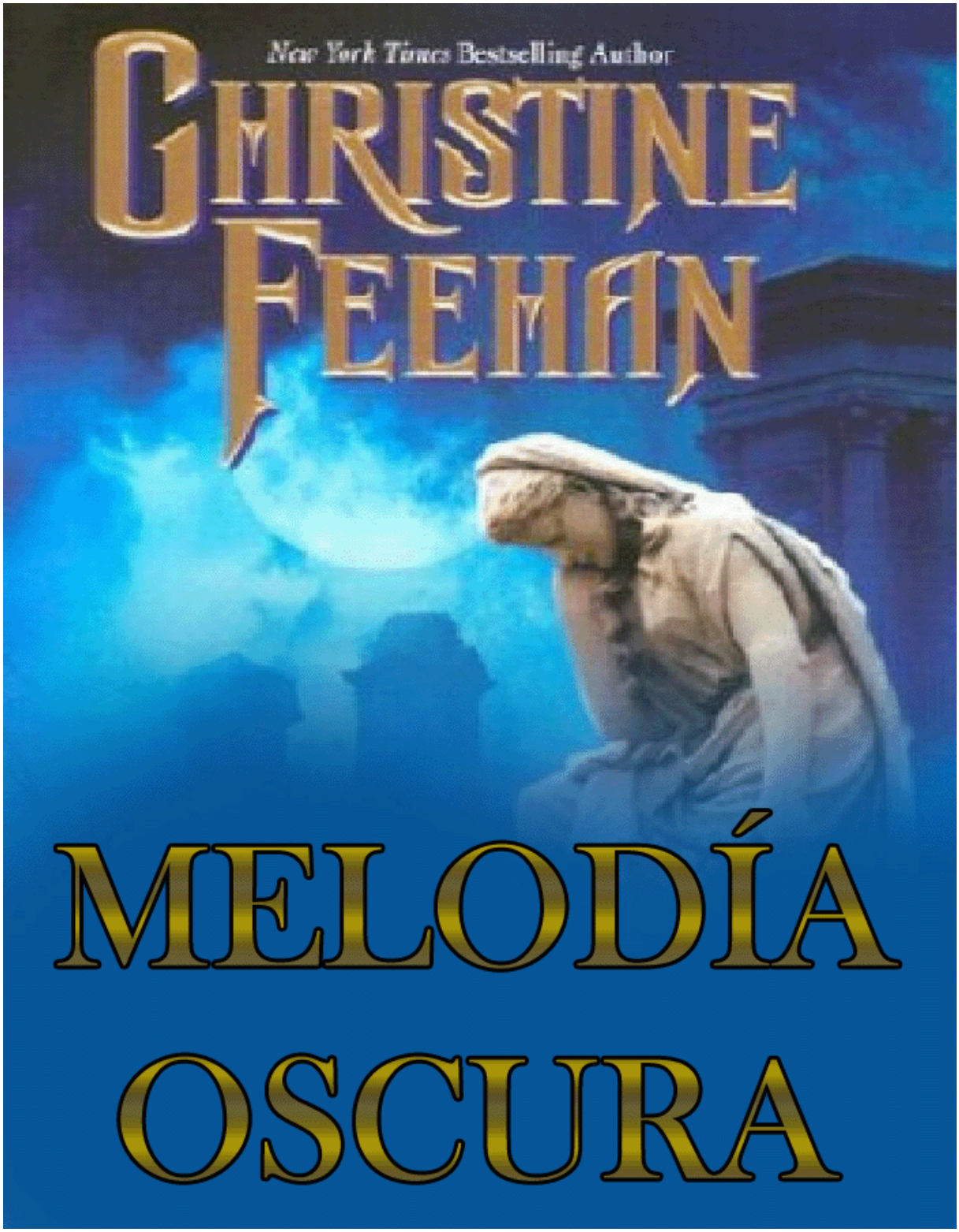
MELODIA OSCURA
CHRISTINE FEEHAN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para mi hija Denise Feehan y para Cody Tucker, dos personas que comparten un gran amor por la música entre otras muchas cosas.

CAPITULO 1

La necesidad se arrastraba atravesando su cuerpo y latía con ritmo en su mente. La música rugía y bramaba, llenando el enorme bar, una melodía extraña y compeledora tan oscura y atrayente como él. Las notas eran arrancadas de las profundidades de su alma, surgiendo a través de sus dedos hasta la guitarra acunada entre sus brazos como se acuna a una mujer. La música era una de las pocas cosas que le recordaban que estaba vivo y que no era uno de los no–muertos.

Podía sentir las miradas, aunque nunca alzaba la vista. Podía oír la respiración de la multitud, el aire moviéndose a través de pulmones con la fuerza de un tren de mercancías. Oía el flujo y reflujo de la sangre en las venas, llamando, una suave seductora, tentado sus sentidos hasta que su anhelo era una obsesión tan oscura e implacable como la sombra que atravesaba su alma.

Murmuraban. Cientos de conversaciones. Secretos. Palabras entre líneas. Las cosas que se susurran en los bares bajo el amparo de la música. Él oía cada palabra claramente mientras permanecía sentado sobre el escenario con la joven y la entusiasta banda con la que estaba tocando. Oyó los susurros de mujeres que discutían sobre él. Dayan. Guitarrista principal de Los Trovadores Oscuros. Todas querían acostarse con él por razones equivocadas, y él las quería a ellas por razones que las habrían aterrorizado.

La canción terminó, la multitud rugió, saltando, aplaudiendo y gritando con aprobación. Dayan miró al hombre que esperaba en la barra. Cullen Tucker levantó un vaso de agua hacia él, con una ceja arqueada. *¿Qué estamos haciendo aquí?* Dayan leyó la expresión claramente, leyó la mente del hombre. ¿Qué estaban haciendo allí? ¿Qué le había llevado a entrar en este bar, coger su guitarra y tocar para la multitud? Su actuación solo atraería atención indeseada hacia ellos. No era seguro. Estaban siendo perseguidos, aunque Dayan no había tenido elección. Necesitaba estar en este bar. Estaba esperando algo... a alguien.

Los dedos de Dayan encontraban ya otro ritmo. Oscuro. Caprichoso. La melodía le atrapó, exigiendo ser liberada. Su voz tranquilizó a la multitud, llamando, seduciendo, tentando. La llamó a ella. La exigió. Su amor. Su compañera. Su otra mitad. La llamaba para que le completara. Para que le diera las emociones que se habían desvanecido de su alma, dejándole una concha vacía que crecía más y más oscura. Una criatura que vivía entre las sombras, vulnerable a la bestia que acechaba. *Sálvame. Ven a mí*. Las palabras dejaron sin aliento a la multitud expectante, llenando de lágrimas los ojos de las mujeres.

Se empujaron más cerca del escenario, sin ser conscientes de que lo hacían. Sin ser conscientes del poder de su voz, de sus ojos. Hipnotizadas. Seducidas. Atraídas. Él lanzó su hechizo, un peligroso depredador entre presas fáciles*. Sálvame. Por favor sálvame*. Su música se derramó sobre ellas, se introdujo por los poros de la piel, penetrando hasta el cerebro, haciéndoles levantar la mirada hacia él completamente hechizadas. El hambre se alzó, en respuesta a sus sentidos agudizados. Mantuvo los ojos cerrados, bloqueando la visión de la multitud, perdiéndose en su canción para ella. La única mujer que podía salvarle. ¿Dónde estaba?

La puerta se abrió, dejando que la brisa nocturna irrumpiera en la habitación, dispersando el olor de tantos cuerpos apretujados en un espacio tan pequeño. Fue el sonido del latido de un corazón lo que le hizo alzar la cabeza. Era un corazón débil e irregular, que latía demasiado rápido, esforzándose demasiado. Dayan levantó la mirada y literalmente perdió la capacidad de respirar. Ella estaba allí. Así de sencillo. Le ardieron los pulmones mientras buscaba aire. Su corazón comenzó a igualar el extraño ritmo del de ella.

Dayan obligó al aliento a entrar en su cuerpo. Primero una vez, después otra. Los miembros de la banda le miraban desconcertados. Sus dedos comenzaron una melodía que nunca antes había tocado, una que siempre había estado allí, encerrada en su corazón. Fue ligeramente consciente de que la banda la cogía, siguiendo su liderazgo, pero no prestó atención a los demás. No podía apartar la mirada de ella, viendo como se detenía mientras su compañera de pelo claro hablaba con varios conocidos.

¿Qué iba mal en su corazón? Sus ojos negros la recorrieron posesivamente, marcándola, reclamándola. Era pequeña, curvilínea, con abundante pelo oscuro y ojos enormes. Observó la forma en que se movía, estudiando el balanceo de sus caderas. Para Dayan, era increíblemente hermosa. Y era humana. Sabía que era posible que alguien de su raza, un Cárpato, tuviera una compañera humana, pero nunca había imaginado que su otra mitad lo sería.

Ella se detuvo durante un momento para mirarle con sorpresa, su mirada colisionó con la de él durante el más breve instante. Su boca perfecta formó una redonda O al reconocerle. Balanceó la cabeza hacia la rubia alta que la acompañaba. La otra mujer rió y la abrazó, abriendo la multitud para ambas hasta un reservado en una esquina oscura del club. Oyó el suave murmullo de su voz, y una vez más su mundo cambió. Donde antes el club había sido visible para él solo en sombras de gris, ahora era brillantemente vivo con vívidos y deslumbrantes colores.

Las emociones se hacinaban en su interior con rapidez y fuerza, tantas que no podía diferenciarlas. Sólo pudo sentarse allí inmóvil con los dedos relampagueando sobre su amada guitarra. La sentía. Su guitarra. Le asombró de tal forma, fue consciente de las lágrimas que ardían tras sus ojos. Dayan estaba casi paralizado por los diferentes estímulos que le bombardeaban. Música. Hambre. Colores. Lujuria. Era un volcán, calor fundido, añadido a la extraña sensación. Y había celos. Oscuros. Peligrosos. Comprendió que no le gustaba ver a los hombres que se reunían alrededor de las dos mujeres, inclinándose para hablar con ella.

De inmediato la idea provocó el afloramiento de la bestia de su interior y tuvo que aplacarla. Era muy peligroso en este estado. La música manaba de él, a través de él; salvajes emociones que casi le ahogaban; estaba enceguecido por una multitud de colores. Tomó un profundo y tranquilizador aliento, luchando por controlar y vencer.

¿Qué iba mal en el corazón de ella?

Mantuvo la cabeza inclinada sobre su guitarra, pero sus inexpresivos ojos negros seguían fijos en su presa, la única mujer que le importaba. Tocó para ella, vertiendo su corazón para ella, permitiendo que la belleza de su música le hablara. Quería que ella viera al poeta en él, no al depredador. No la oscuridad. Todo el rato mientras tocaba, escuchaba la conversación que mantenía ella, escuchando el sonido de su voz.

– No puedo creer que sea realmente él, Lisa. Es Dayan, de los Trovadores Oscuros. Es prácticamente un dios entre los músicos. Nunca había oído a nadie tocar como él. ¿Qué demonios está haciendo con esta banda? – Esa era su voz, suave y femenina. Hablaba con tono reverente.

Tamborileaba un ritmo con los dedos sobre la mesa, siguiendo el sonido de su guitarra.

Lisa se inclinó para que ambas pudieran oírse sobre el ruido del bar.

– He oído que está de vacaciones cerca. Supongo que solo se ha dejado caer por aquí esta noche, Corinne. Sé cuanto te encanta la música, y quise darte una sorpresa.

Ese era su nombre. Corinne. Incluso su nombre sonaba a música en la mente de Dayan. Escuchaba a escondidas desvergonzadamente para aprender cuanto pudiera. Ella estaba escuchando su música, su cuerpo respondía a ella con naturalidad, pero no le estaba mirando en un rapto de adoración como las otras mujeres del bar. Como a él le habría gustado.

– ¿Pero como lo supiste? Él no es simplemente cualquiera, Lisa. Es un genio cuando toca. ¿Cómo supiste que estaría aquí esta noche?

– Bruce... recuerdas a Bruce, Corinne... trabaja para mi fotógrafo. Bruce sabe que eres una gran fan de su música. Se dejó caer para tomar una copa y llamó para decirme que un miembro de los Trovadores Oscuros estaba tocando aquí esta noche. Bruce dijo que el tipo de la barra es supuestamente amigo del guitarrista y que viaja con los Trovadores Oscuros. – Lisa señaló a Cullen. – Todo el mundo espera que eso signifique que los Trovadores están buscando nuevos sitios en los que tocar.

– Bueno, prefieren los clubs pequeños e íntimos, ¿pero quién habría pensado que tocarían alguna vez aquí? – Dijo Corinne. Su mirada se desvió hasta Dayan, los ojos de ambos se encontraron, y apresuradamente apartó la mirada.

El impacto le sacudió. Sus dedos casi perdieron el ritmo; su estómago sintió un curioso vuelco y su mismo aliento quedó atrapado en los pulmones.
–¿Realmente es así de famoso? – Preguntó Lisa, sonriendo hacia Corinne.
– Es absolutamente famoso, inculta. – La risa de Corinne fue cariñosa, burlona. – Su banda no tiene contrato con ninguna compañía. Algunos intentan grabar su música cuando van a los conciertos. Las cintas valen una gran fortuna.
– Tú tienes un viejo disco y varias cintas, ¿verdad? – Preguntó Lisa.
El color se extendió por la cara de Corinne.
– ¡Ssh! Por amor de Dios, Lisa, esas cintas son del mercado negro. ¿Y si alguien te oye? – Había culpa en su voz. – La banda viaja y toca casi siempre en lugares pequeños, como anticuados trovadores. Probablemente fue así como acabaron con el nombre.
Lisa inclinó la barbilla hacia la banda.
- Está mirando hacia aquí. Te lo juro, Rina, realmente creo que se ha fijado en nosotras.
– Está buenísimo. No tenía ni idea. – Corinne nunca había sido de las que caían a los pies de los hombres en el acto, ya fueran actores, músicos o atletas. No era su estilo; era demasiado práctica. Pero Dayan parecía la escultura de un dios griego. Era alto y nervudo, daba la impresión de gran fuerza y poder sin músculos abultados. Su pelo era muy largo, pero bien cuidado, brillante como el ala de un cuervo, atado hacia atrás en la nuca y asegurado con una tira de cuero. Pero fue su cara lo que captó y retuvo la atención de Corinne. Podía haber estado cincelada en mármol. La suya era la cara de un hombre capaz de gran sensualidad, o gran crueldad. No podía quitarse la impresión de peligro de la cabeza cuando le miraba.
Su boca era hermosa, como lo era la forma de su mandíbula con esa débil sombra azulada de barba... siempre le había gustado eso en un hombre... pero eran sus ojos los que la embrujaban. Cometió el error de mirarle directamente. Sus ojos eran hermosos, con forma de ojos de gato, oscuros y misteriosos, vacíos, aunque llenos de miles de secretos. Se sintió casi empujada al interior de su mirada, atrapada para siempre.
No podía apartar la vista de él. *Hipnotizada.*
La palabra llegó a ella salida de ninguna parte. Estaba definitivamente hipnotizada por él. La cabeza permanecía inclinada sobre la guitarra, pero la mirada seguía fija en su cara. Lisa, con sus miradas lánguidas, atraía fácilmente la atención y se sentía cómoda con ella. Corinne apenas podía respirar cuando la mirada de él se centraba en ella. Sus dedos se cerraron en apretados puños, las largas uñas se le enterraron profundamente en las palmas de las manos. Su corazón sufrió un alocado sobresalto, y la respiración pareció faltar en sus pulmones.
– Nunca había oído a nadie tocar tan hermosamente. – Tenía la boca tan seca que apenas pudo pronunciar las palabras.
– Puede sentarse en mi dormitorio y tocar hasta que me duerma cada noche. – Dijo Lisa.
El color se arrastró por el cuello de Corinne hasta llegar a su cara ante el pensamiento de este hombre en su dormitorio. Que tocara la guitarra no era lo que tenía en mente. La imagen que le vino a la cabeza era chocante. Nunca había pensado así de nadie. Ni siquiera en John. No sólo parecía desleal, sino que era totalmente impropio de ella. De repente tuvo mucho miedo. Quiso correr como una niña y encontrar un lugar donde esconderse de esos ojos hipnotizadores y el extraño efecto que parecía tener sobre ella. Él la asustaba, verdaderamente la asustaba. Quizás era su música, tan intensa, tan hambrienta, como sus ojos.
–¡Corinne! – Lisa pronunció su nombre agudamente, rompiendo el hechizo. – ¿Estás bien? ¿Necesitas tu medicación? La has traído, ¿verdad? – Ya había agarrado el bolso de Corinne y estaba revolviendo en su interior precipitadamente. Había un borde de miedo en su voz.
– Estoy bien, Lisa. – Dijo Corinne. – Creo que mi héroe me robó el aliento durante un minuto. Es potente. Desearía que tocara de nuevo. – Se obligó a reír.
– Oh, si. – Dijo Lisa soñadoramente. – tiene una voz sexy.
– Tranquilo, corazón mío. – Bromeó Corinne, aferrándose el corazón dramáticamente. Eso hizo reír a Lisa, limpiando el miedo repentino de sus ojos, como Corinne sabía que haría.
Con su audición superior, Dayan pudo oír cada palabra. Diferenció las conversaciones fácilmente, descartándolas en su mente, pero no la de ella. Corinne. La otra mujer la había

llamado Corinne. Aunque se alegraba de saber que se las había arreglado para robarle el aliento, estaba ocupado evaluando la situación. Medicación. ¿Qué medicación? ¿Qué va mal con su corazón? Era importante encontrar la respuesta tan pronto como fuera posible.
Dayan dirigió su atención hacia Cullen. *Ve a al fondo y entabla conversación con las dos mujeres.* Empujó con fuerza, haciendo de sus palabras una orden. No le gustaba utilizar a Cullen... no iba con él utilizar a alguien a quien apreciaba... y ahora que podía una vez más experimentar emociones, podía sentir la amistad que tenía con el humano. Pero necesitaba un emisario, alguien que actuara con rapidez antes de que Corinne se escabullera. Podía leer su miedo fácilmente, y no podía permitir que huyera.
Cullen volvió la cabeza y divisó a la guapa rubia. Para su sorpresa reconoció su cara. Lisa Wentworth. Era una modelo que había visto con frecuencia en las portadas de las revistas. Normalmente, nunca habría tenido la sangre fría de hablar con ella, pero por alguna razón, se encontró cubriendo la distancia entre ellos. Se había enamorado una sola vez en su vida y había perdido a su prometida. Desde entonces nunca había vuelto a mirar realmente a otra mujer. No pudo evitar fijarse en Lisa Wentworth. No era solo el hecho de que fuera hermosa, era algo que brillaba profundamente en su interior.
– Sería un honor invitaros a las dos a lo que sea que estéis bebiendo. – Dijo como saludo. – Mi nombre es Cullen Tucker. – Deseó haber hecho una entrada que le diferenciara de todos los hombres que clavaban sus ojos en ella, pero no había intentado atraer a una mujer desde hacía años.
– Lisa Wentworth. – Lisa extendió su mano y le lanzó una breve sonrisa mientras Corinne parecía retroceder entre las sombras, su cara ligeramente escondida, el pelo cayendo como un sedoso escudo. – Esta es Corinne. Corinne Wentworth.
Cullen arqueó una ceja interrogante. No se parecían en nada, aunque pensó que ambas eran hermosas.
– ¿Qué os gustaría tomar?
– Las dos bebemos solo agua. – Ofreció Lisa, una sonrisa coqueta curvaba su suave boca. – Te permitiré que nos la traigas si prometes sentarte con nosotras.
– Volveré en seguida. – Comentó Cullen, bastante complacido de que Lisa no estuviera mirando hacia Dayan con esa mirada que reconocía en tantas mujeres. Había aprendido, viajando con la banda, que a pocas groupies les importaba como eran los miembros de la banda, solo que eran famosos y tocaban en una banda.
– ¿Qué estás haciendo, Lisa? – Siseó Corinne. – ¿Estás loca? Nunca ligas con hombres. ¿En qué estás pensando? No me digas que le estás utilizando para conocer al guitarrista.
–Por supuesto que no. No sé... es solo que hay algo en él. Es mono. No me mira como si yo fuera algo que llevar colgado del brazo para pavonearse. Acaba cansando. ¿Te importa mucho si simplemente habla con nosotras? Tú puedes mirar algo más a Dayan mientras toca. – Había una nota esperanzada en la voz de Lisa.
Corinne tomó un profundo aliento y lo dejó escapar lentamente. No era justa con Lisa. Lisa necesitaba divertirse. Había estado cuidando de Corinne desde hacía meses. Cuidadosamente apartó su mano temblorosa de la vista colocándola en el regazo y se obligó a encogerse de hombros descuidadamente.
– Supongo que eso puedo hacerlo. Pero no voy a seguir mirándole. Solo escucharle tocar es abrumador. Es casi demasiado bueno.
Los ojos de Lisa estaban posados en el hombre de la barra, examinándole con interés. Sus hombros estaban cuadrados y permanecía muy erguido. Le gustaba la forma en que la miraba directamente a los ojos. No, había algo más, algo que había tocado su corazón. No podía definirlo o explicárselo a Corinne, pero parecía un hombre que llevaba el peso del mundo sobre sus hombros y no tenía a nadie que aliviar esa carga. La pura verdad era, que le gustaba mirarle.
– Yo me quedo con Cullen. – Dijo Lisa medio en serio. – y tú puedes ir a por el guitarrista.
Corinne lanzó una sonrisa descarada.

– Él es demasiado bueno para ser cierto. Los hombres como ese rompen corazones por donde quiera que van. Tienen esa cualidad peligrosa porque realmente son chicos malos. Las mujeres piensan que pueden cambiarlos, pero la verdad es, que son malos y no hay nada que hacer con eso. Si eres una mujer inteligente, lo cual soy yo, sólo los miras y fantaseas, no te acercas a ellos y acabas quemándote los dedos. Me contento solo con oírle tocar.

Cullen se abrió paso a través de bar abarrotado de regreso al reservado donde las dos mujeres seguían sentadas. No tenía ni idea de qué estaban diciendo. La rubia hacía que su corazón se estremeciera de terror. No era posible que ahora estuviera empezando a interesarse por una mujer, no con una panda de asesinos siguiendo sus pasos. Muy cuidadosamente colocó una botella de agua delante de cada una de ellas.

Lisa le sonrió y se movió, permitiendo que Cullen se sentara a su lado. La habitación estaba abarrotada y el ruido era fortísimo. Quería oír cada palabra que dijera este hombre. Corinne se movió ligeramente para dar a Lisa un poco más de privacidad para obrar su magia. Lisa se merecía encontrar a un buen hombre. Alguien. Necesitaría a alguien pronto.

La música continuaba, pero Corinne notó en que momento Dayan dejó de tocar. La belleza y claridad abandonaron la música, dejando solo un grupo que tocaba bien y compensaba la falta de genio con entusiasmo. No pudo evitarlo, lanzó una rápida y furtiva mirada hacia él por debajo de sus largas pestañas. Estaba poniéndose en pie, un casual y casi perezoso movimiento que le recordó a un enorme felino de la jungla estirándose. Fue cuidadoso con su guitarra, colocándola contra la pared más alejada fuera del alcance de cualquier fan de dedos ligueros o de gamberros. Durante un breve momento examinó la multitud, la mayor parte de los cuales le miraban con absorta adoración. Un parpadeo de lo que podía haber sido impaciencia cruzó su cara.

Volvió la cabeza y la miró directamente a ella. Instantáneamente sintió el peso de su mirada. Intensa. Hambrienta. El corazón de Corinne pareció dejar de latir. Él estaba mirándola... no a su amigo ni a Lisa, sino directamente a ella. Sus ojos se encontraron a través de la habitación, e inmediatamente pudo sentir ese empujón hipnotizador. Un hechizo, un encantamiento. Dayan se inclinó y dijo algo al guitarrista y después salió del escenario. Sobre la multitud su negra mirada mantuvo cautiva la de ella. Corinne no podía apartar la vista.

El corazón le latía enloquecido y el aire se negaba a entrar en sus pulmones. Sólo podía mirarle indefensa, viendo como cruzaba la habitación hasta llegar a su lado. Extrañamente, nadie habló con él, ni una sola mujer de la multitud. Todos se movieron rápidamente para abrirle paso mientras se aproximaba a ella sin interferencias. Se detuvo ante el reservado, su mirada negra viéndola solo a ella. De cerca, era incluso más intimidante que mientras cruzaba la habitación. El poder se aferraba a él como una segunda piel. Y era más que sexy, era oscuramente sensual. Aterradoramente también.

La banda tocaba una canción lenta y soñadora, y Dayan extendió la mano y capturó la más pequeña de ella.

– Necesito que bailes conmigo. – Lo dijo así, directamente, sin embellecimientos, sin preocuparse por si parecía vulnerable. Necesitaba tocarla, sostenerla entre sus brazos. Necesitaba saber que ella era real y no un producto de su imaginación. Corinne no podía haberse resistido a él por ninguna razón. Le dejó llevarla, empujarla con exquisita gentileza hasta ponerla en pie, arrastrarla hasta sus brazos, cerca de su cuerpo. Ella posó la palma de la mano sobre el fuerte corazón de él. Inmediatamente pudo sentirlo latir, sentir su cuerpo sólido y musculoso. Su propio corazón latía alocadamente, y se sentía extraña. En otro mundo. Un mundo de ensueño. Flotando. Él era más alto, pero encajaban a la perfección, como si estuviera hecha para él.

La oscura cabeza se inclinó hacia ella.

– Respira. – Él susurró la palabra contra su piel, y todo su cuerpo volvió a la vida. Simplemente así. Cada terminación nerviosa. Cada célula. Su aliento era cálido y sus brazos increíblemente fuertes. La abrazaba casi tiernamente. Era una especie de magia, y supo instintivamente que él lo sentía también.

Por un momento Corinne cerró los ojos y se dejó llevar. Sus cuerpos se movían al unísono en un ritmo perfecto, como si hubieran estado bailando juntos durante todas sus vidas. Como si estuvieran haciendo el amor. Corinne se mordió el labio. Era la cosa más íntima que había hecho en toda su vida, aunque había estado casada. Él parecía estar en todas partes, rodeándola, su cuerpo duro y sus manos gentiles. Era algo curioso lo que ocurría. Su corazón, normalmente errático, luchaba para igualar cada latido del de él. Lo advirtió porque cada detalle era importante. Quiso llevar este momento con ella durante el resto de su vida.

La música recorría a Dayan haciendo que todo él se convirtiera en música. La mujer entre sus brazos era ya parte de él. Lo sabía en lo más profundo de su alma. Era ella, la única. Podía sentir la lucha de su corazón al igual que sentía su cuerpo más pequeño y femenino impreso contra su forma masculina. Pero la situación era incluso más complicada de lo que había imaginado al principio. Ella era la única mujer para él, pero había un tercer corazón latiendo. Podía oírlo correr claramente mientras la abrazaba. Podía sentir la vida en ella, el pequeño montículo bajo la ropa suelta que vestía.

Se llevó la palma de la mano de ella bajo la barbilla y la abrazó incluso más mientras examinaba este descubrimiento. Estaba embarazada. El hijo de otro hombre. Un niño humano. Por un momento su mente fue un caos, una salvaje mezcla de celos, rabia y miedo, cosas que nunca había experimentado. Respiró profundamente, y se concentró en lo más importante. Si le daba a ella su sangre, posiblemente arreglaría su problema de corazón, ¿pero qué haría algo semejante al niño nonato? Podía leer fácilmente el miedo y la tristeza de ella. Se movió con ella, su cuerpo duro, un dolor urgente, su mente una amalgama de pensamientos, su corazón y su alma verdaderamente en paz por primera vez en su existencia incluso mientras su cerebro trabajaba para encontrar una solución a un problema tan único.

La canción terminó, y reluctantemente la dejó abandonar sus brazos, reteniendo la posesión de su mano para que no pudiera huir.

– Mi nombre es Dayan.

Corinne asintió con la cabeza, casi temiendo hablar. Él la conducía de vuelta a la seguridad del reservado. Se movía fácilmente a través de la multitud, manteniéndola a salvo bajo su amplio hombro. Dayan le daba la ilusión de seguridad, tomando gran cuidado en que nadie chocara con ella descuidadamente.

– ¿Y tú vas a decirme tu nombre? – Lo preguntó suavemente, su voz una aterciopelada seducción en sí misma. Solo el sonido de esa voz provocó el anhelo de oírle cantar otra vez.

– Corinne, Corinne Wentworth. – No le miró; dolía, era tan guapo. Y sexy. Esa oscura, peligrosa sensualidad de la que no quería apartarse. Estaban cerca del reservado, de la seguridad. Se permitió a sí misma respirar de nuevo.

– ¿Cuándo nacerá tu bebé, Corinne? – Preguntó él, su voz un hilo gentil. Nunca había oído una voz como esa. Hipnótica; hipnotizante. Una voz de alcoba. Susurrada sobre su piel hasta que ardió.

Sus palabras la detuvieron en el acto, y miró rápida y culpablemente hacia Lisa, temiendo que ella pudiera de algún modo haberlas oído. Por un momento se sintió desesperada. Lisa tenía la cabeza cerca de la de Cullen Tucker y se reía de algo que él había dicho. Dayan se inclinó, su gran cuerpo escudando el de ella protectoramente, separándola efectivamente de la pendenciera multitud. Se le ocurrió que él era una especie de celebridad y la multitud debería estar clamando por conocerle, empujando hacia adelante en busca de su autógrafo, pero por alguna razón nadie se acercaba a él. Ni siquiera las mujeres.

– Corinne. – Él hacía algo con su nombre, lo hacía sonar exótico con su extraño acento. – Estás muy pálida. ¿Quieres que busque a tu amiga y te saque a tomar el aire? Hay demasiada gente en este edificio.

– Ella no lo sabe. – Barbotó la verdad y después se horrorizó de haberlo hecho. ¿Que había en él? Había bailado con un perfecto desconocido, fundida con él de forma que parecían tan íntimos como amantes. Normalmente era una persona reservada, Corinne sentía el deseo urgente de contarle los detalles más personales de su vida.

Dayan cambió de dirección inmediatamente, deslizándose a través de la multitud una vez más hacia la puerta, llevándola con él sin ningún esfuerzo. Ella quería acompañarle. Corinne no podía entender ese impulso irracional. El aire frío debería haberle aclarado la cabeza, pero acercó su cuerpo al de ella, haciendo pedazos la poca compostura que le quedaba. No podía pensar con claridad teniéndole tan cerca.

Dayan la condujo hasta las sombras. Todo en él exigía que la reclamara como suya. La deseaba, la necesitaba, y su cuerpo ardía en llamas. Ella estaba allí mirándole con sus enormes ojos verdes, y estaba casi perdido. Supo que estaría perdido para siempre.

– Bueno... te está volviendo el color. Tu amiga parece preocuparse mucho por ti. No puedo imaginar por qué no se alegraría por lo del bebé.

Corinne levantó una mano para echarse hacia atrás la salvaje mata de pelo.

– No debería haberte dado una falsa impresión. Lisa se alegraría de lo del bebé por un montón de razones. Es solo que yo... – Su voz se desvaneció, reluctante a revelarle algunos detalles de su vida personal. – Es complicado. – Repentinamente, inexplicablemente, se sintió empujada a contarle todo sobre sí misma. Él estaba mirándola y sus ojos eran tan... hambrientos. Solitarios. No sabía qué era, pero esos ojos eran imposibles de resistir.

La hacía sentirse como si hubiera sido arrinconada por un gran felino de la jungla. Sus ojos no parpadeaban, simplemente la observaban. Completamente centrado en ella. Por momentos podría haber jurado que había una llama roja titilando en sus profundidades.

– Tendrás que dejar de mirarme así. – Las palabras abandonaron su garganta antes de poder censurarlas, y se encontró riendo. Era una mujer adulta y normalmente muy lógica. Él ciertamente se estaba llevando una falsa impresión de cómo era..

La sonrisa de Dayan fue lenta y muy sexy. Hizo que su caprichoso corazón martilleara de nuevo. Un lento ardor quemaba en algún lugar en el fondo de su estómago.

– ¿Te estoy mirando? – La voz de él rozó contra su piel, calentando, tentando. Corinne inclinó la cabeza hacia un lado y estudió sus rasgos perfectamente masculinos.

– Sabes muy bien que si. Tienes esa presumida mirada masculina en la cara. No puedo pensar claramente cuando me miras así.

– ¿Cómo te estoy mirando? – Lo preguntó lentamente, gentilmente, con una nota de ternura que se arrastró hasta dar un vuelco al corazón de ella.

Como un leopardo hambriento a punto de saltar al ataque. El pensamiento llegó inesperado. La sonrisa trepó hasta los ojos de él como si pudiera leerle la mente, haciéndola ruborizarse.

– No importa. Sólo déjalo. – Extendió la mano como si pudiera mantenerle lejos de ella.

– Ibas a contarle lo de tu bebé. – *Y el padre del bebé. No queremos dejarle fuera de esta conversación. Quieres contármelo*. Desvergonzadamente la "empujó", necesitaba saber. El hombre estaba muerto. Dayan podía sentirlo. Leerlo en la persistente tristeza de los ojos de ella. Otro hombre le había importado lo suficiente como para traer a su hijo al mundo. ¿Quién era el hombre?

Capturó su mano extendida, su mano izquierda, encontró el círculo de oro, el símbolo del matrimonio humano, la marca que proclamaba que ella pertenecía a otro hombre.

La idea provocó la peligrosa agresividad de su especie, y Dayan luchó por controlar a la bestia. No quería arriesgarse a asustarla. Su pulgar frotó el anillo casi ausentemente, adelante y atrás, una gentil caricia, persistente, insistente. Se llevó la punta de los dedos de ella a los labios. Todo mientras su negra mirada se concentraba completamente en ella, mirándola directamente a los ojos. Su mirada era hipnótica. Extrañamente alborozada. El aliento de Corinne quedó atascado en la garganta cuando los dientes le rasparon los dedos, su boca era cálida y húmeda. Alas de mariposa revolotearon en su estómago. Los dientes tiraron gentilmente de la alianza de boda. La sensación era tan erótica, se estremeció. Le miró durante un largo momento, completamente fascinada, antes de recordar liberar su mano.

– Cuéntame sobre tu bebé, cariño. – Ordenó en voz baja, casi ronroneando.

Tocó su mente muy gentilmente, con gran cuidado. Ella luchaba contra la compulsión de contarle lo que quería saber, pero era humana y él un antiguo, de un largo linaje de hombres dominantes. Era demasiado fuerte como para que ella se resistiera. Corinne presionó una

mano protectoramente sobre el bebé. El viento sopló calle abajo, llevando hojas y basura en remolinos. Sin ser consciente de ello, Corinne se movió más profundamente hacia el escudo que suponía el cuerpo de él.

– Crecí con Lisa y su hermano John. – Dejó de hablar bruscamente, su garganta se cerró en el nombre. John. El nombre le atravesó como un cuchillo. La forma en que ella lo había pronunciado, el dolor se reflejaba en sus ojos, diciéndole lo mucho que el hombre hacía significado para ella. John. A Dayan nunca le había gustado ese nombre. No quería oír nada más; no quería oír como sonaba la voz de ella cuando pronunciaba el odiado nombre.

Corinne dio vueltas a su alianza nerviosamente.

– Los tres tuvimos una infancia difícil, así que supongo que estábamos más unidos que la mayoría. John y yo éramos... diferentes. – Lanzó una rápida mirada hacia él por debajo de sus espesas pestañas oscuras. No quería explicarle lo que significaba esa palabra. No le conocía, no sabía por qué parecía confiar en él cuando era un perfecto desconocido para ella. No sabía por qué su cuerpo parecía conocerle. Anhelarle. Corinne ahuyentó sus caprichosos pensamientos, concentrándose completamente en cuanto podría contarle... o no contarle. Dayan examinó la mente de ella, deseando una explicación de "diferente". Captó una imagen precipitadamente censurada. Telequinesia. Podía mover objetos con la mente. Por supuesto, era psíquica. Tenía que ser psíquica si era su auténtica compañera. Dayan no tenía forma de explicarle exactamente lo que era un compañero. ¿Cómo podía que era de otra especie? ¿Qué había vivido sobre la tierra unos mil años? ¿Qué necesitaba sangre para sobrevivir? Vio como los dedos de Corinne volvían a la pequeña banda de oro. Con cada toque, con cada caricia, su estómago se apretaba más y más en un nudo. Intentó obligar a su negra mirada a volver a la cara de ella, pero ese pequeño movimiento traicionero le fascinaba. Corinne se encogió de hombros.

– Para resumir la historia, John y yo nos casamos y a él lo mataron hace unos pocos meses. Yo ni siquiera sabía que estaba embarazada. No le he contado nada a Lisa porque... bien... – Dudó, buscando las palabras apropiadas.

Eso atrajo la oscura mirada de vuelta a su cara. Sintió el impacto de la misma hasta los huesos. Las manos de él cubrieron las suyas, terminando con el nervioso juego de sus dedos sobre el anillo. El corazón le dio un salto, una curiosa sensación que la alarmó. Los ojos negros de él nunca abandonaron su cara. Ni una vez. Y todavía no había parpadeado. Sintió casi como si estuviera cayendo hacia adelante en esos extraños e hipnóticos ojos. ¿Que diferencia había si él pensaba que era un manojo de nervios? Ella no estaba pidiendo su simpatía, ni la quería. No le contaba su historia para provocar simpatía. ¿Por qué estaba contándole su historia? Alzó la barbilla y le miró casi desafiante. – Tengo un problema de corazón. – Ahora podría huir corriendo como un conejo y ella se alegraría mucho. Él era una complicación, una fantasía, el peor tipo de "chico malo", y no quería separarse de él.

Dayan tocó la mente de ella muy gentilmente. Captó una imagen de hospitales, máquinas, interminables pruebas. Su petición en una lista de espera para un corazón. Médico tras médico sacudiendo las cabezas. Tenía varias alergias. Sangraba fácilmente, demasiado. Los especialistas se asombraban de que hubiera vivido tanto. Dayan se frotó el puente de la nariz pensativamente, sus ojos intensos sobre la cara de ella.

– Así que el bebé es un peligro. A Lisa no le gustaría eso.

Corinne dejó escapar el aliento. Era casi un alivio contárselo a alguien.

– No, a Lisa no le gustará. Se asustará tanto. – Corinne había esperado hasta que no había posibilidad de que Lisa pudiera intentar convencerla de no tener el bebé. Quería un hijo. Su pequeñita. Después de su muerte, después de la muerte de John, su hija viviría y respiraría, correría y jugaría, y con suerte llevaría una vida perfectamente normal. Corinne tenía una fe absoluta en que Lisa apreciaría y amaría a su bebé. Apartó las manos de él para colocarlas protectoramente sobre el pequeño montículo donde descansaba su hija.

– Estás muy delgada. ¿De cuánto tiempo estás? – Incluso mientras las palabras abandonaban su boca, se maravilló de poder pronunciarlas. Ni en sueños había pensado nunca en hacer una

pregunta semejante. El calor floreció y se extendió. Una sensación de pertenencia. Extrañamente, se sentía como si ya tuviera una familia.
– Los médicos están un poco preocupados, pero tiene buen aspecto. Crece bien. Me han dicho que es una niña. Estoy de seis meses.
La respiración de Dayan se elevó con preocupación. Estaba diminuta.
– ¿Los médicos también están informados de tu problema de corazón? ¿Ven este embarazo como un riesgo? ¿Quizás demasiado peligroso? – Su voz fue tan gentil como siempre, aunque tuvo un efecto sobre ella que pareció estremecerla. Sonaba casi como si estuviera reprendiéndola de alguna forma y evaluando lo que iba a hacer con respecto a la situación. Corinne se sintió empujada a responderle, aunque no era eso lo que deseaba.
– Mi corazón ya tenía suficientes problemas trabajando solo para mí, no digamos ya también para un niño. – Concedió reluctante. Sus dedos una vez más encontraron el círculo de oro y empezaron a darle vueltas, un hábito nervioso que traicionaba su confusión interna. Dayan asintió con la cabeza incluso a pesar de que todo su cuerpo se tensó en protesta contra esa pequeña acción.
– Y tu marido. – Forzó las palabras a pesar del hecho de que ellas querían atascarle la garganta. – ¿Por qué le mataron? – No pudo contenerse, extendió la mano y capturó la de ella, colocando la palma contra su pecho, justo sobre su corazón, evitando efectivamente que siguiera tocando el anillo.
La mirada de Corinne voló hacia él. La electricidad se arqueó entre ellos. El aire chispeó con la carga. Encontraba difícil pensar con esos ojos negros hipnotizándola y su tacto destrozándole los sentidos. Discutir el asesinato de su marido con él debería haber sido imposible, pero encontró que las palabras escapaban.
– La policía no dio con un móvil. Los asesinos ni siquiera se llevaron su cartera.
– Pero tú tienes una sospecha. – Declaró él.
Corinne sintió el mismo deseo de confesar cada detalle. Normalmente, confiaba en Lisa y en nadie más, pero no había contado ni una palabra a Lisa del bebé o de sus sospechas sobre la muerte de John. ¿Por qué demonios estaba contando a un perfecto desconocido todos sus secretos?
– John podía hacer cosas que no se consideran normales. Hace alrededor de un año, fue a la universidad y habló con alguien de allí de su talento. Desde entonces, iba a un centro donde su habilidad psíquica era puesta a prueba. El Centro Morrison para Desarrollo Psíquico. John creyó que podría ayudar a la gente de algún modo, utilizando su talento único. Casi inmediatamente después de su cita en el centro, me contó que pensaba que le estaban siguiendo. – Retiró su mano. – Difícilmente querrás oír esto.
Al contrario. Estoy extremadamente interesado. Todo lo que te concierne me interesa.

CAPITULO 2

–¡Corinne! – Lisa irrumpió al exterior del club con Cullen a solo un paso por detrás. Estaba obviamente nerviosa, su hermosa cara traicionaba su ansiedad. – ¿Rina, estás enferma? Lo siento tanto, debería haber prestado más atención. – Aferraba el bolso de Corinne protectoramente contra su pecho.

– Estoy perfectamente bien, Lisa. – Respondió Corinne inmediatamente. Se alejó de Dayan, pero de algún modo él se movió también con una ondulación de poder, de forma que protegía el cuerpo de ella contra el viento que se alzaba. Corinne levantó la mirada hacia los cincelados rasgos y se encontró otra vez con el corazón en la garganta. ¿Qué había en él? ¿Cómo podía robarle tan fácilmente el aliento y la cordura con solo una mirada? ¿Un movimiento?

– Solo estábamos charlando lejos del ruido. – Terció Dayan, sonriendo perezosamente, sus dientes muy blancos en la oscuridad. Se pasó la mano descuidadamente por el brillante pelo de ébano, arreglándoselas para despeinarlo aún más. Los mechones caían de cualquier manera sobre su frente, pero parecía más atractivo que nunca.

Las dos mujeres intercambiaron una rápida mirada, poniendo los ojos en blanco en completa afinidad mientras Corinne ahogaba un gemido. ¿Cómo podía un hombre ser real y tener ese aspecto y actuar como él? Corinne gesticuló sin palabras "chico malo" hacia Lisa, haciéndola reír.

Lisa se inclinó acercándose para susurrar.

– Sólo tú podrías mirar a un hombre demasiado sexy como para estar sobre la tierra y reducir su increíble atractivo a "chico malo".

Corinne se sintió un fraude. Lisa no creía que Corinne fuera en lo más mínimo susceptible a la oscura sensualidad de Dayan. Pero era más que susceptible. Estaba hechizada, bajo el hechizo de un hechicero. Durante un breve momento se preguntó si su canción, o su voz, podían haberla hipnotizado de algún modo.

Dayan se extendió y sacó casualmente el bolso de Corinne de las manos de Lisa, después se lo entregó a Corinne. Los pensamientos de ella le habrían resultado divertidos si su corazón no estuviera tartamudeando de nuevo, una cuestión que le molestaba inmensamente. ¿Cómo podía arreglarlo sin hacer daño a su hija? Sus ojos se movieron posesivamente sobre la cara de Corinne mientras veía como ella sacaba un pequeño frasco del bolso y se tragaba una diminuta píldora. Con el mismo poder fácil que siempre exhibía, sujetó la muñeca desnuda de Corinne y la levantó para inspeccionarla.

– ¿Por qué no llevas un brazalete médico? En caso de emergencia indicaría a los desconocidos cómo ayudarte.

Lisa lanzó hacia arriba su cabeza rubia.

– ¡Al fin! Alguien con un poco de sentido común, al contrario que Rina. Ella nunca escucha a nadie.

Una pequeña sonrisa sensual tiró de la dura comisura de la boca de Dayan. Se inclinó acercándose a Corinne de forma que su cálido aliento removiera los mechones de pelo en las sienes de ella.

– ¿No escuchas a los demás?

– Soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones. – Le informó Corinne, su voz débilmente arrogante cuando todo lo que quería hacer en realidad era tocar esa boca con la punta de los dedos. Su cercanía le robaba el aliento. Y el sentido común.

– Hasta ahora. – Corrigió Dayan con infinita gentileza. Su voz fue muy suave y, como el terciopelo, susurró sensualmente sobre la piel de Corinne, haciéndola estremecer. Alzó la mano perfectamente moldeada de ella, frotando la yema de los dedos contra su propia boca. El corazón de Corinne tartamudeó; revolotearon mariposas en su estómago. Por un momento solo pudo mirarle fijamente, perdida en su magia. Arrancó su mirada de la de él, retirando la mano con los dedos encogidos, aferrando su calidez.

Cullen miraba a Dayan en completo estado de shock. Había acampado con el grupo durante varias semanas durante la gira de los Trovadores Oscuros, pero nunca había visto a Dayan exhibir el más mínimo gesto de interés por ninguna mujer. Ahora el lenguaje corporal de Dayan gritaba que se sentía protector, incluso posesivo con Corinne. Había algo más, algo en los ojos de Dayan que no había estado ahí antes. Un indicio de algo peligroso. Cullen había asegurado a Lisa que su hermana estaba perfectamente segura con Dayan, pero ya no lo tenía tan claro.

– Quizás sería mejor que resguardáramos a las damas del viento. – Terció Dayan. – Cullen, escóltalas hasta su coche, y yo recogeré mi guitarra. – Su voz rozó la piel de Corinne una vez más como si fueran dedos.

Ella se estremeció en reacción. Al momento él la arrastraba hacia la protección de sus brazos.

– Debería haber notado que aquí afuera había demasiado frío para ti. – Dijo suavemente, disculpándose, con el aliento contra la nuca de Corinne. Su cuerpo era cálido y duro contra la satinada suavidad de la piel fría de ella. – Fui muy egoísta, queriéndote solo para mí.

Miró a Lisa, e inesperadamente ella se encontró conduciendo a los hombres hasta su pequeño coche deportivo, preguntándose por qué era repentinamente tan importante resguardar a Corinne del viento. Dayan siguió en posesión de Corinne, acomodándola cuidadosamente en el asiento delantero.

– ¿Dónde podemos encontrarnos para hablar en una atmósfera más tranquila?

Lo preguntó suavemente, sus ojos negros repentinamente sobre la cara de Lisa. Lisa parpadeó y barboteó su dirección, algo que normalmente nunca haría. Corinne la miró con horror. Lisa se cerró la boca con la mano sintiéndose culpable y viendo como Dayan se extendía casualmente y abrochaba el cinturón de seguridad a Corinne.

Duro y con músculos definidos, su cuerpo rozó el de Corinne. Olía a especias y bosques. Totalmente masculino. Empequeñecía el coche. Su barbilla se frotó contra el pelo de Corinne.

– No soy un asesino en serie, aunque es agradable saber que tienes algún instinto de conservación.

Cerró la puerta ante la expresión conmocionada de Corinne, su sonrisa arrogante de chico malo mucho más evidente.

Lisa bajó la cabeza hacia el volante.

– No lo digas, Corinne. No sé en qué estaba pensando, dándole nuestra dirección así. Él es simplemente... no sé, demasiado. No pude pensar con cordura durante un minuto, allí con sus ojos mirándome como si pudiera ver directamente a través de mí. Lo siento. ¿No crees que sea un chiflado, verdad?

– Creo que las chifladas somos nosotras. – Era un alivio estar lejos de la potente compañía de Dayan. Hacía que Corinne se sintiera fuera de control. Dando vueltas alocadamente. Salvaje. Sexy. Deseosa. – Y ya nos señaló que no era un asesino en serie. Esas son noticias reconfortantes, a menos que los asesinos en serie hagan esa clase de declaraciones a mujeres desconocidas.

Ambas mujeres se disolvieron en risas, disipando la mayor parte de la tensión del coche. Corinne notó que podía respirar de nuevo, pensar de nuevo, cuando Lisa metió el coche en la autopista, y tocando la bocina, se lanzó valientemente al tráfico.

– ¿Así que estás interesada en Cullen? Porque él ciertamente está interesado en ti. – Corinne se frotó las palmas de las manos arriba y abajo por los brazos en el punto exacto donde los brazos de Dayan la habían sostenido. Extrañamente, todavía podía sentirle cerca. Podía oler su fragancia sobre ella, y era curiosamente reconfortante.

– De veras creo que Cullen es genial. – Admitió Lisa. – Ya sabes como odio ser una muñeca decorativa del brazo de un tío. Él no me hizo sentir así en absoluto, ni una sola vez. Es agradable, Rina. Muy agradable. Y cuando noté que te habías ido, fue tan dulce, asegurándome que Dayan no era un playboy que iba tras las mujeres. La verdad, cedí al pánico. Ya no me siento cómoda cuando estás fuera de mi vista. – Lanzó a Corinne una rápida y traviesa sonrisa mientras rodaba pasando las siguientes tres señales de stop y por poco no se salía a la cuneta. – Parece que tuviera dos años y tuviera miedo de dejar a mi mami. Cullen es mono, aunque no de forma infantil. – Tiró de la manga de Corinne. – ¿Y qué fue eso?
– ¿Qué fue qué? – Corinne intentó fingirse inocente, pero un sonrojo le avanzó lentamente por el cuello hasta la cara.
– Sabes exactamente lo que quiero decir. – Acusó Lisa con ojos sonrientes. – Ese baile.
– Oh, eso. – Corinne se pasó ambas manos por la melena de brillante pelo y se lo levantó dejando el cuello despejado, el gesto fue curiosamente sexy. – Eso fue abrasador.
Lisa dejó escapar un silbido.
– ¿Abrasador? ¿No solo ardiente?
Corinne sacudió la cabeza solemnemente.
– Absolutamente, totalmente abrasador. Ese hombre es letal y no debería permitírsele vivir en ningún lugar cerca de población femenina.
– Aleluya, soy una creyente. Siempre eres inmune a los hombres. Si éste puede abrasarte, definitivamente deberían encerrarle en alguna parte.
– En alguna parte donde todavía pudiéramos seguir mirándole. – Sugirió Corinne con una pequeña sonrisa curvando su suave boca. Un hoyuelo intrigante apareció brevemente, después desapareció, dejando a Lisa preguntándose adónde había ido.
– Tú le gustas. – Declaró Lisa. Sabía que era sobreprotectora con Corinne. Pero Corinne era terriblemente vulnerable. Un hombre como Dayan podía derribarla fácilmente. Cualquiera que le mirara podía ver que era un hombre peligroso. Una estrella de rock, un músico. La mitad de la población femenina le perseguía. Pero había algo en la forma en que miraba a Corinne...
– ¿Gustarle? – Corinne repitió las palabras pensativamente. – No creo que sea un hombre que inspiraría una palabra tan insípida como gustar. Me sentí segura estando con él, y amenazada al mismo tiempo. No tiene sentido. Hice y dije cosas que eran completamente ajenas a mi carácter. Lo que es realmente extraño, Lisa, es que me sentí como si le hubiera conocido desde siempre, como si se supusiera que tuviera que estar con él. – Tomó un profundo aliento e hizo una confesión apresurada. – Y no puedo mirarle sin desear saltar a la cama. Al principio pensé que era porque adoro su música. Desde que topé con ese viejo LP, me he empeñado en coleccionar todo lo que podía sobre los Trovadores Oscuros. Ya sabes, la trampa del ídolo en la que ocasionalmente caen las mujeres cuando el músico parece ser una divinidad. Pero creo que él es más bien una llama y yo una pequeña polilla volando demasiado cerca. Lo llaman química. Química explosiva y natural.
– ¿En serio? – Definitivamente había interés en la voz de Lisa. Arqueó una ceja inquisitiva. – Escúpelo todo, Corinne. ¿Estamos hablando de sexo?
– Ya le viste. Él exuda sexo. Nunca había conocido a nadie que se pareciera ni remotamente a él. Simplemente no pensaba que yo fuera del tipo sexy. Ya hemos hablado de eso, ¿recuerdas?
Lisa asintió solemnemente, doblando otra esquina, rozando a un coche aparcado por medio centímetro. Corinne estaba acostumbrada a la forma de conducir de Lisa, ni siquiera hizo una mueca. Una bocina sonó hacia ellas, y Lisa lanzó una sonrisa alborozada y saludó alegremente mientras cortaba el paso al conductor para volver a girar.
– Pensaba que había sido por ser tu primera vez. – Respondió Lisa cuidadosamente. – al principio de lo tuyo con John. Pasaste un mal rato. – Corinne siempre había sido honesta con Lisa sobre su vida con John. Todo había sido cómodo entre ellos excepto en el dormitorio. Corinne se culpaba a sí misma, creía que simplemente el sexo no era su fuerte.
– Probablemente fue más una cuestión química, porque, créeme, entre ese hombre y yo hay alguna clase de atracción. No estoy segura de confiar en mí misma en una habitación a solas

con él. – Admitió Corinne en voz alta, sorprendida por la flagrante respuesta de su cuerpo. – Quizás tú te hayas topado con alguien de su tipo entre la multitud, Lisa, pero para mí, esta es una experiencia absolutamente nueva y muy incómoda. Él podría destrozar a una mujer en una treintena de pedazos. – Corinne suspiró y se echó el pelo hacia atrás. – Me hace sentir culpable por John. – Hizo su pequeña confesión.

Lisa frunció el ceño sobriamente.

– No seas tonta, Rina. John odiaría verte así. Te amaba como un loco, pero ambas sabíamos que tú no le querías del mismo modo. Le hiciste feliz, sabes que si, y por eso te lo agradezco desde el fondo de mi corazón. Siempre estuviste allí para nosotros dos.

– Quería a John. – Dijo Corinne. – y le hecho de menos terriblemente.

– Sé que le querías. No quise decir eso. Él no va a volver, y querría que fueras feliz. Sabes que lo querría. – Lisa aparcó el coche en el camino de entrada de su casa. Su apariencia normalmente elegante, incluso exótica la había ayudado a conseguir dinero para una hermosa casa en un barrio alto. Las dos mujeres disfrutaban a veces simplemente mirando su casa. – Por supuesto, no sé si él aprobaría a Mister Sex Appeal. ¿De qué estuvisteis hablando todo ese tiempo? Solos. En la oscuridad. – Bromeó Lisa.

– De bebés. – Farfulló Corinne, deseando confesarlo todo. ¿Cómo se lo había contado a un perfecto desconocido antes que a su adorada cuñada?

Algo en la voz de Corinne advirtió a Lisa que este no había sido un tema divertido. Lisa se quedó muy quieta, sus dedos se congelaron alrededor de las llaves del coche mientras la otra mano se cerraba alrededor del volante.

– Perdona, creí que habías dicho bebés. ¿Por qué estarías discutiendo con él de bebés? Espero que le dijeras que los niños estaban fuera de cuestión. – Había un afilado desafío en la voz de Lisa. Al momento examinaba la figura de Corinne, enfundada en vaqueros y un top suelto.

Corinne apartó la mirada de esos ojos acusadores.

– No lo sabía, Lisa, te juro que no. La mañana que mataron a John habíamos hecho el amor. Después de que le asesinaran, todo fue tan terrible que no pensé en ello durante un par de meses; después noté que estaba anormalmente cansada. Mucho más de lo normal. Me pasaba así todo el rato, así que simplemente no se me ocurrió que estuviera embarazada. Pero después cuando estuve tan enferma, fui al médico. ¿Recuerdas que tuve que pasar un tiempo en cama?

– ¿Estás embarazada? ¿Estás embarazada ahora mismo? – Liza tiró de la camisa de Lisa para desnudar su estómago e inspeccionarlo. – Tendrías que estar de seis meses y no lo parece. – Fue una acusación. Fue una súplica. Pero vio el pequeño montículo donde había estado antes el estómago plano de Corinne.

Corinne atrapó la mano de Lisa entre las suyas.

– Vamos, Lisa, podemos pasar por esto juntas, como hemos hecho siempre.

Lisa sacudía la cabeza negándolo, las lágrimas bañaban sus ojos.

– No puedes tener un bebé. Los médicos dijeron que no podías. Ibas a control de natalidad. Recuerdo cuando estabas tan molesta porque te dijeron que sería virtualmente una sentencia de muerte para ti tener un bebé. John juró que nunca permitiría que te arriesgaras. Me lo juró. Hice que me lo jurara.

– Tuve que dejar el control de natalidad hace algunos meses. Tomábamos precauciones y siempre éramos cuidadosos. – En los últimos meses antes de su muerte, John había empezado a quejarse de tener que utilizar condones. La píldora hacía que Corinne se pusiera enferma, así que quedaba la cirugía. Él odiaba la idea porque era "invasiva" – Esa fue la única vez, pero no pensé mucho en ello en ese momento. – John se estaba empezando a impacientar a causa de las carencias de ella. Corinne no le culpaba. Había deseado que ella sintiera por él lo mismo que él sentía por ella. ¿Cómo podía explicar lo culpable que se sentía por no sentirse físicamente atraída por John como él necesitaba? Amaba a John... sabía que le quería. Le quería a muerte, pero nunca había deseado el lado físico de su relación tanto como él. Esa mañana había puesto empeño en ello por John.

– Eso fue totalmente irresponsable por parte de los dos. – Soltó Lisa. – Le dije a John que debía operarse, pero no quiso porque... – Se interrumpió.
– Porque pensaba que podría tener hijos algún día con alguna otra después de que yo muriera. – terminó Corinne por ella. – Yo quería que él fuera feliz.
Los dedos de Lisa se apretaron alrededor de los de Corinne desesperadamente.
– ¿Qué podemos hacer? ¿Podemos librarnos de eso?
– Toma aliento, Lisa. – Aconsejó amablemente Corinne. – Este bebé no es eso. Estamos hablando de un niño. Una parte de John.
– No me importa de quien sea parte. Este bebé está matándote.
– John y yo tenemos una hija, Lisa. Es una niña que vive, respira, da patadas y se mueve, una pequeña. – Muy gentilmente intentó guiar la mano de Lisa hasta el pequeño bulto de su estómago.
Lisa le arrebató la mano de un tirón y abrió de golpe la puerta del coche. Salió y la cerró con fuerza, una buena medida de su humor. Corinne suspiró y salió del vehículo, subiendo hasta la casa. Mientras Lisa tiraba del picaporte, Corinne la detuvo con una mano amable sobre el hombro.
– Sé que estás molesta, Lisa. Debería habértelo dicho directamente, cuando el médico lo confirmó, pero no estaba segura de si podría con el bebé. Después del horror de la muerte de John, no quería que tú lo sufrieras conmigo. Fue todo una pesadilla, una terrible pesadilla. ¿De qué servía hacer que te preocuparas aún más? John estaba muerto, y yo estaba ya embarazada, y las dos sabemos que mis posibilidades de llevar esto a buen termino son escasas. No quería preocuparte.
Lisa se dio la vuelta, sus ojos azules reflejaban una mezcla de culpa, miedo y rabia.
– No quisiste contarme lo que sabías todo el tiempo. No puedes tener este bebé porque morirás si lo haces. Morirás, Corinne. Esa es la letra pequeña; siempre ha sido la letra pequeña. Pensaba que habías aceptado el hecho de que nunca tendrías un hijo. Tú lo eres todo para mí. Mi familia, la única familia que tengo. ¡Luchamos para conseguir la vida que tenemos, los tres, pero cuando finalmente lo conseguimos, ¡alguien mata a John y ahora tú estás planeando morir y dejarme totalmente sola!
Corinne la rodeó con sus brazos y la abrazó hasta que la rigidez desapareció y Lisa se aferró a ella.
– No estoy planeando morir, Lisa, y si lo hiciera, no estarías sola, tendrías una parte de John y una parte de mí contigo.
– No quiero una parte de ti, Corinne, te quiero a ti. No puedo hacer esto... No te perderé a ti también. Yo no soy como tú. No soy fuerte y valiente y no quiero serlo. – Dijo Lisa inflexiblemente, después soltó una suave inyectiva en voz baja cuando unos faros las iluminaron durante un momento y el motor de un coche se apagó. – Ahora no puedo actuar con normalidad. Quiero que todo el mundo se largue para poder llorar a moco tendido.
En el momento en que Dayan detuvo el coche e inhaló la noche, supo que algo iba mal. Era bien consciente de la disensión entre las dos mujeres; podía leer fácilmente sus pensamientos. Quiso reconfortar a Corinne, sabía que ella luchaba por contener las lágrimas, pero las dos estaban en peligro. Incluso mientras leía sus pensamientos en busca de información, escudriñaba la zona, su mente buscaba la amenaza oculta. Con el corazón en la garganta, se deslizó hacia las dos mujeres, una ráfaga de velocidad preternatural mientras ellas se alejaban de él intentando traspasar la puerta delantera. Su mano llegó allí primero, bloqueando efectivamente la entrada a Lisa. Incluso mientras Dayan tiraba de la puerta cerrándola de golpe, Corinne jadeó y empujó a Lisa lejos de la casa, cruzando el césped, de vuelta al coche.
– Estaba abierta, Lisa. La puerta no estaba cerrada en absoluto. – Había pánico en la voz de Corinne. Había estado temiendo que alguien las vigilara desde que el cuerpo de John fue encontrado en un pequeño parque cerca de su casa.
– Probablemente olvidaste cerrarla. – Aventuró Lisa, pero le temblaba la voz.
Corinne sacudió la cabeza, sus ojos se cruzaron con los de Dayan sobre la cabeza de Lisa.

– La cerré, sé que lo hice. Tenemos que llamar a la policía. – Quería que él la creyera. Dayan ya estaba empujando a las dos mujeres hacia Cullen. Asintió con la cabeza como si estuviera de acuerdo, sus manos muy gentiles sobre los brazos de Corinne, moviéndose arriba y abajo sobre la piel, calentándola, ofreciendo un cierto confort.
– Ve con Cullen. Yo me ocuparé de todo. – Había dos hombres humanos esperando ocultos en la casa. – Cullen llévalas a la casa donde nos hospedamos. Yo iré tan pronto como pueda. La autoridad en su voz decía que era un hombre acostumbrado a ser obedecido. Lisa se deslizó inmediatamente en el interior del coche, con la cara muy pálida. Corinne se plantó, como él sabía que haría.
Alzó la barbilla hacia él, sus ojos verdes relampagueando.
– ¡Yo creo que no! Tú también vas a entrar en el coche, Dayan. ¿En qué estás pensando? Mi marido fue asesinado. ¿No has pensado que es mucha coincidencia que alguien haya entrado en nuestra casa? ¡Vas a venir con nosotros! – Corinne le cogió del brazo y tiró. Dayan le sonrió, con el corazón derretido.
– Gracias, Corinne. – Le enmarcó la cara con las manos, su mirada negra manteniendo cautiva la de ella. – Irás con Cullen y esperarás por mí, y no llamarás a las autoridades. – Le rozó la coronilla con los labios, el más breve de los contactos; después sonrió con confianza mientras la acomodaba gentilmente dentro del coche.
– Dayan, por favor, ven con nosotros. Tengo un mal presentimiento sobre esto. – Protestó ella.
– Todo irá bien, Corinne. No soy fácil de matar. – Se inclinó sobre en asiento de esa forma protectora suya y le abrochó el cinturón de seguridad. – Tu corazón late demasiado irregular. – Le susurró junto al oído, su boca contra la piel de ella. – Escucha el ritmo del mío. – Se llevó una de las manos de ella al corazón.
Por un momento Corinne no pudo respirar, y después oyó el sonido del corazón de él. Al instante su propio corazón pareció esforzarse para seguir su liderazgo. Era imposible, pero bueno, Corinne podía mover objetos simplemente deseándolo, así que creía en lo imposible. Con Dayan, todo parecía natural. Sintió una sacudida de electricidad cuando los dedos de él le rozaron la sedosa coronilla de la cabeza antes de cerrar la puerta del coche. Látigos de relámpago danzaban en su sangre. Él lo hacía todo sencilla y eficientemente, sin prisas, con completa confianza. Era imposible no hacer lo que él decía cuando parecía tenerlo todo bajo control y ser más que invencible. Corinne no pudo apartar la mirada hasta que el coche salió del arcén.
En el momento en que aquellos ojos negros dejaron de estar posados en ella, Corinne se cubrió la cara con las manos.
– No deberíamos haberle dejado así. No sé por qué actúo ajena a mi carácter con él. Cullen, tenemos que volver y ayudarle. Si hay alguien en nuestra casa, podrían hacerle daño, o peor.
Cullen rió suavemente.
– Guarda tu simpatía para quien sea que esté dentro de la casa. No será Dayan quien caiga.
– Lo digo en serio. – Dijo Corinne. – Podría haber varios hombres con armas.
– Créeme, eso no importará. No le harán daño. – Cullen hablaba con absoluta convicción.
– Es un músico, un poeta dulce y amable. – Protestó Corinne, pensando en la belleza de las palabras de él, en la ternura de su sonrisa.
Cullen rió suavemente.
– Es mucho más que eso, Corinne. No te preocupes por él. Realmente tiene un talento natural para cuidar de sí mismo.

Dayan observó el coche hasta que las luces traseras desaparecieron al doblar la esquina. Corinne temía por su seguridad. Lo leía fácilmente en ella, en su mente. La oyó protestar con su aguda audición. Eso le reconfortó como nada había hecho nunca. Después volvió la cabeza lentamente para mirar hacia la casa. Mientras se volvía, toda su conducta cambió. No quedó

nada del hombre elegante. Al instante pareció lo que realmente era. Un oscuro y peligroso depredador desenfundando sus garras. Acechando a su presa. Empezó a moverse en la oscuridad... su hogar, su mundo. Tenía todo de su parte. Podía ver fácilmente en la noche más oscura, moverse tan silenciosamente como el viento, podía oler a su presa tan hábilmente como el lobo, y comandar a los cielos y a la propia tierra.

Dayan se deslizó rodeando la casa, sin esfuerzo alguno saltó la valla de dos metros de alto. Mientras lo hacía cambió de forma, aterrizando silenciosamente sobre cuatro patas en vez de sobre dos pies. El leopardo se paseó suavemente sobre sus patas grandes y acolchadas, la hierba apenas se movió mientras rodeaba la parte trasera de la casa. En el porche trasero brillaba una luz bajo la puerta de una pequeña habitación. Entre las sombras del porche, el enorme felino vaciló y brilló tenuemente, su pelaje moteado casi iridiscente durante un breve momento, después simplemente se disolvió como si nunca hubiera estado allí.

Un vapor se introdujo a través de la rendija de la puerta, fluyendo tan veloz y silenciosamente como una dosis letal de monóxido de carbono. Dayan se adentró al interior de la casa y se detuvo durante un momento en el interior mientras el vapor vacilaba hasta la transparencia una vez más, solo para volver a formar el enorme cuerpo bien musculado del astuto y silencioso felino.

Dayan paseó por la pequeña habitación bien iluminada hasta la oscuridad de la cocina. Supo inmediatamente donde estaban ambos cazadores al acecho. Pudo olerlos, una amalgama de miedo y excitación. Habían estado esperando allí desde hacía algún tiempo, armados y listos, glándulas sudoríparas excretaban su apestoso hedor, pero inevitablemente la espera los había cansado y estaban intranquilos y acalambrados en sus posiciones. Cuando los faros del coche habían señalado la llegada de las dos mujeres, el ciclo había vuelto a empezar. Miedo. Excitación. Adrenalina. Y después la terrible desilusión.

Se removían en sus posiciones, inseguros sobre qué hacer. Sus órdenes eran claras. Esperar hasta que llegaran las mujeres, cogerlas rápida y silenciosamente. Dayan leía tan claramente en sus mentes como olía el sudor en sus cuerpos. Ninguno de los dos notó al enorme leopardo mientras este llevaba a cabo su lenta y paciente aproximación en imperceptible silencio.

El felino avanzó atrevidamente hasta el centro de la espaciosa habitación, sin intentar siquiera utilizar el mobiliario para cubrirse. Esta especie de juego del gato y el ratón era tan viejo como la vida misma del depredador. Los ojos del leopardo permanecían fijos en su presa, una mirada penetrante y acerada que señalaba que la muerte acechaba. Esos ojos sostenían toda la astucia e inteligencia de un gran cazador. No eran los ojos amarillos de un leopardo, sino una feroz y tranquila mirada negra, vacía de todo excepto de intención letal.

El leopardo se agazapó, con la barriga en tierra, los músculos increíblemente controlados mientras empezaba a acechar a los hombres. Centímetro a centímetro. En completo silencio. No se oyó siquiera el susurro de piel rozando la alfombra inmaculada mientras el felino alcanzaba a su presa. Había un hombre apoyado contra la pared, suspirando, removiéndose inquieto, aliviando sus músculos agarrotados. Tenía un arma en la mano derecha y la comprobaba continuamente, acariciando el gatillo ausentemente con los dedos, limpiándose la frente donde gotas de sudor se acumulaban. Esperar era cosa difícil, y él no tenía la paciencia o la quietud del felino.

Nunca supo que había pasado de cazador a presa. Sintió el impacto del pesado cuerpo que le lanzó contra la pared. Sintió el roce de piel y olió la salvaje fragancia de la muerte. Le atravesaron dagas donde las afiladas garras del pesado felino le cogieron mientras los largos y afilados dientes perforaban la garganta. Durante un momento el hombre miró directamente a los ojos del felino, encontró y sostuvo la mirada mientras su garganta era aplastada; el conocimiento de su propia muerte había llegado demasiado tarde para detenerla. Esos ojos encerraban una salvaje inteligencia y eran hipnotizadores, compeledores. Mientras moría, recordó los eventos que le habían conducido a este momento. Había sido uno de los hombres que había acechado y asesinado a John Wentworth. Uno de los hombres de seguridad del Centro Morrison para la Investigación Psíquica.

Dayan bajó a su presa hasta el suelo, respirando profundamente, manteniendo a la bestia bajo

control. Dentro del cuerpo del leopardo, su propia hambre era doblemente difícil de contener. Se alejó rápidamente de la tentación, girando suavemente de la esquina de la habitación hasta el vestíbulo con sus patas acolchadas. Corinne había tenido razón: Los secuestradores iban a por ellos porque John había acudido al centro. Fuese lo que fuese lo que el marido de ella les había contado, había provocado su interés en Corinne y Lisa también.
Una vez más completamente controlada la bestia que rabiaba en su interior, Dayan comenzó a acechar al otro secuestrador.
Estaba al otro lado de la habitación, ignorando el destino de su compañero. Dos veces levantó una esquinita de la cortina y miró hacia afuera a la oscura noche. El leopardo podía olerle, oír sus suspiros, sus movimientos cambiando de posición mientras su peso oscilaba constantemente de adelante a atrás en un intento de aliviar los músculos aletargados y mantenerse alerta. Este hombre también acariciaba su arma, fantaseando con lo que haría a las dos mujeres cuando las tuviera en sus manos.
El leopardo se adelantó hasta que estuvo a varios pies de su presa antes de congelarse en posición, hundido sobre la alfombra, encorvado. El felino permaneció perfectamente inmóvil, sus ojos fijos sin parpadear sobre la presa. El hombre se volvió y miró directamente hacia el leopardo sin verlo, sin ser consciente de él en absoluto. Dayan esperó con toda la paciencia de mil años de caza. Para él, el círculo de la vida era interminable y tenía todo el tiempo del mundo. Observó desapasionadamente como el intruso volvía a su posición sin ver el cuerpo de su compañero o el peligro para sí mismo.
El leopardo se adelantó centímetro a centímetro una vez más sin siquiera un susurro de movimiento que le traicionara. Había acechado incontables veces y derrotado a su enemigo una y otra vez. Los implacables ojos negros nunca abandonaron su objetivo. Cuando estuvo a una distancia suficiente, se preparó para el ataque, observando, esperando la oportunidad perfecta. Golpeó con fuerza, yendo a por la garganta, la muerte rápida, y esta vez cambió de forma mientras lo hacía, inclinando la cabeza para beber mientras tomaba al hombre inconsciente.
Al momento la ráfaga de adrenalina en la sangre le golpeó con fuerza, una bola de fuego que atravesó su sistema. Lo prohibido. Adictivo como cualquier droga. Estaba hambriento y bebió profundamente, la bestia se alzaba, luchando por su supremacía. Dayan sostuvo tranquilamente el peso del hombre entre sus manos enormemente fuertes y deliberadamente pensó en Corinne. Ella le ancló, le mantuvo a salvo. Estaba allí para asegurar que no cruzaba la línea para convertirse en la misma cosa que este hombre estaba cazando. El vampiro. El no–muerto. Dayan era un hombre de los Cárpatos, tan viejo como el tiempo, uno de los antiguos que caminaban por la tierra en busca de su compañera. Sin ella tarde o temprano se verían obligados a buscar el amanecer o elegir perder su alma y convertirse en un vampiro.
La sangre se movía por su sistema, reviviendo células, músculos y tejidos, inundando su cuerpo y dándole un falso impulso. Todo en él exigía más, exigía que se alimentara mientras la fuerza vital abandonaba el cuerpo. Corinne. Pronunció el nombre de ella en su mente buscando fuerzas para resistir la feroz envestida. Una brisa fresca pareció abrirse paso hasta su piel ardiente. Corinne. Podía ver su cara... había memorizado cada centímetro de ella. La suave piel que suplicaba su toque. Los ojos verde musgo, ese color tan raro como ella. La luz de su interior, irradiando de ella. Corinne. La sintió dentro de él y eso fue suficiente. Cerró la herida con su saliva sanadora, permitiendo que el hombre muriera por su propia cuenta. Su bestia rabió durante un momento, oponiéndose a él, deseando más, deseando engullir, pero Dayan ignoró los terribles susurros de poder y se concentró en Corinne.
Su boca. El intrigante hoyuelo que iba y venía. La forma en que sus labios se curvaban en una sonrisa. Ella era extremadamente besable. Recorrió con la mirada la espaciosa casa. La casa de Corinne. Inhaló la fragancia de ella mientras recorría las habitaciones. La casa tenía techos altos, mucha madera y estaba muy limpia. Instintivamente supo que Corinne era la que se ocupaba de la casa. En el dormitorio de Lisa había ropa sobre el suelo y tirada sobre las sillas. Lápiz de labios y cosméticos esparcidos sobre un tocador. Un enorme y reluciente espejo colgado en la pared sobre el pequeño tocador. La habitación contenía la fragancia de Lisa y

dos fotos. Una era de Corinne. La otra de un hombre joven. Alto. Sonriente. Rubio como Lisa. Tenía que ser John.

Dayan estudió largo tiempo al hombre. Podía ver a Lisa en él. Sus ojos eran inteligentes, la sonrisa auténtica. Deseó encontrar algo que no le gustara, algún demonio escondido, pero parecía genuino. Dayan salió de la habitación y vagó por la casa formándose una impresión de los que vivían allí. Una gran habitación en la zona principal contenía un piano y una batería. Se detuvo durante un momento, inhalando la fragancia de Corinne. Esto era parte de su dominio; supo que ella tocaba con frecuencia el piano. Fue después de haber inspeccionado cuidadosamente la zona cuando se permitió a sí mismo entrar en la habitación de Corinne. Varios instrumentos antiguos colgaban de la pared.

El dormitorio estaba decorado con colores suaves, y estaba muy limpio y ordenado, la cama con multitud de cojines encima. La ropa de ella estaba pulcramente doblaba en los cajones y colgada en el armario. Había libros por todas partes. Libros de todo tipo. Había toda una sección dedicada a los felinos salvajes. Dayan se encontró sonriendo mientras levantaba uno particularmente grueso sobre leopardos. Las fotos eran excelentes. Sus dedos tocaron la cara que gruñía en la portada. Libros sobre el tiempo y el océano estaba apilados en el lado izquierdo de la cama. Los gruesos volúmenes dedicados a la historia de la música estaban esparcidos por el suelo junto a un equipo de música de alta tecnología.

En la pared había pósters autografiados de varios artistas. Un teclado colocado en una esquina de la habitación. Había una guitarra eléctrica apoyada contra la pared y una instrumento acústico hermosamente elaborado tendido en una caja acolchada con la tapa abierta. El soporte de CDs estaba lleno de discos que englobaban todo tipo de música imaginable. Había cintas encajadas en otra caja y discos en una tercera. Examinando por encima las cintas, se sorprendió de encontrar varias marcadas "Trovadores Oscuros".

Buscando más a conciencia, encontró discos raros y grabaciones de contrabando de diversos artistas.

Sobre la cama yacía un block de notas llenos de letras de canciones escritas con una letra pequeña y limpia. Su caligrafía. Miró la firma y sus ojos se abrieron. Una lenta sonrisa suavizó la línea de su boca. C.J. Wentworth. El nombre era respetado en los círculos musicales. No tenía ni idea de que C.J. Wentworth fuera una jovencita. Su jovencita. Corinne. Hojeó el cuaderno. Sus palabras eran hermosas y le tocaron el corazón.

Al momento no pudo esperar más para volver a ella. Su presencia estaba en todas partes en esta habitación, su olor le envolvía en un abrazo. Inhaló profundamente, tomando la fragancia profundamente en los pulmones. Dayan divisó una foto de Lisa y Corinne riendo juntas, Corinne levantaba la mirada hacia Lisa mientras una salpicadura de agua caía sobre ambas. La yema de su pulgar acarició su cara sonriente. El sol la había bañado en un rayo de luz, un halo circundante. Era tan hermosa que le robaba la capacidad de respirar. Hacía daño mirarla. Había momentos en los que una mano gigante parecía estarle estrujando el corazón. Se preguntaba si era porque el corazón de ella trabajaba tan terriblemente, o porque eran tan guapa que hacía daño mirarla.

Sus emociones eran difíciles de diferenciar. Quería serlo todo para ella, el mismo aire que respiraba. Le preocupaba la logística de su protección. Si la unía a él con el ritual, como cada fibra de su ser exigía que hiciera, estarían atados para siempre. Ella no sería capaz de resistir la separación durante las horas diurnas, y si él mismo permanecía sobre tierra tarde o temprano mermaría su gran fuerza, que necesitaba para protegerla. Durante el día, si no estaba seguro bajo tierra estaría indefenso y vulnerable ante sus enemigos.

Dayan se sentó en el borde de la cama, su palma recorrió ausentemente la colcha con inusual ternura. Emitió una llamada, buscando información. Estaba lejos de los suyos, pero Darius era fuerte y su conexión había sido poderosa casi desde el principio de sus tiempos juntos. Tenían un vínculo de sangre, irrompible por el tiempo y la distancia. Darius era parte de su familia y respondería por su propio vínculo privado, mente a mente. *Darius, tengo necesidad de ti.*

Dayan había aprendido paciencia cientos de años antes, la paciencia del leopardo en la caza, la paciencia del océano desgastando las rocas. Se sentó tranquilamente, su mente repasando

los eventos del día para que Darius pudiera leer su problema claramente. Pudo sentir la conexión entre ellos, el poder de Darius llenó su mente. Inesperadamente, sintió una creciente emoción por este hombre que había sido tan parte de su vida. Dayan había tenido solo recuerdos de su cercanía para resistir durante cientos de años; había perdido su capacidad de sentir pronto, aunque había tenido la música que inundaba su alma, recordándole que todavía seguía vivo. Había sido una suerte retener este don sin precio cuando tantos otros lo habían perdido todo.

Nos alegramos de tu descubrimiento, Dayan. Solo la voz le reconfortó y dio a Dayan una sensación de bienestar, un sentido de familia. Darius había liderado su pequeño grupo infaliblemente a través de años de guerra y caza de vampiros. Los había mantenido unidos, les había dado un propósito, protegiéndoles y enseñándoles a sobrevivir en esos primeros años*. Desari y Tempest no puede esperar a conocer a tu compañera.*

Debo consultar a un sanador. La necesidad es grande y la situación complicada. Está embarazada.

Encontraremos a los mejores que nuestra gente puede ofrecer y los llevaremos a ti tan rápidamente como sea posible. Empezaremos a viajar hacia ti inmediatamente.

Tenemos enemigos aquí. Quizás la sociedad ha encontrado a mi compañera, o quizás tenemos un nuevo enemigo. Alguien del Centro Morrison, una organización para la investigación psíquica, ha intentado secuestrarla. Utilizaban armas y tenían violencia en sus mentes. Ve con cuidado, Darius, y cuida de que los otros lo tengan también.

Ya he enviado unas palabras a los otros. Llegaremos en unos días, Dayan.

Te agradezco tu preocupación, Darius. Ni siquiera sé si nuestro enemigo es su enemigo, pero encontraré una forma de mantener a Corinne a salvo. Si algo me ocurriera...

Ella siempre estará bajo mi protección y bajo la protección de tu familia. Ocúpate de mantenerla con vida hasta que llegue el sanador. Era una orden. *No os perderemos a ninguno de los dos, Dayan*. La voz hablaba con confianza extrema.

Con un pequeño suspiro Dayan volvió su atención al problema que tenía entre manos. Tenía que sacar los cuerpos de los intrusos de la casa de Corinne. El leopardo había aplastado las gargantas de los dos hombres, estrangulándolos en vez de desgarrarlos. Quedaba poca sangre donde las heridas de pinchazos se habían producido. Había tenido cuidado de no manchar la alfombra. No quería señales de que dos hombres habían estado en la casa.

Dayan levantó los cuerpos fácilmente, echándoselos al hombro y saliendo al patio trasero. La noche decaía, y tenía mucho que hacer. Se lanzó al aire, cambiando de forma mientras lo hacía, llevándose a los hombres con él mientras volaba por el cielo, acumulando nubes oscuras para cubrirse de cualquier posible observador. Se movió veloz, una forma oscura atravesando los cielos con su carga.

Dayan, como todos los de su raza, era enormemente fuerte, y el peso muerto de los dos cuerpos no significaba nada para él. Disfrutaba de la noche, los sonidos, las canciones, la pura belleza de todo ello. Le rodeaba, envolviéndole en su música. Las estrellas relucían como diamantes, un brillante despliegue, y bajo él los árboles se mecían con el viento. En la oscuridad las hojas parecían de reluciente plata. Sobrevoló un pequeño lago y la superficie brilló como cristal. El mundo nunca le había parecido tan hermoso. Habiendo vivido tanto tiempo sin colores, Dayan encontraba su vuelta abrumadora. Quería abarcarlo todo, volver la cabeza a su paso para poder verlo todo.

Lejos de la ciudad encontró lo que estaba buscando, un profundo bosque. Dayan tomó tierra, sus alas se disolvieron mientras tomaba su propia forma. Con un ondeo de la mano abrió la tierra e hizo flotar los cuerpos al interior del profundo abismo, tirando las armas aplastadas sobre los restos. En las alturas, construyó una tormenta, acumulando nubes negras que se arremolinaron en el aire sobre él haciendo que se arqueara el relámpago, venas de blanca y ardiente energía saltaban de nube en nube. Los látigos danzantes fueron dirigidos al interior del hoyo de forma que ambos cuerpo quedaron rápidamente incinerados. Nadie encontraría sus tumbas. Con un ondeo de la mano, la tierra volvió a cerrarse sobre las cenizas. El viento

esparció hojas y ramas sobre la tumba para que pareciera no haber sido perturbada durante años.
Dayan dispersó la tormenta y, con la forma de una lechuza, voló veloz hacia la casa segura donde Cullen esperaba con Corinne y Lisa. Estaba ansioso por volver a ella, por estar en su compañía, por ver que era real y uno un producto de su imaginación.

CAPITULO 3

Corinne estaba sentada enroscada en una silla mullida, con los pies encogidos bajo ella y la cabeza descansando sobre un brazo. El pelo le caía en cascada como una sedosa cortina rodeándole la cara. Estaba sentada en la oscuridad esperando, El corazón la golpeteaba a un ritmo accidentado. Temblaba por dentro.
Lisa y Cullen habían estado charlando tranquilamente durante un rato en el pequeño dormitorio junto al vestíbulo antes de que Lisa finalmente cayera dormida. Cullen se había tumbado cerca de Lisa, cabeceando él mismo, con el brazo colocado protectoramente alrededor de la cintura de la mujer.
Corinne esperó despierta, con el miedo palpitando en ella como el latido de un tambor, tan irregular como su corazón. No tenía ni idea de como había llegado a estar tan ligada a un completo desconocido. Cada célula de su cuerpo necesitaba saber que no le había pasado nada. Podía recordar cada detalle de la cara de él, cada expresión fugaz. Se sentía sola y asustada sin él, y eso estaba totalmente fuera de su carácter. No estaba segura de qué hacer. Era ella la que siempre se ocupada de los detalles del día a día. Fijaba las citas y pagaba facturas, se aseguraba de que Lisa estuviera donde se suponía que tenía que estar y que el negocio de John fuera como la seda. No se colgaba por altos y guapos desconocidos en bares, ciertamente no de uno famoso. Escribía canciones para muchos músicos famosos, pero nunca se le había ocurrido dejarse impresionar por ninguno de ellos.
No oía nada más que el latido de su propio corazón, pero cuando levantó la mirada, Dayan se erguía sobre ella, alto, fuerte y vivo. El aire entró precipitadamente en sus pulmones y pudo respirar de nuevo. Corinne sintió un inesperado y completamente inaceptable deseo de trazar los ángulos y planos de esa cara con la punta de los dedos. Necesitaba tocarle, asegurarse de que estaba ileso. Una pequeña sonrisa trepó a su suave boca.
– Estaba preocupada.
Dayan se inclinó para posar su mano sobre la satinada mejilla de ella. El estómago de Corinne dio un curioso vuelco, el tacto de él le provocaba un extraño anhelo de más.
– No había necesidad, Corinne, pero gracias por tu preocupación. – Pronunció su nombre como una caricia.
Ella sacudió la cabeza, sorprendida por su reacción ante él. Era verdaderamente letal. Nadie la había mirado nunca como hacía él. Sus ojos eran intensos, insondables, oscuros, peligrosos y misteriosos, recorriéndola posesivamente. Tan hambrientos. ¿Podría alguna vez alguien rechazar tal anhelo? ¿Tal intensa necesidad?
– Debería haber llamado a la policía. – Confesó ella en un pequeño susurro. – No sé por que escuché a Cullen. Nunca escucho a nadie cuando sé que no están siendo lógicos, pero fue tan inflexible.
– Menos mal que no lo hiciste. – Dijo Dayan suavemente.
Ella levantó la mirada hacia él por debajo de sus largas pestañas.
– ¿No eres un criminal de algún tipo, verdad? Esa parece ser la única explicación para que Cullen se pusiera así.
De nuevo él sonrió, una lenta y sexy curva que acentuó la línea sensual de su boca. Se agachó junto a la silla de forma que su cabeza quedó al mismo nivel que la de ella.

– ¿Parezco un criminal? – Su voz sostenía esa extraña magia negra, susurrando sobre su piel hasta hacerla estremecer, pero en lo más profundo de sus entrañas una llama empezaba a arder apasionadamente y esparcía calor líquido como lava fundida a través de su cuerpo.
– Incluso si no lo eres, deberías estar totalmente prohibido por ley. – Barbotó antes de poder censurar sus palabras.
Esos negros, negros ojos brillaron con diversión masculina.
– Me tomaré eso como un cumplido. No me dijiste si te gustó mi actuación.
Ella levantó la cabeza, dejando caer su abundante pelo sobre el hombro, un gesto puramente femenino, completamente sexy.
– Sabes muy bien que eres fenomenal, no tengo que decírtelo yo. Todo el mundo lo dice.
– Pero la opinión de todo el mundo no cuenta para mí. Sólo la tuya. – Lo decía completamente en serio, como si ella fuera la única en su mundo. Sus profundos ojos negros no abandonaban su cara. Ni siquiera parpadeaban.
Corinne quiso apartar la mirada, temiendo que él fuera capaz de hipnotizarla, pero en vez de eso se sintió caer en las profundidades de esos ojos. Eran tan hermosos, no se parecían a ningunos otros ojos que hubiera visto jamás. La estaba empujando a responder. Tenía que responderle porque era necesario para él. La hacía sentirse así.
– Tocas absolutamente genial. Nunca había oído nada igual. Quiero oírte cantar de nuevo.
– Eres C.J. Wentworth. No dejaste escapar ni una palabra acerca de la famosa C.J. que es capaz de hacer famoso a cualquiera con sus canciones.
El color inundó otra vez la cara de ella, y durante un momento Dayan hizo todo lo que pudo para no inclinarse y tomar su boca. Parecía tímida, pero tan tentadora que quiso acercarla y abrigarla contra su corazón.
Corinne se encogió de hombros modestamente.
– He tenido suerte con mis canciones, pero no son nada comparadas con las que tú y Desari componéis. Vuestra música y letras se quedan en la mente.
– Tienes grabaciones de nuestras giras. – Acusó él, una débil sonrisa se insinuaba en sus ojos.
Ella le lanzó una pequeña sonrisa descarada.
– No fueron baratas, de cualquier forma. Tuve que pagar una fortuna. Lo extraño es que hace unos pocos años me hice con un viejo disco. La banda se llamaba los Trovadores Oscuros, pero la grabación era de 1920. – Le estudió la cara, rasgo a rasgo. Era un hermosa máscara, que no dejaba entrever ninguno de sus pensamientos. – La mayor parte de los tratantes saben que adoro los viejos discos y que estoy dispuesta a pagar por ellos. Cuando uno de ellos me vendió ese disco me obsesioné con la música. Era diferente, increíblemente hermosa, casi fantasmal. Deberías oírlo, Dayan. Cuando oí por primera vez el nombre de tu banda, pensé que podría haber alguna conexión y tenía que oír vuestra música. Me llevó mucho tiempo y una gran suma de dinero adquirir las cintas en el mercado negro. Sé que no sois la misma banda, pero te lo juro, las similitudes son asombrosas. La música es diferente, por supuesto, de una época diferente, pero el estilo, la forma de tocar, es como la vuestra. He escuchado ese disco una y otra vez, y juraría que los músicos son los mismos. ¿Sabes como puedes escuchar algo y saber quién está tocando solo por como suena? – Las palabras barbotaron de ella a causa de la excitación. Estaban hablando de músico a músico.
Él se pasó las manos por la seda oscura del pelo, su mirada intrigada sobre la cara de ella, bebiendo de ella. Devorándola con los ojos. Esa grabación había sido un error. No se les había ocurrido que la tecnología algún día sería capaz de identificar a un individuo por la voz. Afortunadamente, se habían producido pocos discos. Se habían ocupado con calma de rastrear y destruir cada copia. Obviamente, no habían tenido éxito.
– ¿Bueno, los has oido? ¿Utilizarais su nombre deliberadamente? – Exigió Corinne, el misterio daba vueltas en su mente. – Tienes que oír ese disco, Dayan. He estudiado música toda mi vida y tengo un gran oído. Juraría que eres tú el guitarrista principal.
– Eso es porque soy yo. – Respondió él honestamente, permitiendo que una sonrisa traviesa iluminara las oscuras profundidades de sus ojos.
Corinne parpadeó hacia él.

– Así que eso querría decir que tienes al menos cien años. Estás muy bien conservado, Dayan.
– Gracias. – Se inclinó ligeramente por la cintura con una curiosa elegancia del Viejo Mundo que le pegaba.
– De nada, aunque si estás pensando en una relación, te temo que está fuera de cuestión. No puedo salir con un hombre que tiene cien años.
La sonrisa de él se amplió hasta que sus dientes blancos brillaron hacia ella, dejándola sin aliento. Él extendió una mano para colocarle un mechón de pelo vagabundo tras la oreja, la punta de los dedos se demoraron contra la piel en una liguera caricia.
– Cuando te miro apenas puedo respirar. – Admitió él seriamente, derritiéndole el corazón. – Eres tan hermosa.
Corinne tomó un profundo aliento, intentando con fuerza no permitir que un color salvaje le trepara por el cuello hasta la cara. Alguien tenía que ser sensato. Intentó no mirarle para poder pensar más claramente.
– Dayan, estoy muy embarazada.
– Deberías estar más grande. – Dijo él amablemente, pero era una clara reprimenda. – Ahora tendré que añadir eso a mi creciente lista de cosas por las que preocuparme en lo que a ti concierne. – Extendió la mano con perezosa facilidad y capturó un mechón del pelo de Corinne, flotándolo entre el pulgar y el índice como si no pudiera contenerse.
– El bebé está perfectamente sano. – Dijo ella a la defensiva, intentando desesperadamente no dejarse afectar por la intimidad de su toque.
Él le tiró del pelo.
– ¿Qué ha dicho el médico sobre tu salud?
Corinne intentó agachar la cabeza, pero la mano le Dayan le cogió la barbilla, sus ojos negro capturaron su mirada, negándose a renunciar a su control.
– Respóndeme, cariño.
Era raro, pero podía sentir la voz de él acariciando las paredes de su mente, empujándola a responderle. Quería contárselo a pesar de su natural inclinación a mantener ciertas partes de su vida en privado. Se encogió de hombros.
– Bueno, ya sabes. Los médicos tienen una forma de hacer que todo parezca peor de lo que es. Más bien hablemos de qué encontraste en nuestra casa.
Dayan se movió, una amenazante ondulación de músculos que hizo que el corazón se le pusiera en la garganta una vez más, aunque él sólo se había puesto en pie, estirándose como un enorme felino de la jungla antes de extender las manos hacia ella. La levantó fácilmente, como si no pesara más que una niña, y se deslizó a través de vestíbulo hasta un dormitorio. Corinne cerró los ojos con fuerza durante un momento, su mano se arrastró hasta el cuello de él.
– ¿Qué estás haciendo?
– Si vamos a hablar, cielo, creo que será mejor que estés cómoda. No negaré que tengo en mente hacerte el amor toda la noche, pero soy totalmente consciente de tu embarazo y las dificultades que presenta, así que prometo ser cuidadoso. – Había un liguero rastro de humor en su voz, como si supiera que solo pronunciar las palabras, admitir su deseo por ella, enviaría un calor que recorrería todo el cuerpo de Corinne. Como si supiera que su deseo era contagioso.
Dayan la colocó en medio de una cama de matrimonio y se inclinó sobre ella, sus ojos negros recorriéndole la cara intensamente. La palma de la mano de ella empujó contra su amplio pecho con alarma, en un esfuerzo por contenerle. Los ojos de Corinne se veían enormes en su cara, aprensivos. Las palabras rituales latían en la cabeza de Dayan; su cuerpo mismo se tensaba por de la necesidad de unirla a él. Ella era su compañera, su lugar estaba a su lado, y la necesitaba desesperadamente. Había estado solo tanto tiempo, tantos siglos. Ella estaba aquí. En la misma habitación que él. Corinne.
Se quedó tendida muy quieta, como un pequeño animal atrapado por la mirada del depredador, temerosa de moverse. No podía apartar la mirada de esos ojos negros, la intensidad, la terrible necesidad desnuda. Quiso abrazarle, hacer que se desvaneciera esa dura

Librodot

y solitaria mirada para siempre. Su palma, la pequeña barrera entre ellos, tembló cuando levantó la mirada, hipnotizada por la vulnerabilidad de él cuando parecía tan invencible.
– Dayan. – Susurró su nombre... un suave suspiro en realidad, ¿o una invitación? Si ella no lo sabía, ¿cómo podría saberlo él?
Dayan le cogió la mano, llevándose los dedos a la calidez de su boca.
– No hay nada que temer, Corinne. Nunca haría nada que pudiera hacerte daño a ti o a la niña. No puedo evitar desearte, pero hasta que sea seguro, creo que ambos tendremos que sufrir.
Ella se encontró sonriendo mientras se movía para permitir que él se estirara a su lado. Por qué confiaba tanto en él, tan rápidamente, no podía imaginarlo, pero no importaba. Le gustaba estar junto a él, se sentía reconfortada solo con su presencia. Era sólido y cálido, sus brazos fuertes cuando la empujaron hacia él, encajándola en la curva de su cuerpo. Se estremeció, más por la proximidad del hombre que por el fresco aire nocturno, pero le gustó la forma en que instantáneamente él tiró de una colcha para cubrirlos a los ambos incluso a pesar de que sabía que él no tenía frío.
– ¿Vas a contarme lo que encontraste en nuestra casa?
– ¿Vas a creerme? – Formuló la pregunta tranquilamente, pero ella pudo sentirle esperando en la oscuridad por su respuesta.
– Olvidas que mi marido fue asesinado. Sé que había alguien en la casa. – Respondió firmemente. – Lo sentí.
Él hizo una mueca involuntaria ante la palabra marido. John. Su marido, John. Dayan tenía que sobreponerse a esa enfermiza sensación que tenía cada vez que ella le mencionaba. John había sido parte de su vida durante muchos años, primero como amigo de la niñez, después como marido. Una parte de ella le amaba, siempre le amaría. Le cogió un mechón de pelo y se llevó las sedosas hebras a la cara, inhalando la fragancia que era tan única como ella.
– Había dos hombres en la casa. Tenían armas y órdenes de secuestraros a las dos.
Los grandes ojos de ella le recorrieron la cara.
– ¿Por qué?
– Hace unos meses nuestra banda recibió noticia de que estábamos en una lista de objetivos.
Fue entonces cuando conocí a Cullen. Él arriesgó su vida para advertirnos. Hay una sociedad, un grupo de fanáticos que creen en vampiros.
Corinne levantó la cabeza de la almohada para mirarle con sorpresa.
– Tienes que estar bromeando. ¿Vampiros? ¿Hoy en día y en esta época? ¿Y qué tiene eso que ver conmigo? ¿O contigo, ya que estamos?
– Dijiste que eras diferente, que John había ido a hablar con alguien sobre sus diferencias. Esa es la clase de cosas que esa gente busca. En el momento en que él puso un pie en el Centro Morrison, dieron contigo. ¿En qué forma eres diferente, Corinne?
Su voz parecía mágica en la oscuridad, suave terciopelo acariciando su piel y su mente. Adoraba el sonido de su voz, su acento interesante, que no podía identificar. La forma en que retorcía ciertas palabras haciendo que sonara una mezcla de Viejo Mundo y moderno.
– Puedo mover cosas sin tocarlas. – De algún modo era más fácil hacer la confesión en la habitación oscura con el cuerpo de él tendido cerca del suyo, con la palma de la mano descansando sobre el latido firme del corazón del hombre. Esperó su reacción, su burla, su sorpresa. Esperó que se levantara y tranquilamente se apartara de ella. Corinne no lo notaba, pero su corazón se había vuelto loco, latiendo irregularmente de nuevo mientras esperaba a que Dayan respondiera.
Dayan capturó la mano que reposaba sobre su corazón, llevándose los nudillos a la boca de forma que su aliento recorriera la piel de ella, cálido y tranquilizador.
– Es un don asombroso el que tienes. También yo puedo hacerlo.
Corinne volvió la cabeza para mirarle
– ¿De veras? Nunca había conocido a nadie más que pudiera. Es genial. A Lisa no le gusta que lo haga, pero no puedo contenerme. John sabía cosas. Como que el teléfono iba a sonar y quien llamaría. Nunca había conocido a nadie más que pudiera mover objetos.

– Puedo hacer otras cosas también. – Le dijo suavemente, sus dientes blancos le mordisqueaban los dedos, adelante y atrás con un ritmo reconfortante que hizo que su corazón se tranquilizada e igualara el firme patrón del de Dayan.
Lágrimas de alivio ardieron tras los ojos de Corinne. Alguien que podría entenderla. Lisa fingía que Corinne era como todos los demás. Ya tenían suficiente trauma en sus vidas sin añadir otras cargas.
– ¿Puedes leer las mentes?
Dayan asintió solemnemente.
– Si. No tengo que tocar a la persona para leer sus pensamientos. Fue un tremendo alivio saber que me encontrabas atractivo al verme, porque tú me dejaste sin aliento.
Una lenta sonrisa curvó la suave boca de Corinne.
– Eso es trampa. ¿De veras puedes leer mi mente?
– Ahora mismo estás intentando mantener tu mente totalmente en blanco y te preguntas si hay alguna forma de que puedas censurar tus más, ah... ¿cómo podría decirlo delicadamente...?
Corinne estalló en carcajadas, el sonido resultó suave e invitador en la privacidad del dormitorio. Dayan cerró los ojos en un intento de controlarse a sí mismo. Su cuerpo ardía de deseo, un dolor duro y urgente. Pequeños martillos parecían estar perforándole el cráneo. El cuerpo de ella era suave y tentador contra el suyo, sus curvas encajaban en los duros ángulos de su propio cuerpo. Encajaban a la perfección. Se sentía dolorido de deseo y soledad. En su interior la bestia luchaba por liberarse, rabiando contra las restricciones que Dayan se había autoimpuesto. Se recordó una y otra vez que primero y siempre estaba la salud y bienestar de ella. Permitió que su olor y el sonido de ella se derramaran sobre él, dentro de él, a través de él, para que la sensación le centrara y equilibrara.
Aún no estaban unidos, pero ella estaba dentro de él, dándole el precioso don del color y la emoción. Estaba allí, viva y real, una verdad que apenas podía asimilar. Corinne. Su nombre era una luz en la terrible oscuridad de su alma. Brillando solo para él. Conduciéndole lejos de la senda en la que tantos otros de su raza habían desaparecido por toda la eternidad. Corinne. Respiró su nombre, y calmó su cuerpo rugiente con el conocimiento de que ella estaba a su lado.
– No vayamos por ahí. – Dijo Corinne suavemente, con risa en su voz. – ¿Cómo supo esa gente que tú tienes dones? ¿Y por qué pensarían que sois vampiros? – Era mucho más seguro mantener la conversación lejos de la forma casa hechizada que se sentía en su compañía.
– Creo que hay muchas razones. Nuestro estilo de vida, viajando de país en país, parece raro a muchos. El nombre de nuestra banda puede haber contribuido a crear la sospecha en la sociedad. Tenemos dos leopardos domesticados que viajan con nosotros. Dormimos durante el día y actuamos por la noche. En cierta forma todo parece indicar que somos vampiros. Intentaron matarnos disparando contra el escenario cuando estábamos actuando. – En la oscuridad se encogió de hombros. – Cullen solía pertenecer a la sociedad.
– ¿Cullen? – Repitió el nombre alarmada, sorprendida de que Dayan pudiera decirlo tan casualmente. Lisa estaba sola en la otra habitación con Cullen, dormida y muy vulnerable.
Dayan tocó su mente gentilmente, su mano le recorrió la cara.
– Cálmate, cielo. Cullen arriesgó su vida para advertirnos. Esos asesinos quieren dar con él más que con nosotros. Estoy con él para protegerle. Mi familia tiene con él una gran deuda. Gracias a ti, puedo sentir amistad de nuevo, incluso afecto, donde antes solo había una deuda de honor. Ya me has dado más de lo que nunca sabrás.
– No entiendo todo eso lo de los vampiros. ¿Por qué la policía no coge a esa gente? – Corinne estaba ignorando deliberadamente sus extrañas referencias a ella. No entendía su atracción por él, la forma en que necesitaba estar con él cuando nunca había necesitado a nadie en su vida. Se sentía segura con Dayan, pero al mismo tiempo amenazada de alguna forma elemental y muy excitante.
– Este grupo opera del mismo modo que una organización terrorista. Golpear y huir, mantenerse en secreto. Solo los del estrato más alto saben quien pertenece a ella. Nadie confía en nadie. Algunos de los de abajo no tienen ni idea de que van por ahí matando. Sé que suena

estrafalario, pero desafortunadamente la sociedad es muy real. Tenemos que protegernos todo el tiempo. Si esa gente se ha fijado en ti y en Lisa, necesitáis protección también. No pararán hasta hacerte daño. De algún modo tenemos que encontrar una forma de convencer a Lisa de que está realmente en peligro. Se resistirá a la verdad porque no quiere que nada más cambie en su vida.

– Para Lisa ha sido mucho más duro que para John o para mí. Cuando éramos muy jóvenes, su padre empezó a salir con mi madre. Era principalmente una relación de borrachos. Nosotros no lo sabíamos entonces, pero su padre cuando bebía era extremadamente violento. Para resumir la historia, su padre mató a mi madre. Lisa entró cuando él la estaba golpeando con una barra de hierro, y derribó a Lisa, le puso una bolsa en la cabeza, la tiró en el maletero del coche con el cuerpo de mi madre y las roció con gasolina. John lo supo... el siempre sabía cosas, y entre los dos nos las arreglamos para liberar a Lisa sin que su padre se diera cuenta. – Corinne había abierto el maletero utilizando su don único. – Lisa, John y yo permanecimos juntos. Vivíamos principalmente en las calles, cuidando de nosotros mismos. – Lo dijo apresuradamente, en un pequeño arrebato, no queriendo demorarse en los penosos detalles de su niñez. Nunca hablaba de esos tiempos, nunca revelaba detalles de su vida anterior a nadie, pero no podía evitar a dar Dayan todo lo que le pidiera.

Dayan entrelazó sus dedos con los de Corinne, totalmente consciente de la pena que latía en ella, el horror de esos recuerdos.

– Después del asesinato, Lisa estaba tan mal que no habló durante días. Me sentaba con ella durante horas y la mecía adelante y atrás, y ella se aferraba a mí cuando se derrumbaba y empezaba a llorar. John era nuestra roca; robaba comida para nosotras y nos mantuvo a salvo cuando crecimos. Finalmente todos acabamos trabajando de camareros. Lisa fue descubierta por una gran agencia de modelos. Después de eso no tuvimos que preocuparnos de tener un techo sobre nuestras cabezas. Y yo ya hacía dinero escribiendo canciones, así que ingresé en un conservatorio de música. John tuvo mucho éxito como decorador de exteriores. Vivíamos juntos como una familia.

Él tocó su mente muy gentilmente, no deseando resultar intrometido cuando ella estaba revelando recuerdos dolorosos, pero quería "ver" los detalles. La vida de ella había sido difícil, y pudo captar claramente su lealtad y amor por John y Lisa. Juntos habían formado una familiar y cuidaban los unos de los otros en un mundo enloquecido. Virtualmente se habían criado a sí mismos en medio de un ambiente duro y se las se las habían arreglado para seguir buenos y sensibles a pesar de todas las probabilidades en contra.

– Lisa no es diferente del mismo modo que tú. – Declaró él, la mano se le enredaba en la espesa melena de ella.

– Estábamos aterrorizados por el padre de Lisa. Solo Dios sabe qué habría hecho él de haber visto mi don o sabido de lo que hacía John. Lisa todavía tiene miedo y prefiere no hablar de nuestras diferencias. – Sin pensar, Corinne se enterró cerca de la calidez de él. – ¿Por qué esa gente se ha fijado en Lisa? No es como si ella hiciera algo extraño. Nadie podría pensar que es malvada.

– No importan sus razonamientos, tenemos que protegerla. Te he buscado desde hace mucho, Corinne. Sé que has aceptado tu muerte como inevitable porque los médicos humanos te han convencido de que no hay esperanza, pero no va a ser así. Vas a salir de esta y pasar tu vida conmigo. – Su pulgar se frotaba la cara interna de la muñeca, una caricia que le penetraba a Corinne hasta los huesos.

– Has dicho médicos humanos. ¿Los hay de otra clase? – Estaba intentando bromear con él porque sonaba tan intenso.

– Quiero intentar algo. Yo no soy realmente sanador, pero puedo ayudarte, al menos durante un corto tiempo si me permites hacerlo. – Dijo Dayan tentativamente. Se estaba adentrando en un territorio nuevo para él, tanteando su camino cuidadosamente. Pero la salud de ella era tan frágil, quería ayudar de cualquier forma que pudiera.

– ¿Qué quieres decir? ¿Cómo curar por la fe? – Intentó no sonar escéptica, pero estaban hablando de vampiros, fanáticos religiosos y otras cosas altamente improbables. Aún así, a

Librodot

Corinne no le importaba la extraña conversación; disfrutaba estando allí tendida en la oscuridad junto a él, susurrando suavemente.
– Hazlo por mí. – Ahí estaba esa cualidad mágica en su voz que siempre la hacía desear hacer cualquier cosa por él. ¿Cómo podría alguien resistirse a él?
– Dime que he de hacer.
– Sólo quédate quieta y déjame intentarlo. Tengo que abandonar mi cuerpo y entrar en el tuyo. Normalmente esto lo hace un sanador, no alguien como yo. He enviado a buscar a los mejores de los nuestros, pero hasta que llegue el sanador, estoy seguro de que puedo ayudarte.
Corinne le creyó. No sabía por qué creía que él podía hacer lo que aseguraba... era absurdo... pero podía ver su confianza y le creía. Era algo raro que él pudiera leerle el pensamiento, pero no le molestaba mucho, ciertamente no como lo haría si fuera cualquier otro el que asegurara poder hacer tal cosa. Se tendió perfectamente quieta, esperando, sin protestar, a ver que hacía.
Junto a ella, Dayan se quedó inmóvil, ni un solo músculo se movía. Incluso su respiración pareció cesar. Corinne sintió una calidez en su interior, creciendo, moviéndose, esparciéndose. Oyó un lejano canto. Las palabras estaban en otro idioma, sosegadas y hermosas, tanto que se relajó completamente. La voz era masculina, definitivamente la de Dayan, pero estaba en su mente, no pronunciada en voz alta. Tenía una hermosa voz.
Dayan examinó el corazón cuidadosamente expandido, después se volvió hacia el bebé. Un diminuto infante, una niña. Era hermosa, completamente formada y consciente de su intrusión. Tranquilizó al bebé inmediatamente, enviando oleadas de serenidad que la rodearon. Tenía las mismas habilidades que su madre; quizás incluso más fuertes. Aunque extremadamente pequeña, el bebé estaba perfectamente formado, necesitaba solo madurar para salir al mundo exterior. Dejó a la niña con ánimo y volvió a su misión primaria. El corazón de Corinne estaba definitivamente agotado.
Él no era sanador y no tenía las habilidades necesarias para reparar su corazón. Podría darle su sangre para ayudar a fortalecerla, pero no tenía ni idea de lo que eso haría a la niña. Tuvo que tocar la mente de la niña, reconocerla como persona; sabía que Corinne realmente la amaba. No podía arriesgarse a dañar al bebé, no a menos que el tiempo de Corinne se acabase. Todavía canturreando suavemente el ancestral canto sanador, Dayan hizo lo que pudo para apuntalar el débil y esforzado corazón.
Corinne supo el momento exacto en que él salió de su cuerpo. La calidez se había marchado, y sintió la falta de su presencia instantáneamente. Volvió la cabeza para mirarle, ligeramente aturdida. Quizás era un hechicero de magia negra. Estaba totalmente embrujada por él, completamente bajo su hechizo. Cuando su negra mirada encontró la de ella, vio hambre allí, un terrible y doloroso deseo, un vacío que solo ella podía llenar. Corinne lo sintió, aunque se percató de que la intensidad de las emociones de ambos tenía poco sentido.
– Acabo de conocerte. – Ofreció suavemente, sus ojos verde musgo examinándole la cara. Dayan unió sus manos de nuevo, posando la de ella sobre su propio corazón.
– Te he buscado por todo el mundo, a través del tiempo y distancias que no puedes ni imaginar. Tú eres la única. Mi otra mitad. Mi compañera. – Su voz era gentil, susurrando sobre ella como terciopelo.
Corinne se estremeció, avanzando más cerca de la protección de su cuerpo fuerte sin darse cuenta lo que hacía.
– Me gusta esa palabra. Compañera. Suena mágica. Como si quisiera decir que somos uno. – Sus ojos se abrieron de par en par. – Puedo respirar más fácilmente, Dayan, realmente puedo hacerlo. ¿Qué has hecho? – Estaba experimentando ese extraño fenómeno de nuevo: su corazón latía al mismo ritmo exacto del de Dayan. – ¿Oyes eso? Escucha nuestros corazones.
– Estamos hechos el uno para el otro, dos mitades del mismo todo. – La informó él gentilmente, sabiendo que ella no lo entendería. Él lo decía literalmente mientras ella pensaría que hablaba figuradamente. – Eres la otra mitad de mi alma, la luz de mi oscuridad. Yo llevo la otra mitad de tu corazón. Nos pertenecemos el uno al otro, Corinne.
Ella adoraba la forma en que él pronunciaba su nombre, un perezoso arrastrar, su extraño acento retorciendo las vocales hasta hacerlo intrigantemente sexy.

Librodot

– Que raro, yo nunca he creído en el amor a primera vista. Eres arrollador. Te concederé eso. No puedo decidir si es la forma en que tocas la guitarra o el sonido de tu voz lo que me hace perder el poco sentido común que tengo. ¿Qué crees tú que es?
– Algo me hizo entrar en ese bar esta noche. – Respondió él suavemente, sus dientes mordisqueándole la yema del pulgar. Ella podía sentir cada gentil mordisco correr hacia abajo hasta la punta de los pies. – Te imaginé. Eres mi fantasía hecha realidad.
Ella rió entonces, el sonido como música en los oídos de Dayan, una melodía que ni siquiera su guitarra podía igualar.
– Completa incluso con un bebé en camino, un corazón averiado, y asesinos asechándome. Yo diría que necesitas soñar de nuevo, Dayan, no has hecho muy buen trabajo. – Quería ser realmente lo que él había soñado, deseaba ser la que él necesitaba.
– Tú eres la única que necesito.
Estaba tan seguro, era tan intenso. No había rastro de sonrisa en sus ojos negros, en vez de eso esa extraña mirada le recordaba a Corinne la de un depredador. Parecía peligroso. Cambió de tema bruscamente. Su relación no podía llegar en realidad a ninguna parte, así que ¿de qué servía especular?
– ¿Cómo diste con los dos hombres que estaban en nuestra casa sin que ellos te vieran?
Dayan se puso de costado, apoyando un codo sobre la cama para poder descansar la cabeza en la palma de la mano y bajar la mirada hacia ella. Podía verla claramente en la oscuridad. Era un criatura de la noche y sus ojos lo veían todo. Ahora mismo su mirada estaba enfocada en la cara de ella. Parecía hermosa, tendida allí, ignorante en su inocencia de lo que él era, de lo que era capaz.
– Necesitaba la información. – Replicó él amablemente, la punta de uno de sus dedos trazó la exuberante boca de ella porque no pudo contenerse.
– Eso no es una respuesta. – Le dijo ella firmemente. – No evites la cuestión.
– No quiero que tengas miedo, Corinne. Yo no soy siempre el más gentil de los hombres. Esos dos estaban esperando para atacarte a ti y a tu amiga. Uno de ellos había participado en el asesinato de tu marido. Si es la misma organización que intentó barrer a toda mi familia en una noche, os habrían matado a las dos. Están persiguiendo a Cullen, cuyo único pecado fue advertirnos. No me siento particularmente amable con esos individuos.
– Los enfrentaste. – Conjeturó ella. ¿Qué era lo que no le estaba diciendo? Seguramente no podía haber enfrentado a dos hombres armados solo y haberlos superado. – ¿Vas armado? – Ella odiaba las armas, esos fríos y metálicos instrumentos de muerte.
Los amplios hombros de Dayan se encogieron casualmente.
– No necesito un arma para matar. – Dijo honestamente. – No necesito un arma por ninguna razón en absoluto.
Corinne dejó escapar el aliento lentamente.
– Me alegra oír eso.
Él sabía que Corinne lo decía porque no tenía ni idea de qué era él. Un depredador, peligroso y poderoso. No necesitaba un arma; comandaba la tierra, el cielo. Podía cubrir la tierra de fuego o hacer que se moviera bajo sus pies. Solo su voz podía robar a otros la voluntad. Era un hombre de los Cárpatos, un cazador de vampiros, su fuerza era enorme, la habilidad de cambiar de forma era solo uno de sus muchos dones. Pertenecía a una especie moribunda, una raza de hombres condenados a vagar por la tierra interminablemente en busca de la luz que completara su oscuridad, de la única mujer que era su otra mitad. Sin esa mujer perdían su habilidad de sentir, de ver en color, de forma que habitaban un mundo oscuro y sombrío con solo recuerdos de honor para evitar escoger el camino del vampiro.
Los insidiosos susurros de poder estaban siempre con ellos, carcomiéndolos, llamándolos, acechándolos, una oscura bestia repleta de ansia de sangre y la necesidad de matar solo para sentir la momentánea embestida. Con el paso de los siglos, la oscura mancha crecía y se extendía, llenando a los hombres, hasta que no quedaba esperanza, solo el hambre oscura y peligrosa.
Durante los primeros siglos, Dayan había suprimido a la bestia con su música y la poesía que

amaba, pero su lucha se había incrementado en los últimos doscientos años.
– Muy recientemente ha habido un cambio en nuestras vidas. Conoces a todos los miembros de la banda, ¿verdad?
– Desari, por supuesto, vuestra cantante. Barack, Sindyl y tú. – Corinne se frotó el brazo, sintiendo la tristeza de él.
– Y Darius, cabeza de nuestra familia y guardaespaldas. El cambio fue bueno para mis hermanos y hermanas pero no para mí. Primero llegó Julian y reclamó a Desari como su compañera. Después Darius encontró a Tempest. Barack reclamó a Syndil, y yo me quedé solo. Me sentí asilado, Corinne. No puedo explicar lo difícil que fue. Lo solo que estaba. – La visión de todos ellos tan felices juntos le había dejado a él terriblemente solo. Había sido una especie de infierno estar sin ellos también. Habían pasado juntos todos los siglos de sus vidas, pero él ya no podía seguir con ellos. La visión, los sonidos y olores de las parejas hacían que su soledad fuera todavía más intolerable.
Él era diferente. Era un peligro para ellos, para las mujeres al igual que para los hombres. Veía la forma cautelosa en que Syndil siempre le miraba. Había sido atacada por uno de los suyos, Savon, después de que éste se convirtiera en vampiro. Darius había destruido al vampiro, pero todo estaba reciente.
Dayan sabía que los otros estaban preocupados por él, y eso le había perturbado, a él que no sentía nada en absoluto. Sólo soledad. Siempre y para siempre solo. No tenía miedo de Darius y su poder, como debería haber tenido. Era el segundo al mando de Darius. Darius sentía una tremenda lealtad hacia él, y habían intercambiado sangre en más de una ocasión cuando uno u otro había resultado herido. Eso los capacitaba para comunicarse en privado; también los capacitaba para rastrearse el uno al otro a voluntad, sin importar la magnitud de la distancia.
– No estás solo, Dayan; nunca pienses eso. – Susurró Corinne, lamentándolo por él. Oía la soledad de su voz y deseaba desesperadamente reconfortarle. Dayan se llevó los dedos de Corinne a la boca una vez más, besándolos gentilmente en vez de aplastarla contra él como quería. Ella había cambiado su vida para siempre. Ahora podía volver con su familia sin preocuparse, sin la amenaza de que pudiera convertirse en vampiro y tener que ser cazado y destruido. Nunca tendría que leer en sus mentes su preocupación por él, sentir su pena y pesar, sus miedos. Podía sentir el amor que les profesaba a todos, en vez de solo recordarlo. Corinne había hecho eso con solo estar en el mundo para que él la encontrara. Todos los largos siglos de espera valían la pena. Toda la soledad, todo el terrible vacío.
Corinne le llenaba de nuevo de esperanza. Nadie estaría completamente a salvo hasta que estuviera unida a él, hasta que el ritual hubiera sido completado, pero Dayan podía respirar más fácilmente. La había encontrado al fin, su Corinne. Ella le salvaría, y con él, a cualquiera para el que él hubiera representado un peligro.
– Desearía poder leer la mente. – Bromeó Corinne. – Estás muy callado y nunca respondes directamente a mis preguntas. ¿Qué pasó con nuestra conversación sobre esos hombres en mi casa? Me parecía muy importante.
– ¿Lo era? – Su voz ese perfecto susurro. – Yo encuentro que tú eres la cosa más importante de mi vida. Es difícil mantener la mente fija en algo más, pero dado que es tan importante para ti, lo intentaré.
La estaba mirando como si fuera la mujer más hermosa del mundo. Esa mirada negra vagando por su cara, posesiva, hambrienta, dolorida de deseo... con más tormento interior de que ella suponía. Estaba mirándola como un hombre mira a la mujer con la que quiere pasar toda la noche haciendo el amor.
– Eternamente haciendo el amor. – Corrigió él, probando que realmente que podía leerle el pensamiento.
Los ojos de Corinne se abrieron con sorpresa. Un sonrojo se abrió paso por el cuello hasta la cara, dando color a sus mejillas. Comprendió lo embarazoso que podía resultar tener a Dayan leyendo su mente. Pensaba demasiado en él. Pensaba en cada detalle de su apariencia... su pelo largo y espeso tan brillante como el ala de un cuervo, sus ojos negros, tan intensos y necesitados, su boca esculpida, perfectamente cincelada, moldeada y formada como una

sensual obra de arte. Medio riendo, avergonzada por no poder controlar sus caprichosos pensamientos, se cubrió los ojos con una mano bloqueando su visión.
– No hagas eso, cielo. – La reprendió él suavemente. – Nunca hagas eso. No me alegraría que no me encontraras atractivo.
– Eres demasiado atractivo. – Confesó ella. – No es real. No tengo esta clase de sensaciones precisamente todos los días.
Los dientes perfectamente blancos relampaguearon hacia ella.
– Eso es un alivio.
– Ahora te ríes de mí. – Ella trató de ahogar un bostezo que surgía. – Casi ha amanecido y no hemos llegado a nada. ¿Llamaste a la policía? ¿Es seguro volver a casa?
Dayan sacudió la cabeza.
– Quizás a coger unas pocas cosas, pero no podéis quedaros allí. Cuando esos dos hombres no vuelvan con su gente, enviarán a otros. El primer lugar en el que buscarán será vuestra casa.
– No llamaste a la policía, ¿verdad?
– ¿Por qué querríamos hacer eso? La policía no puedo hacer nada con respecto a esa gente; no pueden tocarlos.
– ¿Qué hiciste con los dos hombres de mi casa? ¿Por qué no volverán con su gente?
– Tenían órdenes de matarte, cielo. No esperarías que les dejara marchar. – Declaró él. – Fue bastante justo... ellos tenían armas.
Ella enredó los dedos entre la sedosa masa del pelo oscuro porque deseaba hacerlo desde el primer momento en que posó sus ojos sobre él.
– Eso no tiene sentido, Dayan. Me respondes, pero no de forma que pueda entender algo. Estoy cansada. – Sus largas pestañas caían continuamente a pesar de sus esfuerzos por mantenerse despierta. – Estoy demasiado cansada para sacar algo en claro de tus frases llenas de huecos. Pero no te preocupes, soy bastante buena en cosas como ésta cuando estoy completamente despierta.
Dayan se apartó con una caricia el pelo de la frente, la punta de sus dedos se demoraron en una caricia gentil.
– Puedes ir a dormir, Corinne. Estarás a salvo aquí y terminaremos esta conversación cuando no estés tan cansada. El bebé necesita dormir también. Una niñita. – Había el más liguero de los "empujones" en su voz, una compulsión oculta para provocarle el deseo de dormir.
Ella le sonrió, a sus fuertes y sensuales rasgos.
– Correcto, una niña. ¿Cómo lo supiste? – Corinne se encontró suprimiendo un bostezo.
– Cuando intentaba sanarte, comprobé para asegurarme de que estaba bien. Es hermosa, y ya muy consciente de ti. – Agachó la cabeza, su mirada ardiente recorriéndole la cara, yendo a caer sobre su boca. Se movió incluso más abajo para acariciar la esbelta columna del cuello, descansando sobre el pulso que latía allí.
Avergonzada de nuevo por el calor fundido que se extendía por su cuerpo, Corinne intentó apartar la mirada. La mano de Dayan le envolvió la garganta.
– Quiero que me desees. Justo en este momento. – Inclinó su cabeza oscura hacia la de ella, lentamente, implacablemente, su mirada negra fascinándola haciendo que no pudiera respirar.
Las pestañas de Corinne revolotearon con anticipación, sus labios se separaron ligeramente.
Él se tomó su tiempo, sin ninguna prisa porque el momento terminara, inhalando la fragancia de ella, manteniéndola cerca de él, su cuerpo inclinado protectoramente, posesivamente sobre ella. Podía sentir su cuerpo, suave y dispuesto, cada curva presionada cómodamente contra la dureza de su propia forma poderosa, y saboreó las diferencias entre hombre y mujer. Podía sentir su propia sangre caliente, y se permitió el lujo.
Corinne vio la expresión de los ojos de él cambiar de negra y sensual posesión a una mirada extraña y casi depredadora. Rojas llamas parecieron danzar en las mismas profundidades de su mirada, y pareció ferozmente hambriento y al mismo tiempo amenazante. Antes de poder reaccionar, antes de poder pensar en protegerse, La boca de Dayan encontró la suya y el tiempo pareció detenerse para ambos.

Su boca fue gentil, incluso tierna, en contraste directo con la fuerza de sus brazos y los poderosos músculos de su cuerpo. Una sacudida eléctrica la atravesó, le atravesó a él, y un millar de diminutas lenguas de fuego empezó a lamer cada pulgada de la piel de Corinne. Había tantas sensaciones, solo podía aferrarse a él, su boca cobrando vida por voluntad propia, igualando el hambre de él mientras se alimentaba de ella. El beso largo y narcotizante la hizo sentir como si la cama estuviera dando vueltas fuera de control bajo ella y su cuerpo ya no le perteneciera. Estaba empapada de ardiente fuego, llena de doloroso deseo. Dejó escapar un pequeño sonido de protesta, pero sus manos le envolvieron la espalda para mantenerle abrazado a ella.

Nada en su vida la había preparado para semejante tormenta de deseo. Tenía que tenerle justo en ese momento. Quería que él la poseyera para siempre. Su cuerpo parecía vacío sin él, cada célula clamaba por él. Si no hubiera estado embarazada, si no hubiera riesgo, le habría dado la bienvenida completamente.

Él estaba en todas partes a su alrededor, bloqueando la vista de la habitación, del mundo, estrechando su visión hasta que solo existió Dayan con su boca perfecta tomando la de ella, sus manos moviéndose sobre ella en gentil exploración. Corinne cerró los ojos cuando él profundizó el beso, mientras con la mano le enmarcaba el pecho, empujando a un lado el escote de la blusa para explorar la vulnerable línea de su garganta.

Su boca vagó hasta la comisura de la boca de ella, moviéndose a lo largo de la curva de la barbilla hacia la suave garganta. Murmuró algo tranquilizador como para calmarla, como si ella pudiera luchar.

En algún nivel de su cerebro Corinne protestaba por su comportamiento, pero no podía moverse, no podía alzar los párpados, y la autoconservación no parecía ser tan importante en ese momento. Sintió la lengua deslizarse sobre el pulso que latía en su cuello, las fuertes manos que la arrastraban aún más cerca. Su cuerpo se tensó y latió de deseo, de anticipación. Los dientes rasparon gentilmente, incitando sobre el punto latente, empapándola de ardiente líquido en respuesta. Le dio la sensación de que podría ahogarse, pero no podía moverse, tan hipnotizada como estaba por el hechizo de magia negra.

El calor ardiente y blanco la atravesó, un placer tan intenso que rayaba el dolor. Durante un momento no pudo diferenciarlos. Después fue a la deriva por un mundo de sueños mientras Dayan era indulgente son su hambre erótica, y su boca se movía sobre el pulso, alimentándose de ella hasta que Corinne pensó que podría morir de placer. Levantó los brazos para acunarle la cabeza, manteniendo la boca contra su piel.

Dayan oyó el latido de su propio corazón bombeando en su cabeza, rugiendo como la bestia de su interior que intentaba liberarse. Las palabras rituales latían en su cerebro como un tambor, llenando su mente, su corazón y alma mientras bebía. Su sangre era dulce, intoxicante, el placer le recorría como un fuego salvaje. Ferozmente ardiente. El rugido se incrementó hasta que su cuerpo ardió en llamas, urgente, exigente, doloroso en su necesidad. Susurró el nombre de ella como el talismán que era, se forzó a sí mismo a respirar, a aferrarse a su cordura, a luchar contra la rugiente bestia y sus demandas. Acarició con la lengua las dos diminutas heridas, cerrándolas con el agente sanador de su saliva, descansando la frente contra la de ella mientras luchaba por controlarse totalmente.

Corinne se sentía adormilada, aunque su cuerpo ardía, llena de un hambre dolorosa que reducía su mente a imágenes eróticas que bailoteaban. No quería que él la dejara así, su cuerpo palpitaba y lloraba por el de él, pero no podía reunir la energía suficiente como para mover los brazos. Los sentía de plomo, deslizándose lejos de él para pender inútiles sobre la sábana a su lado.

Cuando logró alzar las pestañas para abrir una diminuta rendija, y pudo ver solo los ojos de él, esos ojos embrujadores la observaban con un terrible anhelo, una terrible necesidad. Su garganta tragó con fuerza, las lágrimas ardían tras sus pestañas y se le atascaban en la garganta. Quiso borrar esa mirada la cara de él para siempre. Parecía tan solo. Tan terriblemente solo con esa desolación grabada en las líneas de su cara, ese vacío en los ojos. Corinne hizo un esfuerzo supremo por levantar la mano para que sus dedos pudieran acariciar

la forma de la boca de él. *No parezcas tan triste, Dayan. No ve voy a ninguna parte.* Solo pudo decir las palabras en su cabeza porque estaba demasiado cansaba para pronunciarlas. Sus pestañas ya caían.

Dayan le capturó la muñeca y se llevó los nudillos a los labios, una llamarada de sorpresa atravesándole. ¡No le había dado su sangre, pero la conexión entre ellos era tan fuerte! *Nunca permitiré que escapes de mí, Corinne, ni siquiera a través de la muerte. No permitiré que te sobrevenga ningún daño*.

Corinne llevó ese último pensamiento con ella mientras sucumbía a las demandas del sueño. Dayan le estudió durante largo tiempo mientras el sol empezaba a subir en el cielo. Le sostuvo la mano y simplemente la respiró, memorizando la curva de su mejilla y el barrido de sus pestañas para llevarlas con él a la tierra. Murmuró una suave orden para ella y reluctantemente la dejó mientras el sol manchaba la oscuridad y el cielo se volvía de un gris plateado.

CAPITULO 4

– Rina, despierta. – Lisa estaba inclinada sobre la cama y sacudía a Corinne repetidamente. Sus grandes ojos azules mostraban preocupación mientras miraba bastante indefensa a Cullen.
– No puedo despertarla. No puedo creer que me fuera a dormir anoche y durmiera casi la mayor parte del día. Simplemente la deje a cargo de todo cuando es tan frágil.
– No te preocupes. – La consoló Cullen mientras le tomaba el puso a Corinne. Dayan había vuelto la noche pasada y probablemente había trabajado en sanarla. Sólo necesitaba dormir. – Mira, Liza; su pulso es fuerte.

– Quiero que se despierte. – Lisa estaba cerca de las lágrimas. Corinne, enterrada entre mantos de niebla, reconoció la voz de Lisa y supo a causa de la larga experiencia que Lisa estaba muy nerviosa. No era habitual en Corinne responder a la llamada luchando por alcanzar la superficie cuando lo que quería realmente era dormir. El corazón de Corinne empezó a latir alarmado. ¿Qué demonios le pasaba? Sentía el cuerpo pesado, y no *quería* despertar. Su mente dio vueltas a la cuestión una y otra vez en un intento de hacer que tuviera sentido. Corinne se concentró en su mano, sus dedos, cada músculo por separado. Era extraño sentirse tan desconectada de su propio cuerpo.

Lisa jadeó y se agachó, aferrando la mano de Corinne.

– Ha movido los dedos, Cullen. Creo que se está despertando. Rina, vamos, chica, despierta. – Animó.

Corinne oyó la voz mucho más claramente mientras otra capa de niebla parecía elevarse entre ella y el mundo. Luchó por alzar los párpados. *Abriría* los ojos. Se obligó a concentrarse con fuerza, recurriendo a cada onza de poder que pudo reunir. Era raro, pero estaba segura de que algo estaba advirtiéndole, *ordenándole* permanecer dormida. Eso la hizo sentirse todavía más decidida a despertar.

– Eso es, Corinne, vamos, puedes hacerlo. ¿Te sientes enferma? – Lisa se inclinó sobre ella, sacudiéndola por los hombros gentilmente. – Por favor despierta, me estás asustando.

Corinne hizo un esfuerzo supremo, sus párpados revolotearon varios momentos antes de que se las arreglara para alzarlos. Se encontró levantando la mirada hacia la cara ansiosa de Lisa. Corinne se obligó a sonreír cuando lo que quería era enroscarse en una bola y acurrucarse bajo las mantas. – Estuve levantada toda la noche pasada. Sólo quiero dormir.

– Tú nunca duermes así. No podía despertarte. ¿No habrás tomado pastillas para dormir o algo así, verdad?

– Por supuesto que no. Estoy embarazada. Yo nunca haría eso. – Las palabras de Corinne eran adormiladas y difíciles de entender. Varias veces cayeron sus pestañas, y se volvió de lado, acurrucándose más profundamente entre las almohadas. – Solo estoy cansada, Lisa.

– ¡Rina! – Ordenó agudamente Lisa. – No te atrevas a volver a dormir, o juro que te llevaré a un hospital. – Había auténtica alarma en la voz de Lisa.

Corinne suspiró suavemente.

– Estoy despierta, lo prometo. Estoy despierta.

– ¿Viste a Dayan anoche? – Con gran determinación Lisa se posó en el borde de la cama, reteniendo la posesión de la mano de Corinne. No estaba segura de si quería a Dayan alrededor de Corinne. Corinne parecía frágil, pálida, más vulnerable de lo que Lisa la había visto nunca, ni siquiera tras la muerte de John. Lisa quería coger a Corinne y correr a casa. De repente tenía mucho miedo de Dayan. Parecía tener alguna clase de poder místico sobre Corinne; ¿qué otra cosa podría explicar su comportamiento? Corinne *nunca* se dejaba impresionar por los hombres, por la fama, el dinero o las buenas apariencias. Corinne era siempre la roca, la voz lógica de la razón. Dayan era demasiado guapo y tenía demasiado talento para resultar confiable, demasiado rico, un extranjero, demasiado encantador con las mujeres.

Tenía que admitir que Dayan no tenía mala reputación con las mujeres. Ni siquiera los periódicos sensacionalistas habían sido capaces de airear su vida sexual de ningún modo. Sus apariciones públicas no eran programadas o se les daba publicidad, y la mayor parte de los periodistas que habían intentado conseguir entrevistas y fotos habían escrito artículos sobre lo frustrante que era encontrar hechos ciertos sobre él. Corinne había leído cada artículo que caía en sus manos, ya que era una auténtica fan, y había compartido esa información con Lisa. Ahora Lisa deseaba volver atrás y cambiar el hecho de que había sido ella la que había llevado a Corinne al bar.

Lisa frunció el ceño. Pero allí estaba Cullen. Realmente pensaba que Cullen era un hombre excepcional, para nada peligroso o misterioso, no del tipo que robaba el corazón a una mujer y la dejaba fría.

– ¿Qué pasa, cariño? – Murmuró Corinne. Su voz fue soñolienta, adormecida, muy sexy.

Lisa nunca había notado eso en Corinne antes. No pensaba en Corinne como sexy. Bajó la mirada a la cara de Corinne, mirándola realmente. Corinne tenía los ojos cerrados y parecía serena, sus largas pestañas espesas, oscuras medias lunas sobre su cara. Su abundante pelo sedoso se extendía alrededor de ella como un halo. Parecía inocente en su reposo, pero *Lisa* pensaba que era tan guapa, era casi como si estuviera viendo a Corinne por primera vez. Viendo a Corinne como Dayan la veía.

– Quiero irme a casa. Me asustaste, Rina, cuando no pude despertarte. Quiero ir contigo a ver al médico y oír su pronóstico sobre el embarazo. – Dijo Lisa tan firmemente como pudo.

– Estoy demasiado cansada. – Dijo Corinne suavemente. – Déjame dormir un par de horas más, y después decidiremos que hacer. – Tiró de las sábanas hasta su barbilla.

Lisa miró hacia Cullen.

– Nunca duerme durante el día. Corinne debe estar enferma, de veras, Cullen. Quizás deberíamos llevarla a un hospital.

Corinne se espabiló lo suficiente como para alzar sus largas pestañas y mirar fijamente a Lisa.

– No estoy enferma... de hecho, respiro con más facilidad de lo normal. Me quedé levantada toda la noche, eso es todo. ¿Qué hora es?

– Casi las seis y media.

Corinne gimió.

– ¿Por qué me despiertas entonces? Solo un lunático se levanta tan pronto. Creo que me fui a la cama a las seis.

– Son las seis de la tarde. – Enfatizó Lisa. – Has estado en la cama todo el día. – No admitió que ella había dormido casi la mayor parte del día acurrucada justo al lado de Cullen en el otro dormitorio. Lisa solo quería irse a casa y cerrar la puerta delantera, cerrarla al mundo entero.

Las pestañas de Corinne revolotearon con sorpresa. Se obligó a centrarse, parpadeando mientras recorría con la mirada la habitación poco familiar.

– No puedo creer que sea tan tarde. – Pasándose una mano por su espeso y oscura cabelle, miró hacia Cullen. – Lisa se preocupa interminablemente por mí, pero en serio, estoy perfectamente bien. No sé por qué he dormido tanto. – Todavía esta exhausta, sus brazos y piernas pesados. Todo lo que quería era volver a dormir.

Cullen le sonrió.

– Lisa se asustó cuando no pudo despertarte. ¿Te gustaría comer o beber algo? Podría prepararte en té o un café. – Ofreció.

– Hace un té maravilloso. – Confirmó Lisa. – Rina adora el té, ¿verdad?

– Eso sería maravilloso. – Estuvo de acuerdo Corinne. Lisa estaba mirando a Cullen con el corazón en los ojos, algo que Corinne nunca había visto antes. No le haría daño beber una taza de té para complacerla. – ¿Dónde está Dayan? – Intentó sonar casual, pero no debería haber sacado el tema de ningún modo, porque Lisa la miró fijamente, y Corinne no pudo evitar ruborizarse.

– ¿Justo donde quiera que fuera anoche? – Siseó Lisa cuando Cullen salió de la habitación – ¿No crees que ya tienes suficientes problemas sin enredarte con una estrella de rock?

– Él no toca exactamente rock. – Respondió Corinne traviesamente.

Lisa frunció el ceño en reprimenda.

– No bromees con esto, Corinne. No es divertido. Sabes muy bien que siempre has tenido adversión a estar en el ojo público. ¿Qué piensas que va a ocurrir si empiezas a correr por ahí con ese hombre? Los periódicos sensacionalistas adoran a la gente como él. Olvídale.

Corinne se estiró y tomó gentilmente la mano de Lisa.

– Esto no tiene nada que ver con Dayan en absoluto, ¿verdad? No voy a morir, Lisa. No lo haré. Soy una luchadora, lo sabes. Este bebé va a ser parte de nosotras... de las dos, nuestra familia. No vas a perderme.

Al instante las lágrimas bañaban los ojos azules de Lisa. Sus dedos se cerraron convulsivamente alrededor de los de Corinne como si su garra pudiera de algún modo contener a la muerte.

– Siempre sobrestimas tu fuerza, Rina, lo haces. Incluso John lo decía. Yo también quiero al bebé, pero no a tus expensas. No quiero quedarme totalmente sola. No podría soportarlo. Ya he perdido a John. – Apoyó la cabeza en el regazo de Corinne en busca de confort. Por primera vez, pudo sentir al bebé allí, yaciendo entre ellas. Movió la cabeza y colocó una mano sobre el pequeño montículo. – Se está moviendo. – Dijo Lisa con una especie de maravilla.
– Está dando patadas. – Confirmó Corinne, acariciando el pelo de Lisa. – Una niñita, Lisa. Estará bien, ya lo verás. Sé que puedo hacer esto. Deseo mucho este bebé.
– Lo siento, Rina, no quería ser tan horrible sobre lo del bebé. En realidad también yo lo quiero. Quiero entusiasmarme. Será la única cosa que quede de John, pero te quiero. No puedo soportar pensar en que te ocurra algo. Estoy segura de que Dayan es una persona realmente agradable. Cullen dice que lo es. Y no tiene reputación de mujeriego. No quería insinuar eso. No sé por qué he estado diciendo todas esas locuras. – Lisa gimió las palabras, avergonzada de sí misma.
– Lo sé, Lisa. – canturreó tranquilizadoramente Corinne. – Tenías miedo de perderme. Pero ya te he dicho que no voy a ninguna parte. Solo tienes que creer que todo irá bien. Es natural, después de lo que le ocurrió a John, tener miedo de perder a tu familia, pero eso no ocurrirá. Soy *muy* fuerte. Me siento mejor de lo que he estado en años.
Lisa se irguió lentamente, tomando un profundo aliento y ofreciendo a Corinne una sonrisa tentativa.
– ¿Así que realmente había alguien en casa la última noche? Cullen no dijo ni que si ni que no. – Miró hacia la puerta y bajó la voz. – Creo que es un poco raro que no quisiera llamar a la policía o volver para ayudar a su amigo, ¿verdad?
Corinne se apoyó contra la cabecera de la cama. Estaba empezando a despabilarse, la pesada y adormilada sensación se estaba desvaneciendo.
– Dayan me habló de ello la última noche, Lisa. Cree que las dos estamos en peligro a causa de la misma gente que mató a John.
Lisa se quedó callada durante un momento.
– Tú sabes más sobre la muerte de John de lo que parece, ¿vedad? – Bajó la mirada hacia sus manos. – Nunca me lo contaste, porque yo nunca pregunté. Soy un poco cobarde.
– No eres cobarde. – Negó Corinne amablemente, refrenándose para no sonreír. – Eres una mujer guapa y joven que ha sufrido un gran trauma en su niñez. John y yo, los dos, teníamos el hábito de intentar protegerte.
– Tenemos la misma edad. – Señaló Lisa. – Pero era tú la que siempre cuida de los detalles de nuestras vidas. Tú tuviste que luchar con el mismo trauma que yo, y tienes tu problema de corazón. John puede haber sido mi hermano, pero era tu marido. Las dos le queríamos. Las dos le perdimos. ¿Por qué soy tan gallina con respecto a la vida? ¿Por que tengo tanto miedo de oír cualquier cosa que pueda molestarme? Por eso no me contaste lo que sabías sobre John, y por eso no me dijiste lo del bebé. Tenía miedo de que me desmoronara. – Bajó la mirada a sus manos. – Me habría desmoronado.
– Lisa. – Corinne pronunció su nombre suavemente. – estas siendo demasiado dura contigo misma. Siempre te preocupas por mí y te ocupas de todos los trabajos que crees que son demasiados extenuantes para mí. Trabajamos juntas como un equipo, siempre lo hemos sido. No te conté mis sospechas sobre la muerte de John porque eso es exactamente lo que son, solo sospechas. John y yo éramos... – Buscó la palabra correcta–... diferentes.
Lisa agachó la cabeza, sacudiéndola, avergonzada.
– Nunca quise oír hablar de ello. Ni una vez. Era porque... – su voz se apagó.
– Daba miedo. – Terminó Corinne por ella.
Lisa negó con la cabeza inflexiblemente.
– Hacía que me sintiera dejada de lado. Creaban un vínculo entre ambos del que yo no formaba parte. Estábamos siempre juntos. Quería que John te amara porque tenía miedo de que alguien llegara y te apartara de nosotros. Fui yo la que propuse que te casaras con John, ¿recuerdas? Tú le dijiste que no muchas veces, pero yo lloré y supliqué y fui tan infantil. Tenía miedo de que no siguiéramos estando juntos. Estuve perdida un tiempo, sintiendo que

no podía respirar. Como me siento ahora. Todo es tan aterrador. John está muerto. Sé que tu corazón está agotado; te he visto luchar en busca de aire, y tomar más medicación. Ahora vas a tener un bebé, y por *primera vez* realmente estás interesada por alguien. – Lo último fue casi una acusación.

Corinne podía sentir el dolor de Lisa. Su mundo estaba cambiando alrededor de ellas muy rápidamente, y era aterrador pensar en todos los peligros a los que se enfrentaban. No podía culpar a Lisa por estar asustada o por querer que las cosas fueran como habían sido siempre.

– Quería mucho a John, Lisa... no piensas que no ni por un momento. Quizás no era un amor romántico y apasionado, pero le quería profundamente y nunca negaré lo que teníamos. No quiero que creas que se me obligó a casarme con John. Estoy entusiasmada con el bebé, pero también estoy nerviosa. Y conocer a Dayan ha sido inesperado, no sé lo que siento por él. No sé por qué respondo a él como lo hago. – Tomó un profundo aliento y admitió. – Da miedo, Lisa. Yo también tengo miedo.

Lisa tragó con fuerza y reunió su coraje.

– Dime que *crees* que ocurre... por qué alguien querría matar a John.

– John acudió a la universidad a hablar con un profesor sobre su talento. – Corinne miró directamente a los ojos de Lisa. – Sabes de qué estoy hablando... su habilidad para saber ciertas cosas antes de que ocurrieran. – Tomó la mano de Lisa entre las suyas. – Así fue como nos las arreglamos para salvarte. John sabía que estabas en peligro, y yo fui capaz de abrir el maletero del coche. – Cerró los ojos, recordando haber encontrado el cuerpo maltratado de su madre tendido junto a Lisa. Su corazón dio un vuelco, y obligó a su mente a alejarse de los fantasmales recuerdos. – La universidad le envió al Centro Morrison, que hace investigación psíquica. John sentía que debíamos utilizar nuestros talentos para ayudar a otros.

– A causa de mí; porque me salvasteis la vida. – Dijo Lisa suavemente.

– Pensó que quizás podría salvar a otros. – Confirmó Corinne amablemente. – Una pocas semanas después, me dijo que pensaba que alguien le estaba siguiendo. Se volvió sigiloso. Viste los cambios en él. Se marchó esa mañana para encontrarse con alguien. Estaba nervioso, alterado y no decía por qué. No sé si había empezado a trabajar con ellos y los descubrió haciendo algo ilegal. Ya conoces a John.. Habría querido acudir a las autoridades. Dayan sospecha que esa gente que mató a John son parte de alguna organización que cree fanáticamente en la existencia de vampiros.

Los labios de Lisa se separaron formando una O, y sus ojos azules se abrieron de par en par con sorpresa.

– No puedo creer esa tontería. Ese hombre está loco. ¡Vampiros! ¡Por el amor de Dios, Corinne, debe ser un enfermo mental!

– Dayan tiene razón. – Dijo Cullen mientras entraba en la habitación llevando los tazas de líquido humeante. – Yo pertenecí a la organización durante un tiempo. Investigan a todo el que parecer ser algo diferente. La mayoría de los de los estratos más bajos son crios que adoran todo lo gótico y les gusta fingir que creen en vampiros. Creen que es todo juego y diversión, pero la información que proporcionan con frecuencia determina quién es investigado. Los de arriba se toman muy en serio el matar a todo el que creen que es un vampiro. Lo hacen a la manera ritual. Una estaca atravesando el corazón, ajo en la boca, decapitación... todo el lote. Esa gente son fanáticos, y asesinos.

Lisa clavó los ojos en él con horror.

– ¿Te uniste a algo tan estúpido? ¿Por qué harías algo así?

– Creo que los vampiros existen. – Admitió Cullen. – Vi uno. – Mantuvo la mirada fija en Lisa, esperando sorpresa, condenación. Esperando haber perdido su oportunidad con ella.

Corinne y Lisa intercambiaron una larga mirada. De repente fueron muy conscientes de que estaban solas en una casa con alguien a quien no conocían muy bien. Y este hombre probablemente estaba muy enfermo. La noche pasada, cuando Dayan había hablado de ello, Corinne había pensado que tenía perfecto sentido, pero ahora todo parecía una locura.

Cullen ofreció a cada una de ellas una taza de te.

– No me miréis así. Sé lo que estáis pensando, pero no estoy loco. Hubo un tiempo en el que pensé que estaba perdiendo la cabeza. Hace varios años, estaba comprometido y mi novia y yo salimos a cenar. En ese momento había un asesino en serie suelto en la ciudad. Se fijaba en las mujeres, y sus cuerpo aparecían siempre drenados de sangre. Mi novia fue asesinada esa noche, yo fui testigo. Le vi morderla el cuello y drenarle toda la sangre. Lo vi con mis propios ojos. Me habría matado a mí también, pero algo le interrumpió. – Golpeteó con los dedos en la palma de la mano. – Le *vi* matarla. Nadie me creyó. No estaba borracho. No tomaba drogas, pero la policía me encerró en una institución mental en vez de escucharme. Los de la organización me escucharon. Desafortunadamente, mi rabia y terror me convirtió en miembro del circulo interno del grupo. – Intentó no sonar amargado, pero incluso después de todo ese tiempo todavía sentía el dolor de ese momento. Miró directamente a Lisa. – Te lo juro, no estoy loco. Vi un monstruo. Lo vi.

Ahí estaba otra vez esa mirada en su cara, totalmente vulnerable, muy triste. Lisa quiso llorar. Había un autentico dolor en su pecho. Hizo todo lo que pudo por no correr hacia él y reconfortarle. No sabría que había visto aquella horrible noche, pero ciertamente él creía que había visto un vampiro. – Sé que no estás loco, Cullen. – Dijo suavemente.

Cullen la miró fijamente durante un largo momento, después empezó a parpadear rápidamente, luchando con alguna fuerte emoción. Cuando él apartó la mirada, Lisa vio la cortina de lágrimas en sus ojos, y un gran nudo en su garganta amenazó con ahogarla.

Se alegró de no haber expresado impulsivamente una condena. Fuera lo que fuera lo que había visto esa noche le había cambiado para toda la vida. Lisa sabía algo sobre asesinato y trauma.

Miró aprensivamente hacia Corinne para ver que ella la observaba pensativamente. Sin ninguna razón en absoluto, Lisa se encontró ruborizándose.

– ¿Qué?

– No me vengas con "qué". – Corinne tomó tentativamente un sorbo de té. – Mmmm, perfecto, Cullen, gracias. Creo que me has revivido. Juro que estaba tan dormida que no creía que alguna vez pudiera levantarme. – Su mano se arrastró hacia arriba para cubrir un punto en su cuello, justo sobre su pulso, donde sintió súbitamente una calidez, como si la boca de Dayan se hubiera movido sobre su piel.

– ¿Estás seguro de que no deberíamos llevarte al médico para estar seguros? – Preguntó Lisa ansiosamente.

– Lo creas o no. – Dijo Cullen. – algunas veces me levanto de esa forma en medio de la tarde. Realmente tengo que volver a dormir. Creo que cuando te enredas con músicos, empiezas a quedarte en pie la mayor parte de la noche y entonces empiezas a dormir todo el día como un murciélago. He visto a Dayan despierto toda la noche solo tocando la guitarra. Cuando él toca, no puedo marcharme y simplemente me quedo a escuchar. Me digo a mí mismo que me vaya a la cama, pero después no puedo hacerlo. He visto a una casa repleta quedarse levantada toda la noche, incluso cuando nadie está ya bebiendo. Simplemente no se van a casa hasta que él deja de tocar.

– La noche pasado. – Dijo Corinne. – Nadie se acercó a Dayan cuando se bajó del escenario y estábamos bailando. La multitud simplemente se abrió y le permitió pasar. Nadie le pidió un autógrafo, nadie intentó hablar con él, ninguna de las chicas se acercó a flirtear con él. Cuando salimos, ni una sola persona intentó detenerle. Explícame eso.

– También yo lo noté. – Dijo Lisa. – Estaba segura de que se lanzarían sobre él, pero nadie se acercó.

Cullen se encogió de hombros.

– Así es él. No puedo explicarlo, pero lo he visto con frecuencia. Llevan esperando conocerle, hablan en el bar y en la pista de baile. Las oigo, a las mujeres. Flirtean descaradamente mientras él está en el escenario, pero cuando deja la guitarra, cuando termina de tocar, siempre hace lo mismo. Mira a la audiencia solo una vez y sale del escenario. Nadie intenta aproximarse. Honestamente creo que tiene una especie de mirada que aterroriza a todo el mundo. A mí puede asustarme a muerte cuando me mira de una cierta manera. También me

he preguntado si es un psíquico y simplemente advierte a todo el mundo que le deje en paz. – Miró a Lisa. – ¿Querías conocerle? – Parecía estar conteniendo el aliento, esperando por su respuesta. – ¿Por eso fuiste al bar la pasada noche?
Lisa sacudió la cabeza.
– Quería sorprender a Corinne. Ella adora la música, y siempre estaba hablando de los Trovadores Oscuros. Un amigo me llamó y me dijo que Dayan estaba tocando.
Cullen arqueó una ceja.
– ¿Un amigo?
Lisa sonrió.
– Bruce, un compañero de trabajo. Bromeé sobre conocer a Dayan, pero una vez en el bar todo en lo que pude pensar fue en... – Se interrumpió, el color se alzó firmemente en sus mejillas.
Corinne la codeó en broma. Lisa frunció el ceño ferozmente a su taza de te, haciendo señas a Corinne para que callara. Corinne le sonrió burlonamente. Cullen las miró a ambas, y una lenta sonrisa se extendió por su cara.
Corinne abrió la boca para burlarse de Lisa algo más, pero las palabras se desvanecieron en su mente. Se desvaneció todo excepto el reconocimiento de la presencia de Dayan. Podía sentir el ardiente peso de su mirada. Volvió la cabeza lentamente, sabiendo que él estaba en pie en el umbral de la puerta. Un momento antes, el umbral había estado vacío, y al siguiente instante estaba lleno con su poderosa forma. Simplemente estaba allí en pie en completo silencio, su hambrienta mirada fija en la cara de Corinne.
Una vez más su corazón se aceleró, cerrándose de golpe. Se pasó una mano por el pelo despeinado. Él parecía inmaculado. Elegante. *Peligroso.* Tan sexy que le robaba el aliento. Se encontró a si misma mirando indefensa hacia él. Simplemente bebiéndola. Sus ojos negros nunca la abandonaban. Intensos. Hambrientos. Él era todo lo que recordaba de la noche anterior. Toda su resolución salió volando por la ventana. ¿Cómo podía alguien tener ese aspecto y no ser un mítico Dios Griego?
Una lenta sonrisa curvó la boca esculpida de Dayan, enfatizando su sensual magia negra. *Estoy leyendo tu mente*. Sus voz rozó las paredes de su mente, suave terciopelo y muy íntima. Pera tentación.
Durante un momento Corinne solo pudo parpadear hacia él indefensamente, un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. La ilusión de estar sola con él, sus fuertes brazos rodeándola, era tan fuerte, que por un momento olvidó que Cullen y Lisa estaban a su lado.
– Simplemente déjalo. – Su voz no era la suya propia, sino en vez de eso una flagrante invitación.
Lisa la miró, con la boca abierta de incredulidad, y Cullen se aclaró la garganta galantemente, atrayendo la atención de Corinne. Los dientes blancos de Dayan relampaguearon hacia ella. *Te estás metiendo en problemas.* Se estaba riendo de ella, la calidez saltaba en sus insondables ojos.
– Presumido. – Dijo Corinne muy suavemente, en broma.
Lisa compartió una mirada asombrada con Cullen y se encogió de hombros. Dayan no había dicho ni una sola palabra, pero Corinne y él estaban definitivamente comunicándose de forma muy íntima. Lisa intentó no sentirse aparte, intentó no sentirse herida por la mirada de los ojos de Corinne cuando se fijaba en Dayan. Intentó se quedarse totalmente sorprendida. Corinne nunca miraba a nadie como estaba mirado al músico.
Dayan se deslizó hasta el interior de la habitación. Un ondular de músculos. Casual. Silencioso. Letal. Había algo aterrador en él que ninguno de ellos podía definir. Emanaba peligro. Era salvaje. Indomable. Aunque elegante, cortés incluso. Corinne le sonrió, un hoyuelo apareció en la comisura de su boca. Le observó cruzar la habitación sin esfuerzo, su cuerpo tan perfectamente coordinado que fue pura poesía.
Dayan se inclinó y tomó posesión de la mano de ella, llevándose los nudillos a la calidez de su boca.
– ¿Has dormido? – Sus dientes mordisquearon, tentando.

Él sabía que había dormido profundamente, Corinne lo comprendió instintivamente. Estudió sus rasgos esculpidos.
– Tú deberías saberlo. – Fue a medias una sugerencia, pero estaba empezando a sentirse ligeramente alarmada. ¿Cómo podía él de algún modo forzar su voluntad? ¿O su reacción hacia él? Ella tenía un fuerte talento. Si podía hacer cosas inusuales, ¿por qué no podría hacerlas Dayan?
La diversión crepitó en las profundidades de los ojos negros. *Por supuesto que puedo hacer esas cosas. Pero no necesito o deseo forzar tu reacción a mí. ¿Qué bien habría en ello? Eres mi auténtica compañera, la luz de mi oscuridad. Sería una abominación forzar tu conformidad.*
Los ojos de ella relampaguearon hacia él, sin rastro de diversión. *Deja de hablar en mi mente y habla en voz alta. Es muy desconcertante*. Intentó pensar las palabras, visualizarlas en su mente y lanzarlas hacia él a lo largo del mismo vínculo mental que él había utilizado.
Este método de comunicación es tan natural para mí como respirar, pero hablaré en voz alta si insistes. Dayan parecía más divertido que nunca.
– Buenas noches, Lisa. Confío en que durmieras bien. Corinne parece descansada. – Su voz fue suave e increíblemente gentil.
Lisa intentó no mirarle fijamente. Él estaba reclamando a Corinne. Dejando que todos ellos conocieran sus intenciones. Su posesión estaba en la forma en que sostenía la mano de Corinne, en la forma en que la miraba, en la postura protectora de su mente. Muy masculina. Territorial. La palabra se abrió paso en su mente sin ser invitada. Había algo en él en lo que no confiaba del todo. Era demasiado indomable. Dejó escapar el aliento y recurrió a Cullen en busca de protección.
Cullen sonrió alentadoramente hacia ella mientras hablaba a su amigo.
– Es temprano para ti, Dayan. Nosotros solo acabamos de levantarnos hace un rato.
Corinne movió su muñeca, un movimiento sutil diseñado para recuperar su mano. Dayan simplemente se apoyó en ella, su poderosa forma inclinada sobre ella.
– No estás bebiendo tu té, cielo, el té de Cullen es muy bueno.
Las cejas de Cullen se arquearon.
– Realmente un cumplido.
Lisa se arrastró más cerca de Cullen, deslizándose fuera de la cama para dejar a Dayan lugar para sentarse.
– Rina me contó que encontraste a dos hombres en nuestra casa anoche. ¿Estamos realmente en peligro?
– Eso me temo, Lisa. – Respondió Dayan tranquilamente. – No te preocupes. Cullen y yo somos bastante capaces de protegeros a ti y a Corinne. – Recorrió con la mirada la pequeña habitación. – Pero prefiero que nos mudamos a un lugar más fácil de defender.
– ¿Qué quieres decir con defender? – Preguntó Lisa suspicazmente. Miró hacia Corinne. – Mi hermana está embarazada. No puedo estar viajando por todo el país. – dijo, esperando sorprenderle.
– Soy bien consciente del embarazo de Corinne. – Replicó Dayan gentilmente. – No te preocupes, Lisa. Te doy mi palabra de honor, siempre colocaré la salud y felicidad de Corinne sobre la mía propia. Nunca permitiré que nada le haga daño. – Sus ojos negros descansaron sobre Cullen. – Tengo familia. La banda está dispersa en estos momentos, pero les he llamado y están en camino para encontrarse con nosotros. Contacté con Darius anoche, y él envía a uno de nuestros más grandes sanadores. Creo que deberíamos movernos hacia ellos. – Si mirada estaba fija en la de Cullen, pero no hubo "empujón" para que aprobara su plan. Estaba siendo cortés por el momento.
Cullen cogió la mano de Lisa.
– Darius y los otros harían imposible que ningún daño os sobreviniera a ti o a Corinne. Estoy de acuerdo con Dayan. Creo que deberíamos marcharnos.
Lisa retiró la mano.

– Yo trabajo. Mañana tengo una sesión de fotos con una de los fotógrafos más importantes del país. Firmé un contrato con una compañía de cosméticos para hacer anuncios. Puede que para ti no parezca un gran trato, pero yo me tomo mi negocio muy en serio. Esa gente cuenta conmigo. No puedo pasar de ellos. Y Corinne necesita estar cerca de sus propios médicos, que entienden su caso. – Miró hacia Corinne. – Quiero ir a la policía, Rina. No podía dejar que nadie más controle nuestras vidas o nos asuste para abandonar todo aquello por lo que hemos trabajado. Nosotras no vimos a nadie en nuestra casa. Ni siquiera estoy segura de que hubiera alguien allí. ¿Y tú?

Era la primera vez que Corinne había visto a Lisa imponerse sobre algo. Obviamente sentía muy en serio lo que decía. Corinne creía que había habido alguien en su casa esperando para hacerlas daño. Creía que esa misma gente había matado a John. Recorrió a Dayan con la mirada. Su expresión no había cambiado, pero había algo en él que la hizo detenerse. Había una impresión de amenaza. De falta de clemencia. Un despiadado tirón en su boca, algo en sus ojos quizás, pero no podía poner sus dedos en lo que era. Se estremeció inesperadamente. Fue esa amenaza más que nada lo que la hizo oponerse a Lisa.

– Con toda sinceridad, Lisa, creo que *había* alguien en la casa, y estoy segura de que estábamos en peligro. Pero si quieres manejar esta situación yendo a la policía, entonces eso es lo que haremos. – Corinne estudió a Dayan cuidadosamente mientras daba su réplica.

Sus ojos negros se deslizaron sobre la cara de ella, después descansaron allí pensativamente. Corinne alzó la barbilla desafiante. Él no era nada para ella. ¿Qué podría hacer él?

La diversión crepitó en las profundidades de los ojos de Dayan mientras leía sus pensamientos. *Yo lo soy todo para ti, cielo. Lo sabrás con el tiempo y es mucho lo que puedo hacer si hay necesidad.* Las palabras rozaron suavemente, una sensual caricia aterciopelada, envolviéndola en cálido humor. Sus fuertes dientes rasparon gentilmente, casi tiernamente sobre los nudillos.

– Eso es exactamente lo que creo que deberíamos hacer. – Dijo Lisa, mirando triunfante hacia Dayan. Si se pensaba por un minuto que iba a permitirle llegar y tomar el control de la vida de Corinne solo porque era un músico guapo, si iba a llevar una sorpresa.

Dayan encogió sus amplios hombros, un perezoso ondeo de músculos. Deliberadamente había salvaguardado a Lisa de los hipnotizadores efectos que tenía él sobre los humanos; ahora pensaba que podría haber hecho un trabajo demasiado bueno. Puesta en guardia por su instinto de protección y su miedo a perder a Corinne, Lisa estaba reaccionando con categórica hostilidad hacia él. Corinne amaba a Lisa y la consideraba su familia. Dayan no podía tener a Lisa en contra.

– Lisa. – Pronunció su nombre muy gentilmente, muy suavemente, atrayendo su atención. Había algo hipnótico en su voz, algo imposible de ignorar.

– Dayan. – Cullen emitió una protesta.

Lisa no podía apartar la mirada de esos negros ojos exigentes. Estaban vacíos, insondables; podía verse cayendo en ellos. ¿Por qué había tenido miedo de él? Dayan quería lo mejor para ella de corazón. Protegería a Corinne con su propia vida, protegería a Lisa. Era sincero, completamente sincero. ¿Por qué había alguna vez dudado de él? Todo lo que decía era verdad. Estaban en terrible peligro y tenían que marcharse con él.

Súbitamente furiosa, Corinne intentó rodear a Dayan para aferrar el hombro de Lisa. Tenía el presentimiento de que esos amenazadores ojos negros estaban obrando magia negra. Era un malvado hechicero empeñado en salirse con la suya. Dayan la contuvo fácilmente, un movimiento casual de su cuerpo que casi no fue movimiento en absoluto. Envolvió con su brazo los esbeltos hombros de ella y la empujó hacia atrás contra su pecho.

– Solo piensa lo que ibas a hacer, cielo, ¿saltar de la casa y salir corriendo? Tus días de correr se han acabado. – Sus labios descansaban contra la nuca de Corinne, su cálido aliento jugueteaba con los mechones de pelo y causaban un terremoto en algún lugar dentro de ella.

Corinne se obligó a inclinarse hacia delante y lejos de él. Sabía que había utilizado sus dones psíquicos para influenciar a Lisa. La ponía furiosa que pudiera hacerlo. Sabía que Cullen lo notaba también, aunque él simplemente se quedaba allí, estudiando su reacción. – Déjalo,

Dayan. Quiero que lo dejes. – Resistió el deseo de tirarle su té por encima. – Creo que deberíamos llamar a la policía, Lisa. Absolutamente. En cualquier caso, no quiero quedarme aquí. – Y no quería. ¿Quién era Dayan de cualquier modo? Nadie para ella.

Todo para ti, repitió él, su voz calmada, tranquila incluso, mientras le rozaba la mente. Sus brazos sueltos, relajados en ella, y una vez más se sintió abandonada. Eso la molestaba incluso más que nunca. Dayan la ayudó casualmente a ponerse en pie, sus ojos de obsidiana reían mientras ella apartaba sus manos de un golpe.

– No estoy segura. – Dijo Lisa pensativamente. – ¿Tú que crees, Cullen? Conoces a esa gente. ¿Crees que realmente estamos en peligro? ¿La policía puede ayudarnos? – Levantó la mirada hacia él con el corazón en los ojos.

Corinne casi gimió en voz alta. Tomó aliento, decidida a proteger a Lisa de cualquiera que fuera el hechizo de magia negra bajo el que Dayan la había colocado. La palma de la mano de él se deslizó gentilmente sobre su boca, y la empujó hacia atrás contra la dura forma de su cuerpo.

– Deja que aclaren esto juntos. Quiero hablar contigo. – Respiró las palabras contra la nuca de ella incluso mientras la hacía atravesar la habitación, su cuerpo ardiente y duro, tan necesitado contra el de ella.

En el momento en que salieron al aire fresco de la noche, Corinne se alejó de un tirón de él, después se volvió para mirarle.

– No tenías ningún derecho a hacerle esto. Y ni siquiera intentas hacerte el inocente.

Él no parecía arrepentido en lo más mínimo cuando se mirada posesiva vagó sobre cada centímetro de ella.

– Eres incluso más hermosa de lo que recordaba de anoche. Cuando desperté, pensé que podría haberte soñado. Mi fantasía nocturna.

Su voz era hipnotizadora, tan hermosa que Corinne se encontró deseando oírle seguir hablando. Deseó que tuviera su guitarra en las manos para poder escucharle cantar. Nadie la había llamado nunca antes fantasía nocturna. Estaba segura de que no era hermosa, pero él la hacía *sentirse* hermosa. Durante un momento solo pudo quedarse allí, parpadeando hacia él, atrapada en su hechizo. Corinne se mordió el labio inferior con fuerza para despertarse.

– Debes hacer sido poeta en otra vida. O gigoló. Quédate ahí mismo, Dayan. No voy a dejarme atrapar.

– No quería que tu amiga se sintiera falsamente atraída por mí. – Dijo él tranquilamente, sin embellecimientos, aunque modestamente, casi humildemente. – Algunas veces las mujeres creen que me desean solo porque actúo sobre un escenario. Admitiré, que influyo sobre ellas para alejarlas de mí. Quizás lo hice un poco demasiado fuerte en el caso de Lisa.

Corinne estaba atónita por que él le dijera la verdad. Cuando le miraba con esos ojos negros, el pelo revuelto sobre la frente, en todo lo que podía pensar era en besarle.

– ¿Hiciste que quisiera estar con Cullen? – Preguntó suspicazmente.

– Yo no haría tal cosa. – Una sonrisa traviesa suavizó los bordes de su boca. – Envié a Cullen a vuestra mesa. En el momento en que entraste, supe que eras tú la que llevaba la otra mitad de mi corazón.

Corinne alzó la barbilla hacia él.

– ¿Estás influyendo sobre mí?

– Eso espero. Te deseo. Te necesito en mi vida. No estoy utilizando un control mental sobre ti, pero estoy intentando ser *muy* encantador. ¿Funciona?

Podía derretir el corazón de una mujer a seis pasos.

– No. – Lo dijo muy firmemente, pero por dentro estaba ardiendo a fuego lento. – No quiero que influyas sobre Lisa de ningún modo. Me hace sentir muy incómoda.

– Sé que la quieres, Corinne. – Dijo él suavemente. – Todo el que es familia tuya es familia mía. No haría nada que le hiciera daño o restar importancia a su valor. La protegeré como si fuera mi propia hermana.

Corinne tomó un profundo aliento y se obligó a apartar la mirada de él. Mirando fijamente a la creciente oscuridad, golpeteó un nervioso ritmo con su pie desnudo.

– No puedes sentirte así por mí tan rápidamente, Dayan. La verdad es, que no voy a vivir mucho. No estoy diciéndotelo para que me compadezca; es un hecho. Yo lo acepto, pero Lisa no. Tienes que ser práctico, Dayan. Ya es bastante duro fingir con Lisa todo el tiempo... me siento como si tuviera que protegerla de la verdad. No quiero estar así contigo también. – Sin ninguna razón en absoluto sintió lágrimas ardiendo tras sus ojos. No por sí misma... ella estaba más allá de los sueños... sino por él, por esa absoluta soledad que ocasionalmente vislumbraba en las profundidades de sus ojos.

Dayan le cogió la barbilla firmemente entre los dedos, obligándola a enfrentar sus brillantes ojos negros que ardían con tanta intensidad.

– No morirás, cielo. No permitiré tal cosa. Hazte a la idea de vivir en este mundo, porque *compartirás* tu vida conmigo. No permitiré nada menos.

– No lo entiendes, Dayan. – Replicó ella gentilmente. – Los médicos...

– Son humanos. – Interrumpió él. – Y están muy equivocados. Estoy de acuerdo en que tomemos precauciones hasta que uno de nuestros sanadores pueda examinarte, pero *no* morirás. ¿Queda perfectamente claro? Entiéndeme en esto, y me obedecerás.

Se encontró a sí misma riéndose de la pura arrogancia a pesar de la gravedad de su conversación.

– Dayan, simplemente no puedes ordenar a alguien que viva. Tengo mal el corazón; lo he tenido así durante años. Estoy embarazada. Mi corazón no va a durar siempre.

Su mirada negra aguantó directamente la de ella hasta que Corinne se sintió como si estuviera tomando posesión de ella, forzando su conformidad de algún modo.

– Me obedecerás en esto. – Había absoluta autoridad en su voz.

La sonrisa decayó en la suave boca de Corinne haciendo que su intrigante hoyuelo simplemente se desvaneciera.

– Prometo hacer lo que pueda, Dayan. – Capituló solemnemente.

Inclinó su oscura cabeza hacia la de ella, su boca rozó la coronilla de la sedosa cabeza de ella.

– Siempre es mejor ver las cosas a mi manera. – Dijo con gran satisfacción.

CAPITULO 5

Corinne empujó para alejarse de Dayan, una delicada retirada. El más ligero de los contactos con él enviaba un escalofrío de anticipación hacia abajo por su espina dorsal, convirtiendo sus entrañas en una montaña rusa.

– Eres más bien un poco arrogante, pero dudo que yo sea la primera persona que te lo haya dicho. – Le miró sobre el hombro, burlonamente, incitadora, sin notar que tenía el corazón en los ojos.

El aliento de Dayan abandonó de golpe sus pulmones. Se deslizó tras ella, un enorme gato de la jungla acechando a su presa. Silencioso. Intenso. Su mirada fija sobre la cara de ella mientras la veía retroceder. Corinne olvidó que estaban en un porche y dio un paso fuera de la plataforma sin mirar. De algún modo Dayan se las arregló para cogerla. Parpadeó, y al momento él la estaba acunando entre la seguridad de sus brazos.

– Afortunadamente para ti, puedo estar a la altura de mi reputación. Mira donde pisas la próxima vez. – Deliberadamente le mostró sus dientes inmaculadamente blancos, mostrando su diversión masculina ante el trance de Corinne.

Ella arqueó una ceja, arreglándoselas para parecer arrogante aún estando acunada entre sus brazos.

– ¿Cómo has hecho eso? ¿Cómo has podido moverte tan rápido como para cogerme?

– Soy un superhéroe. – Confesó él sobriamente. – Nunca te lo dije porque temía que no te gustaran los hombres con capa. La mía es muy tradicional, pero agradable de todos modos.

Ella rió tan fuerte que tuvo que agarrarse a sus hombros, temiendo caerse de entre sus brazos.

– Ya te gustaría que creyera que eres un superhéroe. Quiero ver esa capa tan importante. No puedes ser un superhéroe con capa. – Le gustaba estar entre sus brazos. Adoraba estar entre sus brazos. Él era enormemente fuerte, aunque sorprendentemente gentil. Podía decir las

cosas más escandalosas con cara seria e inocentes ojos negros. Le miró por debajo de sus largas pestañas. – También necesitas mallas para ser un superhéroe. Mallas azul eléctrico.
Una ceja negra se arqueó elocuentemente.
– ¿Mallas? – Repitió la palabra como si no estuviera en su vocabulario. – ¿Mallas azules?
Ella intentó mantenerse seria pero no podía dejar de reír y su corazón estaba empezando a doler. Una peso duro y doloroso la estaba presionando hacia abajo, extrayendo el aire de sus pulmones haciéndola desear no jadear en busca de aire. Corinne apartó la mirada de él, no quería que viera la lucha. La asombraba poder sentirse tan feliz, poder olvidar todo tan completamente en su compañía. Su cuerpo tuvo que recordarse que se cansaba demasiado rápido. Corinne parpadeó para contener las lágrimas y enterró la cara contra el hombro de él.
Dayan permaneció en silencio, permitiendo que su corazón encontrara el ritmo irregular del de ella y lentamente lo guiara a la normalidad. Limpió su mente de desesperación, encontrando un centro calmado y extendiéndose a través del tiempo y el espacio tal y como podían los hombres de su raza. *Darius. Mi necesidad de un sanador se incrementa. No creo que tenga mucho tiempo.* Pasó un momento, un latido de corazón en el que prevaleció el silencio.
Dayan nunca dudó, ni siquiera en medio de su desesperación. La voz amable de Darius fluyó en su mente, le inundó de convicción. *Dos de nuestros más grandes sanadores están viajando hacia las Cascadas. Se encontrarán allí con vosotros. No te fallaremos, Dayan*. Extrajo las indicaciones directamente de la mente de Darius, que conducirían a una casa segura propiedad de uno de los más grandes sanadores entre la gente de los Cárpatos, Gregori, y su esposa, Savannah, hija de su Príncipe. *Gracias por vuestra rapidez. ¿Todo va bien por ahí?*
Si. Las mujeres están ansiosas por ver a tu compañera.
Dayan encontró confort en la voz y las palabras de Darius. A lo largo de su larga vida, Dayan nunca había sabido que Darius fracasara al llevar acabo una tarea. Si daba su palabra sobre algo, se hacía. Eran familia. Habían viajado juntos durante casi mil años. Saber que su familia se estaba movilizando rápidamente, acercándose para ayudarle a salvar a su compañera, le dio una confianza añadida al hecho de que podía hacerse. Encontrarían una forma de salvarla. Si era posible, también a la niña, pero era imperativo que salvaran a Corinne. Sin ella, Dayan no podría continuar. No quería enfrentar la oscuridad y el vacío. A donde quiera que ella viajara, él elegiría estar a su lado, protegerla y guardarse en la próxima vida.
Fue solo unos pocos minutos después de estar respirando normalmente que Corinne comprendió que sus corazones estaban latiendo al mismo ritmo. Manteniendo la cabeza apoyada sobre el hombro de él, miró hacia arriba con sus grandes ojos verdes.
– ¿Dónde estas? Te has quedado muy solemne y serio para mí.
– Estaba "charlando" con mi hermano.
– ¿También él es telepático? – Corinne alzó la cabeza para mirarle más atentamente. – Bájame, Dayan. En realidad soy capaz de caminar sin romperme el cuello. Debe haber sido maravilloso crecer con alguien que compartía tu talento.
Dayan encogió sus poderosos hombros, una perezosa ondulación de músculos.
– Nunca he pensado en ellos. Todos nosotros somos telepáticos. Toda la familia. – Reluctantemente bajó los pies de ella al suelo.
– ¿Crees que es genético entonces? – Corinne presionó sus manos protectoramente sobre el bebé, súbitamente temerosa por ella. Su propia vida había sido a veces muy difícil a causa de sus dones especiales. Sabía que no estaría alrededor para proteger y reconfortar a su hija en los momentos duros.
Las manos de Dayan le enmarcaron la cara.
– Llamo a los Trovadores mi familia ,porque hemos estado juntos desde que éramos niños, pero solo Darius y Desari son realmente hermano y hermana. Syndil, Barack y yo estamos emparentados del mismo modo que tú y Lisa. Los lazos son más fuertes que la sangre.
– Por supuesto, los miembro de tu banda. Todos ellos tienen nombres interesantes.
Dayan rió suavemente.
– Olvidé la pequeña fanática seria que eres. Has inflado mi ego para siempre.

– Soy una fanática seria. – Repitió ella, sus ojos empezaron a arder con un fuego oculto. Echó la cabeza hacia atrás, los reflejos de su pelo atrajeron la luz cuando volvieron hacia adelante automáticamente. – Tendré que hacerte saber que no lo soy de ti, sino de la música. Hay una diferencia, ya sabes. No me entiendas mal... – Alzó una mano para detenerle viendo que él avanzaba más bien resuelto hacia ella. Se encontró riendo de nuevo, viendo como sus ojos destellaban hacia ella. – Me has convertido en una fan. De veras que si. Te miraré con adoración la próxima vez que toques. – Batió las pestañas y se abanicó. – Puedo actuar como una pequeña groupie si tu ego necesita un estímulo.
– Me siento halagado. – Dijo él, cogiendo la pequeña mano en la suya. – Venga, cuéntame qué sabes de nuestra banda.
Ella se encogió de hombros descuidadamente.
– Tú tocas la guitarra, al igual que Barack. Syndil toca los tambores y cualquier otro instrumento. Desari es vuestra cantante principal, y tiene una voz asombrosa. Tú cantas solo cuando estás de humor o si lo requiere una canción en particular. Mi suposición es que, vosotros dos escribís las letras de vuestras canciones. – Le sonrió. – Y vuestra música es impresionante, aunque hay unos pocos que estás por encima de vosotros. – Bajó la mirada hacia sus uñas. – Leyendas.
Las cejas de él se arquearon.
– ¿Quién? Nombra a una leyenda.
– ¿En qué categoría? A mí me gusta el rock and roll.
– ¿Rock and roll? – Había una ligera mofa en su voz. – ¿A quién considerarías una leyenda del rock and roll? Ve con cuidado, tu reputación está en juego.
– ¿De qué año estamos hablando aquí? En los cincuenta había mucho donde elegir. Si vas a ponerte tonto con el rock and roll moderno, podemos ir a los extremos y hablar de blues o jazz. Seguramente admitirás que hay leyendas en el blues y el jazz.
– Te concederé ese punto, pero no puedes empezar a buscar en los cincuenta. Los orígenes del rock and roll empezaron mucho antes de los cincuenta. ¿Has escuchado la música tribal y los ritmos llegados de África?
Ella le sonrió abiertamente, con una ceja alzada.
– Seguramente no me estás poniendo a prueba, creyendo que no conozco la historia de la música. Ese no es el punto. ¿Honestamente crees que no hay leyendas entre los cincuenta y los sesenta?
– Quizás los Trovadores Oscuros. – Filosofó él, sus ojos negros se reían maliciosamente de ella.
– Perdone, señor Leyenda, ¿qué hay de Louis Armstrong? No cometas el error de arrugar la nariz hacia él. Muddy Waters, por el amor de Dios, y BB King, él es impresionante. Simplemente tiene esa presencia. Y Stevie Ray Vaughn. Podría nombras a algunos otros.
– Se supone que tienes que creer que sólo yo soy una leyenda.
Se burlaba realmente de ella, pero cuando inclinó la cabeza hacia su pequeña cara apasionada, su mirada encontró los labios de ella y el corazón casi se le paró. Cerró la pequeña separación entre ellos, tomando su boca, tomando su aliento y dándole aire. La tierra se dejó de mover para él. El mundo se disolvió y solo quedó Corinne en su mente, en sus brazos. Sus ojos ardieron de un modo extraño, su cuerpo se endureció como una roca, su estómago dio un curioso sobresalto, y su corazón casi se derritió. Había algo en el beso de ella. Pasión y fuego. Exquisita ternura. Una promesa. Dayan alzó la cabeza antes de que fuera demasiado tarde para dar marcha atrás.
Corinne parpadeó hacia él, claramente aturdida
– ¿Cómo lo haces?
– Tú y yo somos compañeros...
– ¿Compañeros? – Repitió Corinne. La palabra era hermosa e implicaba algo permanente y vinculante. Se preguntó si era una interpretación de un término del idioma nativo de él. Le había oído utilizar la palabra varias veces antes.
Sus ojos negros se movieron sobre la cara de ella en un estudio serio e intenso. Su mirada era

pensativa. Increíblemente sexy.
– Compañeros. – Afirmó él. – Casados, pero más. Casados con un compromiso eterno.
– Es un bonito concepto, Dayan, ¿pero no cree la mayor parte de la gente que estarán casados para siempre? – Los ojos de él le recordaban a un gran felino de la jungla. Había una ardiente intensidad en él cuando la miraba. En lo más profundo de su interior había una necesidad en respuesta, clamando sólo por él.
Sus manos capturaron las de ella, tiró gentilmente hasta que el pequeño cuerpo estuvo presionado contra él.
– Eres mi compañera, Corinne. Te reconocí en el momento en que posé los ojos en ti. Sé que eres la luz de mi oscuridad, que tu alma es la otra mitad de la mía. Cada uno de los miembros de mi familia ha encontrado un compañero. Barack y Syndel están hecho el uno para el otro. El compañero de Desari es Julian. Darius tiene a Tempest, y yo estoy asombrado de haberte encontrado a ti. No tenía ninguna esperanza de que existieras.
Corinne agachó la cabeza. Dayan creía cada palabra que decía. Apenas se conocían, pero estaba tan seguro. Casi la hacía creer que tenía un futuro juntos. Ella era más realista; sabía que su corazón se estaba deteriorando. Dayan había ralentizado lo inevitable con lo que fuera que había hecho la noche anterior, pero sabía que su corazón nunca resistiría más allá del nacimiento de su hija. Estaba realmente cansada, su corazón trabajaba con dificultad y sus pulmones se esforzaban.
– Me gustan todos vuestros nombres. – Dijo ella, decidida a cambiar el tema de conversación.
– ¿Son nombres artísticos o vuestros nombres reales?
Dayan sonrió sin humor.
– Cambiamos muchas cosas de nosotros mismos, pero siempre mantenemos los nombres que nos dieron al nacer.
Misteriosos secretos quedaban apresados tras sus extraordinarios ojos. Esos ojos parecían viejos, como si hubiera visto demasiadas cosas. Había una fuerza tranquila en los rasgos esculpidos de su cara. En un momento podría parecer bastante joven, y al otro, más viejo y cansado. Su cuerpo podía estar inmóvil, nada revelaba que estaba respirando, pero cuando decidía moverse, era tan rápido que si parpadeaba se perdía el movimiento en realidad.
Dayan. Llenaba su mente como nadie lo había hecho nunca. Le daba sueños que no se atrevía a tener.
Corinne le tocó la cara con dedos gentiles, la pena por él fluyó hasta abrumarla. Había pensado advertirle, permitir que él tomara su propia decisión en lo que se refería a su relación, pero Dayan le estaba rompiendo el corazón.
– No hagas esto, Dayan. No construyas tus sueños alrededor de mí. Tengo tanto miedo por ti. Te mereces ser feliz. Quiero que seas feliz. No seas como Lisa. Ella desea un milagro. – La yema de su dedo índice trazó los labios perfectos. – No quiero causarte dolor. De veras que no.
– Yo creo en milagros, Corinne. Te encontré. He viajado por el mundo durante más años de los que posiblemente puedas concebir, y ni una vez esperé algo semejante. Pero eres real. Atravesaste directamente la puerta de ese bar. Viniste a mi cuando estaba seguro de que mi tiempo se agotaba. Sé que existen los milagros. Cada uno de nuestros hombres que encuentra a su compañera sabía que los milagros existen. Ya hemos discutido esto antes, pero te niegas a escuchar. No vas a morir. Quiero que lo creas, Corinne. Empieza a creerlo.
Corinne suspiró suavemente y apartó la mirada de la hambrienta intensidad de los ojos de él. Podía convencer a cualquiera con ese mirada compeledora. Ella quería que la convencieran, creer que podía tener una oportunidad de tener un futuro con su hija y con un hombre que la apasionaba. La idea llegó inesperadamente, y al momento cerró de golpe la puerta a ella. En realidad no conocía a Dayan en absoluto. ¿Todavía se seguiría sintiendo igual en un mes? ¿En dos? ¿La desearía Dayan después de un mes o dos? No sabía absolutamente nada de él excepto que era un músico que vagaba de ciudad en ciudad con su banda.
Un músico brillante. Una leyenda de la música. Dayan corrigió sus pensamientos, sus cejas negras se arquearon cuando ella intentó convencerse a sí misma de que no le deseaba.

Librodot

– No te equivoques, Corinne. Sabes más de mí que eso. Sabes que no persigo mujeres, que soy protector. Debes saber que soy honesto y de confianza.
– El último Boy Scout, que espía los pensamientos del resto de la gente. – Reprendió incluso mientras se preguntaba por que no la avergonzaba que él supiera qué estaba pensando. Arqueó una ceja hacia él en pequeña burla. – Las mujeres embarazadas con frecuencia tienen fantasías sexuales, así que no te hagas ilusiones.
– Solo estoy interesado en las fantasías sexuales de una embarazada. Es sencillamente natural que te sientas sexualmente atraída por mí, Corinne. Si no fuera así, sería difícil la unión entre nosotros. Pero eres mi auténtica compañera, y tengo intención de reclamarte para siempre. Creo que el sexo debería tener un lugar en nuestra relación. – Sonrió juguetonamente hacia ella. – Un lugar muy importante. Así es como se supone que debe ser.
Ella se encontró sonriendo reluctantemente.
– Suenas tan seguro, tan práctico, como si ninguno de los obstáculos importara en absoluto.
– No supuesto que importan. Debemos estar juntos, así es como tiene que ser. Tú también lo sientes, Corinne, lo sé. Tenemos una oportunidad. Si aceptas que debemos estar juntos, entonces encontraremos la forma de que así sea.
Ella apartó la vista de la intensidad de sus ojos brillantes.
– Creo que realmente deberías ser poeta, Dayan. Crees en el romance. La vida real no es necesariamente un reflejo de poesía. Todos morimos, algunos antes que otros. Mi cuerpo se cansa más rápidamente de lo que debería. Nací así, y siempre he sabido que ocurriría. De acuerdo con los médicos, no debería haber vivido más allá de mi catorce cumpleaños. Soy más afortunada que otros que han nacido como yo. Esa es la realidad. – Él le provocaba dolor de cabeza negándose a aceptar la seriedad de su enfermedad.
Dayan le dio una pequeña sacudida sin poder contenerse.
– Me gustaría contarte algo sobre la realidad de mi vida, Corinne, lo que he experimentado sin ti, pero no estás preparada para una confesión semejante. Entre tanto creo que debemos hablar de Lisa y Cullen y empezar nuestro viaje esta noche. Tenemos una gran distancia que recorrer.
Corinne sacudió la cabeza.
– No podemos recoger y largarnos. Tenemos una vida por la que hemos trabajado duro, Dayan. La profesión de Lisa exige que esté disponible cuando se la necesite.
Los ojos negros de Dayan se movieron sobre su cara, pensativos, sombríos, con un indicio de amenaza que encontró desconcertante. Había algo indefinido en él a lo que no podía dar nombre; la asustaba.
No tengas miedo. Nunca deberías tener miedo de mí. Nunca podría hacerte daño, Corinne. Haré todo lo que esté en mi poder para cuidar de tu protección. Y mis poderes son considerables. Él había cambiado al sistema mucho más íntimo de comunicación de los compañeros casi automáticamente. El brazo de Dayan rodeó sus hombros esbeltos, sosteniéndola muy cerca a la luz de la luna. Ella era frágil, delicada, sus huesos pequeños. Inesperadamente, el miedo le golpeó con una especie de furia impotente. Necesitaba un sanador y rápido; necesitaba encontrar una forma de conducirla amablemente en la dirección hacia la que él quería que fuera. Si era necesario, utilizaría su habilidad telepática para persuadirla, pero iba contra su código de honor influir en su propia compañera de ese modo.
– Es la forma en que miras algunas veces, Dayan. – Dijo Corinne con una pequeña risa que se burlaba de sí misma. – Puedes parecer muy intimidante cuando quieres. – Le sonrió, sus dedos alisaron el duro borde de sus labios sensualmente esculpidos. – Como ahora, cuando no te estás saliendo con la tuya.
Los ojos negros de él ardieron a fuego lento sobre su cara.
– Yo siempre me salgo con la mía, cariño, cuando se trata de protegerte. No creo que haya una discusión racional que puedas ganar sobre esto. A Lisa no le importará mucho su trabajo si tú estás muerta. Tú eres capaz de escribir canciones en cualquier parte. También sé que estás mucho más asustada de lo que dejas entrever y estás de acuerdo conmigo en que debemos proteger a Lisa a pesar de su negativa a aceptar la gravedad de vuestra situación. –

Corinne le lanzó una ardiente mirada de advertencia bajo sus largas pestañas.
– No me gusta que me leas la mente.
– Pronto tú leerás la mía. – Respondió él sin censurar sus pensamientos.
Corinne arqueó una ceja hacia él.
– ¿Se supone que simplemente adquiriré de repente la habilidad de comunicarme telepáticamente? ¿Se le pega a la gente cuando está mucho tiempo a tu alrededor?
Dayan se encogio de hombros.
– Tendremos que verlo, Corinne. – Su mano se movió arriba y abajo sobre los brazos de ella para calentarla. – Estás enfriándote aquí afuera.
– Aun así es hermoso. Odio estar dentro por la noche. El cielo siempre parece tan increíble. – Corinne rió suavemente. – Por supuesto, también me siento así durante el día. Adoro mirar las nubes. Lisa conduce como una maníaca, pero dice que yo soy peor porque no puedo apartar los ojos del cielo. – Levantó la mirada hacia él. – No quiero perderme nada, ¿sabes? El mundo es un lugar tan hermoso; quiero ver tanto como pueda. – Caminó un poco más a lo largo del pavimento. – ¿De donde eres originario? Tienes acento, pero no puedo ubicarlo.
– He viajado mucho a través de los años, no sé si mi forma de hablar refleja alguno de esos lugares. Hablo varios idiomas. Pero nací en las Montañas de los Cárpatos en Europa. Pasé la mayor parte de mis años de juventud en África.
– Qué interesante. ¿Qué hacían tus padres?
– Era solo un niño cuando les mataron. Darius nos crió, a los miembros de la banda. Éramos todos niños, y crecimos un poco salvajes. – Dayan le sonrió, sus dientes muy blancos en la oscuridad. – Creo que todavía somos un poco salvajes.
Corinne le permitió entrelazar sus dedos con los de ella, aunque no estaba segura de por qué. Una parte de ella quería ser realista y fuerte, mientras que otra, su lado más traidor susurraba tentándola, susurrando que debería disfrutar de su compañía mientras pudiera.
– ¿Así que Darius es mucho más mayor que tú?
– Darius es un individuo extraordinario. Tenía seis años cuando nuestros padres fueron asesinados. Él nos mantuvo con vida. – Ondeó una mano, un movimiento gracioso mientras descartaba el pasado. – Fue hace mucho.
Corinne extendió una mano para frotarle la barbilla con la palma de la mano.
– Pareces tan triste, Dayan. No puede haber sido hace tanto. ¿Tu infancia fue difícil?
– Fue una aventura, Corinne, a diferencia de la tuya. Recuerda, todos éramos telepáticos, y utilizábamos nuestras diferencias. Fue una época salvaje, divertida y muy excitante. Cuéntame de tu niñez. Conozco trozos y retazos de tus recuerdos, pero has cerrado la mayor parte de ella tras una pesada puerta y no deseo abrirla sin tu permiso.
Caminaron juntos sin apresurarse a lo largo del pavimento. Dayan parecía deslizarse junto a ella, sin hacer ruido. Si no hubiera sentido la seguridad del gran cuerpo de él rozando el suyo y su mano cerrada alrededor de sus dedos, no habría sabido que estaba a su lado. En cierta forma era reconfortante, pero también raro sentir un poder tan crudo y sigiloso en él.
– No te pareces a ninguna otra persona. – Lo dijo tranquila, intuitivamente.
Hubo un pequeño silencio, la duración de varios latidos de corazón.
– Procedo de un linaje ancestral. – Admitió él suavemente. – Poseo dones, dones especiales que me fueron concedidos.
Ella sonrió en la oscuridad.
– Me alegro mucho de que nos hayamos conocido, Dayan. Hay algo maravilloso y hermoso en ti. Cuando estoy contigo siento como si pudiera durar para siempre. Las palabras de tus canciones y la belleza de la música que tocas es excepcional. Adoro el sonido de tu voz, hablando o cantando.
Él se llevó la mano de Corinne contra su pecho, para que pudiera sentir como su corazón latía con fuerza bajo la piel, justo a través de su camisa. Ella podía sentir el calor de la piel de él, la llamada de su cuerpo masculino mientras las músculos se movían sutilmente. Sobre la cabeza de ella, Dayan sonrió, su sonrisa ligeramente lobuna.
– Estás intentando deliberadamente conducir la conversación lejos de tu niñez. – Él quedó

secretamente complacido por la sinceridad que detectó en la mente de ella. No había colocado compulsión sobre Corinne, nada realzaba sus sentimientos hacia él. Se estaba relajando ante el hecho de que ella era su auténtica compañera, aunque no la había unido a él con las palabras rituales. Temía que forzarla a una separación durante las horas diurnas pudiera ser demasiado para su extenuado corazón.

– ¿Por qué querrías oír una historia aburrida en una noche tan hermosa? – Corinne mantuvo la cabeza baja, no quería mirarle a los ojos cuando veían tanto.

– Quiero saberlo todo de ti, Corinne. – Dijo él suavemente, su voz pura magia negra en la oscuridad de la noche.

¿Cómo podía alguien negar la belleza de esa voz? Tomó aliento, le dejó escapar.

– Los malos recuerdos son de mi madre bebiendo. Realmente no puedo recordarla haciendo mucho más. Siempre había hombres y pequeñas habitaciones horribles en las que vivíamos, mal ventiladas y calurosas. Pasaba todo mi tiempo escuchando música. Salía a hurtadillas y encontraba lugares donde hubiera música en vivo. – Le lanzó una rápida sonrisa. – Era una ventaja ser pequeña... me metía por todas partes, y utilizaba la telequinesia, podía abrir cerraduras y puertas muy pesadas.

Él le pasó la mano por el pelo en una pequeña caricia. Tenía que tocarla. Podía sentir las emociones encontradas que acompañaban a sus recuerdos.

– Vivía para la música. La soñaba y oía noche y día en mi cabeza. Me mantuvo cuerda cuando estaba sola. Equilibraba mi mundo, era algo donde escapar. Y después, por supuesto, conocía John y Lisa y a su padre.

Había tal cantidad de tristeza en su voz, Dayan la acunó entre sus brazos, gentilmente, protectoramente, su cuerpo escudaba el de ella de la oscuridad de la noche.

– Agradezco que tuvieras a John y Lisa. – Y lo decía en serio. John había salvado la vida de Lisa y protegido a Corinne. Había hecho todo lo que podía para crear una familia para ellas. Dayan se lo agradecía a cualquiera que hubiera estado allí para ella cuando él no podía.

– No te enamores de mí, Dayan. – Murmuró ella suavemente, suplicándole. Estaba luchando por él, deseando que entendiera que no podía sentir algo tan fuerte por ella. Ya era lo suficientemente malo con Lisa; no podría soportar que también Dayan contara con ella y después la perdiera.

La mano de él le ahuecó la barbilla, inclinándole la cabeza para que sus ojos encontraran su mirada firme.

– Te conozco mejor de lo que nadie te ha conocido nunca. ¿Cómo podría no amarte cuando he visto tu mente y tu corazón? Tú lo eres todo para mí. Sé que no puedes entenderlo, y que para ti carece de sentido, pero para mí... un ermitaño que no tiene a nadie que le ame, nadie que ahuyente a los demonios... eres un milagro.

– ¿Eso es lo que soy para ti? – Sonrió a pesar de sí misma, la idea era hermosa a sus ojos. – ¿Realmente ahuyento a los demonios?

Sin apresurarse, casi perezosamente, él inclinó su cabeza oscura y tomó posesión de su boca. Fue gentil; no había nada más que gentileza en Dayan cuando la tocaba, una gentileza tan en contradicción con su enorme fuerza. Pero su boca era pura magia, abriendo la puerta a un mundo que nunca había sabido que existiera antes de que él entrara en su vida. Su boca era masculina y ardiente, dominando la de ella; la misma tierra se movió bajo sus pies haciéndola aferrarse a él en busca de apoyo. Él la subió apretándola contra su cuerpo duro, pero la sostuvo con exquisita ternura, infinita ternura. Su boca era pura magia.

Arrastró a Corinne a otro mundo, un mundo de pasión y fantasías exóticas. Un mundo que nunca se había atrevido a imaginar. Ella podía ahuyentar los demonios para él, pero él era para ella algo diferente. Irreal. Un dios mítico. Un hombre de leyenda. Un héroe. Sonrió contra sus labios perfectamente esculpidos, suave terciopelo y ardiente erotismo. Cada vez que miraba sus ojos negros, tan intensos, tan hambrientos, se derretía por dentro.

Estoy leyendo tus pensamientos. La voz acarició íntimamente las paredes de la mente de ella, un revoloteo de alas de mariposa, creando la misma sensación en el fondo de su estómago.

– Pues para. – Corinne se arrancó de sus brazos, la única cosa cuerda que hacer con su

corazón palpitando y su cuerpo convirtiéndose en fuego líquido. – Tenemos que parar. Sabes que estamos haciendo. – Su corazón no iba a soportar mucho más; ya estaba trabajando demasiado duro.
Él descansó su frente contra la de ella, respirando pesadamente, intentando recobrarse.
– Lo siento, cariño. Piensa en algo mundano para mí.
Ella rió suavemente, mordisqueándole la comisura de la boca.
– Lisa y yo necesitamos ropa. Tendremos que volver a nuestra casa y coger suficiente ropa para unos pocos días hasta que esa gente pierda interés en nosotros.
La mano de Dayan se cerró lentamente alrededor de la nuca de ella. Sus huellas dactilares fueron como una marca sobre su piel. Podía sentirlo todo el camino hasta los dedos de sus pies. Y se estaba derritiendo de nuevo, deshaciéndose por dentro, su corazón sobresaltándose peligrosamente.
Él se enderezó lentamente, sus ojos negros fijos en la hermosa mirada de ella.
– Esa gente no perderá su interés en ti, cariño. No puedes volver a la casa. Yo cogeré las cosas que Lisa y tú necesitáis y os las traeré. Hazme una lista. – Su voz fue baja, un susurro parecido a terciopelo sobre piel.
Corinne cerró los ojos para dejar fuera la visión de él. Era apabullante en un lugar tan cerrado. Con cada aliento que tomaba, inhalaba su esencia masculina. Limpia. Salvaje. Masculina.
– No puedes revolver nuestras cosas, Dayan. No estaría bien. Una de nosotras irá contigo.
Él sacudió la cabeza lentamente. No parpadeó. Todo lo que hacía, lo hacía con un fluido poder, un ondular de pura energía imposible de ignorar.
– Para mantenerte a salvo, Corinne, puedo hacer esta pequeñez. – Él lo dijo suave y pacientemente. – Esa gente disparó sobre el escenario donde Desari estaba cantando. Ella es una mujer hermosa y vibrante, única en el mundo, pero estaban dispuestos a matarla, a silenciar su voz para siempre. Se las arreglaron para herir a Desari, Barack y a mí mismo. Tuvimos suerte de que Julian estuviera con Darius para salvarnos. No estoy dispuesta arriesgarme con tu vida. O la vida de tu hija.
– Dijiste que esos hombres se habían ido. No van a enviar a otros a rondar tan rápidamente. Necesitamos nuestras cosas, Dayan. Antes o después tendremos que volver. Y Lisa es famosa... cualquiera puede encontrarla. – Corinne golpeó una uña contra la palma de su mano.
– Podríamos contratar guardaespaldas.
Los rasgos de él permanecieron inexpresivos, pero se quedó completamente inmóvil, algo profundo dentro de él rugía silenciosamente, profiriendo una inmediata negativa furiosa. Por un momento Corinne pensó que había visto llamas rojas titilando en las profundidades de esos ojos negros. Se le quedó el aliento atascado en la garganta. Dijo un paso hacia atrás, pero la mano de él todavía le rodeaba la nuca, anclándola a él.
– ¿Qué pasa, Dayan?
La sonrisa de él tardó en llegar, sus dientes muy blancos.
– ¿Qué es lo que ves que puede hacer que te asustes de mi, cariño?
– No sé... a veces pareces ser algo más que tú. Sé que no tiene sentido, pero puedes parecer muy intimidante. – Se echó el pelo hacia atrás, un pequeño estremecimiento recorrió su cuerpo. – Volvamos.
– No quiero que tengas miedo de mí, Corinne. Comprendo la forma inesperada en que nos conocimos y unimos. No buscabas algo así, pero ha ocurrido. No podemos fingir o volver atrás. – Su pulgar se movía sobre la piel de ella, una pequeña caricia, como una pluma, pero tan erótica que se estremecía bajo su toque.
– Yo estaba hablando de volver a nuestra casa. – Aclaró Corinne, intentando moverse y salir de debajo de su mano. ¿Estaba utilizando su telepatía mental única para "empujarla" en la dirección que él quería que tomara?
Dayan sacudió la cabeza tristemente.
– Creía que ya habíamos aclarado todo eso, cariño. Soy un ermitaño, un poeta, un músico. Soy un hombre que ha vagado por la tierra en busca de una mujer. Sé que esa mujer eres tú. Si influyera tu decisión a mi favor utilizando la telepatía, nuestra relación no duraría. Lo que

quiero contigo lo quiero para toda la eternidad.
Corinne se volvió alejándose de él, de sus miradas bastante amenazantes y la ardorosa intensidad de sus ojos negros. Él necesitaba alguien que le amara. Que Dios la ayudara, ella quería ser esa mujer. Por una vez en su vida quería que algo fuera real.
Dayan extendió una mano y tomó la de ella, necesitando tirar de su pequeño cuerpo para acercarlo a la protección de su amplio hombro. Simplemente caminó junto a ella en la noche, disfrutando del momento, agradeciendo poder sentirlo, saborearlo. Agradeciendo que ella estuviera en su mundo.
– Cada línea de cada canción, cada nota que he tocada fue escrita para ti, tocada para ti. La otra mitad de mi alma. Mi corazón. Con la esperanza de que estuviera en alguna parte en mi mundo y la oyeras. – En su débil condición, Dayan no se atrevía a revelarle la verdad de qué era él. Sabía que el sanador encontraría una forma de salvarle la vida. No había otro resultado posible. Le preocupaba mucho que no hubiera forma de salvar al bebé. Él era una sombra en la mente de ella, conectado a ella. Sabía que estaba dispuesta a cambiar su vida por la de su hija. Él no lo estaba. Era su compañero. Era su deber jurado velar por su salud.
Corinne parpadeó para contener las lágrimas ante la absoluta sinceridad de la voz de él.
– No puedes decirme cosas como esa, Dayan. – Si lo hacía, estaría perdida y al igual que él. ¿Cómo podría resistirse a él?
Dayan le sonrió, apretando los dedos alrededor de los de Corinne. Con cada paso que daba a su lado, sentía que el calor se alzaba entre ellos, sentía la forma en que ella se le envolvía alrededor del corazón. Era las pequeñas cosas, como sentir su mano tan pequeña, entrelazada con la de él. Su aliento. La fragancia de ella. La forma en que sonreía. Adoraba la forma en que sonreía, la forma en que se movía. La forma en que luchaba tan desesperadamente para protegerle a él de la posible pérdida.
En el fondo de su corazón Dayan estaba aprendiendo lo que era el auténtico terror. La idea de perderla iba más allá del alcance de su imaginación. Nunca había experimentado el miedo en su vida adulta. Incluso durante las batallas con los vampiros, no había experimentado ni rastro de sentimiento a lo largo de los siglos para proporcionarle experiencia a la hora de manipular una emoción intensa. Terror. Saboreó la palabra. ¿Podría afrontar la pérdida de su compañera sin siquiera haber vivido con ella, sin siquiera haber tenido tiempo de amarla y unirla a él? Dayan sabía que no querría hacerlo. Su vida había sido vacía y árida; tan yerma y fría que había perdido la habilidad de crear canciones, de sentir la música en su interior. Pero ahora, con Corinne cerca de él, canciones, palabras y notas rezumaban de su alma, suplicando ser oídas.
Ella era su mundo. Colores, excitación y bella poesía. No la perdería por la muerte mortal. Ahora sabía de donde había venido su habilidad de tocar, de crear. Ella era la mitad de su alma. Él se había quedado con una pequeña parte de su luz cuando habían sido separados, para que encontraran su camino de vuelta hasta el otro. Sentía las canciones en ella, la música. Estaba en la forma en que ella caminaba, la forma en que fluía a través de la habitación, su figura pequeña y esbelta tan equilibrada. Estaba en el giro de su cabeza y la forma en que su sonrisa iluminaba la habitación.
Había algo en Corinne, algo que había atraído su mirada inmediatamente. Lisa era hermosa, alta, rubia y obviamente una modelo. Su lugar estaba en las portadas de las revistas. La luz de Corinne irradiaba desde el interior. Solo observarla hacía a Dayan sonreír. Cuando tocaba su mente para compartir sus pensamientos, la encontraba pensando en otros, en como se sentían, en lo que necesitaban. Era feliz a pesar del hecho de que recientemente había perdido a alguien a quien amaba, y creía que ella misma iba a morir pronto. Corinne vivía cada momento que se le brindaba, decidida a ver la belleza a su alrededor, incluso mientras se obligaba a enfrentar la realidad.
Dayan encontró interesante la forma en que su mente trabajaba de forma desinteresada. Con frecuencia utilizaba la telequinesis sin pensarlo. Miraba fijamente un objeto que necesitaba al otro lado de la habitación y empezaba a atraerlo hacia ella. Él podría sentir la diferencia inmediatamente en el cerebro de ella, una calidez, la reconstrucción de la imagen y la

concentración. La imagen siempre era clara y cristalina, y entonces ella recordaría que no estaba sola y dejaría escapar un pequeño suspiro.
– ¿Qué? – Ella le estaba sonriendo, su intrigante hoyuelo le fascinaba, así que no tuvo más elección que inclinarse y besarlo.
Alas de mariposa revolotearon en el estómago de Corinne ante el toque de la boca de él contra su piel
– Tienes que dejar de hacer eso. – Le dijo suavemente, sin mucha convicción.
– Yo creo que debería practicar con tanta frecuencia como sea posible. – Replicó él, rechazando su idea inmediatamente. – No tengo mucha experiencia, y debo asegurarme de no fracasar como amante. Después de todo, quiero hacerte feliz.
Su voz fue un acariciante susurro que rozó su piel. Corinne levantó la mirada hacia él, sus enormes ojos bailaban.
– Sabes muy bien que no necesitas ninguna práctica en absoluto. Y me haces muy feliz. – Extendió la mano para tocarle la barbilla, un roce gentil de sus dedos. – Cuéntame sobre tu vida.
– Soy un músico errante. Esa es la verdad, cielo... un poeta que ha encontrado su corazón perdido. He estado mucho tiempo sin ti. – No fueron simplemente las palabras que dijo, fue la forma de decirlas, con hambre en los ojos.
– ¿Te encanta cantar?
– Eso es lo que soy. – Replicó él pensativamente. – Cuando cojo mi guitarra, es una parte de mí, como mis brazos. Las notas y las palabras están en algún lugar en mi interior y solo fluyen. Nací con esta habilidad, un gran don que se me ha otorgado.
Su humildad la sorprendía porque normalmente era muy seguro de sí mismo, tanto que bordeaba la arrogancia. Pero no cuando se trataba de su extraordinario talento.
Por mucho que estuviera disfrutando paseando con Dayan, estaba realmente exhausta. Fue consciente de la forma en que su corazón parecía esforzarse para mantener el ritmo exacto del de él. Le sonrió mientras él se inclinaba para cogerla sin esfuerzo entre sus brazos.
– Realmente puedes leer la mente, ¿verdad? – El sonido de su propia voz fue más invitador de lo que le hubiera gustado.
– Por supuesto.
– ¿Tienes que estar tocando a la persona?
– No. No siempre te estaba tocando cuando leía tu mente. Y nunca he tocado a Lisa. Es fácil leer los pensamientos de los mortales. – Dijo casualmente, tan cómodo en presencia de ella que no pensó en censurar sus palabras. En el corto tiempo que habían pasado juntos, ya pensaba en ellos como uno, una sociedad, compañeros de por vida en vez de dos entidades separadas.
Los brazos de Corinne estaban cerrados alrededor de su cuello mientras la llevaba a través de la noche de regreso hacia la casa donde se hospedaban Cullen y él.
– ¿Mortales? Eso implica toda clase de cosas, Dayan. ¿Por qué utilizarías una palabra como mortales? ¿Es que tú no eres mortal?

Librodot

CAPITULO 6

Hubo un largo silencio mientras Dayan escuchó los sonidos de la noche, el murmullo del viento que le susurraba secretos.
– Algunas veces, cariño, es mejor no preguntar demasiado cosas que podías no querer saber. Utilicé la palabra mortal cuando otra podría haber sido una mejor elección. ¿No somos todos mortales e inmortales al mismo tiempo? Si murieras, dejarías atrás una parte de ti en esta tierra, pero continuarías otra vida en algún otro sitio.
– ¿Crees eso?

– Absolutamente. – Respondió Dayan solemnemente, sabiendo que ella necesitaba tranquilidad. Durante un breve momento dejó de caminar para enterrar la cara en la calidez de su cuello, inhalando su esencia. – Vayas a donde vayas, Corinne, nunca estarás sola. Yo siempre estaré contigo.

Al momento la fragancia de ella, su realidad, se alzó para sobrecogerle, y así simplemente se encontró luchando contra el demonio interior. Se elevó con fuerza, veloz y furiosamente, los colmillos explotaron en su boca, el hombre de los Cárpatos exigía que completara el ritual y la uniera a él. Ella era su salvadora. La guardiana de su alma. Luz. Colores. Sin ella, quedaba solo una existencia vacía y yerma a la que nunca podría volver. Nunca lo soportaría. El pulso de ella latía bajo su boca, su fuerza vital fluía con una oscura riqueza que él deseaba ardientemente, que necesitaba. Llamas rojas titilaron y danzaron en las profundidades de sus ojos negros mientras luchaba con el demonio.

Sintiendo el peligro, Corinne se quedó muy quieta, sus brazos le acunaron la cabeza. Era consciente de su gran lucha interna, aunque no entendía nada. El cuerpo de él tembló durante un momento, y sintió que su boca se movía eróticamente, adelante y atrás sobre la suave piel de ella. Sus dedos le aferraron el sedoso pelo, frotando las hebras con agitación. ¿Qué era lo que él necesitaba de ella? ¿Sexo?

¡No! La palabra brilló en su mente enfáticamente. La voz de él era gentil. *No solo sexo, mi amor, necesito hacerte el amor toda la noche. Necesito unirnos para toda la eternidad. No sé como contarte las cosas para que puedas entenderlo, pero es tan necesario para mí como respirar.* Había tanta intimidad en la forma en que le hablaba, en la ternura de su voz tanto como en la forma en que podía comunicarse, mente a mente. *Te necesito tanto, Corinne*, él suspiró contra su pulso, su aliento cálido e íntimo; *tanto*. Había algo muy peligroso en él... podía sentirlo en su enorme fuerza, en la forma posesiva en que la abrazaba... pero su necesidad era tan grande, no podía pensar con claridad, no podía pensar en mentirle, ni siquiera por su propia autoconservación.

La respuesta brilló en su mente, en la mente de él. *Quiero ser lo que sea que necesites*. No hubo palabras pronunciadas en voz alta, pero oyó como ella le aceptaba, a sus diferencias, a su salvaje e indomable naturaleza. Resonó en la mente y el corazón de ella. Murmuró su nombre suavemente, su talismán sagrado que le guiaba de vuelta fuera del peligroso precipicio, los susurros de locura que ella no tenía esperanza de entender.

La boca de Dayan se movió sobre la esbelta columna de su cuello, le tocó la oreja brevemente, mientras ambos parecían ahogarse en una ráfaga de calor fundido. Podía sentir como su cuerpo se amoldaba al de él, dispuesto, invitador, tentador. Ella se movía intranquila entre sus brazos, y el cuerpo de él reaccionó con un ardiente resurgir de sangre, creando un dolor que no se iría.

Dayan cerró los ojos y se permitió el lujo de sentir. Su boca se movió hacia arriba por la garganta hasta la barbilla, mordisqueando ligeramente antes de posarse sobre la boca. Al momento allí estaba esa sensación de que la tierra se movía bajo sus pies, la tierra se estremeció, alejándose de él hasta que solo quedó Corinne. Sintió cada sensación... la satinada suavidad de la piel de ella, como su mente llenaba la de ella con su hambriento deseo, con oscuras y eróticas imágenes y el siempre creciente fuego de su sangre.

Su boca era un refugio sedoso en el que estaba perdido, le rugía la sangre en los oídos. Dayan la abrazó firmemente, posesivamente; ella era su único refugio después de mil años de absoluta soledad. Levantó la cabeza para que su boca pudiera vagar dejando una llama danzarina de calor y luz sobre la piel de ella de vuelta al irresistible pulso. Una llamada tan vieja como el tiempo. Podía oír su voz, un suave murmullo, un susurro que ordenaba suavemente, y la sangre de Corinne se apresuró, calentándose en respuesta. Le acarició la piel con la lengua, sus dientes mordisquearon gentilmente, tentadoramente, eróticamente, y entonces ella jadeó cuando un relámpago candente se arqueó atravesándola, golpeando su sangre y haciéndola arder. Movió la boca contra ella y la sostuvo firmemente, encajándola contra él casi como si estuviera haciendo el amor.

Era como un sueño, confuso e irreal, sensual y erótico. No se parecía a nada que hubiera

experimentado nunca. Corinne se sentía débil, incapaz de moverse, aunque no quería hacerlo, le acunó la cabeza, sus manos se enterraron entre la riqueza de su pelo, ofreciéndose a su boca ardiente y ansiosa. Cerró los ojos, la ilusión de estar haciendo el amor era tan real que casi podía sentir como él la tocaba íntimamente. Tenía su voz en la cabeza, y de algún modo sentía su deseo, el hambre en él, su intenso placer. No quería que se detuviera nunca. Dejó que sus dedos se zafaran del pelo de él y cayeran inertes a los costados.

Al momento Dayan alzó la cabeza, rompiendo la conexión entre ellos. Curiosamente, Corinne sentía un calor líquido corriendo a lo largo de su cuello hasta la cremosa suavidad de su pecho. No alzó sus párpados pesados para examinar la causa, no quería romper el hechizo mágico de calor y deseo. Él bajó la boca para seguir la huella líquida haciendo que su cuerpo entero respondiera, tensándose de placer. Corinne sonrió, él podía hacerla sentir tanto sin esforzarse realmente.

– He dejado en ti mi marca. – Fue un susurro de negro terciopelo que se movió atravesando el cuerpo de ella con el mismo calor que había en su sangre. – No he podido evitarlo. – Mordisqueó y tentó la comisura de su boca hasta que obedientemente la abrió para él. Encontró un sabor cobrizo cuando deslizó dentro su lengua, reclamándola como propia. Antes de que ella pudiera pensar en nada, él había tomado posesión de su alma, de su cuerpo, de forma que ya no pudo pensar como una mujer, sino como una llama viviente de necesidad y hambre.

La mano de él había subido para acunar el peso de su pecho, el pulgar acarició su pezón a través de la delgada tela de su blusa. Corrieron llamas a través de su riego sanguíneo. La boca de Dayan abandonó la de ella, sus dientes le mordisquearon la barbilla, bajando por el costado de su cuello y a lo largo de su vulnerable garganta que se arqueaba para él. Un suave gemido escapó si su garganta cuando la boca de él se aproximó al escote de la blusa.

– Tenemos que parar. – Dijo suavemente, sin convencer a ninguno de los dos.

Su corazón estaba trabajando demasiado. Eso, más que nada, hizo que Dayan recuperara el control total de manos del demonio que luchaba por la supremacía. Deseaba tanto reclamarla, unirla a él. Deseaba asegurar su vida a través del intercambio de sangre, no simplemente saborear la esencia de lo que sería suyo. La necesitaba, pero más importante aún, ella le necesitaba a él.

– Tienes razón, cielo. – Dijo con profundo arrepentimiento. – Sigue el ritmo de mi respiración para permitir a tu corazón descansar.

Ella se relajó entre sus brazos, con los ojos cerrados, su cuerpo ardiente, pero sentía que no podría moverse ni siquiera para salvar su vida. Estaba inexplicablemente, cansada, drenada.

– Necesito coger cosas de mi casa. Medicinas. Cosas importantes. Si realmente no podemos volver durante tiempo, necesitaremos ropa.

– Haz una lista. – Sugirió él de nuevo. Se estaba moviendo a través de la noche, sus brazos la acunaban sin esfuerzo, con zancadas largas y fáciles. Fue silencioso mientras la llevaba en brazos hacia la casita que compartía con Cullen. De vez en cuando inclinaba la cabeza y le rozaba la coronilla de su sedosa cabeza con un beso.

– No puedo hacer una lista, Dayan, ya lo sabes. Algunas cosas son privadas. Lisa podría dejarme coger sus cosas, pero nunca te permitiría hurgar en sus cajones personales.

– Entonces os compraré ropa. Y maquillaje, y cualquier otra caso que estiméis necesaria. – No había impaciencia en su voz, sino más bien una humilde diversión masculina, como si las cosas mundanas como ropa y maquillaje no fueran de importancia para él.

Corinne se esforzó por abrir los ojos y atravesarle con una mirada al rojo vivo.

– No necesito que me compres ropa. Al menos estoy dispuesta a llevarte conmigo de vuelta a la casa. Creo que eso es una concesión.

Se detuvo durante un momento, estudiando los rasgos delicados de ella.

– En realidad no quieres volver a la casa. – Declaró él. Su voz fue un suave señuelo.

Ella hizo un esfuerzo supremo y se cogió a la nuca de él.

– Ya puedes dejar esa voz, Dayan, porque voy a ir. Es importante. Si quieres venir conmigo, puedes hacerlo, pero no vas a utilizar tu voz para persuadirme de otra cosa. En cualquier caso,

sé que me protegerás.
– Suenas muy arrogante. – Comentó él con gran admiración. – Ciertamente estoy muy impresionado. – No pudo evitar la calidez que las palabras de ella producían. Confiaba en él lo supiera o no.
– Besarte es suficiente como para debilitar a una mujer, Dayan. – Dijo ella, exasperada consigo misma. – Ya es bastante malo estar aquí tendida como una heroína del siglo diecisiete para que encima te burles de como sueno.
Él le besó otra vez la frente.
– Suenas impresionante. Era un cumplido.
Llegaron a la casa, sin pensarlo conscientemente, Corinne ondeó una mano para abrir la puerta. Él rió suavemente en su oído.
– Eso si fue muy impresionante. No creo que lo hagas delante de mucha gente. Estás empezando a sentirte muy cómoda en mi presencia.
– Bueno, no te hagas ilusiones. No eres tú en absoluto. Es tu voz. Me gusta oírte hablar incluso si sueltas un montón de tonterías y retórica de machito.
Él inclinó la cabeza y encontró su boca, fácilmente, infaliblemente, como si fuera de la cosa más natural y necesaria del mundo. E hizo que el tiempo se detuviera en ese breve momento
– Soy yo. – Dijo complacientemente mientras atravesaba con ella la puerta. – Y yo nunca suelto retórica de machito.
Lisa y Cullen saltaron apartándose precipitadamente cuando entraron. Se miraron el uno al otro con pequeñas sonrisas culpable, la hermosa cara de Lisa estaba carmesí. Pareció alarmada al ver a Corinne tendida tan flojamente entre los brazos de Dayan.
– ¿Está bien? – Preguntó rápidamente.
– Absolutamente. – La tranquilizó Dayan. – Nunca permitiría que nada le hiciera daño. – Estaba mirando directamente a los ojos de Lisa, y como siempre, ella se rindió. – Corinne insiste en que ambas necesitáis ropa y maquillaje de vuestra casa.
Lisa asintió solemnemente.
– Justamente le estaba diciendo a Cullen que necesito unas pocas cosas. Debemos ir esta noche antes de que esos hombres vuelvan.
– No creo que sea seguro, Lisa. – Replicó Dayan gentilmente, todavía sosteniendo su mirada.
– Creo que deberíais quedaros aquí con Cullen mientras yo voy y recupero cualquier cosa que necesitéis.
– Conmigo. – Corinne se recuperó lo suficiente como para decirlo. – Puedes darme a mí la lista, Lisa. – Se echó hacia atrás el pelo que se volcaba alrededor de su cara. – Yo también voy, así que sea lo que sea lo que necesites, puedo recogerla para ti.
– ¿Es seguro? – Preguntó Cullen ansiosamente, mirando hacia Dayan.
– No por supuesto que no es seguro. – Respondió Dayan, sus palabras eran una clara reprimenda. – Estoy seguro de que la casa está siendo vigilada. Ir allí es una completa locura. Y deberíamos estar que en la carretera. Es imperativo que nos encontremos con los sanadores tan pronto como sea posible. Es el único modo de asegurar que el corazón de Corinne recupere fuerzas.
– ¿Que sanador? – Preguntó Lisa con una nota de temor en la voz. – No quiero a Corinne cerca de un curandero. Lo digo en serio, Dayan. Ya ha tenido a suficientes locos en su vida como para que nos dure toda la vida.
Los ojos de Dayan permanecieron firmes sobre la cara de Lisa.
– Ella no atrajo a esas personas a su vida, Lisa. – Dijo él tranquilamente.
Al momento los ojos de Lisa se llenaron de lágrimas.
– No quise decir eso.
Corinne empujó con fuerza el pecho de Dayan, furiosa al mismo tiempo.
– Por supuesto que no quisiste decir eso, Lisa, nadie lo pensaría. ¿Qué quieres que hagamos, cariño? Dímelo y lo haremos.
Dyaan fue tan amable como siempre, su expresión nunca cambió mientras continuaba mirando directamente a los ojos de Lisa.

Librodot

– Siento haberte causado dolor, Lisa. Quieres a Corinne. Lo sé. Me alegrará traer de la casa cualquier cosa que necesites, y te garantizo que ningún curandero tocará nunca a Corinne. Empezaremos a ser amigos, empezando a confiar el uno en el otro. – Su voz era absolutamente hermosa, una suave melodía de palabras, la cadencia pura y perfectamente modulada que todos se esforzaron por oírle.
Corinne enmarcó la cara de Dayan entre sus pequeñas manos y le volvió para enfrentarla a ella.
– Estás haciendo algo que no me gusta. – Pronunció cada palabra claramente. – No vuelvas a hacerlo.
– Puedes venir conmigo a tu casa. – Dijo él muy gentilmente, sonriéndole, pareciendo más guapo de lo que ella quería admitir. Podía privarla de la habilidad de respirar. Le asombraba cuanto podía afectarla.
– Bájame.
– ¿Puedes mantenerte en pie sin mi ayuda? – Preguntó suavemente, burlándose, susurrando las palabras contra su oído.
– Por supuesto. – Mintió ella. – Y que quede claro, Lisa, yo voy a permitirle ir a la casa conmigo.
Lisa y Cullen estallaron en carcajadas.
– Eso parece. – Dijo Lisa.

La casa resultaba oscura y repulsiva, emitiendo a juicio de Corinne una extraña vibración de maldad. Mientras miraba inciertamente hacia su casa, empezó a estremecerse.
– ¿Dayan? – Susurró su nombre, súbitamente muy asustada.
Al momento él se inclinó más cercan, sus brazos se deslizaron alrededor de sus hombros esbeltos.
– No te preocupes, cielo. No permitiré que te ocurra nada. Ahora no. Ni nunca.
– Algo va mal, Dayan, puedo sentirlo. Salgamos de aquí. Quizás la policía debería venir con nosotros.
– La policía nunca detendrá a este grupo.
– No me importa si pueden detenerlos o no. Creo que el punto es que no hagan daño ahora mismo. Si se lo pedimos, entrarán en la casa con nosotros. – Le suplicó Corinne. Mientras le miraba, se encontró tocando su mente. Leyó su resolución. Dayan estaba decidido, despreocupado del peligro, completamente confiado en sí mismo. Corinne suspiró.
– Vas a entrar, ¿verdad?
– Por supuesto que si. Lisa y tú necesitáis ropa.
Ella le cogió del brazo.
– Dayan, olvídalo. Podemos comprar ropa. Nada vale la pena que te hagan ni un arañazo. No me gusta la sensación que da la casa. Creo que hay algo ahí dentro o está observando.
Él se inclinó para besar su irresistible boca.
– Creo que estás absolutamente en lo cierto. La casa está siendo vigilada. Pero estás perfectamente a salvo aquí.
– No voy a esperar aquí mientras tú entras solo. Si insistes en ser testarudo en esto, yo insistiré también. Puedo hacer cosas extraordinarias, Dayan. Sé que sería de alguna ayuda. No iba a permitirle entrar solo de nuevo.
Dayan sonrió, sus dientes muy blancos en la oscuridad, dándole la apariencia de un depredador. No tenía ni idea de por qué la imagen relampagueó en su mente, pero se estremeció de todos modos. Ocasionalmente captó retazos en la mente de él de un depredador salvaje. Cosas raras, como leopardos y aves de presa nocturnas. Se arremolinaban imágenes de niebla y llovizna, de relámpagos y feroces tormentas. Todo estaba allí en su mente mezclado con qué y quién era él.
Había imágenes de un Dayan niño con otros niños, corriendo libres en la salvaje jungla, pero junto a él había leopardos, guardianes de apariencia salvaje que parecían estar vigilándole. No

estaba segura de si estaba captando vistazos de sus recuerdos reales o una confusión de recuerdos e imágenes de fantasía. Era un mundo oscuro, poco adecuado para el poeta que pensaba que era. En esas visiones él era un oscuro depredador corriendo con los felinos de la jungla en busca de una presa.

Corinne apartó esas imágenes para examinarlas luego. Era consciente de que Dayan no era exactamente lo que parecía. Dayan era un fuerte psíquico con un talento enorme. No tenía ni idea de qué era capaz.

– Ya estás otra vez, cielo. – Él sonaba divertido– asustándote a ti misma sin ninguna razón en absoluto. ¡Qué ideas! Quédate aquí mientras compruebo que la casa no está ocupada.

– ¿Lo está? – Ella se mostraba curiosa sobre si podía saberlo a una distancia tan grande.

– En realidad, no hay nadie en la casa, pero hay un hombre esperando en el patio justo fuera de nuestra vista. Puedo leer sus pensamientos. Hay otro en la puerta de atrás. Está silbando para sí mismo. Un tercer hombre está fumando un cigarrillo el otro lado de la calle, tres casas más abajo de la tuya. Si observas atentamente puedes ver la incandescencia del cigarrillo, justo ahí, sobre el porche. – Sonrió de nuevo, esta vez con humor. – Se está imaginando una escena. Temo que no puedo permitir que sus retorcidos sueños se conviertan en realidad.

– ¿Puedes leer sus pensamientos a esta distancia? – Le creía. Sabía que le decía la verdad. Una parte de su mente luchaba para encajar las piezas del rompecabezas, pero faltaban demasiadas. Confiaba en Dayan, pero en realidad no le conocía en absoluto. Daba la sensación de que hubieran estado juntos toda la vida, como si se pertenecieran el uno al otro, aunque le acababa de conocer.

Dayan se encogió de hombros, un casual ondear de músculos y tendones. Una amenaza. Corinne se mordió ansiosamente el labio inferior.

– Siempre pareces tan amable, Dayan, pero das la impresión de ser muy peligroso. Puedes ser bastante intimidante... ¿lo sabes? – Estaba intentando reírse de su aprensión, pero percibía la violencia en él, algo que bullía bajo la superficie.

Él le rodeó los esbeltos hombros con el brazo, empujándola más cerca de su abrigo.

– Todos los hombres son capaces de violencia, cielo, si alguien amado se ve amenazado. Los hombres de los Cárpatos nacen protectores; es una cualidad impresa en nosotros de nacimiento. Ha sido así desde el principio de los tiempos. Tu seguridad y salud es mi preocupación número uno.

¿Por qué todo lo que él decía parecía tan racional cuando no lo era en absoluto? ¿Era la cadencia hipnótica de su voz? ¿Esa notable belleza? ¿La necesidad y el hambre irradiaban de él cuando estaba tan cerca de ella? Corinne solo sabía que cuando estaba con él se sentía como si siempre le hubiera conocido, como si su lugar estuviera siempre con él. Extendió la mano y le tocó la mandíbula con la yema de sus acariciadores dedos.

– Puedo mover objetos concentrándome en ellos. Sé que puedo serte de ayuda.

Él le cogió la mano, llevándose sus dedos a la calidez de su boca.

– Tienes un tremendo talento, amorcito, y te agradezco la oferta, pero me aseguraré de que no hay peligro antes de que salgas de este coche. Es de suprema importancia para mí.

Tuvo que apartar la mirada de sus ojos hipnotizadores. Podía caer en esos ojos y quedar atrapada allí para siempre si no tenía mucho cuidado. Fuera del coche, el viento se estaba levantando, trayendo hebras de niebla. Se elevaban del asfalto en largas colas, arremolinándose en una espesa neblina mientras se acumulaba sobre la calle. Llegó rápida, como si llegara del océano, oliendo a salitre y algas marinas. Corinne obligó a su mirada a apartarse de la de Dayan para estudiar la calle.

– Mira eso, Dayan. ¿Alguna vez has visto levantarse una niebla tan rápido o tan espesa? – En cierta forma era bastante escalofriante. Sabía que no podrían conducir el coche con semejante tiempo; nadie podría ver. La propia niebla parecía extraña, como si extravagante formas y sombras se movieran en su interior. Podía oír un ruido, un susurro continuo de voces sepultadas en la niebla.

– Estás temblando, Corinne. No temas la niebla. Es solo eso. Puedo moverme con seguridad por los alrededores sin ser detectado. – Dayan habló suavemente como siempre hacía, pero

había algo perturbador en su observación casual. Como si la espesa niebla fuera cosa de todos los días. Como si pudiera comandar la niebla.
Corinne levantó la mirada hacia él, con los ojos demasiado grandes para su cara. Había preguntas en su mirada fascinada, y respuestas en la mirada de él. La mirada sin parpadear de un gran felino de la jungla. De un depredador antes de atacar a su presa. Corinne se movió, una sutil retirada femenina, pero Dayan simplemente la sujetó con más fuerza. El corazón de ella palpitaba de nuevo erráticamente, ruidoso en el silencio de la noche cubierta de niebla.
– Corinne. – Susurró su nombre. ¿O lo había pensado simplemente haciendo que el sonido rozara como alas de mariposa en su mente? Su tono era sexy. Tentador. Íntimo. Podía hacer que se le derritieran las entrañas con la forma en que pronunciaba su nombre. Él colocó la palma de la mano de Corinne sobre su corazón, cubriéndola con la de ella. – Ssh, amorcito, escucha el sonido de mi corazón hablando al tuyo. Debes aprender a relajarte y respirar. La respiración es esencial en tu vida, ya sabes.
Ella inhaló; su corazón ya estaba siguiendo el fuerte patrón del suyo. Pensó en ello, en la forma que él expresaba las cosas. Esencial en tu vida. Sus largas pestañas se elevaron para poder estudiar su cara. Físicamente era guapo, sensual, muy masculino.
– ¿No es esencial en tu vida?
Durante un breve momento, el humor brilló en los ojos de él, solo un vistazo fugaz, y después sus ojos quedaron negros, profundos e insondables. Ocultando mil secretos.
– Algunas veces es extremadamente esencial. Como ahora. Cuando te miro, me robas el aliento. Simplemente ocurre. Encuentro que no puedo recobrar el aliento.
Corinne se encontró riendo a pesar de su resolución de no hacerlo. Él era tan descarado, haciéndola sentir hermosa cuando estaba embarazada.
– Yo no he notado que ocurre ese fenómeno peculiar. Tendré que prestar más atención.
– Entonces no debes haber notado tampoco que mis piernas se debilitan. – En la oscuridad, con la niebla apresando el coche y los extraños susurros insidiosos. Corinne agradecía la sólida forma de Dayan y la risa que estaba provocando.
– Creo que te inventas esas cosas solo para hacerme reír y que olvide a esos hombres que esperan en la oscuridad para hacerte daño. – Corinne estaba deslizando los dedos arriba y abajo por el brazo de él ausentemente. – Quiero ir contigo.
Su mente era una sombra en la de ella. No tenía miedo por sí misma, tenía miedo por él. Estaba decidida a acompañarle.
– Fundido. – Él susurró la palabra contra su pulso, contra su piel desnuda, convirtiendo su sangre en lava fundida. Espesa y ardiente y atravesándole con urgentes demandas. Ella lo era todo. Luz y risa, serenidad y poesía, y ardiente y húmedo sexo. Tenía clase y era dulce, era elegante, encaje, raso y noches iluminadas con velas. Era la fuerza y frescura de las espumosas cascadas, de los bosques oscuros. Había un salvajismo en lo más profundo de ella que surgía a primer plano cuando estaba con él. Un salvajismo que igualaba al suyo propio. Sospechaba que eso la sorprendía porque no sabía que existiera. Pero debía tenerla; estaba allí en su música; cuando tocaba tan apasionadamente, en las canciones que escribió para que las cantaran otros.
Dayan la atrajo más cerca de él, de forma que sus corazones latieran al mismo ritmo, el corazón de ella igualando su latido firme.
– Te quedarás en este coche, mi amor, donde la niebla te protegerá y te mantendrá a salvo. Estos humanos no pueden hacerme daño. Me aseguraré de que se marchan.
Ella reconoció el "empujón" que había en su voz, la urgencia para que obedeciera lo que era casi imposible de ignorar. Tanto como la irritó, Corinne quedó intrigada por la cualidad hipnotizadora de su tono. Antes que pudiera pensar en ello en realidad, la boca de Dayan estaba cubriendo la suya, alejándola de algo tan cuerdo como pensar, apartando todo pensamiento de su cerebro y reemplazándolo por pura sensación. Entonces se fue, deslizándose velozmente fuera del coche, dejándola allí sentada, despojada.
Corinne encogió las piernas hacia arriba en el asiento y se mordisqueó la punta de una uña. Dayan. Se le había metido bajo la piel, enredándose alrededor de su corazón, rezumando en su

alma de forma que no podía dejar de pensar en él. No podía dejar de desear estar con él. Había algo diferente en él. Cada vez que pensaba que se acercaba a la respuesta, la distraía. Lo hacía simplemente, casualmente, sin esfuerzo.
Miró por la ventana y vio la espesa niebla. No podía ver nada más, y la falta de referencias visuales le produjo la ilusión de estar flotando en el cielo, arropada por nubes ondulantes. Nada tenía la capacidad de comandar el cielo, el tiempo. ¿Así que por qué creía que Dayan había hecho algo para atraer la misteriosa niebla? No era natural. Había oído el susurro de voces, visto las formas sombrías moviéndose. Era aterrador, pero él había salido sin tener ningún miedo, como si supiera que no sufriría daño.
¿Por qué utilizaba él términos tan extraños? Se dio golpecitos en la barbilla con el dedo índice. Mortales. Había utilizado esa palabra como si fuera natural y significara algo. Había dicho que los humanos no podrían hacerle daño. Como si él no fuera humano. Corinne sacudió la cabeza, intentando apartar la idea.
Por supuesto que Dayan era humano. ¿Qué más podría ser? ¿Un animal? Ciertamente había una cualidad animal en la forma en que se movía. Era como un gran felino de la jungla. Había algo en sus ojos, en la forma en que se movía su cuerpo. ¿En qué estaba pensando? ¿Una mítica persona–gato? Corinne dejó escapar el aliento lentamente. Era demasiado alocado estar sentada en la oscuridad permitiendo que su imaginación corriera salvajemente mientras Dayan estaba allí fuera en medio de asesinos. Él no creía necesitar protección, pero ella sabía que podía ayudarle de ser necesario. Resueltamente se extendió hacia el picaporte de la puerta. Mientras lo hacía, su mano tembló y se encontró deteniéndose a medio camino. Realmente rompió a sudar. Todo en ella exigía que se quedara en el coche.
Muy cuidadosamente, Corinne presionó las palmas de las manos sobre su bebé. Estaba pasando por alto algo importante; simplemente no podía encajarlo todo. Dayan era diferente, tenía un tremendo poder, pero era más que eso. Pequeñeces que no tenían sentido. Cosas que nadie más parecía notar sobre él. Cosas que ella veía cuando sus mentes estaban fundidas. Al principio solo oía su voz, pero cada vez más y más pequeños detalles se abrían paso hasta su mente. Extrañas imágenes. Hechos. Imágenes vívidas y detalladas de historia, de lapsos de tiempo muy antiguos. Las imágenes eran borrosas, pero estaban allí, en su mente.

Dayan se alejó tranquilamente del coche con la niebla cubriéndole, envolviéndole firmemente en sus hebras. Tocó la mente de Corinne una vez más, sonriendo para sí mismo por la forma que en estaba trabajando para abrirse paso hacia la verdad. Corinne. Su corazón y alma. Su mismo aliento. Corinne había tocado cosas en su mente cada vez que se fundía completamente con ella. Su pasado. Guerras y desarrollo de naciones. Detalles vívidos grabados en su memoria. Hazañas de fuerza. Varios períodos de tiempo. Era todo parte de lo que había formado su carácter. Su familia. Darius. Los vampiros atacando a su unidad familiar a causa de las dos mujeres. Conciertos. Miles de conciertos. Algunos dados como trovadores vagabundos, otros en estadios de football. Carruajes tirados por caballos y automóviles antiguos. Cada recuerdo ensombrecido por la oscuridad de la noche. Criaturas de la noche. Su mundo.
Dayan colocó la mano sobre el techo del coche, justo sobre la cabeza de ella, sabiendo que era completamente invisible, sabiendo que ella se preocupaba por él. Que estaba intentando resistirse a su suave orden susurrada que le exigía obediencia. Se le derritió el corazón ante la idea de que estuviera tan decidida a protegerle cuando ella misma era tan pequeña y delicada, y su salud tan frágil. Su amor por ella, creciendo a cada momento que pasaba en su compañía, se estaba convirtiendo en algo abrumador.
Bajó la mirada hasta su mano, manteniendo la imagen del cambio en el primer plano de su mente. Su mano se deformó, se curvó, se extendían garras donde habían estado las uñas, ondeó un pelaje sobre su piel. Se movió alejándose del coche mientras la transformación tenía lugar en él. Le extendió hacia ella, abrazándola, celebrando la completa libertad. La criatura había estado allí en la mente de ella, compartiendo sus pensamientos. Personas–gato. Le

Librodot

gustaba eso. Ella había captado vistazos de su mundo, de las cazas utilizando el cuerpo de un gran felino para proveerse a sí mismo de alimento. Dentro del cuerpo compacto y nervudo del leopardo, Dayan sonrió. Ella estaba más cerca de la verdad de lo que suponía. Estaba inexplicablemente orgulloso de ella por eso.

Silenciosamente, el magnífico felino de la jungla se movió sobre sus grandes patas acolchadas a través de la calle cubierta de niebla. Caminó sobre pies acolchados, confiando en su increíble audición y visión nocturna. Dio orden al fantasmal reino nocturno; la noche era su reino indiscutible. Dayan utilizó el cuerpo del leopardo para "ver" los objetos a su alrededor. Sabía exactamente donde estaba su presa. Dentro del cuerpo del leopardo, Dayan se acercó más al objeto de la caza. Sus músculos ondearon como cuerdas nervudas bajo su fluida piel cuando se acercó arrastras.

El hombre aplastó su cigarrillo bajo la bota y volvió a colocar su escopeta sobre el regazo. La niebla le estaba poniendo nervioso. Era espesa, resultaba imposible ver a través de ella, pero podía haber jurado que habían figuras moviéndose en ella. Se inclinó hacia afuera desde el porche, escuchando tan atentamente como pudo buscado cualquier sonido de algo que se aproximara. Al momento se puso nervioso; un pequeño temblor empezó profundamente en su interior y se propagó a través de su cuerpo.

No había nada ahí afuera, nada que pudiera ver, nada que pudiera oír, pero se sentía amenazado. Acechado. Nerviosamente salió del porche, agradeciendo que los propietarios estuvieran fuera durante unos días. Había sido bastante fácil enterarse de que la pareja se estaba tomando unas vacaciones. Esta propiedad era el punto de observación perfecta para mantener vigilada la casa Wentworth. Se paseó de arriba a abajo. Nunca vio al felino aproximarse a él, su cuerpo agachado sobre el suelo, arrastrándose hacia adelante centímetro a centímetro. Silencioso. Mortal. Ojos dilatados fijos en su presa. Nada hizo sospechar al hombre que un enemigo mucho más poderoso que él estaba a solo escasos centímetros de él. Cuando llegó el ataque, fue rápido y explosivo. El animal estaba sobre él, su fuerza enorme, sus garras desgarrando y perforando su garganta vulnerable en completo silencio.

El leopardo saltó sobre el techo de la casa, llevando el cadáver con él. Escondió su presa bajo una ventana abuhardillada y con una aguda inclinación del alero en forma de A. Dayan tuvo que forcejear con los instintos del gran felino, hambriento de su presa. Se había vuelto más y más difícil derrotar a la oscuridad que crecía y se extendía en su interior, pero ahora con Corinne en su vida, completándole, se sentía fuerte de nuevo. Tenía a alguien por quién vivir, alguien a quién amar. Alguien que hacía que todo valiera la pena. Dayan respiró profundamente y dirigió al leopardo de vuelta hacia la calle.

El felino saltó fácilmente hasta el suelo, moviéndose velozmente a través de la espesa niebla por la calle hacia la residencia Wentworth. Un hombre esperaba en el patio trasero de Corinne a que ella volviera a casa. Tenía un arma y un cuchillo, y órdenes de llevarla de vuelta al laboratorio o matarla. El felino pudo oler al hombre a través de la espesa niebla. Un segundo hombre estaba acurrucado en el umbral, con las mismas órdenes y la misma determinación. Estaban muy alerta, temerosos incluso. Dos de sus amigos habían desaparecido sin dejar rastro. La sociedad quería respuestas rápido. Las Wentworth iban a dárselas.

El leopardo se movió con la misma tranquila confianza, el mismo silencio que cuando había empezado a acechar a su presa. La verja de hierro fue salvada con un salto fácil, y el animal aterrizó suavemente sobre sus patas acolchadas. La niebla se movía ahora, pequeños jirones al principio, comenzando a espesarse, arremolinándose como si tuviera vida propia. Rozó contra las piernas del hombre del patio. El hombre miró salvajemente a su alrededor, buscado algo vivo que pudiera haberle tocado.

Con un juramento se paseó de un lado a otro del césped, mirándose los pies. La niebla se movió de nuevo como una serpiente gigante, envolviéndose a su alrededor desde los piel hacia arriba. Se volvió hacia la casa cuando notó el inusual fenómeno. Con el corazón palpitando, empujó hacia el vapor y su mano le atravesó. Su alivio fue tremendo.

– ¿Mike? – Llamó a su compañero, súbitamente deseando salir de la opresiva niebla. Era tan espesa, se sentía como si no pudiera respirar adecuadamente.

Mike, en el umbral de la puerta, oyó la llamada amortiguada y se volvió, intentando ver a través de la espesa neblina.
– ¿Drake? – Pensó que había visto una figura alta y pálida que se movía en la niebla, pero era vaga y sombreada y no se parecía en absoluto a la constitución de su compañero.
Entrecerrando la mirada, se inclinó más hacia la espesa y opresiva forma, seguro de que ahora había más de una figura moviéndose. Levantó su arma, intentando apuntar hacia las amorfas y casi transparentes figuras.
Era un animal, no una persona, decidió, bajando el arma. Estaba escuchando pero la extraña niebla amortiguaba los sonidos haciendo que parecieran separados del resto del mundo. Definitivamente no era humano, las formas dentro del blanco velo tomaba la forma de enormes felinos. Cuando clavaba los ojos en ellas, desconcertado por el extraño fenómeno, los felinos parecían devolverle la mirada, fijando sus brillantes ojos sobre él. Ojos rojos. Ojos que flameaban y parecían extraños y amenazadores en medio de la niebla. Para tranquilizarse a sí mismo, Mike reafirmó su agarre sobre la pistola mientras retrocedía para aplastar su cuerpo contra la pared, haciéndose tan pequeño como le fue posible.
Si era una ilusión, ¿por qué había un felino avanzando, emergiendo de la niebla, mirando fijamente, ferozmente, hacia él? Nudos de pesados músculos ondeándose en un pelaje moteado; con la cabeza baja, pero sin apartar nunca los ojos de su presa. Mike intentó sacar el arma, sus dedos avanzaban sobre el gatillo una y otra vez en un desesperado intento de matar a la forma, pero su mano parecía paralizada. El arma debía haberse encasquillado. Nada surtía efecto.
Estaba paralizado mirando intensamente a los ojos de llamas rojas cuando algo le golpeó con fuerza en el pecho y tosió una vez. Fue el último sonido que hizo nunca. El leopardo era tan fuerte que cuando atacó aplastó el pecho del hombre incluso mientras las afiladas garras le atravesaban la garganta buscando su muerte. El leopardo arrastró el cuerpo del hombre desde el umbral hasta el patio hacia el otro humano.
Drake estaba luchando por abrirse paso a través de las terribles bandas de niebla hacia donde creía que Mike estaba esperando. Jirones de esa cosa parecían envolverse a su alrededor dejándole como si fuera una momia. Creía que podía sentir las hebras rozando aquí y allí contra su cuerpo, pero cuando intentó apartarlas a empujones, sus manos se hundieron completamente en la niebla.
– ¿Mike? – Se encontró a sí mismo susurrando, moviendo sus pies cuidadosamente, cautelosamente, sintiendo su camino a través de la hierba. Estaba buscando la mampostería que señalaría que estaba cerca de la casa. La punta de su bota golpeó algo sólido. No parecía ladrillo. Cuidadosamente tanteó el objeto con la bota. Una sensación enfermiza empezó en el fondo de su estómago. – ¿Mike? – Susurró de nuevo mientras se agachaba para sentirlo con las manos.
El aliento explotó en sus pulmones. Era Mike. Drake jadeó en voz alta, volviéndose en todas direcciones, con el arma en la mano, los ojos salvajes mientras buscaba a su enemigo. Con su mano libre examinó el cuerpo, buscando el pulso. La palma de su mano aterrizó sobre un espeso pelaje. Inhaló agudamente, su mano se movió por propia voluntad sobre la forma de un cráneo. Después los bigotes, la boca abierto con afilados caninos. Drake intentó gritar, pero el felino ya se había lanzado, enterrando los dientes profundamente en su garganta desprotegida antes de que pudiera advertirlo. Un gorgoteo profundo, después la muerte.
Dayan cambió de forma inmediatamente, cogiendo al hombre entre sus brazos, colocando el arma en la cinturilla de sus pantalones mientras recogía el segundo cuerpo. Dio dos saltos a la carrera con los hombres sobre sus hombros. Su peso no era nada para él mientras sobrevolaba el cielo bajo la cobertura de la espesa niebla. Se tomó un momento para recoger el tercer cuerpo del techo y una vez más se dirigió hacia el bosque, unas millas afuera de la ciudad.
Le llevó unos minutos disponer de los cuerpos del mismo modo que había hecho con los otros dos. Los incineró con un rayo antes de enterrarlos profundamente y esparcir vegetación sobre el lugar para que pareciera no haber sido perturbado. Las armas fueron sepultadas

profundamente en la tierra con las cenizas. Después Dayan regresó a Corinne, saliendo silenciosamente de la niebla junto al coche.

CAPITULO 7

Estoy aquí contigo, cariño. Dayan hizo el tranquilizador anuncio antes de tocar la manilla de la puerta del coche, temiendo sobresaltarla. Era una sombra en la mente de ella, sabía que realmente tenía miedo, y se preocupaba por su seguridad. La niebla a ella le resultaba opresiva. Podía sentir lo incómoda que estaba, sentía que el bebé daba patadas con fuerza, pero su corazón y pulmones se estaban esforzando. Envió la calidez de su amor a la mente de ella, fuerte e intensa, la tranquilidad de él estaba en plena forma.

Corinne se precipitó hacia la puerta incluso mientras él la abría. Al momento se lanzó entre sus brazos, sin preocuparse de lo que él pudiera pensar.

– Estaba tan preocupada por ti.

Él la abrazó con fuerza, saboreando la sensación del frágil cuerpo contra el suyo.

– Respira, cariño. Me has dado un susto de muerte cuando tu corazón intenta funcionar con

tanta fuerza. Nunca estuve en ningún peligro. Nunca. Te lo dije. Tienes que escucharme cuando digo cosas importantes. – Enterró su boca contra el cuello suave de ella, inhalando su fragancia, respirando profundamente, haciendo que los pulmones de ella siguieron el patrón firme de los de él.
Corinne frotó la cara contra el amplio pecho de él.
– Nunca sé exactamente que es realmente importante y que pura tontería. – Admitió burlonamente, intentando desesperadamente aliviar la tensión cuando en realidad quería llorar de alivio.
Dayan rió suavemente, complaciéndola.
– Eres demasiado buena para mi ego. Todos los demás me obedecen; creo que tú también deberías.
Ella se alejó a regañadientes de sus brazos y miró a su alrededor con sorpresa ante lo rápidamente que se desintegraba el banco de niebla. Se estaba alejando y desapareciendo como si nunca hubiera estado allí.
– Es a mí a quien todo el mundo escucha, Dayan. – Señaló ella, su mente dando vueltas al peculiar fenómeno.
Dayan entrelazó sus dedos con los de ella para atraerla de vuelta a él. La mantuvo firmemente apretada bajo su hombro mientras caminaban hacia la casa.
– Y ciertamente es a mí a quien todos obedecen. – Ella encajaba perfectamente, su pequeña forma moviéndose contra la de él, suave y femenina, recordándole continuamente las maravillosas diferencias entre ellos.
Corinne levantó la mirada hacia él, estudiando sus rasgos, después agachó la cabeza para ocultar su expresión. Los ojos de él sostenían calidez mientras la miraba, pero tenía una mirada implacable cuando miraba lejos. Él parecía más animal que humano. Incluso sus movimientos, fluidos y poderosos, parecían inhumanos. Luchaba por entender exactamente qué había en él que encontraba tan intimidante.
Su corazón, en lugar de igualar el ritmo del de él, estaba palpitando muy duro y rápido. Tenía la boca seca.
– Dayan.
– ¿Por qué tienes miedo de mí cuando te trato tan gentilmente? – Su voz eran consoladora y tranquila. Nunca sonaba molesto o irritado por lo que pensaba ella. Dayan tomó las llaves de la puerta principal de su mano y la abrió.
Corinne lo pensó largo tiempo antes de responder.
¿Exactamente qué la asustaba de Dayan? Le miró, a la mezcla de ángulos y planos de su cara. A su fuerte mandíbula. A su boca esculpida.
– No creo que sea yo, en realidad. – Pensó en voz alta. – Hay algo diferente en ti, Dayan... algo peligroso. Pero no para mí. No creo que la amenaza esté dirigida a mí. – Su barbilla siguió en alto. – Sabes, siempre he detestado la forma en que todos querían decirme que hacer con mi vida a causa de mi salud. Tengo un buen cerebro y puedo pensar por mí misma. Si tú eliges pasar tu tiempo conmigo y quieres cuidar de mí, sabiendo completamente las repercusiones que puede haber y lo que probablemente me ocurrirá, entonces que así sea. Es tu elección, Dayan. – Levantó las manos y le enmarcó la cara con ellas. – Solo quiero que sepas que si te importa mucho, la muerte puede ser muy dolorosa para el que queda atrás.
–¿Eso te detendría a ti, Corinne? – Preguntó él tranquilamente, su mirada oscura vagando pensativamente sobre la cara de ella. – Si fuera yo el que tuviera mal el corazón, ¿te alejarías de mí?
Una lenta sonrisa curvó la boca de ella, iluminó su cara y disipó la preocupación oculta en sus ojos.
– Yo amo la vida, Dayan. Creo en vivirla. Nunca dejaría pasar el amor o la risa o el conocimiento por temer al dolor. Sería un pequeño precio a pagar por tu compañía. Pero bueno, yo he conocido el dolor y experimentado cosas que otros no. He aprendido el valor del amor y la risa.
Dayan volvió la cabeza ligeramente mientras se mirada permanecía fija en la cara de ella,

devorándola. Le besó la mano, llevándose un dedo al calor de su boca.
Al momento el cuerpo de ella se tensó y mil mariposas acariciaron las paredes de su estómago. Él la hacía sentirse hermosa, sexy y muy deseada.
– ¿Qué crees que estás haciendo? – Lo enfrentó con el corazón en los ojos y sus pechos alzándose y cayendo con anticipación.
La lengua de él llevó a cabo una lenta y sedosa caricia a lo largo de su dedo, después reluctantemente la soltó.
– Seduciéndote. – Admitió Dayan sin remordimiento. Inclinó la cabeza para encontrar su boca, besándola a conciencia, un beso largo y lento con el que quería decir lo que no parecía ser capaz de expresar con simples palabras. Poeta o no, no había palabras para decirle cuanto significaba para él. Ni palabras para decirle que la seguiría a cualquier parte. Que ella era para él vida.
– Lo expresas muy bien. – susurró las palabras en la boca de él, en su alma.
Dayan se tensó, sus brazos la aprisionaron, abrazándola firmemente a él. No había habido intercambio de sangre. Pero ella estaba leyendo su mente. Deslizándose como una sombra, con habilidad y facilidad, llegando adonde solo aquellos de sangre Carpato deberían poder ir. ¿Había aprendido demasiado? Su corazón no se estaba esforzando más de lo normal. Cuidadosamente tocó su mente. Corinne ni siquiera había notado lo que había hecho.
Se alejó con un empujón primero, una pequeña y delicada retirada que le hizo sonreír incluso mientras abría sus brazos para permitirle escapar.
– ¿Qué te atrae tanto de la música? – Preguntó Dayan, estudiando los montones de revistas de música sobre la mesita del café.
– La música me lleva a todos esos lugares donde mi cuerpo nunca me permitirá ir. – Le dijo Corinne, mirándole casi tímidamente. Su suave sonrisa hizo que las rodillas de Dayan temblaran. – Soy capaz de sentir la sensación de saltar de un avión o nadar bajo el océano solo seleccionando la pieza correcta. No importa donde esté, o lo difícil que sea respirar, si puedo oír música, sabré que todo está bien. – Su sonrisa fue cohibida. – Probablemente te suena a tontería, pero tú eres fuerte y libre. Yo soy una prisionera atrapada en este cuerpo. Mi corazón, mi alma y mi cerebro desean cosas que nunca experimentaré, así que utilizo la música para remontar el vuelo.
Dayan no dijo nada. No podía hablar; el nudo de su garganta estaba bloqueando su capacidad de respirar. Era la forma en que ella vivía su vida. Corinne aceptaba lo que se le había dado y vivía completamente a pesar de sus limitaciones. Abrazaba la vida. La saboreaba. La experimentaba. Podía imaginarla volando como un pájaro en el cielo, abalanzándose a través de las copas de los árboles. Él siempre tendía a permanecer cerca de ella, observándola, o Corinne iría hasta las estrellas.
– No lo lamentes por mí, Dayan. – Dijo ella suavemente. – Ya ves, he sido increíblemente afortunada. Atesoro cada día que tengo. – Se volvió para mirar alrededor de su casa. – Se me ha dado tanto en la vida, tantas cosas inesperadas. Ven conmigo, mira esto, Lisa es una cretina absoluta cuando se trata de instrumentos de música así que no aprecia esto en absoluto, pero tú lo harás. – Le cogió la mano y tiró. – Sé que lo harás.
Fue con ella porque no había otra elección. Podría seguirla hasta el fin del mundo. Ella le llevó a través del vestíbulo hasta la habitación abierto que tenía el piano, exponiendo rápidamente las llaves de marfil. Sus dedos se apretaron alrededor de los de él mientras le empujaba hacia el banco, casi tirándolo sobre él.
– Escucha esto. Escucha el sonido. – Sus manos se deslizaron sobre las teclas, revoloteando y colocándose para tocar una sonata que él reconoció inmediatamente.
El sonido era hermoso, las notas auténticas. Dayan observó como los dedos se deslizaban sobre las teclas. Tocaba sin esfuerzo, con un cierto abandono, perdiéndose completamente en la música. Tocaba de la misma forma que vivía la vida. Como le amaba a él. Apasionadamente, con toda su alma. Entregándose libremente, generosamente. Una fusión completa de su cuerpo, alma y corazón.
Le resultaba tan hermosa. Su cabeza inclinada sobre las teclas, con los ojos cerrados, el pelo

despeinado y revuelto alrededor de su cara, su expresión de concentración y hechizado rapto. Dayan se extendió alrededor de ella, plantando ambas manos sobre el piano de forma que sus brazos crearon una pared efectiva. Se inclinó para saborear la tentación de la nuca de Corinne. Su fragancia natural le atraía, atacando sus sentidos haciendo que no pudiera pensar más que en Corinne. En su piel suave y su cuerpo invitador. En la pasión en ella, la magia.

Los dedos de Corinne se inmovilizaron sobre el piano y se volvió entre sus brazos, medio alzándose para encontrar el calor de la boca de él. Encontró fuego y llamas. Una explosión de luz solar y una destructiva necesidad más exigente que la vida misma. Se alimentaron el uno del otro, devorándose el uno al otro, incapaz de acercarse lo suficiente. La boca de él era caliente y exigente. La de ella sedosa e insistente. Se perdió a sí misma en la boca de él, en su sabor masculino. Él no podía conseguir lo suficiente, alimentándose de ella, tomando la dulzura que ella le ofrecía, como un hombre muerto de hambre.

Corinne deslizó las manos bajo la camiseta de él, las mano de Dayan tiraban de la blusa de ella. El fuego era explosivo, el calor un infierno. No había pensamiento racional, solo la sensación de piel, el suave satén de ella, los firmes, definidos y duros músculos de él. La cambió de posición, su rodilla empujó entre las piernas de ella de forma que montara sobre la dura columna de su muslo.

Dayan dejó escapar un suave sonido, una nota afilada de hambre canina abriéndose paso hasta su alma. El tono perforó el corazón de Corinne, invadió su mente haciéndola rodearle la cabeza con los hombros para acunarle hacia ella, dándoselo todo, cualquier cosa. Deseando ser lo que fuera que él necesitara. Él empujó hacia arriba la camisa fuera de su camino, todo mientras su boca y la de ella ejecutaban un tango de seducción.

Su lengua acariciaba y tentaba, danzaba con la de ella. Sus dientes le mordisqueaban el labio inferior, la comisura de la boca, estableciéndose sobre su hoyuelo. Sus labios vagaron sobre la piel, bajando por el cuello y garganta, dejando llamas a su paso. Levantó la cabeza entonces. Inhalando. Borracho de la esencia de ella, profunda en sus pulmones. Sus ojos entrecerrados se deslizaron sobre ella.

Descansaron sobre el pecho. Suave. Cremoso. Firme y tentador.

El sujetador era de encaje rosa oscuro, acunando amorosamente los pechos llenos. Corinne oyó la respiración trabajosa de él mientras lentamente inclinaba la cabeza hacia ella. Su pelo largo se le deslizó sobre la piel, rozándola como una sedosa caricia. Sus manos eran increíblemente gentiles mientras acunaba el suave peso de ella, liberando un pecho del sujetador. Su lengua se arremolinó sobre el pezón. Oleadas de sensación la golpearon, sacudiéndola. Su boca, caliente y húmeda, se cerró alrededor de la carne dolorida. Las piernas de Corinne casi se doblaron bajo ella. Se recostó contra el piano, las teclas tocaron una nota discordante. Crepitaron relámpagos en su riego sanguíneo, corriendo hasta su mismo centro. Su cuerpo se tensó, se humedeció. Cerró los ojos y se abandonó al puro éxtasis de la sensación que él evocaba con su boca. Con sus manos.

Una pequeña nota discordante invadió la conciencia de Dayan. Un susurro de problemas. La respiración de ella era dificultosa, el corazón de ella se esforzaba. Al momento Dayan levantó la cabeza, enterró la cara en el hueco del hombro de ella. Las manos de Corinne exploraban su espalda, conduciéndose al mismo límite de la locura, así que la cogió por las muñecas para inmovilizarla.

Cuando puedo volver a respirar, cuando fue seguro de nuevo, levantó la cabeza para mirarla. Estaba tan guapa con su boca besada a conciencia y sus ojos grandes y deslumbrante ojos, casi se deshizo.

– Tu corazón y el bebé. – Le recordó él. – Otro por de minutos y no seremos capaces de parar. No quiero que te esfuerces inesperadamente. Tu seguridad y la del bebé están primero. He sido egoísta, y te pido que me perdones. En verdad, no pensaba con claridad.

Su voz fue una aleación de notas fantasmales, tan hermosas que atrajo lágrimas a los ojos de Corinne. La envolvió en un capullo de seguridad, una oscura melodía de amor y deseo sensual.

– No hay nada que perdonar, Dayan. Fue mutuo. Yo te deseo tanto como tú a mí. Gracia por

ser lo suficientemente fuerte por los dos. – Sus manos se arrastraron protectoramente para cubrir a su bebé. Le sonrió. – En realidad, yo tampoco estaba pensando con claridad, y si me conocieras realmente, sabrías lo raro que es eso.
Los ojos de él vagaron sobre su cara, intensos, hambrientos, derretidos.
– Tú eres mi corazón y mi alma, Corinne. No me conoces, porque no puedes fundir tu mente con la mía, pero yo puedo leer tus pensamientos, tus recuerdos. Yo te conozco como ningún otro podría. No necesito días, semanas, meses para conocerte. Solo tengo que tocar tu mente para saber como eres. Sé lo inteligente que eres. Lo mucho que este bebé significa para ti. Seremos mucho más cuidadosos.
Muy gentilmente le bajó la camisa cubriendo los pechos hinchados y doloridos. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se inclinó sobre su gran cuerpo, permitiéndole tomar su peso.
– Lo siento, Dayan, no pretendía que las cosas se nos fueran de las manos. Tendré más cuidado. – Deslizó la mano hacia abajo por el pecho de él, colocándola en la parte delantera de los vaqueros. – No quiero dejarte así. – Podía sentir el bulto de su erección, tan pesada de deseo.
El cuerpo de él se estremeció de excitación, anticipación endureciéndose más, su sangre se espesó. Dayan tomó un aliento profundo y tranquilizante.
– ¿Quieres decir de la misma forma que yo te dejo a ti? ¿Dolorida e incompleta? Creo que seremos socios, Corinne. Cuando yo sea capaz de cuidar de tus necesitadas, tu te ocuparás de las mías. – Posó un beso a lo largo de la sien de ella. – Estamos juntos en eso.
Ella se echó hacia atrás para mirarle a los ojos.
– Lo dices en serio, ¿verdad?
Dayan asintió.
– No soy un santo, Corinne. Me estás mirando con estrellas en los ojos. Quiero devorarte ahora mismo. Creo que lo más seguro será que empaquemos tus cosas y las de Lisa y volvamos adonde no podamos estar solos.
Corinne se apoyó más cerca, presionando un beso contra la comisura de la boca de él.
– Odio decírtelo, pero mis cosas están en el dormitorio. – Rió suavemente, burlonamente, y se alejó de él, sabiendo que estaba perfectamente a salvo con él. Sus piernas no eran del todo firmes pero se las arregló para caminar sin caer. Él la siguió hasta el interior del dormitorio, observándola con sus ojos oscuros e intensos. Sintió el peso de su mirada en ella mientras recorría la habitación y eso no hacía nada por calmar su propia tormenta de deseo.
Resueltamente reunió sus cosas sin mirarle. Le robaba el sentido común, y por el bien de ambos, necesitaba ser responsable. Corinne continuó con la habitación de Lisa, deteniéndose durante un momento para colocar la mano sobre el bebé. Dayan las había protegido a ambas.
– ¿Está dando patadas? – Preguntó Dayan suavemente, arreglándoselas para convertir la pregunta en algo pecaminosamente íntimo.
Corinne asintió, temiendo mirarlo, temiendo perderse en la terrible hambre de él. En su alma de poeta. Dayan se movió tras ella, tan silencioso como un felino de la jungla, y la envolvió con sus brazos, su palma sobre el pequeño abultamiento del estómago de ella. Inclinó la cabeza hasta que su boca estuvo peligrosamente cerca del frenético latido.
– Ella es muy fuerte. Un auténtico milagro. En todo el mundo la gente tiene bebés, pero no aprecian el milagro que supone. Quizás si no tuvieran mujeres, ni bebés, entenderían que se supone que es un tesoro. Como yo te atesoro a ti, como atesoro a esta niña.
Corinne cerró los ojos y permitió que las palabras de él atravesaran los poros de su piel. ¿Cómo podía decir cosas tan bellas? ¿Cómo podías sus palabras ser siempre tan perfectas? ¿Por qué le había encontrado ahora, cuando le quedaba tan poco tiempo? Por un momento se inclinó contra su dura fuerza, inhaló su esencia salvaje e indomable, tan agradecida de su enorme fuerza y sus palabras de poeta y la forma en que la hacía sentir que su hija era también parte de él. Totalmente aceptada. Sin reservas.
– Quiero que se sienta así. – Dijo él suavemente, su aliento cálido, invitador. – Porque es la pura verdad.
– Eres la tentación personificada. – Le regañó Corinne, pero su voz revoló su placer, y le

Librodot

cubrió la mano con la suya propia. – Podrías tener a cualquier mujer, Dayan. ¿Porqué demonios estás conmigo? – Su corazón se lamentaba por él. No quería que saliera herido.
– Solo existes tú. No puedo ver a ninguna otra, no lo haré. – Respondió él, completamente seguro. – Tú lo eres todo.
Corinne se alejó de él gentilmente, con pesar. – ¿Y si yo no me siento del mismo modo? ¿Qué harías entonces? – Había tanto interés como humor en su voz.
Él se extendió rodeándola para recoger las dos maletas.
– Olvidas que leo las mentes. Si verdaderamente no me desearas, entonces por supuesto tendría que aceptarlo, pero eres mi compañera. No hay error. Veo en color. Siento emoción. Te miro y hay significado en mi existencia. Tú me devuelves la mirada.
Corinne sonrió entonces... no podía evitarlo.
– Definitivamente te miro, no puedo negarlo. Y quiero estar contigo. Conocí a John prácticamente toda mi vida. Le amé, pero no podía darle pasión, no podía entregarle mi alma. Te miro y todo en mí te desea, deseo ser todo lo que necesites nunca.
Dayan sacudió la cabeza. Corinne estaba confusa por la intensidad de sus emociones, la pura química entre ellos. No quería que ella se sintiera culpable por no haber compartido su pasión con su marido.
– Yo soy tu compañero, estás hecha para mí. Nos conocemos el uno al otro, nos reconocemos el uno al otro porque debemos estar juntos. Amabas a John como a un querido amigo, pero tu lugar está a mi lado. Los compañeros no se mienten el uno al otro. Te estoy diciendo la verdad.
Ella se extendió para tocar su fuerte mandíbula, sus dedos acariciando gentilmente.
– Gracias, Dayan. – Dijo otra mirada alrededor de la casa. – Creo que lo tenemos todo.
Él tomó posesión de las maletas y se aseguró de que la casa estaba bien cerrada antes de seguirla por el camino enladrillado y cruzando el extenso césped inmaculado. Corinne se detuvo de repente, levantando la mirada hacia la abundancia de estrellas en lo alto. Las estrellas no podían verse antes.
– ¿No son hermosas?
Dyan asintió y continuó caminando hacia el coche. Corinne estaba muy pálida, y podía oír su respiración trabajosa. Ella actuaba como si todo fuera normal, como si fuera fuerte, pero él empezaba a alarmarse de nuevo. Quería cogerla en brazos y volar cruzando con ella el cielo nocturno, llevarla hasta el sanador más cercano para exigir que la curara.
– Necesitas entrar en el coche, cariño. – Aconsejó suavemente.
Ella asintió, odiando la debilidad que evitaba que disfrutara de un placer tan simple. Unos faros la atraparon en un foco brillante cuando un coche dobló la esquina o corrió directamente hacia ella. Corinne se quedó congelado, su corazón tartamudeó, su bebé pateó cuando una ráfaga de adrenalina fluyó por el cuerpo de su madre.
Dayan dejó caer las maletas y se movió con velocidad preternatural. La cogió en la seguridad de sus brazos y saltó sobre el coche a la carrera, tomando el aire mientras lo hacía. Bajo él, el conductor estaba dando la vuelta, reculando, los ocupantes chillaron con excitación. Él podía verlos claramente, y por primera vez, la furia estaba empezando a arder a fuego lento dentro de su alma. No quería más humanos amenazando a Corinne. Un gruñido bajo retumbó profundo en su garganta, y se inclinó sobre el sedoso pelo de ella, con intención de susurrarle una orden.
Corinne se aferró al brazo de Dayan mientras atravesaran el cielo a la carrera. Él ya no corría. Estaba segura de que sus pies no tocaban el suelo. Nadie podía moverse tan rápido. Nadie. Sentía la calidez del aliento de él contra su oído, le sintió fundirse con su mente, las oleadas de tranquilidad, de amor y compromiso.
– No me digas que olvide esto. – Le cortó agudamente. –No me ordenes olvidar, Dayan. Aún no. Déjeme verte.
Le estaba viendo por primera vez. Antes, había habido vistazos, pistas tentadoras, pero no podía encajar las piezas. Ahora él estaba compartiendo su mente, y veía cosas, recuerdos, imágenes; vio a Dayan en diferentes períodos de tiempo. Sus recuerdos no tenían sentido para

ella, pero sabía que eran reales y no sacados de libros de historia. Eran demasiado detallados, demasiado vívidos. Y la había salvado del coche, saltando en el aire y virtualmente volando con ella.

Tu corazón debe igualar el latido del mío. Escucha, Corinne, porque no te perderé. Respira conmigo y no te asustes.

– No tengo miedo de ti. – Susurró ella en voz alta. *No tengo miedo de ti*. No quería que él utilizara su habilidad telepática para privarla de este recuerdo. ¿Estaba viendo la razón por la que Dayan estaba tan solo, tan absolutamente solo en el mundo cuando todo el mundo se sentía atraído hacia él? Él era completamente diferente. Podía hacer cosas mágicas.

Dayan la llevó a la seguridad de los tejados, colocándola amablemente en el refugio de una ventana abuhardillada. Miró hacia el cielo, e inmediatamente las nubes empezaron a arremolinarse en lo alto, acumulándose rápidas y furiosas. El espeso banco de niebla estaba volviendo con el tiempo inestable.

Corinne observó cada movimiento de él cuidadosamente, notando que su expresión era exactamente la misma, pero en las profundidades de sus ojos ardía una llama roja de venganza.

– Vas a ir a enfrentarte a ellos, ¿verdad?

– Quiero que te concentres en tu corazón, Corinne. – Fue una orden, entregada con su negra voz aterciopelada. – Es necesario un latido estable. Óyelo, siente el mío. – Se llevó la palma de la mano de ella a su pecho, justo sobre su corazón. – ¿Sientes el ritmo? Puedes controlarlo hasta cierto punto.

– ¿Cómo pudiste moverte tan rápido? – Preguntó ella, sus ojos abiertos con sorpresa. Corinne había sido físicamente débil toda su vida, así que las habilidades de Dayan le resultaban maravillosas.

– Hablaremos luego, cariño. Tengo unos pocos detalles menores que atender ahora mismo.

Ella se extendió y le cogió del brazo.

– Ten cuidado, Dayan. Existe algo que se llama ser demasiado confiado.

Él inclinó la cabeza para rozarle la frente con un beso. Y al momento se había ido. Corinne parpadeó y Dayan había desaparecido. Encogió las rodillas, respirando lenta y profundamente, concentrándose en su corazón como él había ordenado. Por el momento, se permitió el lujo de pertenecerle a él, de saber que la deseaba. Sólo a ella. ¿Qué era él? ¿Quién era?

Dayan sintió un enorme poder recorriendo su mente mientras se disolvía en gotas de neblina. Moviéndose a través de las capas de niebla, se movió velozmente hacia el coche que rugía a través de las calles. Un rayo golpeó la tierra directamente en el camino del coche. El vehículo dio un bandazo y coleó antes de seguir corriendo. Cayó granizo del cielo; hielo del tamaño de pelotas de golf llevó sobre el techo del coche con tanta fuerza que lo abolló. La visibilidad quedó eliminada por la espesa niebla y el grueso hielo. El conductor pisó de golpe los frenos, y el coche se deslizó hasta detenerse. Al instante la mortífera niebla invadió el vehículo, entrando a través de las ventanas y llenando los espacios vacíos hasta que empujó fuera todo el aire.

Dentro la niebla era una mezcla peculiar, un rastro vaporoso de sombreado color que dejaba una impresión de gran amenaza. El conductor buscó la manilla de la puerta, pero ya era demasiado tarde. La niebla serpenteaba alrededor de su garganta como la cola de una serpiente. La neblina extrañamente coloreada se apretó más y más firmemente hasta que el conductor quedó estrangulado, jadeando, volviéndose gris, después azul, se le pusieron los ojos en blanco.

Los dos hombres del asiento de atrás buscaron simultáneamente las puertas. La niebla parecía viva, fibrosa, con tentáculos que se extendían para envolverlos, deslizando cola tras colas alrededor de ellos como nudos corredizos. Lucharon frenéticamente, pero sus esfuerzos provocaron que los lazos de niebla los apretaran más firmemente hasta que quedaron jadeantes y asfixiados, buscando desgarrar las colas que rodeaban sus gargantas. Sus manos simplemente atravesaron la niebla como si fuera neblina y nada más. Murieron

silenciosamente sin oportunidad de gritar pidiendo ayuda.
Dayan condujo el vehículo a través de la espesa niebla, utilizando su peculiar radar para así mantener la nube que le cubría mientras alejaba el coche del vecindario de Corinne. Estos hombres serían encontrados, pero sus muertes desconcertaría a cualquier forense. Dayan no había dejado marcas sobre ninguno de ellos. Los tres parecían haberse ahogado hasta morir o haber sido estrangulados de algún modo, pero no había drogas en sus sistemas, ni marcas o evidencias de juego sucio. Dayan estaba cansado de ser perseguido, y los miembros de la sociedad habían ido demasiado lejos esta vez. Estaban decididos a capturar o matar a Corinne y Lisa. Dayan no podía permitir que la sociedad amenazara a su compañera. Dejando a los hombres muertos en su coche a unas pocas manzanas de la casa de Corinne, estaba enviando un mensaje alto y claro a los miembros de la sociedad. Continuarían la persecución por su propia cuenta y riesgo. Corinne y Lisa estaban bajo su protección, y destruiría a cualquiera que las amenazara.
Las negras nubes arremolinadas en lo alto fueron disipadas por los jirones de niebla. Corinne se recostó sobre el techo, estudiando las formaciones de nube, los relámpagos arqueándose de un negro calvero a otro. Era un hermoso despliegue, pero era aterrador también, porque parecía tan intenso, tan personal. Como Dayan. Todo en él era intenso. Siempre estaba exteriormente calmado, tranquilo incluso, pero ella sentía mucho más bajo la superficie. Arremolinándose como las negras nubes que había sobre su cabeza.
Tan rápido como se había ido, Dayan volvió, elevándose sobre ella, alto y poderoso. Parpadeó hacia él con asombro total. Cerró los ojos cuando él se extendió hacia ella. Alto. Elegante, Poderoso. Esa misma fiereza estaba en él, aferrada a él junto con una letal amenaza. Era algo que apenas podía definir, peor no obstante era real.
– Te dije que mantuvieras estable tu ritmo cardíaco. – La saludó muy suavemente, la amenaza fuerte en su voz. La levantó entre sus brazos, acunándola contra su pecho haciendo que su corazón empezara inmediatamente a sintonizarse con el de él.
– Dijiste que no me tenías miedo, cariño, pero tu pulso se está acelerando.
– Apareciste de la nada. – Dijo ella a la defensiva, golpeándole el hombro con el puño cerrado. – Soy humana, ya sabes. – Levantó la mirada hacia él con ojos enormes y firmes. – ¿Eres tú humano, Dayan?
Él inclinó su oscura cabeza, sus dientes muy blancos en la noche.
– ¿Tú que crees? – Las palabras fueran susurradas suavemente contra la garganta de ella, contra su pulso. – ¿Te parezco humano? – Su voz era una tentación en sí misma.
Corinne sabía que era mejor no escuchar, era demasiado fácil dejarse distraer por la pura tentación de esa voz. Sus manos por propia voluntad encontraban la espesa abundancia de su pelo y se enmarañaron en las sedosas hebras.
– ¿Cómo lo haces tan fácilmente? – Preguntó ella, sabiendo que sus ojos revelaban sus sentimientos incluso si él no pudiera leerle la mente. Adoraba estar con él, lo adoraba todo en él. Deseaba borrar esa mirada de las profundidades de sus ojos para siempre. El vacío. La soledad. – Estoy empezando a creer que eres malo para mi corazón, Dayan. Puedes derretir a una mujer a veinte pasos. Puedes. Y haces que cambie el tiempo.
La boca de Dayan continuaba explorando la suave columna de su garganta.
– ¿De veras? Debo ser muy bueno. Espero que semejante hecho gane tu eterna admiración. – Sonaba ligeramente distraído, como si fuera más importante descubrir la suavidad de su piel que mantener una conversación. – Estás muy cansada, Corinne. Deberíamos salir para encontrarnos con los sanadores esta noche, pero creo que necesitas descansar. Has tenido suficiente excitación para una noche.
Su cabeza descansaba sobre el hombro de él, sus largas pestañas abanicaron las mejillas. Estaba cansado, ahora más que nunca. Mientras él la llevaba en brazos al borde del tejado, se movía con tanta fluidez, que sintió como si estuviera flotando.
– Me encanta bailar contigo. – Murmuró sin abrir los ojos, disfrutando de la brisa que soplaba en su cara. – Me encanta la forma en que te mueves.
– Así que estoy haciendo progresos después de todo. – Dijo él. Flotó con ella hasta el suelo

Librodot

con facilidad, su mente completamente fundida con la de ella para poder controlar sus impresiones de lo que estaba ocurriendo, empañando el recuerdo un poco a la vez que lentamente lo desvanecía. Habría querido revelarle qué era él, quién era. Quería que Corinne le aceptara, pero sabía que su cuerpo era débil, su corazón se debilitaba. No podía arriesgarse aún. Antes de que averiguara la verdad, quería que el sanador le asegurara que su corazón resistiría la sorpresa. Mientras lanzaba un nebuloso velo sobre los sorprendentes eventos de la noche, acentuó diferentes recuerdos: sus besos, la respuesta de ella. Recuperando las maletas, se aseguró de que se abrochara el cinturón de seguridad antes de separar el coche de la cuneta. Corinne se sentía tranquila en el asiento junto a él, sorprendida de lo cansada que estaba. La tensión nerviosa del embarazo sobre su cuerpo estaba empezando a notarse. Dayan conducía cuidadosamente a través de las calles, sus dedos entrelazados con los de ella.

– ¿No es extraño? – Filosofó ella. – Si alguien no hubiera informado a Lisa de que tocabas en ese bar, nunca nos hubiéramos conocido.

– Te habría encontrado. – Fue la declaración de un hecho, tranquilamente entregada.

Corinne guardó silencio durante el resto del camino a casa. Su mente estaba agradablemente en blanco. Estaba cansada y extrañamente feliz solo estando en su compañía. Minutos antes, había olfateado el salvajismo en él, pero ahora sentía su tranquilidad, una calma absoluta que rezumaba en las profundidades de su propia alma. Dayan parecía contento con conducir a través de la noche, canturreando suavemente por lo bajo. La melodía era una que ella no había oído nunca antes. Era fantasmalmente hermosa.

Lisa estaba esperando en el pequeño balcón, intentando que no pareciera que estaba preocupada. Observó ansiosamente mientras Dayan ayudaba cortésmente a Corinne a salir del coche. Él la habría llevado en brazos, pero Corinne era demasiado consciente de que había ojos sobre ellos.

Estás comportándote como una tonta. Las palabras acariciaron su mente tiernamente. *¿A quién le importa lo que piense nadie?*

Corinne convocó su coraje para responderle en su mente. La pura intimidad de su comunicación le resultaba atractiva. *No quiero que ella piense que no me siento bien.*

No te sientes bien. Señaló él muy agradablemente.

Corinne levantó la mirada hacia él bajo sus largas pestañas, solo una veloz reprimenda antes de sonreír a Lisa. Sobre la cabeza de ella, Dayan se encontró sonriendo. Esta era su Corinne. Dulce y atrevida al mismo tiempo.

– ¿Te sientes bien? – Preguntó Lisa con ojos ansiosos.

– Por supuesto. Estoy solo un poco cansada. – Admitió Corinne. – Creo que me echaré un rato. ¿Qué haces todavía levantada?

– Esperarte. – Lisa miró a Dayan y apartó la mirada. No estaba segura de por qué confiaba en él cuando estaba a su lado pero sentía desconfianza cuando le tenía fuera de la vista. Hacía que Corinne actuara de forma ajena a su carácter. Corinne nunca había mirado tan atentamente a los hombres, ni siquiera cuando era soltera. Corinne era práctica, seria. No era del tipo que se colgada de una estrella de rock. Lisa intentó no mirar al hombre.

Dayan sentía simpatía hacia ella. Lisa estaba molesta consigo misma por estar celosa. No quería que Corinne mirara a Dayan con estrellas en los ojos. No quería que Corinne mirara así a nadie. No estaba dispuesta a que su relación con Corinne cambiara de ninguna forma, pero no le gustaba mucho esta posesividad.

– Casi ha amanecido. – Dijo Corinne amablemente. – Deberías estar en la cama, Lisa, no preocupándote por mí. Sabía que íbamos a ir a por nuestras cosas. Nos tomó algo de tiempo.

– Así que no hubo problemas. – Dijo Cullen, envolviendo su brazo alrededor de los hombros de Lisa en una muestra de apoyo.

– Bueno... – Corinne pareció confusa, un liguero ceño cruzó su pequeña cara. Miró hacia Dayan en busca de ayuda mientras nerviosamente apartándose un mechón vagabundo de pelo oscuro de la cara.

Dayan deslizó inmediatamente en su mente con calidez y tranquilidad. Quedó desconcertada y desorientado durante un momento, incapaz de decir exactamente que había ocurrido. Estaba

buscando sus recuerdos, y eran una amalgama de confusión.
– Nada que no pudiéramos manejar. – Respondió él fácilmente, honradamente. Sus manos se colocaron en las caderas de Corinne, anclándola a él. – Si hubiéramos sabido que estabas preocupada, Lisa, habríamos llamado.
– Por supuesto que estaba preocupada. – Dijo Lisa desafiante, alzando la barbilla.
Corinne se recostó pesadamente contra Dayan, la debilidad la atravesó.
– Lisa. – Dijo tranquilamente, recurriendo a la fuerza de su relación.
Al momento Lisa se aproximo y tomó la mano de Corinne.
– Estoy empezando otra vez una pelea. Solo ve y échate, Corinne. No quiero que enfermes.
Dayan indicó la maleta de Lisa con la barbilla.
– Se cuidó mucho de coger todo lo de tu lista. – Estaba empujando a Corinne hacia el dormitorio donde había dormido la noche anterior.
Corinne sabía que Lisa estaba preocupada por ella, pero no tenía la energía suficiente como para tranquilizarla más. Todo lo que quería hacer era echarse y cerrar los ojos. Sentía el cuerpo pesado, y cada paso era como atravesar arenas movedizas.
Lisa estudió cada movimiento de Dayan... la forma en que sostenía a Corinne tan gentilmente, la forma en que sus ojos se movían sobre la cara de Corinne tiernamente, posesivamente. Lisa soltó un suave suspiro y se acercó a Cullen. Él respondió apretando su abrazo, y ella le miró y sonrió bastante tristemente. Su mundo estaba cambiando, y Lisa no era alguien que se las arreglara fácilmente con los cambios. Corinne parecía muy cansada y frágil. A Lisa siempre la asustaba verla así. Su fragilidad resaltada por el hecho de que el corazón de Corinne se debilitaba.
– No podía soportar que le ocurriera nada. – Susurró Lisa a Cullen. – Realmente no podría.
Dayan, con su audición superior, oyó su confesión susurrada. Sabía exactamente como se sentía y podía simpatizar con ella. Él tampoco podía soportar la idea de que algo le ocurriera a Corinne. Se inclinó hacia adelante para rozar la coronilla de la sedosa cabeza de Corinne con un beso, pero no podía dejar a Lisa sintiéndose tan nerviosa. Volvió la mirada atrás para sostener la ansiosa mirada de ella con la suya propia. Llevó solo unos pocos segundos, pero fue suficiente. Le envió oleadas de tranquilidad, empujando en el interior de su mente como para poder implantar una sensación de calidez hacia él.

Corinne se tomó su tiempo para preparar la cama. Dayan había sacado su guitarra, y ella se entretuvo cuando empezó a tocar. La música parecía viva, una parte de la armonía de la tierra y el cielo, una balada de ensueño. Al principio su voz fue tan suave que apenas pudo captar la letra. Se apresuró a salir del baño para entrar en el dormitorio y así poder escuchar cada palabra. Su voz era mística, hermosa, soñadora. Levantó la mirada hacia él y el mundo pareció dejar de girar, inmovilizándose para que el momento quedara atrapado en su memoria para siempre.
Me dejas sin aliento. Pensó las palabras para él, no deseando interrumpir su canción, no deseando perderse ni una sola palabra de la balada. Era una canción de fantasmal soledad, de un hombre, un vagabundo, un trovador, buscando algo en el tiempo, siglo tras siglos, buscando a una mujer que pudiera amarle.
La boca sensual se curvó en una sonrisa, y su mirada vagó sobre ella antes de que las pestañas de ella bajaran y la mano de él se moviera sobre la guitarra. Sus dedos se movían tan rápido que apenas podía seguirlas mientras tocaban la fantasmal melodía. Él cantó sobre una sombra oscura que se extendía lentamente sobre su alma, una mancha que sería imposible de erradicar una vez sobre él. Una poderosa bestia que rugía continuamente para liberarse en su interior. El tiempo pasaba y él no encontraba a su dama, colores y emociones se desvanecían, junto con toda esperanza, dejándole solo su guitarra y las palabras de sus canciones.
Era una oscura melodía que trajo lágrimas a los ojos de Corinne. Se acurrucó sobre la cama, estudiando intensamente la cara de él mientras tocaba. La luz le molestaba en los ojos, así que casualmente movió la mano para apagarla. Todo lo que importaba en su mundo era Dayan y

Librodot

su perfecta voz cantando esa canción fantasmalmente hermosa. Tuvo el súbito deseo de sostenerle entre sus brazos, de ser la mujer que había necesitado tan desesperadamente.
La música cambió sutilmente, introduciendo una vena esperanzadora, una que se elevó a un alegre crescendo. Se encontró a sí misma sonriendo allí en la oscuridad, con los ojos pegados a la cara de él. Era un artista, un poeta sin par. Adoraba ver su expresión mientras tocaba, mientras se alma se vertía en la música. Las pestañas de Corinne bajaron hasta las mejillas. Estaba muy cansada. Y Dayan estaba allí con ella, sólido y real, imposiblemente fuerte y sano.
Por un momento la guitarra se silenció cuando Dayan se tendió a su lado, tendiendo el instrumento sobre su pecho.
Ella sonrió.
– ¿Vas a tocarme hasta que me duerma?
– Absolutamente. – Ella oyó la sonrisa de respuesta en su voz. – Que tengas dulces sueño, cariño. Sueña con nosotros dos. – Sus dedos una vez más se deslizaron sobre las cuerdas, produciendo una suave balada.
Ella estaba soñando. Soñando despierta. Soñando dormida. Solo sabia que era maravilloso estar con él mientras se evadía en la música de él. La hacía sentirse viva y muy femenina. Podía incluso fingir estar sana. En medio de su sueño, jirones de niebla empezaron a serpentear lentamente entre las estrellas. Frunció el ceño, sintió que Dayan frotaba el dedo índice gentilmente hacia adelante y atrás sobre su frente.
– Duerme, cariño. Quiero que duermas todo el día hasta la puesta de sol. – La rozó con beso en la frente, alejando su ceño fruncido. – ¿Me entiendes, cariño? Duerme profundamente hasta que te llame para que despiertes.
Ella estaba más dormida que despierta.
– ¿Ya me estás dando órdenes otra vez, verdad?
– Si. Espero que me obedezcas. – El sonido de su guitarra llenaba la habitación, llenando el corazón y alma de Corinne. – Sabes que eres mi vida, lo sabes. Dime que lo harás.
– Quiero estar en tu vida. – Estaba casi dormida, ni estaba segura de que estaba diciendo.
– Estás definitivamente en mi vida.
Ella se quedó callada un largo rato, Dayan pensó que se había quedado dormida. Tendido a su lado, sus dedos se movían amorosamente sobre su guitarra, su cuerpo cerca del de ella. Deseó que este momento durara para siempre. Corinne estaba junto a él donde debía estar. La luz empezaba a perforar la oscuridad, convirtiendo la negra oscuridad en gris. Tendido allí saboreó la sensación de ella a su lado, echando de menos el sonido de su voz, su risa, la forma en que sus ojos danzaban cuando se burlaba de él. La forma en que le miraba como si fuera el único hombre en su mundo. Corinne. Sabía que los poetas escribían sobre ellos. Sabía por qué su alma clamaba por ella. Sabía por qué había esperado siglos por ella.
– Dayan. – Ella murmuró su nombre adormecidamente. – ¿eres humano?
Sobresaltado, él la miró. Los ojos de Corinne estaban cerrados, y respiraba como si estuviera dormida. Había cubierto sus recuerdos con un velo, sin borrarlos completamente porque quería que ella supiera la verdad pronto. No quería que fuera una completa sorpresa para ella, no podía arriesgarse a esa clase de sorpresa con su corazón dañado. Quería que ella tuviera recuerdos a los que recurrir cuando los necesitara, pero su orden debería haber evitado que se hiciera esa pregunta.
Examinó los pensamientos de ella mientras estaba allí tendida a su lado. Vagaba dentro y fuera de la consciencia, teniendo un hermoso sueño. No tenía miedo. Dayan se relajó, una lenta sonrisa curvó su boca. Ella se estaba acercando a la verdad. Estaba cerca de aceptarle. *Duerme, cariño, mientras yo te visito en sueños*. Y lo haría. No podía soportar el estar lejos de ella, ni siquiera cuando ambos dormían. Se vería obligado a buscar refugio en la tierra cuando el sol se alzara, pero no se atrevía a protegerla con las salvaguardas normales. Si ella intentaba abandonar la morada a pesar de las medidas preventivas, el esfuerzo podría causar problemas a su débil corazón. Como fuera, tenía miedo de que se alejara demasiado de él, empezaría a sentir los efectos de la separación de su compañero.

Librodot

Aunque no había pronunciado las palabras rituales para ella, él y Corinne ya estaba unidos en corazón y mente.
Se inclinó una vez más para besarla, necesitaba tocarla, deseaba permanecer con ella a pesar del peligro para sí mismo. Sabía que era imposible quedarse, pero eso no evitaba que deseara estar con ella. *Duerme hasta que yo me alce, Corinne. Duerme a salvo*. Murmuró la orden suavemente, necesitado encontrar una forma de protegerla mientras él dormía.
Cuando quedó satisfecho de que ella le hubiera obedecido, yació tranquilamente, liberando su mente, buscando a su congéneres. *Darius. Nuestra necesidad de un sanador crece a cada momento que pasa. Ella está mucho más débil esta noche. No sé cuando más podrá continuar.*
Hubo un silencio y luego Darius estaba allí. Fuerte. Tranquilizador. Calmado como siempre. *Únete a ella. Los entrelazaremos... Julian, Desari, Tempest y yo. Tú trabaja, y nosotros te abasteceremos con tanta ayuda como sea posible para mantenerla hasta que podamos reunirnos*.
Dayan dejó escapar el aliento lentamente. Debería haber comprendido que Darius pensaría en términos de fortaleza familiar. Su familia estaba allí para Dayan, como siempre, hombro con hombro con él en la lucha por la supervivencia de su compañera y la niña. Se extendió en busca de la unión, abrazando a su familia y dejando su cuerpo físico para intentar una vez más la sanación. Esta vez con ayuda.

CAPITULO 8

Desari, cantante principal de los Trovadores Oscuros, golpeteaba un ritmo enervante con las uñas sobre el tablero de la mesa mientras miraba a su hermano.
–La compañera de Dayan no aguantará mucho más, Darius. Esta situación no me gusta en absoluto. Dayan no puede reclamar a su compañera, ni ayudarla mientras esté embarazada. – ¿Qué dice Gregori, Darius?
Julian rodeó la cintura de Desari con su brazo, inclinándose para rozar las sienes de su compañera con beso breve y tranquilizador.
– Gregori y Shea son realmente muy buenos, Desari. Se las ingeniarán para ayudar a Dayan. Gregori es impresionante cuando trabaja, y es tu hermano, de tu linaje. Sabes lo poderoso que le hace eso. Fue una lástima que Gregori y Savannah no pudieran acudir a la boda de Lucian.

Toparse con el vampiro les retrasó, y ahora esta noticia acortará su reunión con Lucian abruptamente.
– No estoy seguro de que alcancen a Dayan a tiempo. Barack y Syndil vuelven desde las Montañas de los Cárpatos. Esa es una gran distancia, Julian. – Desari, claramente preocupada, se mordió el labio inferior.
Julian se inclinó para rozar un beso tranquilizador en la sien de Desari.
– Traen con ellos a Shea y su compañero, Jacques, hermano del Príncipe y un Cárpato muy poderoso. Estás acostumbrada a confiar en tu familia en estas cuestiones, pero en verdad, hay muchos otros – congéneres, parientes– que acuden en nuestra ayuda.
Darius encogió sus amplios hombros mientras miraba a su hermana, su mirada era negra, firme y tranquila.
– No podemos hacer otra cosa que ayudar a Dayan hasta que lleguen. Gregori y su compañera estarán aquí pronto, y nosotros viajaremos juntos para alcanzar a Dayan y la que se unirá a nuestra familia. Dayan no tiene más elección que mantenerla con vida, y así lo hará.
Julian asintió.
– Tanto Gregori como Shea presienten que es demasiado arriesgado para Dayan hacer un intercambio de sangre con ella mientras haya un bebé en su útero. Dayan dice que es una niña y una fuerte psíquica. Eso ayudará, pero hasta que lleguen los sanadores para ayudar al bebé, no nos atrevemos a arriesgarnos a interferir.
Desari frunció el ceño.
– Si el corazón de la compañera de Dayan se agota, los perderemos a ambos.
El brazo de Julian se apretó alrededor de ella.
– Dayan no permitirá tal cosa. El corazón de su compañera es muy débil, pero deberíamos ser capaces de mantenerla con vida con nuestra energía combinada hasta que los sanadores estén en posición de ayudarla a ella y a la niña. – Su mirada encontró los ojos de Darius sobre la coronilla de su compañera. La situación era grave. Barack y Syndil se apresuraban a volver, trayendo con ellos a Shea Dubrinsky, compañera de Jacques. Esa era una Cárpato extraordinaria. Una médico, una investigadora, una sanadora de gran talento. Con ellos viajaba un hombre humano. Un amigo de la raza de los Cárpatos, Gary Jansen que ayudaba a Shea en su investigación para encontrar una forma de mantener con vida a los niños de los Cárpatos durante el crucial primer año de vida. Gregori había enviado información por delante, pidiendo protección para el humano a todos los Cárpatos. Los miembros de la banda no conocían a Gary pero la palabra de Gregori sería obedecida sin cuestionar dentro del mundo Cárpato.
– Casi ha amanecido. – Musitó Darius. – Pero es necesario que continuemos un par de horas más al amparo de una tormenta.
– Dijimos que nos encontraríamos con ellos aquí. – Protestó Tempest. – Y este campamento está aislado. Es un buen lugar para ir a la tierra.
Darius se frotó el puente de la nariz pensativamente mientras sonreía a su compañera. Tempest estaba de pie con las manos en las caderas, ofreciéndole ese pequeño ceño que siempre le hacía desear llevarla a algún lugar privado y besarla directamente en su expresiva cara.
– Barack y Syndil están en camino, cielo. Nos atraparán en la casa de las Cascadas. Tenemos que viajar rápido si vamos a alcanzar a Dayan rápidamente.
Tempest inclinó la cabeza, su pelo llameante lanzando destellos a la luz de la luna.
– ¡No dijimos que nos encontraríamos con Barack y Syndil, Darius, y lo sabes endemoniadamente bien! Nos encontraremos con Gregori y Savannah aquí. Quieres marcharte porque tú *otro* hermano mayor está llegando y te pone nervioso encontrarte con él. Julian te ha contado demasiados historias del oscuro, y probablemente tienes pesadillas con él.
– Quizás Darius no las tuviera pero Tempest si. Y no podía evitar burlarse de su marido cada vez que tenía oportunidad. Habían estado juntos solo unas pocas semanas, y él todavía le quitaba el aliento con una mirada sensual de sus hermosos ojos. Tenía el presentimiento de que siempre lo haría.

Tempest sonaba demasiado presumida para su gusto. Darius le lanzó una advertencia en una ceja ligeramente arqueada.
– ¿Nervioso? No tengo experiencia con tal cosa. He odio historias sobre el oscuro, un hombre del saco que los mayores se inventaron para asustar a los niños pequeños. Las historias son impresionantes, pero no hay duda de que es un simple hombre.
La mano sobre de Julian se alzó.
– ¿Un simple hombre? – Una sonrisa sombría se produjo en su cara. – He oído describir a Gregori de muchas formas, pero un simple hombre no es una de ellas.
Desari extendió la mano hacia su hermano.
– Darius, ¿Encuentras raro pensar que tenemos tres hermanos mayores después de todo este tiempo? Primero conocimos a Lucian y Gabriel, los gemelos oscuros de las leyendas que nos contabas cuando éramos niños. Y ahora Gregori, el oscuro sanador. Me asombra que estén vivos y coleando. Lucian y Gabriel son maravillosos. Estoy ansiosa por conocer a Gregori.
– Nunca los conocimos. – Señaló Darius. – Lucian y Gabriel se habían ido hacía mucho, su existencia no era más que un mito. Y Gregori era todopoderoso con muchas responsabilidades. Tú eras un bebé y yo solo tenía seis años cuando nos perdimos. Él era ya un hombre adulto que había dejado atrás su aprendizaje, crecido en estatura y fuerza. Dudo que pensara mucho en nosotros. – De nuevo se encogió de hombros descuidadamente. Él ciertamente había pensado en su hermano en aquellos días, hacía tanto tiempo. Había sido su héroe, había escuchado cada historia impresionante e intentado emularla cuando estaba solo.
Tempest deslizó una mano en la más grande de él, un silencioso gesto de amor. Tocó la mente de su compañero y encontró que estaba simplemente relatando los hechos como los había visto. No estaba emitiendo ningún juicio. Darius había pasado mucho tiempo sin emociones hasta que ella había entrado en su vida, y poseía una voluntad de hierro y tremenda disciplina. Se inclinó contra él y se alzó para encontrar su boca con la propia. Su aparente falta de emoción todavía la intimidaba a veces. Estaba tanteando su camino en la vida de Cárpato, todavía esforzándose por ser parte de una familia cuando siempre había sido tan solitaria.
Dairus respondió de la forma en que siempre hacía, su beso ardiente y posesivo. Tempest se perdió en él, instantáneamente dispuesta, sus brazos cerrándose alrededor del cuello de él.
– Pienso en ti demasiado. – Señaló.
– Temo por Dayan, Tempest. Este problema es difícil. Honestamente no sé si podemos salvar a su compañera. – Con Tempest, esta vez, permitiría que la duda se entrometiera. Con ella, podía ser vulnerable y mostrar su tremendo amor por su familia. – Si estas... – Se interrumpió, sus entrañas retorciéndose en protesta.
– No soy yo. – Señaló Tempest. – Estoy saludable y fuerte. Y no le fallarás a Dayan. Has estado ahí para él a través de los siglos, y serás la roca en la que se apoye ahora.

Corinne se dio la vuelta, acurrucándose más cerca de la calidez. Sabía quién estaba tendido a su lado y no se molestó en abrir los ojos.
– Dayan, no estás durmiendo. Puedo decirlo por tu respiración. Dime que va mal.
Dayan se tensó. La voz de ella era adormilada, sexy, despertando su cuerpo cuando había estado más que relajado.
– Se suponía que tenías que dormir hasta el próximo alzamiento. – Lo dijo literalmente. Le había dado una orden.
Corinne se frotó la cara contra el pecho de él y rió suavemente.
– Tienes que admitir que expresaste la orden más bien raramente. Tenía que dormir a salvo hasta que te alzaras. ¿Qué significa eso exactamente? – Bostezó con somnolencia, cubriéndose la boca cortésmente. – Si ni siquiera has dormido y solo has estado tendido ahí toda la noche mirando al techo, ¿eso no significa que he obedecido? ¿O significa que tenía que permanecer dormida hasta que realmente le levantaras de la cama?
Dayan se encontró sonriendo al techo. Había estado tendido allí junto a ella, simplemente disfrutando de estar en la misma habitación que ella, asombrado por la belleza de la noche.

Librodot

Fuera de la habitación podía oír a las criaturas nocturnas moviéndose. El viento estaba soplando entre los árboles, y se sentía vitalmente vivo.
– Para tu información, no estaba mirando al techo. Estaba mirándote a ti. – Se inclinó y le besó la comisura de la boca, riendo suavemente. – Pequeña bruja. ¿Cómo te las arreglaste para despertar cuando se suponía que estabas dormida?
– Esa fue una orden algo floja, Dayan. – Señaló, alzando sus pestañas para que sus ojos verdes pudieran reír hacia él allí en la oscuridad. – En serio, te oí dármela, y sentí el empujón, y me permití sucumbir a ella pero todo el tiempo estuve pensando que no obedecería necesariamente.
– ¿Floja? No fue floja. Fue cuidadosa a causa de tu... er... *condición.* Estaba siendo sensible. Objeto enérgicamente por tu utilización de la palabra floja. Fue firme pero gentil.
Ella rodó para apoyar la cabeza sobre el hombro de él.
– Me subestimaste. Admítelo. Estás tan acostumbrado a hacer que la gente haga lo que quieres, que no se te ocurrió que pudiera resistirme.
Él arqueó una ceja.
– Lo hiciste a propósito.
– Bueno, por supuesto. No puedes ir simplemente por ahí intentando obligar a la gente a hacer lo que quieras que hagan. – Dayan entrelazó los dedos detrás de la cabeza. – Lisa muestra una inusual resistencia a mi persuasión.
– Porque Lisa no es como el resto de nosotros. A su propia forma, también ella es diferente. – Explicó Corinne. – Es inherentemente buena, y creo que está dotada de algún tipo de protección. Lisa se las habría arreglado para resolver su relación contigo por sí misma. – Trazó los labios de él con la yema de su dedo. – Eres bastante despiadado a veces, ¿verdad?
La lengua de Dayan salió, deslizándose a lo largo del dedo de ella.
– Permanezco sobre el escenario noche tras noche, actuando, rodeado de gente que no me conoce. Tengo necesidad de espacio. Es tan fuerte, ¿tan mal está entonces que dando lo que tengo que dar, pida ese espacio? No les hago daño, simplemente pido consideración.
Corinne le sonrió.
– Yo pido consideración para Lisa. Dale tiempo. Acabará por aceptarte. Ella quiere que yo sea feliz. Si soy feliz, se alegrará de mi elección.
– ¿Soy yo tu elección, Corinne? – Dayan le mordisqueó el dedo, sus dientes jugueteando, enviando diminutas llamas danzando sobre su piel.
– Y eres tan arrogante como cruel. – Señaló ella.
– También puedes añadir que soy un ladrón a la larga lista de mis pecados, ya que estás haciendo inventario de ellos. – Deslizó una mano dentro de su camina y sacó una pequeño block de notas. – No podía dejar las canciones de C.J. Wentworth atrás. Dejaste este tesoro colocado en medio de tu cama.
Corinne tuvo que apartar la vista de esa mirada hipnotizadora. Él era un milagro, un genio con la música, pero estaba elogiando su trabajo. Sabía que estaba resplandeciente. ¿Cómo no estarlo? Alabar su música era uno de los más altos cumplidos que Dayan podía haberle hecho.
– Tonta... – La voz de él fue tierna. Alzó la cabeza para besar la suave boca de ella gentilmente. – Debes saber que espero que te unas a nuestra banda. Menudo fichaje serías. Eres capaz de tocar varios instrumentos, y tus letras son maravillosas.
– No estoy ni cerca de ser una leyenda como vosotros. – Dijo ella. – Pero gracias por tanta adulación.
– He estado aquí tendido a tu lado leyendo tus hermosas letras. Te observaba dormir, Corinne, y me preguntaba que había hecho en mi vida para merecerte.
Una calidez se extendió en su interior ante las palabras de él suavemente pronunciadas.
– Escribí sobre lo que había en mi corazón, sobre todas las cosas que me importan en la vida. Todas las cosas que encontramos. Hay tanta belleza a nuestro alrededor, Dayan. Todo el mundo tiene que enfrentar los problemas de todos los días. Finanzas, enfermedad, incluso muerte, amar a alguien que no nos corresponde. – Dio vueltas al anillo en su dado. – Pero todavía podemos vivir la vida, ver la belleza por todas partes a nuestro alrededor. Está ahí

para que la tomemos. Eso es lo que intento mostrar en mi música. Esperanza en medio de la pena. Alegría en medio del dolor. Experimentar la vida... no verla pasar de largo.
Dayan se aproximo y gentilmente le tomó la mano, llevándosela a la boca como tributo.
– Nunca había conocido a nadie que viviera la vida con tanta plenitud como tú, Corinne. Y realmente, me has mostrado tales maravillas. Miro algo pequeño, como las hojas sobre los árboles, y las encuentro más hermosas de lo que nunca imaginé.
– Las hojas brillan como plata a la luz de la luna. – Dijo ella. – Con frecuencia me siento en mi patio trasero y estudio la forma en que la brisa las hace destellar en la noche cuando sale la luna. – Se recostó hacia atrás estremecida, acurrucándose contra él como si el hablar de estar fuera la hiciera tener frío. – Hay frío aquí. Movió la mano hacia el armario. Las puertas dobles se abrieron y una pesada colcha salió de él. Ondeó como una alfombra mágica mientras flotaba cruzando la habitación y se extendía por sí misma sobre ellos.
No había frío, pero el cuerpo de ella no regulaba su temperatura apropiadamente. Dayan suprimió la presión que brillaba tenuemente en su mente. Se obligó a sonreír.
– Estás alardeando, Corinne. Se supone que tendrías que estar durmiendo y recuperando fuerzas, pero en vez de eso, estas ondeando las manos por ahí y haciendo que dancen mantas por el aire.
El aliento de ella le abanicó el cuello. Cálido. Intrigante. Tentador. Ella rió muy suavemente, el sonido jubiloso en la quietud de la habitación. Súbitamente la sonrisa de Dayan fue real.
– Por la noche cuando era muy joven, acostumbraba a imaginarme a mí misma volando en una alfombra mágica. No me atrevía a hacer volar alfombras; tenía miedo de que me cogieran.
– ¿Y qué hiciste en cambio? – Preguntó él.
– Leer, por supuesto. Todo lo que caía en mis manos. Los libros podían llevarme a todos los lugares a los que nunca podía ir por mí misma. – Trazó el hoyuelo de la barbilla de él. – He leído tantos libros – ficción, no–ficción, enciclopedias, todo lo que caía en mis manos. Y tenía la música.
– ¿Cómo te las arreglaste para aprender a jugar, especialmente cuando viviste en las calles una buena parte de tu vida? – La cambió de posición, envolviendo sus brazos firmemente alrededor de Corinne, curvando su cuerpo protectoramente tras el de ella encajando como cucharas.
La risa de Corinne fue suave, como la lluvia sobre el techo.
– Había un pequeño club, un bar donde tocaban bandas en directo todo el tiempo. Las cerraduras no suponían nada para nosotros, y con frecuencia dormíamos en la habitación de atrás. Dejaban allí los instrumentos todo el tiempo. Observaba tocar a la banda, y después practicaba hasta que podía toca el instrumento olvidado como la persona del escenario. Tengo la suerte de tener un buen oído, y puedo recordar la música fácilmente. El piano era más fácil para mi porque podía observar los dedos del pianista y ver como se tocaba una pieza en particular. .
– ¿Sabes lo verdaderamente extraña que es una cosa así, Corinne?
Ella sonrió.
– Me llevó muchas horas de práctica.
Dayan deslizó las manos hacia abajo por el torso hasta el estómago de Corinne.
– Se está moviendo. Las dos necesitáis dormir. Yo os guardaré.
Corinne sintió que sus entrañas se sobresaltaban cuando él colocaba su mano sobre el bebé con gesto protector. Instintivamente supo qué eso era lo que él estaba haciendo. Se sentía cerca de él, conectada con él, contenta de estar tendida a su lado y escuchando el sonido de su voz y sintiendo el calor de su cuerpo. Era una de las cosas que contaba como hermosas en el mundo. Una de las cosas que agradecía haber experimentado.

– Así que... – Los ojos grises de Gregori ardieron sobre su hermano. – tú eres Darius. He oído hablar mucho de tus aventuras. El milagro de mantener con vida a tantos niños, incluido dos de nuestras mujeres. – Estrechó el brazo de Darius justo sobre el codo en el saludo formal de

un guerrero a otro. Gregori emanaba poder por cada poro. Tenía el pelo largo y negro como Darius, y una constitución más robusta y musculosa que la mayoría de los hombres de los Cárpatos. Sus ojos eran de afilada plata, y cuando descansaron sobre el hermano al que no había visto en siglos, un afecto brillaba en sus profundidades.

Mirándole, Darius no supo que decir. Tenía recuerdos del hombre encerrados en alguna parte, colocados cuidadosamente donde nunca se deslucirían. Siempre había estado orgulloso de ser hermano de Gregori. En los primeros días, cuando la vida era dura y Darius luchaba para salvaguardar a los otros niños, había recurrido constantemente a esos recuerdos de su legendario hermano. Había horneado su voluntad de hierro comparándose a sí mismo con su hermano, fingiendo que Gregori le observaba, juzgando sus acciones. Como un niño, perdido en tierra salvaje con otros niños a los que cuidar, Darius se había esforzado en estar a la altura de la imagen legendaria de sus hermanos. Los gemelos era un mito, los más grandes cazadores de vampiros conocidos por su gente. Gregori había sido mucho más real para él.

Gregori se quedó mirando fijamente la mirada firme de su hermano.

– Nadie podría estar más orgulloso de las cosas que lograste que yo. Fue ciertamente milagroso que salvaras a ambas niñas y guiaras a Back y Dayan a través de los largos siglos de oscuridad. Te agradezco el haberme traído de vuelta a mi hermano. – Volvió la cabeza para mirarla. Desari. Era alta y erguida, con una voz comparable a la de un ángel. – Un auténtico regalo para el mundo.

Desari acudió a sus brazos, con lágrimas brillando en sus ojos oscuros.

– Me honra conocerte al fin.

– El honor es mío. – Gregori la abrazó larga y firmemente antes de mandarla de vuelta hacia el guerrero alto y dorado que esperaba para saludarle. Gregori se aproximó hacia su compañera, colocándola delante de él, sus brazos afianzados alrededor de ella. – Os presento a mi compañera, Savannah. Mi hermana Desari y mi hermano Darius. – Había orgullo en su voz.

– Y tú debes conocer a Julian. – Desari cogió de las manos a su apuesto compañero. – Él te conoce muy bien a ti.

Savannah rió ante la expresión de Gregori.

– Puedo ver que tendré que insistir en que hablemos tú y yo, Julian. – Besó a Desari en la mejilla y rió de nuevo cuando Gregori la apartó firmemente del alcance de Julian.

– Puedes permanecer lejos de él. – Gregori perforó a su hermano con una mirada de acero. – ¿Cómo permitiste que nuestra hermana se asociara con este bárbaro?

Las cejas de Darius se alzaron.

– Si, échame a mi la culpa de tu falta de juicio. ¿Qué te poseyó para que le enviaras a nosotros? Tu falta de previsión me asombra. Se aprovechó de la situación, como bien puedes ver. Te hago responsable.

Julian sonrió burlonamente a los hermanos.

– Fue una suerte que yo estuviera alrededor para guardar a las mujeres de nuestra raza mientras vosotros dos perseguíais vampiros, intentando hornear vuestras habilidades. Al final, no tuve más elección que quedarme y guardar lo que nos es más querido. Podría asegurar que mi relación con Desari me convierte oficialmente en vuestro hermano. – Sonrió complacientemente hacia ellos.

– Había esperado que le pudieras meter en vereda. – Admitió Gregori con un profundo suspiro. – Pero veo que es imposible. Nunca obedeció una sola ley.

– Me lo enviaste para librarte de él. – Darius fingió un ceño. Había llegado a respetar a Julian por su forma de ser independiente y era bienvenido en su familia.

Gregori se acercó para estrechar los brazos de Julian en un saludo guerrero de respeto.

– Te agradezco todo lo que has hecho por mi familia. En verdad agradezco que seas tú el que cuide de mi hermana.

Julian le sonrió abiertamente.

– Estoy más que contento con el trabajo.

– Confio en que tu hermano Aidan esté bien y sepa por que has escogido estar separado de él. – Había un filo sutil en la voz de Gregori. – Tenías que haber hablado con Mikhail o conmigo, te habríamos ayudado en tu batalla con el vampiro. Eras un niño, Julian, con la percepción de culpa y responsabilidad de un niño. Mikhail y yo estamos orgullosos de las elecciones que has hecho para proteger a nuestra gente y tu hermano. Hablaste con Aidan. – Fue más una declaración que una pregunta.

Julian sonrió tímidamente.

– Llevé a Desari a conocer a Aidan y su compañera Alexandria. Tuvo mucho que decir sobre mi forma de protegerle. Obviamente ha pasado más tiempo contigo del que yo creía en principio. Está bien, al igual que su compañera.

– Esta es Tempest. – Dijo Darius, arrastrando a su compañera pelirroja hacia él. – No lleva mucho en nuestro mundo.

Desari cambió de posición inmediatamente para permanecer cerca de la mujer más baja. Julian se deslizó más cerca como para protegerla, la familia cerraba filas para aliviar los miedos de su miembro más reciente.

– Tempest tiene gran valor. Sin ella, no tendríamos a Darius. Nuestra familia le debe mucho.

– Bienvenida a nuestra familia, hermanita. – Dijo Gregori. – Gracias por la vida de mi hermano. No tendremos que perder a alguien tan valioso.

Tempest sonrió tímidamente, agradeciendo el apoyo de Desari y Julian. Se apoyó contra Darius mientras intentaba no sentirse intimidado por el puro poder que emanaba de Gregori o sus peculiares ojos escrutadores.

– Es un placer conocer al resto de la familia de Darius. Hablamos de ti a menudo y esperábamos con ilusión tu visita.

Savannah se inclinó para besarla en la mejilla.

– Sé que todo esto debe ser nuevo para ti y quizás un poco aterrador, pero puedo ver que eres bienamada.

– Desari y Syndil me han dado la bienvenida como a una hermana, y Dayan, Barack y Julian son como protectores hermanos mayores. – Tempest sonrió amorosamente hacia Darius. – Y Darius hace que todo valga la pena. No estoy asustada, solo un poco abrumada. Y quiero tener hijas algún día, así que pongo mi fe en ti, Gregori, para resolver el tremendo problema que enfrentamos.

– Prometo hacerlo lo mejor que pueda. – Gregori inclinó la cabeza. – Con tantos trabajando, esperamos encontrar respuestas mucho más rápidamente. Gary Jansen ha estado investigando con diferentes linajes, intentando averiguar con cuanta frecuencia nace normalmente una niña en parejas de Cárpatos. Por lo que parece, con la excepción de unos pocos linajes, la mayoría de los niños nacen con cincuenta o cien años de separación. El linaje de Savannah es una excepción por su lado materno de la familia. Sarantha, la hermana de Mikhail, tuvo cuatro hijos con poco tiempo de separación, tres hombres y una mujer. Y mi madre también os tuvo a vosotros dos, Desari y Darius, casi juntos. Aunque Desari es la única mujer que sobrevivió en nuestro linaje. – Gregori sonrió a su hermano. – Gracias a ti, Darius. Te debemos mucho.

– Hay tan pocos de nosotros. – Dijo Desari tristemente.

– Pero nuestra filas están creciendo y descubrimos que esos antiguos estan esparcidos por el mundo. – Replicó Gregori gentilmente. – Gabriel y Lucian todavía viven. Viven y han encontrado a sus compañeras. La compañera de Gabriel, Francesca, ha enviado una de sus colchas sanadoras para Corinne. Nos habría gustado hacerles una visita más larga antes de volver a las Montañas de los Cárpatos.

Desari se acercó para unir su mano con la de su compañero.

– Julian me contó la triste historia de tales héroes. Fue un privilegio conocerles en la boda.

– Son auténticos antiguos. Mikhail espera que puedan ayudar a Shea y Gary en su investigación sobre la alta tasa de mortalidad de nuestros niños. – Dijo Gregori. – He pasado mucho tiempo buscado la respuesta a este problema, pero aún no he tenido éxito en derrotar a nuestro peor enemigo.

– El hecho de que tengamos niñas. – Suspiró Savannah. – Y la dificultad para mantener vivos a nuestros niños durante el primer año. Resolveremos el misterio. Ya no estás solo, Gregori. Tienes a Shea y Gary y ahora a Francesca. Encontraremos la respuesta, y tendremos los niños que deseas.
– Gemelos. – Sugirió Julian. – Dos pequeñas salvajes, con su padre persiguiéndolas todo el rato. – Parecía muy complacido con la idea.
Gregori desnudó sus dientes blancos hacia Julian desde el otro lado de la mesa.
– Veo que te estás divirtiendo mucho a mis expensas, Julian, pero recuerda, te conozco desde hace muchos, muchos años. Desari, hermana menor, tenemos hecho que hablar.
Julian rió.
– Querría que hablaras con ella, Gregori. Tienes talentos sorprendentes, como Darius y yo hemos descubierto. – Besó a su esposa. – Supongo que no querrías cantar para convertir a tu hermano en un tronco de árbol por mí.
Una de las cejas de Gregori se arqueó, un hábito que compartía con Darius a pesar de la larga separación entre ellos.
– ¿Desari puede utilizar su voz de semejante manera?
Desari rió, sonrojándose de un suave color rosa.
– Por supuesto que no. Está exagerando. Utilizo mi voz para consolar y sanar a otros, para traerles alegría.
– O reprender a hermanos mayores y compañeros cuando hacen cosas con las que ella no está de acuerdo. – Ofreció Darius servicialmente.
Cuando la mirada plateada de Gregori descansó sobre ella pensativamente, Desari suspiró.
– De acuerdo, es verdad que una vez la utilicé para atraparles. – Sonrió conspiratoriamente a las otras mujeres. – Con la edad, vuestros dones también se presentarás, y serán útiles de formas que no imagináis.
Gregori atrajo a Savannah más cerca.
– Voy a llevarte de vuelta a nuestro país, donde nunca oirás esta clase de tonterías femeninas.
Ella se puso de puntillas para besarle firmemente en la dura comisura de la boca.
– Mi madre vive allí, y por lo que recuerdo, tú dices que mi padre le permite correr por ahí, creando caos y desconcierto a su paso.
– Me gustaría conocer a tu madre. – Dijo Desari. Cogió el brazo de su hermano. – Planeemos una gira por Europa. Podemos ir a casa, a las montañas. Sería tan divertido. Barack y Syndil deseaban tanto quedarse allí de visita, y estoy segura de que Dayan quería llevar a su Corinne a conocer a todo el mundo.
– Primero debemos ocuparnos de que Dayan venga con nosotros. – Le recordó Darius.
– La situación suena grave. – Comentó Gregori.
Darius asintió.
– Dayan está preocupado, con buenas razones. Nunca había pensado enfrentarme a un problema semejante. No puede convertir a su compañera con una bebé nonato. Pero el corazón de Corinne está agotado y sobrecargado. Dudo que resista hasta que el bebé haya madurado lo suficiente como para nacer, y estoy seguro de que fallará durante el parto.
– ¿Cuánto crees que aguantará su corazón? – Gregori frunció el ceño, sus cejas oscuras se acomodaron en una línea de preocupación. – La has examinado a través de tu vínculo con él. ¿Presientes que tenemos suficiente tiempo?
– Honestamente no lo sé. – Admitió Darius. Sintiendo que las emociones tenía sus inconvenientes, como había descubierto. Quería a Dayan como a un hermano. Podía sentir el dolor de Dayan, su perpetua pena, y Darius necesitaba más que nada aliviar el sufrimiento de su hermano.
Gregori permitió que el aliento escapara de sus pulmones en un largo suspiro. Había pensado que Darius y Desari estaban perdidos para él por siempre. La alegría del descubrimiento, el afecto que le abrumaba, era lo suficientemente abrumador, pero sentir que pudiera fallarles cuando más le necesitaban. Era verdaderamente atemorizante.

Leyendo su mente, Savannah extendió la mano hacia arriba para consolar a Gregori, frotando la yema de un dedo sobre las arrugas de su ceño.
– La salvarás, sé que lo harás, Gregori. – Podía sentir la pura magnitud de las emociones que le inundaban mientras miraba a los parientes que había creído perdidos para él por siempre.
El brazo de Gregori le rodeó la cintura una vez más, ajustándola bajo su amplio hombro.
– No puedo imaginar lo que está sintiendo este hombre con su compañera tan amenazada. – Su mirada plateada se deslizó sobre Savannah. – Hay pocas amenazas que me afectarían, pero semejante peligro para ti me dejaría decididamente aturdido.
Una lenta sonrisa curvó la suave boca de ella, y sus ojos centellearon como gemas. Estaba dispuesta a proporcionarle risas, la ligereza para aliviar las abrumadoras emociones. Era su compañera, y *él* estaba a *su* cuidado, por mucho que él pensara que era todo lo contrario.
– ¿*Decididamente* aturdido? Me encanta la forma en que expones las cosas. Esa es una declaración comedida. Si me golpeo el dedo del pie, pierdes la cabeza.
Las cejas de Darius se alzaron y Julian bufó, con una sonrisa patente en la cara.
– Me gustaría ver eso, Savannah. El Oscuro perdiendo la cabeza es una imagen que saborearé durante algún tiempo. – Julian intercambió una sonrisa con Darius. – Me parece recordar, Darius, que con frecuencia él aleccionaba a Mikhail sobre como una compañera debía obedecer a su amo.
Savannah se dio medio vuelta para atravesar a Gregori con una mirada digna de su linaje.
– ¿Amo? ¿Obedecer a su amo?
Los ojos grises se deslizaron sobre Julian, mortalmente, brillando con una promesa de represalias.
– Ciertamente yo nunca utilicé la palabra "amo".
– Creo, Savannah, que Gregori fue bastante severo con tu padre en ocasiones por la mucha libertad que permitía a Raven. – La informó Julian. – Y en realidad, estoy seguro de que la palabra "amo" se utilizó más de una vez. Sé que "obedecer" lo fue. – Inclinó la cabeza hacia un lado. – Podrías hablar con tu hermana... no ha captado aún el concepto de obediencia.
Desari hizo una mueca.
– No dejes que te engañe, Savannah. Julian y yo tenemos una auténtica sociedad. Le gusta quejarse, pero nos funciona bastante bien.
Savannah sonrió hacia Gregori.
– Eso me da esperanzas, entonces. Solo tengo que desarrollar mis poderes un poco.
– ¿Y entonces qué? – Gregori la cogió por los hombros y le dio una pequeña sacudida. – La sola idea de ti con más poder del que ya tienes me aterroriza. No puedo imaginar lo que se te ocurriría hacer.
– Ayudarte, por supuesto. – Savannah le palmeó el hombro musculoso.
– Tenemos mucho de que hablar. – Dijo Darius. – Y poco tiempo para las visitas. Siento que la ansiedad de Dayan incluso ahora, a través de la distancia. He pensado que podríamos continuar nuestro viaje a través del amanecer y acercarnos más a ellos, aunque esta es una zona segura para pasar el día profundamente en la tierra.
– Únete con Dayan, Darius, y yo mi uniré contigo. Deseo examinarla por mí mismo y ver a qué nos enfrentamos. – Decidió Gregori. – Con todos nosotros apoyando, deberíamos ser lo suficientemente fuertes como para permitir un examen.
Darius asintió y se extendió una vez más a través del tiempo y el espacio. *Dayan. El Oscuro ha llegado. Es fuerte y capaz y desea "ver" contra qué nos enfrentamos. Siento tu ansiedad. ¿Ha ocurrido algo más que cause tu temor?*
Dayan bajó la mirada hacia Corinne. Estaba medio despierta, medio dormida, flotando en alguna parte en un estado de ensoñación. *Está intranquila esta noche, incluso después de nuestra sesión de sanación, Darius. Y su cuerpo es incapaz de regular su temperatura apropiadamente. Siento que se aleja de este mundo y se aproxima al siguiente.*
Únete a ella permite que él vea lo que ocurre. Darius mantuvo su voz tranquila y segura. Más que nada, Dayan tenía que creer que podían mantener a Corinne viva.
Hubo una ligera duda. *¿Confías en este hombre?*

Es mi hermano, compañero de Savannah, hija del Príncipe. Darius envió tranquilidad. *Yo estoy contigo, Dayan. Gregori ha viajado desde muy lejos para ayudarnos.* Darius utilizó deliberadamente el plural, recordando a Dayan que eran una familia, juntos en todo. Dayan tenía todos los instintos de un hombre de los Cárpatos de proteger a su compañera. Gregori era un desconocido para él y por consiguiente sospechoso.

Entonces no puedo hacer más que agradecérselo. Los brazos de Dayan envolvieron a Corinne. Había diminutas líneas blancas alrededor de la boca de ella, marcas que encontró alarmante. Dayan comunicó el preocupante detalle de Darius mientras se liberaba de su cuerpo. Se convirtió en luz y energía, un espíritu sanador deseando sólo llevar a cabo un acto caritativo, entregándose a si mismo completamente en ese momento para ser cualquier cosa que Corinne necesitara.

Dayan sintió a Darius con él. Familiar. Fuerte. Resistente. Darius tenía una forma de comunicar, de proveer completa confianza. Siempre había sido así, desde que Dayan podía recordar. Darius había sido madre y padre para él, hermano mayor, mejor amigo, líder. Dayan agradecía que ahora estuviera ahí. Darius no parecía dudar de que salvarían a Corinne. Salvarla era necesario, casi que ya era un hecho. Dayan extrajo esperanza del pragmatismo de Darius.

La fuerza que emanaba de los Cárpatos combinados era vasta. Dayan sintió el poder cuando se fundieron con él. Sintió al Oscuro moverse a través de él, viendo lo que él veía, la enormidad de su tarea.

El corazón se deteriora rápidamente. Es necesario ralentizarlo hasta que podamos alcanzaros. La voz calmada le recordó a Dayan a Darius. Exudaba la misma confianza. *Voy a llevar a cabo las reparaciones que pueda. Ella debe ser introducida en nuestro mundo pronto. La niña muestra una sorprendente buena salud. La mayor parte del oxigeno y los nutrientes van a su pequeño cuerpo. Es, ciertamente, una fuerte psíquica. No debemos perder a ninguna de ellas.*

Dayan sintió el calor y el poder cuando el sanador empezó a trabajar, moviéndose cuidadosamente alrededor del corazón. Trabajando para conseguir que la sangre fluyera con más fuerza, llevando el precioso oxígeno a través del cuerpo.

Esto es cuanto puedo hacer por ella a esta distancia. Envíala a dormir. Incluso mientras viajáis, intenta mantenerla dormida, pero cuida de no forzar su corazón con ninguna compulsión con la que pudiera luchar. Ella dispone de fuertes barreras. Os encontraré pronto, Dayan, y nos ocuparemos de que tu compañera sobreviva, si hay alguna forma de lograrlo.

Te lo agradezco. Replicó Dayan formalmente mientras volvía a su propio cuerpo y sentía la retirada de los otros. Utilizar semejante energía a tan larga distancia no era fácil. Sabía que su familia y el sanador buscarían la tierra rejuvenecedora, como debía hacer él también. Junto a él, Corinne se estremeció, atrayendo su atención.

– ¿Por qué me siento tan diferente? – Preguntó Corinne, levantando la mirada hacia Dayan. Sus ojos estaban claras, y estaba respirando mucho más fácilmente. Las pequeñas líneas blancas de tensión alrededor de su boca habían desaparecido.

El alivio que sintió Dayan fue abrumador. Tendido junto a ella tembló con esperanza, con alegría.

– El sanador está cerca. Se unió con Darius y los otros para darte más fuerza. Fue él quien trabajó en tu corazón.

Corinne guardó silencio un momento, sorprendida por lo mucho que creía en él. En las extrañas costumbres de su familia. Se sentía mejor cada vez que Dayan utilizaba sus habilidades telepáticas para ayudarla. No podía negar que fuera lo que fuera lo que estaba haciendo funcionaba.

– Ahora quiero que duermas, Corinne. – Dijo Dayan. – El amanecer está aquí y necesitas descansar. Yo también dormiré pronto. El descanso permitirá a tu cuerpo sanar incluso más.

– Estoy cansada. – Estuvo de acuerdo ella, después sonrió adormiladamente hacia él. – Aunque sospecho que estás utilizando tu don para darme un empujón en esa dirección.

– Si lo hago. – Dijo Dayan sin comprometerse. – es uno pequeño. – La empujó más firmemente a la fuerza de sus brazos. – Me encanta abrazarte, Corinne, y estar tendido a tu

lado. El bebé está tranquilo ahora... ¿lo has notado? Antes estaba dando patadas, pero ahora se ha adormilado, segura en su pequeño mundo.
– Me encanta tu voz cuando hablas de ella. – La voz de Corinne fue suave, somnolienta, como si su consciencia se desvaneciera en el sueño.
– Te encanta mi voz todo el tiempo. – Replicó Dayan con aire satisfecho, rozando un beso en su sien. – Duerme ahora, mi amor. Despierta cuando te llame.

CAPITULO 9

– Corinne. – La voz penetró en las profundas capas de sueño, arrastrándola de vuelta desde un sombreado mundo de ensueño. Alguien le estaba sacudiendo el hombro y exigía que despertara inmediatamente. Le llevó unos minutos antes de que la desesperación de la voz penetrara las sombras. La alarma se extendió, y obligó a sus pestañas a alzarse.
– ¿Cullen, qué pasa? ¿Qué va mal? – Su corazón martilleaba y había una fuerte presión en su pecho. – ¿Es Lisa?
– Se ha ido. Desperté y se había ido. Te dejó una nota. – Cullen estaba empujando un trozo de papel hacia su cara.
Corinne tomó la carta, sus dedos temblaban ligeramente, cerrados alrededor del borde del papel de color lavanda pálido. No necesitaba la nota para saber adónde había ido Lisa. Conocía a Lisa, sabía como pensaba. Lisa estaba programada para levantarse temprano, y

Librodot

debía haber pensado en el contrato que había firmado y se había convencido a sí misma de que no había peligro. Lisa no quería que hubiera peligro, así que para ella era bastante sencillo para ella descartarlo. Así era Lisa. El mundo era un lugar donde ella cambiaba lo que no le gustaba. Se suponía que la gente tenía que ser cortes y amable, así que Lisa simplemente imaginaba que lo eran. Cuando a otra mujer no le gustaba a causa de su apariencia, Lisa se sentía muy herida y hacía todo lo que estaba en su poder para que cambiara de opinión con respecto a ella.

Enfadada consigo mismo por no haber previsto la posibilidad, Corinne echó hacia atrás las mantas y se estiró hacia su bata. Esta se movió por su propia cuenta, saltando de la percha que estaba detrás de la puerta para danzar cruzando la habitación hasta su mano. Corinne no pareció notarlo mientras se deslizaba entre los pliegues de tela y paseaba intranquilamente por la habitación.

– ¿Qué fue eso? – Preguntó Cullen suspicazmente.

Corinne levantó la mirada para verle mirarla fijamente con sorpresa.

– ¿Qué? – La palabra se le escapó antes de comprender lo que había hecho. Por supuesto que Lisa no había explicado nada sobre ella; Lisa no quería que Corinne fuera diferente a los demás. Se encogió de hombros con fingida despreocupación. – Es solo una cosilla que puedo hacer, nada especial. Sal de aquí para que pueda vestirme. Sé a donde ha ido y la traeré de vuelta.

– La sesión de foto. – Supuso Cullen con disgusto. – No quería pasar de ella. Pensé que había llamado para cancelarla. – Se pasó una mano por el pelo. – Ella es una cosita tan indefensa, ¿por qué no me lo contó? Sabía que yo creía que estaba en peligro. Debería haberme escuchado.

– Te escuchó, Cullen, es solo que no te *hizo caso*. Encontrarás que Lisa dice cosas para apaciguarte porque no le gustan las discusiones, peor al final hace exactamente lo que quiere. – Dijo Corinne. Estaba sacando su ropa de la maleta y apresurándose hacia el baño.

– Sabía lo peligroso que era. – Dijo Cullen, intentando convencerse a sí mismo. – Quizás no ha ido en realidad; quizás iba hacia allí y cambió de idea.

Corinne tiró bruscamente de sus vaqueros, gritando hacia afuera a través de la puerta del baño.

– No, no lo ha hecho, Cullen. Fingió creernos porque eso era lo que todos queríamos oír y Lisa no cree en preocupar a la gente. Te lo estoy diciendo, Lisa no discute. Es culpa mía. Debería haber sabido que haría esto. No te preocupes, la traeré de vuelta. – Estaba abotonando los pequeños botones perlados de su blusa tan rápidamente como era capaz, alisando la tela, su mano demorándose un momentito sobre su bebé. Miró su reloj. Eran las cuatro y media de la tarde. ¿Cómo es que había vuelto a dormir todo el día? Utilizando agua fría, Corinne se lavó la cara en un intento de aclarar la neblina de su cerebro. Era extraño lo cansada que estaba. ¿Su corazón estaba fallando tan pronto? Bruscamente alejó los pensamientos sobre su mortalidad y se concentró en el problema que tenía entre manos. Lisa estaba en peligro, y nada más importaba en ese momento.

Corriendo descalza de vuelta al dormitorio, Corinne se echó hacia atrás el pelo de cualquier forma y se lo recogió en una de cola de caballo.

– ¿Dónde están mis zapatos? – Incluso mientras hacía la pregunta en voz alta, se concentró en los artículos perdidos y los atrajo a ella. Los zapatos encontraron su camino saliendo de debajo de la cama y se presentaron en las palmas abiertas de sus manos. Cullen la miró con asombro. Ignorándole, Corinne se sentó en la cama y se puso las sandalias. – Deja de mirarme, Cullen. – Ordenó. – No sabía donde estaban los malditos zapatos. Lisa debe haber llamado a un taxi. Tendremos que utilizar tu coche, el mío está todavía en la casa. ¿Dónde está?

– Justo ahí fuera en la calle. No lo traigas aquí. – Respondió él secamente.

Los vívidos ojos verdes de Corinne titilaron sobre él, después empezaron a bailotear a pesar de la gravedad de la situación.

– Me pregunto si podría. ¿Dónde está Dayan? – Había estado con ella cuando se había dormido. Lo recordaba con toda claridad.
Cullen se aclaró la garganta.
– Es algo temprano para él, pero sabrá adónde hemos ido en cuando despierte. Siempre lo sabe. – Intentó sonar tranquilizador.
Las manos de Corinne se inmovilizaron alrededor de la correa de su bolso.
– ¿Por qué no le has despertado? – Había algo en la conducta de Cullen que la hizo desconfiar, pero qué era, no lo sabía.
– No se quedó aquí anoche. Después de que te fueras a dormir, salió. Le gusta la privacidad. – Añadió Cullen un poco torpemente.
– No es tan extraño, cuando él es tan rápido invadiendo la mía. – Murmuró Corinne. Agarró rápidamente su bolso y se dirigió decididamente hacia la puerta. – Vamos si vas a venir. Quiero asegurarme de que Lisa está a salvo.
– Ya voy, de acuerdo, y tendré unas cuantas cosas que decir a Lisa cuando la vea. – Añadió Cullen, manteniendo la puerta abierta para Corinne.
– No sirve de nada volverse loco con Lisa. – Aconsejó Corinne mientras se deslizaba en el asiento del pasajero. – Ella no ve las cosas como el resto de la gente. Gritar no funciona con ella, solo la aflige. No quiero que le hagan daño, Cullen.
– ¿No es eso lo que estamos intentando evitar? – Preguntó él entre dientes.
– No es de eso de lo que estoy hablando. Es muy vulnerable. Estoy segura de que te habló sobre la muerte de su hermano.
– Por eso exactamente debería haberse tomado esto con seriedad. – Señaló él. – Es demasiado confiada.
– No hay nada malo en ello, Cullen. – Dijo Corinne amablemente. – Eso es lo que hace de Lisa, Lisa. Es confiada y genuinamente dulce y buena. – Miró a los rasgos decididos de él. – Nunca la había visto con un hombre como contigo. Habla mucho, pero en realidad nunca se ha enamorado de nadie. No hagas nada que pueda lastimarla.
Cullen rió inesperadamente.
– Creo que ella está planeando tener exactamente esta misma charla con Dayan sobre ti.
Corinne echó la cabeza hacia atrás, su pelo se meció contra la ventana con un pequeño latigazo.
– Yo soy muy capaz de cuidar de mí misma. Lisa, por otro lado, no. – Sus ojos relampaguearon hacia él con una advertencia.
– Te he oído, Corinne. – Admitió Cullen con una pequeña sonrisa. – Yo no soy del tipo playboy. No puedo creer que ella se haya fijado en mí. Y esa misma gente que mató a tu marido va tras de mí. Sé como son. Nunca habría actuado mostrando mis sentimientos si ella no estuviera ya en peligro. En el mismo minuto que la conocía, me sentí atraído hacia ella. No tenía ni idea de que ella pudiera interesarse tanto en alguien como yo. – Conducía rápido pero expertamente. Después de la forma salvaje en que conducía Lisa, Corinne apreciaba su habilidad. – Podría enamorarme fácilmente de Lisa si me permitiera a mí mismo pasar algún tiempo con ella. En los últimos años, nunca he mirado a una mujer de ese modo. – Había un pesar silenciado. – Nunca pensé que pudiera... no otra vez.
– ¿Cómo es Dayan? – Preguntó Corinne a pesar de sí misma.
Cullen se encogió de hombros con estudiada despreocupación.
– Dayan es una ley en sí mismo. Nadie puede predecir lo que podría hacer. Es un genio con un instrumento musical, y su voz es hermosa. Es excesivamente leal, pero no un hombre con el que uno querría cruzarse. No sé como describir a Dayan. Pero nunca le había visto así con otra mujer. Sea lo que sea lo que siente es genuino. No es un mujeriego.
– ¿Por qué estoy oyendo un *pero* en alguna parte? – Peguntó Corinne astutamente.
– Yo no he dicho "pero" – Negó él.
– Tienes reservas acerca de Dayan. – Sugirió Corinne. – ¿Cuáles?
Cullen la miró muy soberbiamente, concentrado en poner su vago desasosiego en palabras. Finalmente se encogió de hombros, sacudiendo la cabeza.

Librodot

– Solo es diferente. Peligroso, quizás, no sé como explicártelo. Toda la banda es diferente. Darius es un hombre muy espeluznante. En serio, Corinne, Dayan es sólo diferente. No sé de qué otro modo explicarlo. Toda la familia... – Se interrumpió impotentemente. No había palabras adecuadas para describir a la familia de Dayan.
– ¿Peligroso para mí? No es el tipo de hombre que hace daño a una mujer. – Lo creía con el corazón y el alma. Lo *sabía* con cada fibra de su ser. – ¿Qué no me estás contando, Cullen? ¿Tiene algo que ver con mi corazón? ¿El embarazo? ¿O tiene algo que ver con que Dayan haya desaparecido cada vez que me despierto?
Cullen miró hacia la cara decidida de ella.
– Corinne, él no quiere estar con nadie más. Si crees que tiene a alguna otra escondida en alguna parte, te equivocas. Yo no me preocuparía mucho por tu problema de corazón; incluso he intentado tranquilizar a Lisa, porque tiene mucho miedo. Pero la familia de Dayan puede obrar milagros.
– Nunca imaginé a Dayan con una mujer, es tan protector y... – Se interrumpió, sacudiendo la cabeza. – Pero lo he visto antes en los miembros de la banda. Deberías conocer a Darius. Realmente, es un hombre aterrador, pero con Tempest actúa de forma completamente distinta, como hace Dayan contigo.
Exasperada con él, Corinne miró por la ventana al tráfico que pasaba. Estaba claro, Cullen estaba preocupado por algo, pero no iba a contárselo a ella. Quizás no tenía nada que ver con Dayan y todo con ella. Quizás Cullen no quería que su amigo se liara con alguien como ella. Estaba embarazada. Tenía un problema de corazón, y movía objetos a su alrededor con la mente.
A cada milla que pasaba se sentía más cansada, más agotada, su corazón trabajaba con tanta fuerza que era difícil respirar. Y pensaba en Dayan. Se preocupaba por él cuando debería haber estado preocupándose por Lisa. ¿Y si Dayan había vuelto a su casa de nuevo y alguien le había hecho daño? Quizás yacía herido en alguna parte, necesitando de su ayuda, y ella lo ignoraba.
– Dayan no volvería a mi casa anoche, ¿verdad? – Hubo una pequeña aprensión en su voz que no pudo evitar.
Cullen sacudió la cabeza.
– Para nada. No tenía necesidad. Te llevó con él a recuperar las cosas que Lisa y tú queríais. Me sorprendió que lo hiciera, por cierto. Habría apostado hasta mi último dólar a que te ataría en nuestra casa para mantenerte a salvo. ¿Cómo hiciste para enredarle?
– Es un hombre muy razonable. – Incluso mientras lo decía, el coche la estaba alejando más y más de él, y su corazón trabajaba más y más duro.
– ¿Estás seguro de que no volvió a la casa? Nos metimos en problemas... ¿te lo dijo Dayan? – Intentó sonar tranquila con respecto al asunto.
Cullen la atravesó con ojos especulativos.
– No, no dijo ni una sola palabra. ¿Qué clase de problemas?
Corinne se frotó la sien palpitante. Se le estaba revolviendo el estómago. Y el terrible miedo se incrementaba a cada milla que pasaba.
– Cosas. Un peculiar banco de niebla. Había alguien en la casa. Dayan entró en la niebla, y después entramos en la casa. Había un coche... – Se interrumpió, intentó extraer el recuerdo de su cerebro nebuloso. – No puedo pensar... me siento enferma.
– ¿Tienes la medicina que deberías tomar? – Cullen estaba preocupado por su color. Corinne estaba mortalmente pálida.
Se estaban aproximando al enorme parque donde lisa estaba haciendo la sesión de fotos. A su izquierda, Cullen podía ver los vehículos de la multitud concentrada. Una zona estaba acordonada para los cámaras y el personal. Corinne se llevó ambas manos protectoramente al estómago. Se estaba sintiendo muy enferma, esforzándose para sonar como si estuviera respirando normalmente.
– ¡Corinne! – Dijo Cullen agudamente. – ¿Llevas encima la medicina?

Ella cabeceó hacia su bolso. El corazón le latía con fuerza, erráticamente. El bebé se movía alarmado. Cullen dejo caer dos tabletas en la palma de su propia mano, muy asustado por ella. Nunca debería haberla traído con él a este lugar.

Corinne. La voz fue suave y firme, como el roce de alas de mariposa en su cabeza. *¿Qué va mal en tu corazón? Debes calmarlo*.

La voz de Dayan solamente se las arregló para calmarla. ¿Dónde estaba él? El hecho de que pudiera alcanzarla la tranquilizaba haciéndola saber que estaba vivo y bien. Corinne tomó las tabletas e hizo un esfuerzo para respirar rítmicamente. *Ahora estoy bien, Dayan.*

No estás donde te dejé. Era una clara reprimenda. ¿*Dónde estás?*

– ¿Corinne? – Preguntó Cullen ansiosamente. – No debería haberte traído. Si te ocurre algo, Lisa y Dayan me matarán.

Era extraño llevar dos conversaciones al mismo tiempo.

– No va a ocurrirme nada, Cullen. Mira, estoy mucho mejor*. Hemos ido a por Lisa. Acudió a un parque donde la están fotografiando.*

¡No! No es seguro. No puedo acudir a ti aún. ¡Abandona ese lugar de inmediato! Fue una orden clara, entregada tensamente con un duro "empujón" detrás.

Ella quería obedecerle. Necesitaba obedecerle más que nada en el mundo. Todo en ella exigía que hiciera lo que él le decía, pero estaba Lisa. Por mucho que con todo su corazón y alma necesitara cumplir esa orden, no podía marcharse sin Lisa*. No te enfades, Dayan. Volveré a casa tan pronto como tenga a Lisa a salvo con nosotros. Cullen también está aquí.*

Dayan yacía impotente bajo la tierra, pataleando de rabia. Con aprensión que se convertía en terror. No se atrevía a dar la orden con mucha más fuerza. Corinne tenía una fuerte voluntad y se oponía a él. Su lealtad hacia Lisa exigía que pusiera a salvo a su cuñada. Dayan sabía que su corazón no sobreviviría a una lucha contra él. Se hizo a un lado, una sombra en la mente de ella. El tiempo hasta la puesta de sol parecía avanzar con agonizante lentitud.

– Quizás estarías mejor en el coche. – Dijo Cullen ansiosamente. Dayan estaba trabajando en él, empujando en la mente de Cullen para que sintiera que era de suprema importancia proteger a Corinne. – No me llevará mucho recogerla.

– Nunca pasarías la seguridad. – Replicó Corinne, abriendo resueltamente la puerta. Se deslizó fuera antes de que su cuerpo reluctante se negara a hacer lo que le pedía.

Cullen saltó fuera del coche y corrió a toda velocidad rodeándolo para cogerla de brazo. Ella caminó resueltamente a lo largo del camino que atajaba por el interior del parque. Hacia el área acordonada, saludó al guarda de seguridad más cercano y le lanzó una sonrisa.

– ¡Frank! No sabía que trabajabas hoy o habría venido antes. ¿Cómo lo está haciendo Lisa?

El hombre uniformado sonrió hacia ella.

– Mi mujer favorita. Estaba desolado sin ti. Ya sabes como lo está haciendo Lisa. No podría cometer un error ni aunque quisiera. – Se adelantó y soltó el cierre para dejarla pasar.

Dentro de la mente de Corinne, Dayan se quedó súbitamente inmóvil. No estaba preparado para la oleada de adrenalina que inundó su cuerpo, el flujo de negros celos antes las palabras del desconocido o el obvio afecto que sentía Corinne hacia él. Ella era demasiado atractiva y no parecía comprender que los hombres genuinamente la admiraban o deseaban. Dayan había empezado a resentirse por las horas muertas de día en las que su cuerpo necesitaba rejuvenecer. Incluso en su sueño, cuando yacía como muerto, la echaba de menos. La necesitaba. Anhelándola como una droga en su sangre.

– Este es Cullen, Frank. Le he contratado como guardaespaldas personal para Lisa. Hemos recibido extrañas llamadas telefónicas, y he estado tan paranoica desde la muerte de John. Sé que me comporto como una tonta pero simplemente no quiero arriesgarme para nada con Lisa.

Corinne estaba mirando a Frank con sus vívidos ojos verdes, y el guarda de seguridad se estaba derritiendo en el lugar. Incluso Cullen podía verlo. Dayan podía verlo también. Dentro de él la bestia rugía de furia y terrible rabia. Lava ardiente bullía a través de su riego sanguíneo incluso mientras su cuerpo yacía paralizado, atrapado bajo la tierra. Le requirió una

tremenda cantidad de autocontrol evitar utilizar a Corinne o Cullen para vengarse contra el guarda. El hombre deseaba a Corinne, pero Dayan no podía culparle en realidad.
– ¿Debería advertir a mi gente, Corinne? – Preguntó Frank, sus ojos azules preocupados. – ¿Esperas problemas? – El asesinato de John les había sorprendido a todos. John había adorado a su hermana y venía con frecuencia a ver sus sesiones de fotos. Lisa era diferente a la mayoría de las otras modelos, que nunca hablaban con el personal de seguridad. John y Corinne casi siempre acudían a las sesiones de Lisa y se esforzaban en hablar con todo el mundo. Los tres eran infaliblemente corteses, cálidos y amigables. Recordaban el nombre de todo el mundo y preguntaban por sus familias.
Corinne miró a Cullen, con una pregunta en los ojos. Él asintió, su mirada recorrió lentamente la zona. Había una gran multitud observando la sesión, y una gran multitud suponía para él una pesadilla.
Corinne sonrió a Frank.
– Solo pídeles que busquen a alguien diferente... no sé, todo el que parezca que pueda llevar un arma.
Frank asintió, todo bajo control. Al momento habló por su radio y señaló a Corinne y Cullen hacia el grupo donde se llevaba a cabo la filmación. Cullen se inclinó para susurrar cerca del oído de Corinne.
– Están aquí en alguna parte. Sé que lo están.
El aliento de Corinne quedó atascado en su garganta. Miró a su alrededor bastante salvajemente, desesperada por encontrar a Lisa. La suave voz de Dayan, tan tranquila como siempre, rozó su mente. ¿*Qué es, cariño?*
Cullen dice que Lisa está en peligro; esos hombres deben estar aquí.
Eso significa que también tú estás en peligro, Corinne. Dayan estaba conteniendo el aliento, contando los minutos, los segundos, hasta que fuera seguro para él alzarse. Era un Cárpato, no un vampiro; podía alzarse antes de la puesta de sol, pero no ahora, no cuando el sol había reducido su enorme fuerza y poder a nada. Esperó, conservando la poca energía que pudiera tener para poder ayudar a Corinne si fuera necesario.
Corinne atravesó el césped accidentado hacia el lugar donde estaban enfocadas las luces en medio del parque arbolado. Una pequeña cascada espumosa caía con rapidez en una profunda charca excavada en la roca. Crecían helechos en cada rincón y grieta que rodeaba la piscina. Lisa estaba de pie junto a la charca en medio de la vegetación, con aspecto delgado, fresca y hermosa. Corinne quiso llorar, estaba tan orgullosa de ella. Lisa era una profesional y muy agradecida por el trabajo y el dinero que este le reportaba a ella y a su familia. Era fácil trabajar con ella, seguía todas las indicaciones cuidadosamente, y la cámara la adoraba. Se había vuelto muy popular entre los fotógrafos y clientes justo por esas mismas razones.
Cullen simplemente la miró, asombrado de que alguna vez ella le hubiera dedicado algo más que una mirada casual. No se parecía para nada a la jovencita tímida y vulnerable que él sabía que era. A él le parecía una diosa. Era una seductora delante de la cámara, entonces se volvió para reír con facilidad con el fotógrafo, bromeando con el maquillador, con la peluquera. Cuando vio a Cullen, su cara se iluminó y saludó. Por un momento él olvidó que había acudido en una misión de rescate.
– Mantén tu mente en el trabajo. – Le reprendió Corinne. – Se supone que eres su guardaespaldas. No intimes con la cliente.
Cullen sonrió tímidamente y colocó su cuerpo delante del de Corinne mientras su mirada recorría a la multitud, buscando caras familiares. Él estaba en los primeros puestos en la lista de objetivos de la sociedad, marcado como traidor por la organización. En alguna parte en la multitud había hombres con armas... estaba seguro de ello.
– Quizás deberías volver al coche. – Dijo a Corinne.
– Tú nunca sacarías a Lisa de aquí hasta que esto terminara. – Corinne estaba caminando cuidadosamente a través del laberinto de cables hacia Lisa. Saludó al fotógrafo al que conocía. – ¿Un descanso? Necesito hablar con Lisa. – Mantuvo en alto un dedo, indicando una charla rápida.

El fotógrafo asintió hacia ella.
– No podemos decidir se tiene mejor aspecto de pie o sentada. Lisa puede con las dos cosas.
– Se la están comiendo viva los mosquitos. – Gritó la peluquera mientras atusaba el pelo reluciente de Lisa, matando después a un bicho que había aterrizada en su propio brazo. – Honestamente, Matt, estas localizaciones salvajes son peligrosas.
– No demasiado tiempo, Lisa. – Gritó en respuesta el fotógrafo. – Perderemos esta bonita luz de otra forma.
Corinne casi había alcanzado a Lisa cuando levantó la mirada y vio a un hombre oculto sobre Lisa entre las rocas. Por un momento pensó que era parte del decorado, un modelo, antes de registrar que era bajo y regordete y para nada guapo. Cuando él se giró, los rayos del sol se reflejaron sobre algo que tenía en el puño. Con el corazón en la garganta, Corinne se lanzó sobre Lisa, cogiéndola por la cintura y las condujo a ambas hacia atrás entre los arbustos.
– ¡Cullen! – Gritó, aterrorizada de que el desconocido pudiera tener un blanco claro de Cullen.
Ambas mujeres cayeron pesadamente en una maraña de brazos y piernas. A Corinne no le importó... estaba concentrada en el objeto en la mano de hombre, fijándolo en su mente, decidida a desviar su puntería. Realmente sentía la intensidad en el hombre mientras luchaba por el control. Vio a la gente correr hacia ella, vio a dos hombres más entre las rocas por el rabillo del ojo. Nada importaba excepto cubrir a Lisa protectoramente y evitar que el hombre disparara a Cullen. Había oído a Dayan gritar una advertencia, sintió como se retiraba de su mente. Él le había proporcionado apoyo emocional, y dolía que la dejara ahora cuando más miedo tenía, cuando no quería estar sola.
Profundamente en la tierra, Dayan tembló de miedo por ella, rabiando contra su incapacidad para liberarse de la terrible parálisis que apresaba a su raza durante las horas diurnas. Se fundió con Cullen "viendo" a través de sus ojos. Los guardas de seguridad corrían en todas direcciones, la gente chillaba, y Cullen estaba intentando abrirse paso hacia las dos mujeres. Tenía a la vista su destino entre el salvaje gentío. Dayan tomó un profundo aliento, dejándolo escapar lentamente para controlar su propio pánico. Obligó a Cullen a dejar de correr y lanzar una larga mirada a su alrededor que diera a Dayan una visión clara de lo que estaba ocurriendo.
Primero se ocupó del hombre que luchaba con Corinne por la posesión del arma. En vez de atacar al arma, Dayan fue a por la garganta del hombre, cerrando sus vías respiratorias de forma que no tuviera tiempo de pensar en disparar a nadie. El hombre dejó caer el arma y esta golpeteó cayendo hacia abajo por las rocas. Se aferró la garganta en un intento de luchar contra las manos invisibles que le estrangulaban. Solo cuando el asaltante cayó de las rocas Dayan, utilizando los ojos de Cullen, llevó a cabo un lento barrido de la multitud en busca de otras posibles amenazas.
Un hombre se arrastraba a Corinne hacia atrás, lejos de las rocas hacia la profunda espesura de los árboles, fuera de la vista de los guardas de seguridad. Los guardas convergían sobre Lisa, que estaba inmóvil sobre el suelo. Dos hombres estaban gritando, y la escena estaba convirtiéndose rápidamente en un caos. Dayan obligó a Cullen a seguir a Corinne incluso a pesar de que el humano quería ir hacia Lisa, que estaba claramente sollozando, intentando abrirse paso a través de la gente de seguridad para llegar hasta Corinne.
Dayan pensaba solo en el hombre que sujetaba a su compañera. No permitió nada más en su mente. Miró directamente el brazo del hombre que rodeaba la garganta de ella en una llave estranguladora en L. Casi al momento los músculos del brazo empezaron a hincharse. Chilló y soltó el cuello de Corinne, solo para empujarla por la espalda cuando ella intentó huir de él. Justo ante los ojos de Dayan, ella cayó con fuerza, sus manos intentando proteger al bebé del suelo pedregoso.
Maldiciendo elocuentemente para sí mismo en la lengua ancestral, Dayan utilizó la última oleada de poder que le restaba en hundir la tierra para que el asaltante de Corinne cayera con fuerza y su cabeza golpeara una roca prominente. De inmediato se desplomaron más rocas, desalojadas por el pequeño terremoto, al principio lentamente, después cayeron en una lluvia

concentrada, golpeando la cabeza del hombre y su pecho dejándole parcialmente enterrado bajo las pesadas rocas.
Eso era todo lo que Dayan podía hacer hasta que la tierra renovara su fuerza y el sol empezara a decaer. Con una última mirada hacia Corinne, que yacía pequeña y frágil entre el polvo, seguidamente rompió el vínculo con Cullen, su espíritu retrocedió a su lugar de descanso donde su cuerpo realmente yacía paralizado.
Cullen se volvió para mirar a Lisa, que estaba luchando salvajemente con los guardas de seguridad.
– ¡Corinne! Cullen, coje a Corinne. Que alguien llame a una ambulancia. – Las lágrimas se derramaban por la cara de Lisa.
Cullen estaba corriendo hacia el cuerpo caído de Corinne cuando algo le golpeó con fuerza por detrás, haciendo que se diera media vuelta. Le arrancó el aliento, dejándole jadeante en busca de aire. Registró el agudo grito de Lisa, vio a la gente lanzándose al suelo y corriendo a cubrirse. No había oído el disparo. Ni siquiera estaba seguro de que había ocurrido en realidad, pero cuando intentó continuar hacia adelante para alcanzar a Corinne, sus piernas se volvieron de goma y se encontró a sí mismo sentándose bruscamente en el borde del césped.
– ¡Cullen! – Lisa se las arregló para liberarse durante un momento antes de que un guarda de seguridad la tirara al suelo y la cubriera con su cuerpo.
Fue Frank quien apuntó su arma muy cuidadosamente, su mano firme mientras el tirador continuaba corriendo hacia Corinne. Frank gritó una advertencia, alto y claro, esperando que el hombre se detuviera. En vez de eso, se volvió y disparó al guarda de seguridad, todo un en solo movimiento. La bala se incrustó en un árbol junto a la cabeza del guarda. Sin sobresaltarse, Frank apretó el gatillo. Notó que se susurraba a sí mismo.
– No. No, no lo hagas. – El tirador se quedó quiero, mirando con desilusión hacia Frank, su arma cayendo en un extraño y lento movimiento de la mano. Bajó la vista a la mancha roja que se extendía por su pecho y después a Frank antes de caer de rodillas y después boca abajo, medio en las rocas y medio en el césped.
Durante un momento hubo solo ruido de sollozos, y después la gente empezó lentamente a mirarse los unos a los otros, comprendiendo que la violencia había terminado tan rápidamente como había empezado. Frank mantuvo su arma apuntada firmemente sobre el desconocido que le había disparado mientras se acercaba lentamente hacia él. Podían oírse sirenas en la distancia, acercándose con rapidez. Frank miró ansiosamente hacia Corinne. Estaba muy quieta, boca abajo en las rocas.
Minutos después Lisa trepaba a una ambulancia con Corinne, aferrando el bolso de Corinne, con lágrimas corriendo hacia abajo por su cara. Cullen estaba siendo embarcado en otra ambulancia. Lisa se presionó una mano contra la boca para evitar llorar en voz alta.
– Yo he hecho esto. – Susurró a Corinne.
Corinne estaba tan pálida que parecía gris. Alrededor de sus labios había un distintivo color azul que horrorizaba Lisa.
– Está embarazada. – Dijo innecesariamente a los paramédicos. – Y tiene un problema de corazón.
Una máscara de oxígeno cubría la cara de Corinne. Parecía pequeña e indefensa, muy vulnerable y frágil. Realmente rota. Como si ya se hubiera alejado de Lisa. Lisa la cogió firmemente de la mano, deseando aferrarse a ella, evitar que Corinne se deslizara lejos.
– ¿Se recuperará?
La ambulancia avanzaba con gran rapidez, los paramédicos hablaban por su radio, apuntando cosas en el informe de Corinne. Ninguno de ellos miraba directamente a Lisa, y nadie respondió a su pregunta. Ella tocó el estómago de Corinne, al bebé. El bebé de John y Corinne. No quería perderlos a ninguno de los dos. Y si ocurría lo peor y el corazón de Corinne se agotaba, Lisa quería que ese diminuta parte de ella viviera.
– Es demasiado pronto para ti, pequeña. – Canturreó suavemente. – Demasiado pronto.
En el hospital Lisa fue conducida fuera de la sala de urgencias. Solo podía observar impotente como introducían apresuradamente a Cullen en un cubículo junto a Corinne. Una mujer

policía llegó después de un rato para hablar con ella, pero nadie dijo nada sobre Corinne o Cullen. Al final la sala de espera se llenó de gente: su fotógrafo, su agente, Frank, el guarde de seguridad. La única persona que ella buscaba, que esperaba, en la que sabía que podría apoyase, la persona a la que más temía, no llegaba.

Dayan. Nunca sería capaz de mirarle a los ojos. ¿Por qué no les había escuchado a todos? Lisa no quería que todo eso fuera verdad. Los asesinatos no eran algo que ocurriera a la gente normal; ella y Corinne había terminado con ese mundo. Había trabajado con ganas y encontrado una nueva vida. Una que no incluía el asesinato. Se sentó tranquilamente, con los puños apretados firmemente, deseando llorar y llorar para siempre.

Dayan yacía atrapado en la tierra, contando lo minutos hasta que pudiera alzarse sin peligro. Explotó de la tierra, arrojando polvo como un geiser mientras saltaba hacia el cielo, cambiando de forma mientras lo hacía. El sol estaba bajo y no se había puesto, y la luz golpeaba sus ojos haciéndolos arder y llorar. O quizás no era el sol. Dayan lo no sabía con seguridad mientras volaba veloz cruzando el cielo hacia el hospital donde ella yacía.

Su mundo. Su vida. La mejor parte de él. Yacía moribunda en un hospital. Lo sabía. Lo sentía. Mantenía su mente firmemente fundida con la de ella para que no tuviera posibilidad de liberar su espíritu del cuerpo moribundo. *Resistirás*. Lo ordenó con cada fibra de su ser, empeñando toda su voluntad para asegurar su obediencia.

Estoy tan cansada.

Descansa entonces, pero no te marches

Oigo que están hablando. No creen que puedan salvar a mi bebé. Había pena en su mente, en su corazón. Una terrible debilidad como si se hubiera rendido a los médicos, como si ya no pudiera seguir luchando contra las tremendas probabilidades.

¡No me dejes solo! Gritó él. Fue una súplica. Una orden*. Nadie te necesita como yo. No me vuelvas a dejar solo nunca más.*

Dayan. Tú eres fuerte. Muy fuerte. Habrá otra para ti.

Incluso en su hora más oscura ella pensaba en él. En Cullen y Lisa. En su mente estaban juntos. Su futuro. Su felicidad. Su las arreglaba para pensar como creía que funcionaría mejor.

Dayan rodeó su espíritu decaído, atándola firmemente a él*. Nunca habrá otra para mí. Nunca. Si debiera sobrevivir a tu pérdida y continuar por toda la eternidad, ya no sería yo, sino algo horrendo, una abominación. Un malvado monstruo. No me convertiré en una criatura semejante. Elegiré seguirte a la próxima vida. Somos uno, Corinne. Uno. No hay Dayan sin Corinne. No tienes más elección que vivir. Por la hija que llevas en tu seno. Por mí. Por nuestros hijos aún no nacidos. Por Lisa. No te soltaré. Ahora no. Ni nunca.*

Él estaba ahora mucho más cerca, moviéndose velozmente mientras el sol se hundía en el horizonte. Los colores salpicaban el cielo de un rojo sangre, y el viento estaba empezando a levantarse, una señal amenazante. Dayan ya no era el acomodadizo poeta, el hombre amable que Corinne conocía. Era un hombre de los Cárpatos en plena forma, y algo estaba amenazando a su compañera.

Caminó a zancadas invisibles pasando a doctores y enfermeras, dejando una brisa fría a su paso. Pasó a Lisa, acurrucada en la habitación donde Cullen yacía pálido, vendado y todavía inconsciente. Dayan lanzó a su amigo una rápida mirada, intentando evaluar el daño mientras se apresuraba hacia Corinne. Sin ella, no podría ayudar a Cullen ni a nadie más. Su primer pensamiento, su primera obligación, era Corinne.

Ella yacía sobre la cama, rodeada de tubos y botes. Estaba muy pálida, casi transparente. A pesar del oxígeno, había un tinte azul alrededor de su boca. Corinne parecía pequeña y delgada bajo una sola colcha. Parecía solo una niña, una muñeca de cera. Luchaba duramente por cada respiración. Había cables que conectaban su corazón hasta una máquina y desde su abdomen a otra. Dyaan permaneció en pie mirándola, con el corazón en la garganta. Parecía tan frágil, tenía miedo de tocarla.

Sintió un movimiento familiar en su mente. Calidez. Tranquilidad. Confianza total.

¿Dayan? Estamos muy cerca. Tráela hasta los sanadores. Estamos reuniéndonos. Era Darius. Su amigo. Su familia. Siempre se podía contar con Darius.

Dayan se permitió a sí mismo respirar. *Cullen os necesita. No tengo tiempo de atenderle. Ataré a Corinne a mí tanto tiempo como sea capaz, pero no debo perderla, elegiría seguir su camino al momento. No me he unido a ella y no ha habido intercambio de sangre, así que no tengo el control necesario para una lucha semejante.*

No tendrás que hacerlo, Dayan. No permitiré que ella se aleje de ti. Como siempre Darius se mostraba absolutamente confiado. *Enviaré ayuda a Cullen. Barack y Syndil acudirán a él. Los conoce y no se preocupará. Ahora ven a nosotros. Trae a tu compañera para que juntos podamos salvar su vida.*

Dayan se arrodilló junto a la cama y tomó la mano de Corinne. Durante un momento yació allí en su enorme palma flojamente, pero entonces los dedos de ella se cerraron alrededor de los suyos. Vio como sus largas pestañas revoloteaban antes de que se las arreglara para abrir los ojos.

– Dayan. – Había una sonrisa en su voz. – Creo que estaba soñando contigo, ¿o de verdad estábamos hablando? – Su voz era tan baja, un hilillo tan débil, que nunca la habría oído si no tuviera una audición tan aguda.

– No suponía que fueras consciente de que te amo. – Pronunció las palabras contra su sien, sus labios rozándole el pulso tiernamente. – ¿Han hablado contigo? ¿Los médicos?

– No tienen que hablar conmigo. Sé que me estoy muriendo. – Sus ojos se llenaron de lágrimas. – No quiero perder al bebé. Quiero que ella viva.

– ¿Confías en mí, Corinne? ¿ Realmente confías en mí?

Ella cerró los ojos de nuevo como si fuera demasiado difícil mantenerlos abierto.

– Si, por supuesto.

– No, cariño, tienes que saber lo que dices. ¿Confías en mí con tu vida? ¿Con la vida de tu bebé? – La animó a abrir los ojos y mirarle.

Ella parpadeó hacia él.

– Sé lo que estoy diciendo.

– Voy a sacarte de aquí.

– No te dejarán. – Cerró los ojos de nuevo. Solo el respirar era una lucha. Llevar una conversación era demasiado difícil.

– No pueden detenerme.

Dayan estudió los cables que corrían en todas direcciones durante unos pocos minutos, después la desenganchó cuidadosamente, produjo los mismos ritmos en los monitores, simplemente haciendo que su cerebro trabajara en ellos. La levantó cuidadosamente entre sus fuertes brazos y salió atrevidamente de la habitación hacia el vestíbulo con ella. Se movió fácilmente entre los humanos, escudando a Corinne y a sí mismo de los ojos humanos mientras se abría paso saliendo del hospital y hacia el interior de la noche.

Ahora estaba más oscuro y nubes de tormenta empezaban a arremolinarse sobre sus cabezas. Entre sus brazos Corinne se estremeció, incapaz de mantener la temperatura de su cuerpo. Dayan automáticamente lo hizo por ella, manteniendo sus mentes unidas, respirando por ella, ayudando a su desfallecido corazón. Dio dos pasos a la carrera y saltó en el aire manteniendo su ligera carga cerca de su corazón.

CAPITULO 10

Corinne oyó el murmullo de una voz. Débil. Lejana. Adoraba esa voz, la forma en que acariciaba su nombre, convirtiéndolo en algo pecaminosamente íntimo. Dayan la estaba llamando. Estaba soñando, sin embargo, era un hermoso sueño. Luchó por abrir los ojos. Estaba rodeada de voces, colándose en su corazón y alma. Notas de música. El sonido de agua. Fue consciente de estar tendida confortablemente sobre algo que no era una cama.

Parecía un gran losa de piedra, pero no la sentía dura. Alzó las pestañas y miró hacia arriba al techo de una caverna. ¡Estaba en una caverna de cristal!

Corinne miró a su alrededor con puro asombro. Todo era hermoso, un mundo de cristal y vapor con la luz ondeante de mil velas. El aire estaba especiado con un aroma que nunca había olido antes, pero inhaló en un intento de tomarlo profundamente en sus pulmones. Era consolador, tranquila en este lugar, irreal incluso. Sabía que estaba soñando de nuevo, pero si un lugar semejante no podía nunca existir realmente, Corinne agradecía poder visitarlo en sus sueños.

Observó las sombras danzantes titilando sobre las paredes de la caverna. El vapor se elevaba y arremolinaba perezosamente, formando sombras interesantes. Era difícil enfocar la atención en cualquier cosa, y Corinne permitió que su mirada vagara alrededor de la gran cámara. Parecía estar en una ciudad subterránea de algún tipo. Había muchas entradas y grandes espacios abiertos por lo que podía ver, casi como si la caverna tuviera una red de túneles y cámaras que corrían más profundamente y también se elevaban sobre el lugar en el que ella descansaba. La cámara en la que estaba parecía muy grande, y había una charca de agua humeante a su izquierda. Cuando miró más de cerca, pudo ver que estaba en una serie de cavernas subterráneas, con techos enormes como catedrales y un vapor que se movía a través de un laberinto de túneles. Estalactitas formaban enormes obras de arte esculturales, colgando de los techos. Era deslumbrante mirarlas. Parecían un chispeante mundo de gemas y colores.

Le llevó unos pocos momentos comprender que no estaba sola. Había varias personas en la gran cámara con ella. Estaban todas a su alrededor y canturreaban en un idioma extranjero. Era una hermosa melodía, oscura y misteriosa, un ritual sagrado de algún tipo. Los hombres eran muy guapos, sus caras sobrias e intensas, las mujeres hermosas más allá de toda descripción. El canto llenaba la cámara subterránea con el ritmo embrujador de la propia tierra haciendo que Corinne empezara a sentirlo en sus venas. Corría a través de ella como un río, fluyendo y refluyendo con el ciclo vital.

El ritual no la alarmó; de hecho, se sentía muy segura tendida allí observándolos a todos. Estudió a cada uno de ellos buscando algún signo que los hiciera familiares. Los hombres eran exóticamente guapos. Llevaban el pelo largo, sus cuerpos devastadores. Todos ellos eran intimidantes al mirarlos, pero, extrañamente, no estaba asustada. Se parecían a Dayan, como si pudieran estar estrechamente emparentados. Todos ellos estaban canturreando, y sus voces eran hermosas.

Corinne volvió su atención a las mujeres. Tres de las mujeres tenían pelo largo y oscuro flotando casi hasta sus cinturas, mientras que la cuarta tenía un rico pelo rojo. Todas ellas eran gráciles en sus movimientos. Corinne se encontró así misma observándolas cantar, admirando la forma en que se movían, sus gestos y voces, su gracia poco común. El patrón de sus manos y el balanceo de sus cuerpos era hipnotizante de observar.

Después de un tiempo fue consciente de la mano que sostenía las suyas firmemente. Cuidadosamente, porque era casi demasiado problemático, volvió la cabeza hacia ese lado de su cuerpo. Para su asombro, Dayan estaba a su lado, sus dedos firmemente entrelazados con los de ella. Estaba canturreando las mismas palabras extranjeras que los otros en la cueva. Como sueño que era, resultaba extraño y aún así completamente hermoso. ¿Había muerto? Sentía que estaba profundamente en el interior de la tierra, quizás cerca del centro de la tierra. Era cálido, con vapor alzándose de varias charcas de agua, pero espumosas cascadas caían por las paredes de frío hielo.

Corinne estaba segura de que no había muerto, porque le latía terriblemente la cabeza donde se había golpeado con las rocas. su cuerpo se sentía magullado y golpeado, y estaba terriblemente cansada. Era difícil solo el respirar. Podía sentir su corazón latiendo en su pecho. Estaba definitivamente viva, decidió.

Dayan se inclinó para rozar un beso en su frente, su cálido aliento un bálsamo sanador para los rasguños y magulladuras de allí.

– Esta es mi familia, mi gente. No quiero que tengas miedo, Corinne. Pueden ocurrir cosas extrañas aquí, pero uno de nuestros más grandes sanadores intentará fortalecerte y salvar a tu bebé. Yo estaré contigo a cada paso del camino.
Los ojos de ella le recorrieron la cara.
– Pareces tan preocupado, Dayan. – Su voz fue suave y muy amorosa al mismo tiempo que indefensa.
Ardieron lágrimas en los ojos de él, en su garganta. Estaba respirando por ella, regulando su corazón, manteniéndola viva tan efectivamente como habían hecho las máquinas humanas. Se inclinó más cerca para poder mirarla directamente a los ojos.
– Quiero que vivas, Corinne. ¿Me entiendes? *Necesito* que vivas por mí.
Ella asintió, lágrimas repentinas inundaron sus ojos. Quería ser su mundo, el aire que respiraba. Quería escuchar el sonido de su hermosa voz durante el resto de su vida, vio como los ojos de él iban del vació yermo al súbito deseo por ella. Su cuerpo estaba desvaneciéndose lentamente, y sabía que la fe de él en sus sanadores se quedaría en nada. Era demasiado tarde para ella.
El canto continuó a su alrededor, y Corinne volvió a su estado de ensoñación. No le importaba si nada de eso era real, se concentró en la belleza que le rodeaba y la sinfonía de voces que mantenía el miedo a raya. Por encima de todo, no quería pensar en su hija. Había fallado en dar a su hija el tiempo necesario para crecer.
– Cariño. – La voz de Dayan se entrometió de nuevo, captando su atención.
Corinne observó como una mujer alta y esbelta con largo pelo negro se aproximaba a ella. La mujer sonrió tranquilizadoramente.
– Corinne, hermana. – Tocó la mano de Corinne con dedos gentiles. – Soy Desari, compañera de Julian y hermana de Dayan, y ahora tuya. – Su voz era musical, consoladora, una curación en sí misma. – Tenemos con nosotros a uno de nuestros más grandes sanadores. – Se volvió para gesticular hacia un hombre con afilados ojos plateados.
Corinne vio como el hombre se deslizaba hasta su lado. Era más musculoso que los otros hombres, con largo pelo negro azulado. El poder emanaba de él. Sonrió hacia ella, suavizando el borde cruel de su boca. La tomó de la mano.
– Estamos esperando a Shea, alguien bien versada en el cuidado de nuestros niños. Por favor permite que mi hermano Darius y yo hagamos lo que podamos para retrasar la llegada de la niña hasta que el viaje de Shea se complete.
Durante un momento Corinne solo pudo mirarle fijamente, abrumado por su puro poder. Era renuente a que el sanador la tocara, a decir verdad. Como Dayan, Gregori parecía creer que podía tener de algún modo éxito en aquello en lo que todos los médicos habían fracasado
Desari gesticuló de nuevo y un segundo hombre se aproximó. Se parecía mucho a Gregori, solo que con ojos negros que parecían adecuados para su apariencia oscura.
– Mi hermano Darius, ahora tu hermano. Asistirá a Gregori en este intento.
Daius se inclinó, un gesto cortés, después se llevó los dedos muertos de Corinne a la boca.
– Bienvenida a nuestra familia, hermanita. Pedimos tu permiso para intentar sanarte.
Dayan se llevó la pequeña mano de Corinne a la boca.
– Por favor, cariño. Sé que esto es extraño para ti, pero por mí, por favor intenta lo que te piden. Shea y Jacques aún no han llegado, y debemos retrasar el nacimiento hasta que tengamos aquí a Shea. Sin ella, las oportunidades de salvar al bebé serán mucho menores.
Corinne levantó la mirada hacia Dayan e instantáneamente quedó perdida en el negro abismo de sus ojos. Él parecía tan vulnerable; sus sentimientos por ellas extremos y desprotegidos, escritos en cada línea de su cara. Dayan se inclinó más cerca.
– Necesito que hagas esto, Corinne. Por favor confía en mí, pequeña; esta vez, hazlo por mí. – Sus palabras fueron susurradas íntimamente para ella, su necesidad tan grande que le trajo lágrimas a los ojos.
Corinne asintió y permitió que Gregori le tomara la mano izquierda. ¿Cómo podía alguna vez negarse a cualquier cosa cuando la miraba así? su mano derecha permaneció firmemente en la

de Dayan. No quería estar sola con su cuerpo desfallecido y con desconocidos con ojos afilados y demasiado poder.
Gregori cerró los ojos y se envió a sí mismo a buscar en su propio cuerpo y dentro del cuerpo mortal tendido tan débil ante él. El corazón humano de ella era casi inservible. Era Dayan el que suplía el poder para mantener a Corinne funcionando, Gregori se movió para examinar al bebé. Era una niña. Consciente. Aún demasiado pequeña para nacer. Gregori tranquilizó a Corinne se salió rápidamente una vez más.
Hay poco tiempo. Sin Dayan ayudándola habría muerto, y el bebé con ella. Darius, el bebé es una niña y una fuerte psíquica. No podemos permitirnos perder a ninguna de las dos. Gregori habló con su hermano, pero utilizó el vínculo mental común a todos los Cárpatos para que todos los presentes entendieran la tremenda necesidad. *Yo trabajaré en la mujer, ya que es imperativo que ella viva para las dos. Tú cuida de la niña.*
Solo he hecho algo semejante con Desari cuando era un bebé, nunca con un feto en el útero. Darius se levantó junto a Gregori y miró una vez a Dayan. *Haré lo que haya que hacer.*
Ella necesitará tu sangre, Dayan, y no debe luchar contra la transferencia. No tiene fuerzas que malgastar así que asegúrate de que lo acepta voluntariamente. Darius comprobará al bebé para determinar si su cuerpo puede aceptar nuestra sangre. No puedes convertir a tu compañera mientras la niña resida en ella. La niña no sobreviviría a una transformación tan difícil. En este momento, tampoco lo haría Corinne. Gregori estaba en su elemento, su voz confiada mientras daba instrucciones.
Dayan medio incorporó a Corinne para poder sentarse sobre la losa, acunándola en su regazo. Inclinó la cabeza hacia la de ella, encerrándolos en un mundo privado.
– Lo que te ofrezco es la vida, Corinne. Para los dos. – Su aliento removió la espesa mata de pelo lanzándolo sobre sus hombros. Ella sintió como los labios de él viajaban sobre su piel desnuda, los dientes rasparan gentilmente hacia delante y atrás sobre su pulso irregular. Él murmuró algo suave en su idioma extranjero.
Corinne se sintió deslizar más y más en el interior de su mundo de ensueño. Con los brazos de Dayan rodeándola y su cuerpo tan cerca del suyo, se sentía a salvo y protegida. Y entonces un relámpago blanco la atravesó, algo entre el placer y el dolor. Yació pasivamente en el cristalino mundo de sueños y música. Las llamas titilaron captando reflejos sobre las paredes desde las charcas de agua, reflejos que danzaban e hipnotizaban, diminutas llamas de naranja y oro.
Sintió la presencia del sanador una vez más. Corinne sintió una peculiar calidez como si otro espíritu compartiera su cuerpo, justo como cuando Dayan había intentado sanarla. Era extrañamente reconfortante. Con la otra presencia, su corazón parecía esforzarse menos. Estaba cansada, aún así... muy cansada. Era demasiado difícil mantener los ojos abiertos aunque quería observar la belleza de la cámara y la gente que había en ella.
Dayan cerró los diminutos pinchazos después de tomar suficiente sangre para un intercambio ritual. Cambió de posición a Corinne entre sus brazos mientras se abría la camisa con una mano.
– Harás esto por nosotros, mi amor. – Ordenó suavemente, amablemente, utilizando un tono que descartaba su libre voluntad, que aseguraba que ella haría lo que ordenaba. Una uña se alargó hasta una afilada garra. Dayan abrió su pecho con una veloz cuchillada y presionó a Corinne contra él. – Bebe, Corinne. Ofrezco mi vida por la tuya. Ofrezco mi vida por la vida de nuestra hija.
Corinne estaba bastante horrorizada por que su hermoso sueño hubiera dado un giro tan retorcido. No podía obligar a sus pestañas a elevarse, así que no podía mirar a su alrededor realmente, solo podría yacer entre los brazos de Dayan, tragando el cálido líquido. En su sueño podía ser analítica sobre ello. Nada de esto era real de cualquier modo. Estaba acurrucada entre los brazos de Dayan, perteneciéndole; él había tomado su sangre primero, después le daba a ella la suya como si pudiera hacerla más fuerte y físicamente capaz. Todo esto encajaba de algún extraño modo, con que los cazadores de vampiros creyeran que ella era

un vampiro de algún modo. Le resultaba particularmente raro el hecho de que pareciera tener importancia que tomara la sangre de él.
Gregori se movía hacia su esforzado corazón, buscando encontrar formas de controlar el daño. Sin el bebé, Dayan podría dar a Corinne la sangre necesaria para sobrevivir, pero esa opción no era viable para ellos hasta que el bebé naciera. Gregori observó como la sangre curativa se derramaba en el frágil cuerpo de Corinne. Al momento sus órganos hambrientos quedaron inundados por el bálsamo sanador. Mientras el espíritu de Darius permanecía alerta, monitorizando al bebé, Gregori siguió trabajando en el maltrecho corazón, reparando meticulosamente la válvula dañada, utilizando la sangre que fluía libremente en su paciente. No era lo mismo que tratar una herida. Este daño estaba causado por una enfermedad que había actuado lentamente, insidiosamente agotando su corazón. A su favor ella tenía la poderosa sangre de Dayan fluyendo en su interior, junto con su voluntad de hierro, su corazón y alma, su total e incondicional amor.
Darius revoloteó cerca del bebé, apaciguándola, ofreciéndole tranquilidad y ánimo. Cuando la sangre de un antiguo fluyó en el pequeño cuerpo, la transformación comenzó. Su audición sería superior, su aspecto más realzado, su cuerpo más fuerte. Corinne solo podía beneficiarse con la sangre, pero el bebé no estaba totalmente formado aún. El cambio de forma de sus órganos iba a ser peligroso para el niño. Cuando el bebé empezó a asustarse, desconcertada por las extrañas sensaciones, Darius la inundó con calidez y se extendió para establecer un vínculo telepático con ella. Le contó historias de su mundo, de la necesidad en la que se encontraban los Cárpatos, de lo preciada que era ella para su gente, de lo importante que era que aguantara y se quedara con su madre que tanto la amaba.
La pequeña cantidad de sangre que Corinne había bebido estaba ahora circulando a través del cuerpo de la niña. Darías se había fundido con el bebé y sintió la ráfaga como una bola de fuego. ¡Alto! ordenó agudamente.
Dayan insertó inmediatamente su mano para detener gentilmente la alimentación de Corinne. Le susurró la orden, estudiando su cara ansiosamente. Corinne quedó atónita cuando un desconocido alto y rubio de ojos dorados se inclinó y cerró casualmente la profunda herida del pecho de Dayan con su lengua. Mantuvo una mano sobre el hombro de Dayan, un gesto que dijo mucho a Corinne.
– ¿Tú eres Julian, el compañero de Desari? – Los sobresaltó a todos con su pregunta.
El hombre se inclinó ligeramente por la cintura, con sus ojos dorados sobre la cara de ella.
– Ciertamente soy Julian, compañero de Desari y hermano político de Dayan. Un placer conocerte, Corinne. Teníamos la esperanza y rezábamos para que Dayan te encontrara.
– ¿Eres real? ¿Todo esto es real? – Le estaba mirando a él porque parecía mucho más asequible que los otros hombres.
Él le sonrió, sus dientes era muy blancos, muy rectos.
– ¿Quieres que lo sea?
Corinne reforzó su apretón sobre Dayan. Él era su realidad. En su cuerpo, el bebé se estaba moviendo casi violentamente. Se presionó una mano sobre el estómago protectoramente.
– A ella no le gusta esto, Dayan. Creo que sería mejor que estuviera soñando.
Gregori y Dayan miraron ambos aprensivamente a Darius. Él estaba todavía completamente fundido con el bebé. Su concentración parecía total. Dayan se inclinó acercándose a Corinne.
– Conozco a Darius. Su voluntad es de hierro. No hay forma de que permita que nuestro bebé se deslice lejos de nosotros. – Mordisqueó gentilmente, insistentemente los nudillos de ella para mantener su atención concentrada en él. – Cuéntame qué estás sintiendo, cariño. Tu color es ligeramente mejor. – Estaba todavía fundido con ella, ayudándola a regular su corazón y pulmones, temiendo permitirle intentarlo por su cuenta. – ¿Cómo te sientes?
Más que nada ella temía por su bebé. Le llevó un momento respirar profundamente y detener el pánico antes de que se volviera completo. Se sentía mejor; no tenía que esforzarse tan terriblemente solo para respirar. Todavía se sentía débil y deseaba dormir.

– Dayan... – Pronunció el nombre de él muy suavemente, mirando a su alrededor una vez más. Estaba todavía en una cámara subterránea y todavía había gente a su alrededor. – ¿Estoy despierta? Ya no parezco poder setir la diferencia, y es alarmante.
– En este mismo momento estás mucho más que despierta, Corinne. Algunos miembros de mi familia están aquí con nosotros. – Dijo Dayan con tierna tranquilidad.
Ella le examinó el pecho. Su camisa estaba inmaculada, desabotonada, pero su pecho musculoso estaba impecable, sin una sola mancha. No había ninguna herida donde ella se había alimentado. Ni rastro de sangre. Por alguna razón, eso le proporcionó el solar que necesitaba para su paz mental. Claramente estaba mezclando sus extravagantes sueños con la realidad.
– Dime dónde está Lisa.
– En el hospital con Cullen. ¿Recuerdas lo que ocurrió?
– Había un hombre en las rocas sobre Lisa. Tenía un arma. La derribé y luché con él... – Se interrumpió, mirando alrededor a los desconocidos. Bajó la voz. – Ya sabes... a mi extraña forma. Todo está confuso después de eso. Recuerdo que caí e intenté proteger al bebé. – Se frotó cuidadosamente el bulto y los arañazos de su frente.
Dayan hizo una mueca. Ya había empezado a formarse moretones oscuros contra su piel pálida. Gregori había estado demasiado ocupado como para sanar las heridas superficiales de Corinne, pero a Dayan le molestaba que ella estuviera incómoda en lo más mínimo. Podía sentir que a ella le dolía la cabeza, latiendo y palpitando, aunque no se quejaba. Las preguntas daban vueltas y más vueltas en su mente. Dayan le dio las respuestas.
– Dispararon a Cullen, cariño. Está vivo, y Barack y Syndil están en camino hacia el hospital para ayudarle. Se ocuparán de que no muera. Syndil está bien versada en la curación y tiene dones especiales. Cullen conoce a Barack y Syndil, y Lisa no tendrá miedo, porque sabe que son miembros de nuestra banda. Les permitirá entrar en la habitación. – No añadió que ese permiso de Lisa tenía poco importancia cuando podías caminar sin ser visto pasando a cualquier guardia en cualquier momento. Barack y Syndil eran Carpatos en plena forma, capaz de controlar las mentes de los humanos que los rodeaban si era necesario.
– ¿Está mal? – Había un temblor en la voz de Corinne, y Dayan la atrajo más cerca de él protectoramente.
– Cariño, no hay necesidad de preocuparse por Cullen. Si estuviera en problemas yo lo sabría. Soy telepático, ¿recuerdas? Barack y Syndil pueden comunicarse fácilmente conmigo. Informarían instantáneamente si no pudieran manejar la situación, y pedirían que o Darius o Gregori acudieran al hospital enseguida. – Dayan señaló al hombre de afilados ojos plateados y la pequeña mujer de pelo oscuro. – Gregori y Savannah han viajado desde Nuevo Orleáns para estar con nosotros. Les debemos mucho.
Corinne se frotó la frente una vez más. Agradecía la preocupación de todo el mundo, pero deseaba que todos se fueran a casa. Estaba cansada, y había demasiados de ellos. Quería dormir, no entretener, y su bebé todavía pateaba violentamente. Ninguno de los otros parecía notar que aquel al que llamaban Darius parecía estar en una especie de trance.
Cerró los ojos y descansó la cabeza contra el hombro de Dayan.
– Gracias a todos. – Murmuró, tan atentamente como una niña, su voz adormilada y débil.
Dayan miró aprensivamente hacia Gregori, que asintió hacia él tranquilizadoramente*. Es bueno que duerma, Dayan. Puedo sanarla un rato más, y Dairus puede trabajar con el bebé. Ella necesita descansar más que nada. Las curas no aguantarán para siempre. Esto es temporal. No puedo darle un nuevo corazón. Ayúdala a dormir.*

En el hospital Lisa estaba sentada con la cabeza descansando junto a Cullen. Había llorado hasta que estuvo segura de que no le quedaban más lágrimas. Los médicos le habían dicho que Corinne se estaba muriendo. Era solo una cuestión de tiempo. Dijeron que dejarían al bebé en su cuerpo agonizante tanto tiempo como fuera posible, pero había poca esperanza de

que el bebé sobreviviera una vez nacido. Después le dijeron que no tenían ni idea de si Cullen viviría o moriría. Era cuestión de esperar. Estaba en mala forma, y la bala había desgarrado un pulmón y tejido, destruyéndolo todo a su camino. No sabían como todavía aguantaba. Como si no fuera suficiente, había habido una terrible conmoción en la habitación de Corinne por parte del personal del hospital, guardas de seguridad y finalmente la policía que circulaban en masa. Quince minutos después, cuando Lisa esperaba oír que Corinne había muerto, le dijeron que Corinne se había ido. Desvanecida en el mismo aire.

No había forma de que Corinne pudiera haberse levantado y salido del hospital, todo el mundo estaba de acuerdo con eso, y nadie había sido visto cerca de su habitación. Cuando los monitores habían señalado fallo cardíaco, la enfermera se había apresurado a entrar, solo para descubrir que la paciente se había ido. Lisa temía que los hombres que habían intentado matarlas hubieran de algún modo haberse llevado a Corinne.

Era culpa suya. Había ido a la sesión fotográfica incluso a pesar de que le habían dicho que estaba en peligro. Corinne había volado cruzando el parque, lanzándose sobre ella, protegiéndola sin pensar en su propio corazón débil y las consecuencias para ella y el bebé. *¡Han intentado matarme!* Lisa intentó diferir esa información. Realmente alguien deseaba su muerte. Tenían armas, y la habrían disparado si Corinne y Cullen no hubieran aparecido para salvarla.

Lisa levantó la cabeza y miró a Cullen. Parecía tan pálido, y había vendajes por todas partes. Lisa había mentido y había dicho que era su prometido para poder quedarse con él. Una vez la desaparición de Corinne se hubo confirmado, el personal de hospital dejó a Lisa estrictamente sola, apostando guardas ante la puerta de la habitación de Cullen. Obviamente, nadie sabía qué decirle. Lisa no sabía que hacer. John y Corinne se habían ocupado siempre de los detalles de sus vidas.

Se metió la mano un la boca, mordiendo con fuerza para evitar gritar. Ella era responsable de este desastre. Si hubiera escuchado, Corinne y el bebé todavía estarían a salvo. Cullen no estaría a punto de morir.

– Pero no moriría. – Una suave voz femenina lo dijo desde detrás de ella. – No te alarmes... Soy Syndil y este es Barack.

Alarmada, Lisa se dio la vuelta, casi cayendo de la silla. No había oído nada y el guarda de seguridad no había escoltado a nadie al interior de la habitación, pero dos personas estaban de pie justo ante la puerta. Su corazón palpitó con alarma, Lisa debatió si gritar pidiendo ayuda. Le llevó un momento reconocer los nombres. Barack y Syndil de la banda de los Trovadores, amigos de Dayan.

– ¿Cómo habéis entrado aquí? – Susurró Lisa. No entendía nada de lo que estaba pasando.

– Cullen ha sido nuestro amigo desde hace mucho. Arriesgó su vida para advertirnos cuando estábamos en peligros. Nunca permitiríamos que muriera. – Le dijo Barack. Sonrió gentilmente, mirándola directamente a los ojos. – Tú debes de ser Lisa, la hermana de Corinne. Dayan nos ha hablado mucho de ti.

Lisa estalló en una tormenta de lágrimas frescas.

– Se han llevado a Corinne.

Syndil rodeó los hombros de Lisa reconfortantemente.

– Corinne está bien, Lisa. Aquí se estaba muriendo. Dayan no podía permitir semejante cosa. Gregori, uno de nuestros más grandes sanadores, ha venido desde Nueva Orleáns para ayudarla. Están decididos a que Corinne y el bebé vivan. – Apretó los hombros de Lisa amablemente con tranquilidad y después se deslizó cruzando la corta distancia hasta el costado de Cullen. Al instante cambió su expresión. – Barack, está tan pálido. Hay mucho daño. – Tocó el hombro de Cullen con dedos gentiles. – Es duro verle de este modo.

– No estará así mucho tiempo. – Respondió Barack con confianza.

Lisa se irguió en toda su estatura.

– Háblame de Corinne. ¿Dónde está? Dayan no tenía derecho a llevarse a mi hermana del hospital cuando estaba tan mortalmente enferma. No tenía derecho. – Por primera vez en su vida, Lisa no iba a esconderse de la verdad, no importaba lo dolorosa que pudiera ser.

Barack volvió a mirarla.
– Lisa. – Su voz fue suave pero compeledora – Conoces a Dayan. Sabes que ama a Corinne y desea que ella viva. Necesita que ella viva. La llevó junto a la única gente que tiene posibilidad de salvarla. Tú querías que él la salvara, ¿verdad?
Lisa parpadeó rápidamente. Se encontró asintiendo, preguntándose por qué estaba tan molesta. Por supuesto que Dayan tenía que cuidar de Corinne. Todos podían ver que estaba loco por ella. Se movió para permanecer junto a la cama, tratando de alcanzar la mano de Cullen.
– Siéntate aquí cerca de él y permanece cerca mientras trabajamos. – Invitó Syndil suavemente. – Nadie vendrá a molestarnos.
– ¿Corinne va a estar realmente bien? ¿Está con Dayan? – Lisa se sentó en la silla porque el alivio fue tan tremendo que sus temblorosas piernas amenazaron con desfallecer.
– Gregori tiene reputación de ser el mejor del mundo. – La voz de Syndil era melódica, fácil de escuchar. – Y si, Lisa. – Continuó. – Dayan está con Corinne y no abandonará su lado.
– ¿Dónde? Necesito verla.
Barack extendió la mano hacia abajo y la cogió por la barbilla, inclinándole la cabeza para obligarla a mirarle.
– La verás pronto, Lisa. Ahora mismo, tu lugar está con Cullen. Él te necesita aquí. Sabes que Corinne está en las mejores manos, pero Cullen está solo. Necesita cuidados. Tan pronto como sea capaz de viajar, deberá ser trasladado a una casa segura que Syndil y yo aseguraremos. Tú cuidarás de él hasta que pueda ir contigo adonde están Corinne y Dayan. Eso es lo que quieres, y te tranquilizarás sobre la salud de Corinne, confiando en que Dayan te informará de sus progresos. Dayan debe permanecer con Corinne; es el lugar que le corresponde. – La voz de Barack era atemorizante, hipnótica. Lisa se sentía como si estuviera cayendo en esos ojos oscuros.
Barack hablaba con perfecto sentido para ella. *Tenía* que quedarse con Cullen. Ella era responsable de su terrible herida, y no había nadie más que se ocupara de él. El lugar de Dayan estaba definitivamente con Corinne.
– Voy a enseñarte un canto sanador, Lisa. – Dijo Syndil suavemente. Nos ayudará a auxiliar a Cullen. Las palabras están en un lenguaje ancestral, y son muy hermosas. Escucha el patrón de nuestras palabras y repítelas con Barack. Oirás mi voz alzándose con las vuestras, pero yo me concentraré en sanar a Cullen. Tengo algún pequeño talento en esta área... ciertamente no como el de Gregori, pero creo que puedo hacer algún bien. Por favor préstamos tu voz. Syndil sonaba muy amable, su tono tan puro y agradable al oído que Lisa que podía haberlo escuchado para siempre.
Barack tomó varias velas de su mochila y las encendió, llenando la habitación de un perfume tranquilizador. Lisa se inclinó acercándose a Cullen. Era extraño, pero podía oír la voz de Syndil canturreando suavemente en su cabeza. Estaba segura de que Syndil no estaba hablando en voz alta, pero oía las palabras claramente y empezó a seguirla, al principio por sí misma, después en unión de Barack cuando él empezó a canturrear en voz alta. Lisa siguió su ejemplo, repitiendo la bellas palabras una y otra vez. Era difícil conseguir el acento exacto, pero Lisa estaba decidida a intentarlo. Tenía el extraño presentimiento de que Syndil realmente podía ayudar a Cullen.
Syndil cerró los ojos, concentrándose totalmente en el humano que yacía tan inmóvil sobre la cama. Al principio las imágenes fluyeron. Cullen sonriéndole. Paseando por el bosque con él, hablando y riendo. Cullen protegiéndola a ella y a Desari cuando alguien había secuestrado a la compañera de Darius. Cullen. Se había ganado la admiración de toda la banda. Estaba bajo su protección. Syndil tomó un profundo aliento, permitiendo que escapara lentamente y enviándose a sí misma fuera de su propio cuerpo y entrando en el que yacía inmóvil y herido.
La herida era terrible. La bala había rebotado a través del cuerpo de Cullen, causando tremendos daños. Syndil empezó el delicado trabajo de reparación de dentro hacia afuera. Los médicos habían hecho un trabajo milagroso, pero Cullen estaba en problemas. Se tomó su tiempo, queriendo ser meticulosa. Barack dirigiría al personal de hospital lejos de la

habitación mientras ella trabajaba. Si cualquiera de la sociedad hacía un intento de entrar en el hospital para matar a Cullen, Barack lo sabría. Mantuvo toda su atención concentrada en reparar los órganos de Cullen. Era un trabajo dolorosamente lento.
Exhausta y tambaleante de cansancio, se abrió paso saliendo del cuerpo de Cullen y de vuelta al suyo propio. Barack inmediatamente la cogió por la cintura y la sujetó.
– Estoy orgulloso de ti, Syndil. Realmente le has traído de vuelta.
Necesita sangre, Barack. A pesar de toda la ayuda que le he proporcionado, todavía está en peligro. Nuestra sangre aseguraría su recuperación. Syndil estaba encorvada de cansancio
También tú necesitas sangre. Las palabras de Barack fueron una invitación susurrada.
Lisa se puso en pie de un salto y empujó a Syndil hasta la silla.
– ¿Vivirá? – Preguntó, casi dispuesta a creer en un milagro. Barack y Syndil inspiraban confianza cuando necesitaba aferrarse a la esperanza desesperadamente.
Syndil se extendió y la tomó de la mano.
– No entregaremos a Cullen al otro mundo aún, Lisa. Él merece ser feliz, y hace mucho que no ha conocido tal cosa. Tú te preocupas mucho por él. – Declaró.
Lisa asintió incluso mientras sopesaba los riesgos.
– Acabo de conocerle. Pero él es diferente. Realmente disfruto de su compañía. Y estaba intentando salvarme. – Confesó con un pequeño impulso.
– Aquí no está a salvo, Lisa. – Le dijo Barack cuidadosamente. – Debes haber comprendido eso. Los hombres que quieren matarte a ti y a tu hermana quieren a Cullen incluso más. El guarda de seguridad colocado ante su puerta es muy inexperto. Si Cullen permanece aquí, la sociedad intentará matarle. El guarda de seguridad, Cullen y quizás tú moriréis. Cullen no tiene otra familia. Nuestra banda es su familia. No gustaría que vinieras con nosotros a un lugar que sabemos es seguro. Debemos llevar allí a Cullen para protegerle. No estaremos con él todo el tiempo, y necesitará que alguien le ayude mientras sana.
Los dedos de Lisa se cerraron en un puño. No sabía que hacer, en quién confiar. Dayan había dicho lo mismo sobre Corinne, y había tenido razón.
– Todo esto empezó cuando entramos en ese bar. – Acusó imprudentemente.
Syndil la miró directamente. Su voz fue amable pero muy firme.
– Sabes que eso no es verdad. Tu hermano fue asesinado por esos mismos hombres. Solo porque no deseas que algo sea verdad, cambia la realidad. Debes vivir en el mundo real, Lisa, no en uno de ilusión. Estás en peligro, al igual que Cullen. No te obligaré a acompañarnos, pero vamos a proteger a Cullen. Te estoy pidiendo que confíes en nosotros por propia voluntad.
Tomaré su sangre e insistiré en que obedezca. Barack estaba molesto con la mujer. Era ridículamente testaruda.
Ella es la que ha elegido Cullen. Por respeto a él y a la compañera de Dayan, no podemos hacer tal cosa.
Barack bufó su opinión con respecto a eso.
– Fue tu negativa a aceptar la realidad lo que inició esta crisis. Podríamos haber perdido a Cullen y a Corinne. ¿Querías que le dispararan? Si es así, te las arreglaste para lograrlo.
¡Barack! Syndil siseó una reprimenda *¿Qué estás haciendo?*
Creo que deberíamos ocuparnos de la seguridad de Cullen y borrar de su mente a esta mujer infantil. Tiene buen aspecto, ¿pero qué es eso sin sustancia?
La mano de Cullen se movió, sus dedos se arrastraron hacia los de Lisa.
– Por lo que recuerdo, Barack. – Susurró. – No hace mucho que querías dispararme tú mismo. Parezco inspirar esa reacción en la gente. ¿Qué me ha ocurrido?
Syndil se inclinó acercándose a él, sus manos gentiles mientras echaba el pelo hacia atrás apartándolo de la frente de Cullen. Lisa estaba llorando calladamente de nuevo.
– Te dispararon mientras protegías a Corinne y Lisa. Como siempre jugando al héroe. – Le respondió Syndil.
– Todavía intentando pavonearte delante de las mujeres guapas. – Dijo Barack, sonriendo afectuosamente a Cullen.

La mirada de Cullen buscó la de Lisa, pero ella evitó sus ojos agachando la cabeza incluso mientras se aferraba a la mano de él.
– Nunca pareciste apreciar a una mujer hasta que yo te señalé sus buenas cualidades, Barack.
– No intentes meterme en líos con este recordatorio de mi anterior comportamiento, Cullen. – Dijo Barakc, manteniendo el tono ligero a pesar de su preocupación. Cullen estaba casi gris. Barack miró ansiosamente a Syndil.
Su compañera le sonrió tranquilizadoramente.
– Es cierto, Cullen. – Dijo Syndil. – Tengo buena memoria, y fuiste tú el que me hizo sentir que podía vivir de nuevo. Debes descansar y hacer lo que te decimos.
– Quiero que se cuide de Lisa. – Cullen estaba mirando a Lisa con amor en los ojos.
Barack se aclaró la garganta pero se detuvo rápidamente cuando Syndil le miró fijamente.
– Lisa, no llores. – Dijo Cullen suavemente. – Me rompes el corazón.
– Él tiene razón, sin embargo... fue culpa mía. Fui a la sesión de fotos porque no quería creer que había un problema. Y ahora tú estás herido y también Corinne.
– ¿Corinne? – Cullen volvió la cabeza para mirar a Barack. – ¿Dónde está Corinne?
– Está con Dayan. – Dijo Barack tranquilizadoramente, inclinándose para mirar a los ojos de Cullen llenos de dolor. – Tienes que descansar y sanar, Cullen. Dayan cuidará de Corinne, y nosotros nos ocuparemos de que Lisa esté a salvo. Tienes mi palabra de eso.
– Lisa está bajo vuestra protección. – Insistió Cullen.
Barack suspiró suavemente.
– Por supuesto, Cullen, ella está bajo nuestra protección. Te doy mi palabra. Ahora vuelve a dormir y deja de darme órdenes delante de Syndil. A ella le gusta demasiado.
Cullen cerró los ojos obedientemente en respuesta a la sugestión hipnótica en la voz de Barack, inmediatamente Syndil se inclinó cerca de Lisa, mirándola directamente a los ojos. *Debes hacer que el guarda de seguridad te escolte a la cafetería mientras la enfermera mantiene un ojo sobre la habitación. Es urgente que consigas algo de beber inmediatamente.*
Syndil se sentía débil a causa del exhaustivo trabajo de reparar las terribles heridas de Cullen. Necesitaba alimento, y Cullen necesitaba la sangre ancestral de Barack para completar el proceso de sanación. No podía dársela y después permitir que el hospital le tomara muestras de sangre. Cullen necesitaba ser trasladado a donde pudieran vigilar su salud apropiadamente y protegerle.
Lisa se inclinó sobre Cullen para rozar su frente con un beso antes de volverse obedeciendo la compulsión hipnótica que Syndil había utilizado con ella.

Librodot

CAPITULO 11

Corinne oyó primero la música. Suave. Dulce. Perfecta. Era tan maravillosa, que le traía lágrimas a los ojos. La voz contaba las letras transportadas en un ronco soplo de sensualidad masculina y efusivo amor. Supo quién era y se encontró a si misma sonriendo.

– Dayan. – Susurró su nombre suavemente.

La música continuó, pero sintió el leve movimiento de la cama en la que estaba tendida.

– Corinne. Pensaba que dormirías para siempre. Quiero que sepas que me has restado varios cientos de años de vida. No puedo afrontar otro susto como ese. La próxima vez que te envíe a dormir, espero encontrarte donde te dejé.

La suave boca de ella se curvó en una sonrisa, pero no abrió los ojos.
– Escúchate. Suenas casi como si *intentaras* darme órdenes. – Sonaba divertida, adormilada, increíblemente sexy.
Instantáneamente la sangre de Dayan se convirtió en lava fundida, un lento ardor que consumió su cuerpo y envolvió su corazón en llamas. Le parecía tan hermosa, yaciendo tranquilamente bajo las mantas, el pelo extendido alrededor de su cara, una oscura y sedosa masa que no podía evitar tocar. Dayan colocó su guitarra cuidadosamente junto a la cama y se inclinó para besar su irresistiblemente lujuriosa boca.
– Yo ordeno y tú obedeces. Así es como se supone que debe ser. – Su voz era una herramienta de seducción.
– ¿De veras? – La sonrisa de Corinne se amplió para revelar su intrigante hoyuelo. – No había oído eso. Siempre he pensado que era todo lo contrario.
– Debes haber hablado con las personas equivocadas.
Las largas pestañas de Corinne revolotearon, y con un pequeño esfuerzo se las arregló para abrirlas. Levantó la mano hasta la boca de él y tocó las líneas de tensión con un dedo gentil.
– Realmente tienes miedo por mí. No era mi intención preocuparte.
Él le cogió la mano y se la llevó a la boca, besando el centro de la palma antes de colocársela sobre el corazón.
– Hiciste más que preocuparme, cariño. ¿Recuerdas qué ocurrió?
– Vagamente, como un sueño. No estoy segura de que recuerdo, que me contaste tú, o que soñé. ¿Lisa y Cullen están bien?
– Creo que están a salvo. – Esperaba que fuera verdad. Syndil y Barack no había tocado su mente con noticias, buenas o malas.
Ella le miró fijamente a los ojos, intentando leer sus pensamientos.
– Necesito saber que Lisa está viva y bien y que Cullen no está demasiado mal herido.
– Tan pronto como sepa los detalles de su condición, te pasaré un informe. Lisa está protegida, y no le ocurrirá nada. Puedo prometerte eso.
Corinne asintió aceptando el mundo de él.
– Mi bebé está vivo. – Lo dijo suavemente, amorosamente, su tono hizo que el corazón de Dayan diera un vuelco. – Puedo sentir que se mueve.
Dayan le sonrió, pero la expresión de sus ojos era seria.
– Va a quedarse justo donde debe hasta que sea lo suficientemente fuerte como para sobrevivir por su propia cuenta.
– ¿Te ha dicho alguien lo guapo que eres? – Preguntó ella. – Porque lo eres, sabes. Increíblemente guapo. Pero más que eso, eres muy dulce.
Dayan gimió ruidosamente.
– No digas eso, Corinne. Eso es lo peor que puedes decirle a un hombre. Sexy. Masculino. Pensativo. Viril. Puedo pensar un millón de adjetivos que me gustarían, pero "dulce" no es uno de ellos.
– No hay nada malo en ser dulce, Dayan. – Le dijo Corinne. Su voz sonaba lejana a sus propios oídos, pero otros sonidos parecían demasiado altos. Insectos nocturnos. El viento fuera sacudiendo las ramas de los árboles. – Cuéntame que ocurrió.
– Deliberadamente ignoraste mi orden de dormir y fuiste con el idiota de mi amigo a buscar a Lisa. – Escupió cada palabra entre sus dientes blancos, recordándole a Corinne a un lobo.
– No tenías intención de llamar a Cullen idiota. – Regañó ella amablemente, sin intimidarse en lo más mínimo por su feroz expresión.
– Cullen sabía que estaba en los primeros puestos de la lista de blancos de la sociedad y salió desprotegido, y te llevó con él. No considero eso sensato por su parte. – Por lo tanto el término "idiota" podría aplicarse. – Su tono era severo.
Corinne se inclinó hacia atrás para frotar las líneas de tensión de la atractiva cara de él.
– Por supuesto que fue sensato. ¿Qué otra cosa podía hacer? Lisa se había marchado, y si no la hubiera seguido, la habrían matado. – Señaló ella razonablemente.

– Te llevó con él. – Era un error que Dayan consideraba imperdonable. Bajo esas circunstancias, Dayan creía que estaba siendo extraordinariamente comprensivo sobre ello.
Ella abrió la boca para replicar, pero había una expresión innombrable en los ojos de él, algo salvaje e indomable, algo primitivo.
– Apostaría a que alguien te ha dicho ya que eres muy intimidante. – Se burló de él, intentando aliviar la tensión. – No es que yo me sienta intimidada por ti, pero puedo ver que otra gente si podría.
– Sería mejor para ti que me encontraras intimidante. – No podía ser severo con ella sin importar cuanto lo intentara. Ella le miraba, pequeña y frágil, tan increíblemente hermosa, su dulce y compasiva naturaleza brillando en sus ojos, y estaba instantáneamente perdido. Era suficiente como para llevarle al borde de la locura.
– ¿Tú crees? – No parecía intimidada, parecía divertida. Había círculos oscuros bajo sus ojos y magulladuras en su frente, pero sus ojos estaban bailoteando de risa. – No estoy del todo segura de que fuera bueno para ti. No creas que no he notado la indebida adulación que todas esas fans te dedican.
Una ceja negra se arqueó
– ¿Indebida adulación? Merezco totalmente esa adulación. Acostúmbrate, mujer. Noche tras noche mientras esté tocando en el escenario, tú tendrás que sentarte allí compartiéndome con mis fans. No hay necesidad de sentirse celosa, Corinne. Yo te veré solo a ti mientras toco.
– Menudo comediante. – Corinne consideró el sentarse erguida y descartó la idea como demasiado difícil. – No tengo intención de sentarme durante tus actuaciones. Algunas privadas serán suficientes para mí. Y no tengo un hueso celoso en mi cuerpo. No tendremos que preocuparnos por infantilismos como ese.
El se frotó el puente de la nariz.
– ¿Infantilismos? Ese es un término fuerte. Duro. Muy duro. – Ella estaba sonriendo de nuevo, esa sonrisa que podía iluminar el mundo. No tuvo más elección que tomar su boca.
La tierra se movió y el tiempo se detuvo y no pudo encontrar la disciplina para llevar a cabo un movimiento tierno y gentil. Ella le había asustado, deteniendo su corazón, y la necesitaba. Necesitaba alimentarse de su boca, perderse en su dulzura solo por unos momentos. Dayan mantuvo su cuerpo bajo un rígido control y lentamente, reluctantemente levantó la cabeza.
– Por favor no me vuelvas a hacer eso. – Su voz era un arma aterciopelada, y la utilizaba desvergonzadamente. Brevemente descansó su frente contra la de ella. – Te encontré. En medio de la oscuridad, donde no había esperanzas para mí, donde luchaba y batallaba contra el monstruo cada segundo de cada noche, tú viniste a mí. Tú me salvaste, Corinne. No puedes abandonarme ahora. No puedo volver a una vida de soledad. Nadie puede pedirme eso, ni siquiera tú. ¿Cómo puedo hacer que lo entiendas? No puedo volver atrás. Debes hacerte a la idea de vivir, si no por ti y el bebé, por mí. Ámame lo suficiente. Hazlo por mí.
Una vez más las lágrimas inundaron los grandes ojos verdes.
– Dayan. – Susurró su nombre suavemente, desesperadamente, amorosamente. – ¿No crees que te lo prometería si pudiera? Lo quiero más que nada... de veras, pero solo soy humana, no puedo hacer lo imposible. – Sus dedos se enredaron en el pelo oscuro y espeso de él. – Tuve un extraño sueño en el que tus sanadores venían a mí e intentaban ayudarme. Sé que los médicos dicen que me estoy muriendo... los oí hablando a Lisa. La oí llorar. Pero todavía estoy viva, y también mi hija. Cuéntame.
– Gregori hizo lo que pudo para reparar tu corazón, Corinne, pero la mejora es temporal, para dar al bebé una oportunidad de crecer. Darius dice que la niña es fuerte y quiere vivir. Tenemos eso a nuestro favor. Es un equilibrio delicado, esperar hasta que ella sea lo suficientemente grande como para sobrevivir sin ti. Gregori quiere unas pocas semanas más para ella. Está trabajando con tu corazón para darnos ese tiempo.
– Entonces no fue todo un sueño. –Corinne le tomo la cabeza y la levantó para que estuviera obligado a mirarla. – ¿Qué eres, Dayan? ¿Era una parte del sueño, o tú estabas allí también, ayudándoles de algún modo?

Por primera vez, la negra mirada se apartó de la de ella. Él se sentó enderezándose, ahuecándole las mantas.
– Te amo, Corinne, – Dijo él suavemente. – Te amo más que a nada o a nadie en esta tierra. Tienes que saberlo.
– Mírame. – Corinne le tomó las manos y se las llevó a la boca, su aliento cálido contra la piel de él. – Dayan, mírame, por favor.
Él suspiró, ella pudo oír como le palpitaba el corazón con fuerza. Su reacción no era normal, y sabía que eso era significativo de algún modo.
– ¿Qué es lo que crees que no puedo amar de ti? Porque eso es lo que siento. Me estás dando una parte de ti, pero no quieres que te conozca del todo. Me siento conectada a ti. Fuertemente conectada. Somos dos mitades de un mismo todo. He estado casada, Dayan. Sé que se supone que se siente. Amaba a John, pero no del mismo modo. Contigo lo siento todo y más. Podría escucharte hablar para siempre. O simplemente sentarme a tu lado calladamente sin palabras. Sería suficiente para mí. Quiero estar contigo, pero no sé quién eres. Dices que puedes amarme porque me conoces a través de mi mente. Yo no tengo esa ventaja. Para conocerte, conocerte realmente, tienes que hablarme. Hay una parte de ti cerrada a mí. ¿No confías en que me importes lo suficiente como para eso?
– Tú no confías en ti misma. Puedo verlo en tu mente, Corinne. Te veo luchar con las dudas. Crees que todo ha ocurrido demasiado rápido. Que es simplemente química. Puramente sexual. O que es solo porque estás embarazada y necesitas a alguien. Te das a ti misma muchas razones, muchas excusas para tus sentimientos hacia mí. No te dices a ti misma que me amas.
Los ojos de ella buscaron su negra mirada. Había dolor allí, en las oscuras profundidades. Él estaba herido, y eso la molestaba.
– Dayan, probablemente siempre has tenido la habilidad de leer mentes, así que es una segunda naturaleza para ti, pero para alguien que no es telepático es incómodo. Estoy acostumbrada a censurar mis pensamientos, eligiendo como quiero presentarme a mí misma al mundo. Tú puedes ver en el interior de mi mente, pero por alguna extraña razón, eso no me molesta. Si fuera algún otro, incluyendo a John o Lisa, estaría horrorizada de que alguien pudiera leer mis pensamientos. Eso debería decirte algo.
– Tú crees que *a ti*, te dice algo Corinne. Ya sabes por qué te sientes así. Eres mi compañera, la que sostiene la luz y compasión, guardando esos tesoros para mí. Eres mi ancla en un mundo de oscuridad y violencia, de yermo vacío. Eres la otra mitad de mi alma. La mejor mitad. Sé que te necesito mucho más de lo que tú nunca me necesitarás a mí. Sé esas cosas. Tú no aceptas lo que sientes porque no confías en ello. No confías completamente en mí.
– ¿Cómo puedes decir eso, Dayan? Estoy aquí contigo en vez de en un hospital. Acabo de conocerte, y han ocurrido las cosas más raras, pero todavía estoy contigo.
El rió suavemente.
– Te recuerdo que no tuviste realmente elección en la cuestión. Te tomé en brazos y te saqué del hospital. No estabas en condición de discutir conmigo.
– Esa no es la cuestión. – Estaba intentando con empeño encontrar la energía para sentarse. – No soy el tipo de persona que simplemente se larga con alguien... esa es la cuestión. Obviamente, siento algo *fuerte* por ti. – Tiró de la colcha con dedos intranquilos. – El sanador cree que mi corazón aguantará por ahora, ¿verdad?
– Sabe que lo hará. He estudiado atentamente tus recuerdos. Has visto a muchos médicos. Hay poca esperanza. – Respondió él cautelosamente.
– Entonces sabes que no hay posibilidad de que sobreviva, Dayan. – Dijo ella tranquilamente.
– No quiero que creas que estoy *eligiendo* abandonarte. No tengo elección.
– Tienes una elección. – Replicó él suavemente. Pero sabía que no estaba contándole la verdad y apartó la mirada de ella, incapaz de contar una mentira y mirarla a los ojos. Ella no tenía elección porque él no le permitiría morir.
– No me estás mirando, Dayan. – Dijo ella suavemente. – Es un camino de dos dirección.. Si no me cuentas la verdad, no esperes que confíe en ti implícitamente. No tienes que

esconderme nada. Si el sanador te dijo que mi corazón está fallando, eso no es exactamente nuevo para mí.
Dayan le tocó la mente con calidez y tranquilidad.
– Tu corazón está fallando. Pero tengo intención de que vivas a toda costa. – Lo dijo rigurosamente, sin embellecimientos.
La palma de la mano de ella le enmarcó la cara, estudiando su expresión cuidadosamente.
– Veo lo que está en tu mente. No sé como, pero puedo leer tus pensamientos ahora mismo. Crees que de algún modo, milagrosamente, me salvarás, incluso si el bebé no está preparado para nacer cuando mi corazón falle. No sé como crees que puedes llevar a cabo un milagro semejante, pero, Dayan, si hay una oportunidad para el bebé, es en eso en lo que tengo que concentrarme. Hay que salvarla a ella.
– El sanador hace lo que puede por ella, Corinne, pero no me pidas que elijas la vida de la niña sobre la tuya, porque no lo haré. – Esta vez la miró directamente a los ojos, deseando que ella supiera que hablaba en serio.
– Dayan. – Reprendió ella suavemente. – El bebé está primero. Si hay que hacer una elección entre la vida de mi hija o la mía, instruiré a los sanadores para que la salven. Si no puedes hacerme esa promesa entonces tendrás que devolverme al hospital y a Lisa, donde seguirán mis instrucciones.
Dayan sacudió la cabeza.
– No pueden hacer nada por ti en el hospital. Gregori crees que hay una buena probabilidad de salvaros a ambas. Estamos esperando a Shea, ya que ella es nuestra experta en niños. No te llevaré de vuelta al hospital. Sería una sentencia de muerte.
– Entonces me prometerás que se antepondrá la vida del bebé a la mía. – Habló tercamente, sus ojos abiertos y fijos en los de él.
Los dedos de él se apretaron alrededor de los suyos.
– *Tú* eres mi vida, Corinne, mi mundo. Tengo intención de que ambas viváis. Tú y el bebé.
– Entonces cuéntame que hicieron los sanadores. – Estaba revolviéndose ligeramente, con toda la intención de sentarse.
– ¿Qué estás haciendo? – Dayan tocó su mente gentilmente, entendiendo que ella quería ver si podía sentarse por sí misma antes de intentar caminar hasta el baño.
– Me estoy sentando. – Dijo ella, intentando sonar casual cuando en realidad estaba rompiendo a sudar por el esfuerzo y sintiéndose temblorosa con miedo por el bebé. – No cambies de tema. ¿Qué hicieron los sanadores? Es importante para mí, Dayan, por un montón de razones. Tengo que sentir que tengo el control. Quiero saber que ocurre con mi vida para poder planear las cosas. Me gusta hacer planes. Soy muy organizada.
Las cejas de él se alzaron.
– ¿Hacer planes? ¿Organizada? No me había fijado. Eso lo cambia todo, por supuesto. – Se extendió y causalmente la levantó cambiando de posición, sosteniéndola más cerca de él mientras ella se aferraba a sus amplios hombros. Él le sonrió, su salvaje esencia envolviéndola. – Te dejo sin aliento, admítelo.
Corinne intentó calmar el latido de su corazón. Extrañamente, cuando pensaba conscientemente en ella, parecía como si su corazón realmente siguiera sus instrucciones. Se volvía consciente de todo entonces, el sonido de los corazones de ambos combinados, el flujo y reflujo de la sangre de sus cuerpos. El latido del corazón del bebé. ¡Estaba oyendo el latido del corazón del bebé! Con los ojos abiertos de par en par, miró a Dayan, con acusación en la mirada.
– No puedes contar esto como una legitima falta de aliento. Está pasando algo raro. Tú no sabrás nada de eso, ¿verdad?
Dayan parecía completamente inocente. Inclinó la cabeza para posar un beso en la coronilla de la sedosa cabeza de ella porque no pudo resistirse.
– ¿De qué me estás acusando ahora, cariño?
Ella le lanzó su expresión más arrogante.
– Voy a levantarme. – Anunció ella.

Él la miró, observando con bastante mordacidad como estaba ella atrapada con seguridad en sus enormemente fuertes brazos. *Enormemente fuertes. Enormemente. ¿Lo has cogido*?
Corinne estalló en carcajadas.
– Por supuesto que lo he cogido. Por suerte para ti no lo percibo como una amenaza. Enormemente fuerte. Suenas como un adolescente. – Intentó ignorar la forma en que él hacía que le diera un vuelco el corazón con una mirada derretida de esos ojos negros. – ¿Y por qué estoy deseando replicarte en mi mente? ¿Me estoy volviendo telepática? ¿Esa habilidad se me ha pegado misteriosamente?
– Todo lo que me atañe se te pega. Estás loca por mí.
– Estás intentando lavarme el cerebro. – Acusó ella, intentando no reír. Se estaba aprovechando porque le encontraba demasiado atractivo. – Realmente tengo que levantarme, Dayan. Tengo que ir.
– No tienes fuerzas para caminar hasta el baño. – Dayan podía leer la determinación en la mente de ella. Se levantó con un movimiento fluido, llevándola con él, y cruzando la habitación hasta el baño.
Corinne le pasó el brazo alrededor del cuello.
– ¿Dónde estoy exactamente? – Ella miraba a su alrededor cuidadosamente. No era una cueva. El dormitorio era muy espacioso con techos altos y hermosas paredes. El mobiliario era caro y ornamentado. Miró la habitación con temor. – ¿Dónde estoy, Dayan? – Preguntó de nuevo.
– En mi guarida. Soy un gran lobo malo y que te raptado. – Muy gentilmente le colocó los pies sobre los azulejos del suelo de baño, rodeándola con sus brazos, sujetándola cuidadosamente. – Estás temblando, cariño. ¿Es porque soy un hombre y no puedes contenerte, o porque estás demasiado débil como para sostenerte?
– Buen intento. – Observó ella. Señaló la puerta. – ¡Fuera!
Dayan dudó. Había estado burlándose de ella, pero sabía que su cuerpo estaba débil.
– Deberías llamarme *inmediatamente* si necesitas ayuda. No tendrás que llamarme en voz alta... pensarlo será suficiente.
– ¡Largo! – Dijo Corinne enfáticamente. – Y quédate fuera de mi mente. Quiero *privacidad*, Dayan. Ya es suficientemente humillante que tengan que llevarme en brazos al baño como a un bebé. Soy una mujer independiente, con completa autoconfianza siempre.
Refunfuñando, Dayan cedió a sus demandas, dejándola sola en la habitación y llegando incluso a cerrar la puerta tras él. Fuera empezó a pasearse de un lado a otro con inquieta energía.
– El sanador dijo que necesitabas completo descanso.
¡Dayan! Ella medio gimió, medio rió su nombre.
– No lo estás haciendo.
–Mantengo vigilia. Hago guardia.
Corinne se negaba a reír y no iba a darle la satisfacción de replicarle. Miró fijamente su cara pálida en el espejo, medio sorprendida por su reflejo. Parecía diferente. Se sentía diferente.
–Cumplo por mi deber. Cuidando de mi compañera. Dayan se las arregló para sonar molesto y ultrajado.
Corinne sacudió la cabeza, una risa burbujeante surgió a pesar de su resolución de ignorarle. Había de todo en el inmaculado cuarto de baño, y aprovechó la ventaja. Se tomó su tiempo cepillándose los dientes, principalmente porque era difícil mantenerse en pie y necesitaba apoyarse contra el lavabo. Le sorprendía lo débil que estaba. Sus piernas parecían de goma, pero respiraba mucho más fácilmente.
–De acuerdo, Corinne, he sido tan paciente como he podido bajo estos circunstancias. Siento tu debilidad, y tú todavía sigues tan terca. Voy a entrar.
–*Quiero cepillarme el pelo*. Tan pronto como envió el mensaje de vuelta, comprendió que se había comunicado con él telepáticamente. Fácilmente. Naturalmente.
Dayan abrió la puerta y la cogió en brazos, sus ojos negros la recorrieron ansiosamente mientras la inspeccionaba.

– No cedas al pánico solo porque has hecho algo totalmente natural. Soy tu compañero... por supuesto que puedes hablarme. No es la primera vez.
Corinne agradeció la dura fuerza de él, descansando la cabeza sobre su hombro.
– Había una diferencia, Dayan. Tú leías mis pensamientos. Yo los dirigía a ti en respuesta quizás, ya que tú leías lo que yo tenía en mente. Esta vez te *envié* mis pensamientos, mis palabras. Hay una gran diferencia.
– ¿Por qué eso debería alarmarte? – Preguntó él curiosamente, colocándola cuidadosamente de vuelta en la cama. Su mano descansó sobre el pequeño estómago mientras el bebé se movía dentro de ella. Sonrió. – ¿Ves? Ella está feliz y sana. Y ahora reconoce mi voz. Le gusta oírme cantar para ella. – Sus pestañas imposiblemente largas bajaron para ocultar la expresión de sus ojos. Sus palabras fueron una indecisa oferta de amor, convirtiendo a un hombre aparentemente invencible en vulnerable, y el corazón de ella se derritió de nuevo. Corinne extendió ambos brazos para capturarle, para bajar su cabeza hasta la de ella y así poder encontrar su boca escultural con la propia. Corinne no pudo contenerse, solo se relajó y permitió que el mundo y todos sus problemas se desvanecieran hasta que solo quedó Dayan. Dayan con sus amplios hombros y fuertes brazos y perfecta boca. No había forma de pensar cuando Dayan la besaba, solo sentía. Puro sentimiento. Él la llevaba hasta otro mundo donde no había límites, donde el tiempo y el espacio no significaban nada en absoluto.
Su cuerpo estallaba a la vida, derritiéndose y amoldándose perfectamente al de él. No prestó atención a su alocado corazón, a la forma en que este corría solo por que el estaba cerca. Nada la asustaba cuando él la estaba besando. Se sentía fuerte, su otra mitad. Se sentía como si ese fuera su lugar. Corinne no quería detenerse nunca. Fue el bebé, pateando fuertemente, empujando a Dayan directamente a través de la piel de Corinne, lo que hizo que se separaran, riendo suavemente con sorpresa.
– Es fuerte, ¿verdad? – Dijo Corinne suavemente, sin ocultarle la expresión de sus ojos. Estaba cansada de intentar ser práctica. Dayan era el hombre más maravilloso que había conocido nunca, y quería estar con él. Ahora más que nunca. Él la hacía sentir hermosa incluso en medio de su embarazo. La hacía sentirse como si fuera la única mujer del mundo cuando tenía el pelo despeinado y vestía una camisa de hombre para dormir.
– Sabes lo hermosa que eres, Corinne. – Dijo él, llevándose la mano de ella a la boca. – Puedes tocar mi mente; ver lo que siento por ti.
Ella inclinó la cabeza para mirarle.
– Sé que puedo, pero no estoy seguro de que quiera hacerlo en realidad. ¿Qué voy a encontrar allí?
Los ojos negros brillaron con hambre. Flagrante. Pura. Cruda. Una terrible necesidad. Corinne se sonrojó y sacudió la cabeza.
– Cuando desperté, no estaba cantando al bebé una nana. Has escrito una canción para mí también, ¿verdad?
– Cada canción que escribo es para ti. – Se inclinó más cerca de ella. – Debo llamar a Gregori y Darius a nosotros. Querrán saber en qué minuto abres los ojos. – Su sonrisa no mostraba arrepentimientos. – No tenemos que contárselo todo.
– ¿Qué hora es? – Corinne estaba recorriendo la hermosa habitación con la mirada. – ¿Y dónde estoy? Al menos debería saber eso por si alguien pregunta.
Él era una sombra en su mente, y estalló en carcajadas ante sus escandalosos pensamientos.
– Por supuesto que estás todavía en el planeta Tierra. No soy un alienígena.
Ella se encogió de hombros.
– Solo comprobaba... nunca se sabe estos días. Y eres un poco raro. ¿Toda la banda está aquí? Intentó sonar casual.
Él le colocó el pelo detrás de la oreja. Sonaba aprensiva.
– Eres un poco gallina, Corinne. No lo había notado.
– No lo soy. – Negó ella indignadamente y después le miró fijamente. – Lo estás haciendo de nuevo. Cada vez que te hago una pregunta, cambias de tema.
La ceja de él se arqueó.

– ¿Cambiar de tema? No tengo ni idea de qué estás hablando.
– Dayan. – Sus dedos de apretaron alrededor de los de él. – ¿Dónde estoy?
– Esta casa pertenece a Gregori y Savannah. No han vivido aquí desde hace alrededor de un año; de hecho, está vacía la mayor parte del tiempo. La han ofrecido generosamente para tu recuperación. – Recorrió la habitación con la mirada. – Yo estoy en la carretera la mayor parte del tiempo viajando. Para mí es una experiencia única permanecer en un lugar como este.
– ¿Quieres decir un hogar?
Él sacudió la cabeza, estudiándola cuidadosamente.
– Hogar es cualquier lugar donde estemos tú y yo. En la carretera, viajando, mientras tú, yo y el bebé estemos juntos, será un hogar.
– Así que lo tienes todo planeado.
Dayan asintió, todavía estudiando atentamente su reacción, monitorizando sus pensamientos.
– –Acabarás queriendo a los otros y la vida que llevamos. Es una buena vida, y vemos muchos lugares interesantes. – Se le ocurrió que podría ver las cosas de forma distinta ahora. Habría color y risa y belleza. *Él* era diferente ahora. Podría ver la belleza mientras viajaba atravesando cada ciudad, cada país. Ella le había dado ese regalo de valor incalculable. Nunca más su mundo sería uno de sombras y oscuridad.
– Es agradable que seas tan optimista, Dayan. – Replicó ella cautelosamente. No tenía sentido discutir con él cuando estaba empeñado en creer que ella podría sobrevivir al nacimiento del bebé. La última cosa que quería era sacar a relucir el hecho de que ella no tenía futuro. Quería que Dayan le prometiera que sus sanadores salvarían al bebé si había que hacer una elección.
Dayan negó con la cabeza mientras le leía el pensamiento. Ella viviría. Movería cielo y tierra si tenía que hacerlo, pero ella viviría.
– He convocado a Darius y Gregori. – Quería prepararla para sus visitas, sabiendo que encontraría difícil estar con desconocidos. Corinne había llevado una vida solitaria en medio de la gente. Era muy reservada con los que no pertenecían a su familia. – Darius es mi familia, Corinne... un hombre que al que conozco y por quien daría la vida. Confío en él y en su buen juicio.
Los pequeños dientes de Corinne mordieron nerviosamente el labio.
– Me siente mejor que hace mucho, Dayan. No creo que sea necesario que los vea ahora, ¿verdad?
– Sabes que si. Deben monitorear al bebé y tu corazón cuidadosamente.
– ¿Lo harán de forma semejante a como lo haría un médico?
Desari llegó atravesando la puerta, la primera. Era una mujer alta y hermosa irradiando luz y confort. Tenía un aire tranquilo y consolador y parecía flotar más que caminar. Corinne la reconoció enseguida de su extraño sueño.
– ¿Recuerdas algo? – Preguntó Desari amablemente en respuesta a su pregunta. Su voz era suave, cálida miel, compeledora como la de Dayan. No había bordes afilados en Desari; era paz en sí misma.
– No estoy segura de que fue real y que soñado. – Se encontró respondiendo Corinne honestamente. – No entiendo por qué me siento mucho mejor, cuando los médicos dijeron que me estaba muriendo y nada podía salvarme.
– Hay algunos entre nosotros que nacieron con la habilidad de separarse del cuerpo físico y usar pura energía para encontrar los problemas dentro del cuerpo de los enfermos o heridos. Sanamos de dentro hacia afuera. No se hacen cortes en el cuerpo, ni suturas. La sanación se hace con luz y energía. – Respondió Desari llanamente. – Darius tiene ese don, al igual que Gregori. Todos lo tenemos en pequeña medida, pero ellos son muy poderosos.
Corinne dio vueltas a la información una y otra vez en su mente. Sonaba alocado, algo sacado de una historia de ciencia–ficción, pero el quedaba el hecho de que los médicos había perdido la esperanza con ella y se suponía que tenía que estar muerta. Sus dedos permanecieron entrelazados con los de Dayan en busca de apoyo.
– Me siento mucho mejor.

La sonrisa de Desari fue hermosa. Su pelo negro azabache estaba trenzado en una gruesa trenza que colgaba hasta su cintura. Se la tiró descuidadamente sobre el hombro. Parecía tan equilibrada, tan hermosa y sana, tan viva que Corinne se sintió cercana a las lágrimas. Ella misma nunca tendría tan buen aspecto, ni en un millón de años, y a su lado estaba Dayan, el perfecto espécimen masculino.

No puede haber otra para mí, cariño. La voz de él susurró íntimamente en su mente, una suave reprimenda. La inundó con sus sentimientos, todo a la vez. Sintió su doloroso amor, tan fuerte que nada nunca podría interponerse entre ellos, ni siquiera la muerte. Deseo físico, un fuego rabioso en su sangre y una necesidad de unirlos a ambos por toda la eternidad. *Eres la mujer más hermosa que he visto nunca. No veo a otra.*

Había algo salvajemente erótico en hablar con Dayan en su mente. Era tan privado y pecaminosamente íntimo. Corinne se ruborizó sin razón alguna. Estaba tan complacida por la respuesta de él a sus pensamientos, que apenas advirtió que dos hombres habían entrado en la habitación.

Gregori se aclaró la garganta atentamente, inclinando la cabeza hacia ella.

– Espero que te sientas mejor, Corinne.

Los dedos de Corinne se cerraron alrededor de los de Dayan.

– Lo estoy, muchas gracias. – Se ruborizó, notando que sonaba como una niña agradeciendo algo a un adulto.

– Lo que hicimos es temporal, Corinne. – Los ojos plateados de sanador brillaron hacia ella. – Te concedo la cortesía de decirte la verdad. La enfermedad ha progresado más allá de nuestras habilidades de curación. Te trataré con tanta frecuencia como sea necesario para asegurar que tu hija tenga tiempo de crecer fuerte. Ella necesita unas pocas semanas más. Cada día, cada hora cuenta para ella. Debes permanecer en cama, descansar y no forzar tu corazón. No temas el nacimientos; no tenemos intención de que te supere. – Gregori sonrió su ánimo. – Darius está conmigo, y sé que puede parecer bastante intimidante. No quiero que sus modales te asusten. Es mi hermano menor, y si te gruñe, me ocuparé de que se comporte como debe un hermano menor.

Corinne parpadeó. Le llevó un latido de corazón o dos comprender que el depredador de ojos afilados estaba bromeando con ella. Burlándose de su hermano. Miró hacia Darius. Su boca se sacudió, pero se las arregló para no sonreír.

– Estoy segura de que has oído eso, Darius. Aprovecharé la ventaja si me gruñes.

A pesar de su talante burlón, Corinne todavía aferraba con fuerza la mano de Dayan cuando Darius se irguió sobre ella. Como su hermano mayor Gregori, Darius irradiaba un poder que parecía llenar la habitación entera. El enorme poder de Dayan era fuerte pero sutil. Gregori y Darius eran enteramente diferentes. Un poco más bajos que Dayan, cargaban la mayor parte de su peso en sus amplios hombros y musculosos brazos. Los dos llevaban su largo pelo negro atados con una tira de cuero en la nuca. Mientras Gregori tenía unos peculiares ojos plateados, los ojos de Darius eran tan negro como el carbón. Ambos parecían muy peligrosos. Corinne no podía creer que se hubiera atrevido a bromear con ellos.

– Buenas noches, hermanita. –Dijo Darius cortésmente. – Me alegra ver que has despertado. Estaba empezando a preocuparme, algo que prefiero no hacer. Harás bien recordarlo. –

Corinne se encontró sonriendo.

– Gracias por ponerme al tanto. Supongo que no te delataré después de todo. Probablemente él solo quiere una excusa para meterse contigo.

– Más que probablemente. Tiene una cierta reputación... un mito, ya sabes... pero le gusta que la gente crea que es el hombre del saco. No permitas que su severo ceño te engañe. ¿Cómo se está comportando tu hija?

Corinne le sonrió.

– Parece muy fuerte, pateando bastante fuerte.

– Esa es la respuesta que deseaba. Le diste un buen susto a tu compañero. No vuelvas a hacerlo. – Decretó, como si todo el mundo le obedeciera. Corinne sospechó que probablemente lo hacían.

– ¿Estás respirando más fácilmente esta noche? – Preguntó Gregori.
Corinne estudió la cara apuesta de Gregori. Había un parecido definitivo entre Desari, Gregori y Darius. *Gregori es el compañero de Savannha Dubrinsky. ¿Reconoces el nombre?* Dayan quería recordarle que Gregori estaba comprometido. Le debía mucho al sanador, pero no podía dejar de sacudirle la noción de que ella pudiera encontrarle atractivo.
Por supuesto que si. Savannah Dubrinsky es una maga famosa. En cualquier caso, tú eres el único hombre que encuentro remotamente atractivo. Le reconfortó Corinne, secretamente divertida. Pensaba que él era el hombre más guapo, más encantador y romántico del mundo. ¿Cómo era posible que le preocupara que ella pudiera mirar a algún otro? *Eres muy tonto*. No se le ocurrió en ese momento cuan fácilmente que había leído la ansiedad de él.
– Voy a comprobar como está el bebé. – Dijo Gregori, atrayendo deliberadamente la atención de vuelta a él. – Ella es fuerte y quiere vivir. Tiene raros talentos, muchos más que tú. Es muy valiosa para nuestra gente.
– Debes salvarla, no importa el costo. – Corinne no miró a Dayan. Sentía la fuerza de voluntad en el sanador, su completa determinación de salvar a su hija.
Los ojos plateados de Gregori brillaron durante un momento como mercurio fundido, y después sacudió la cabeza.
– No habrá intercambio de vida, Corinne. Tienes un compañero. No os perderemos a ninguno de los dos. Cada pareja es necesaria. Los dos y vuestro bebé seréis salvado. Dayan no permitirá otra cosa. Debes creerlo completamente. Tu hija es muy consciente de ti y ya está unida a ti. Ella no querría cambiar su vida por la tuya. No podemos perderla a ella tampoco. No habrá intercambio.
Corinne le estudió atentamente. Él estaba respirando profundamente, regularmente, después pareció autoinducirse a un trance. El mismo trance que había observado en su extraño sueño. Levantó la mirada hacia Dayan. *Estuve realmente en esa caverna, ¿verdad?*
El suspiró audiblemente. *¿Realmente quieres que responda, cariño?*
– Corinne. – Dijo Darius muy tranquilamente. – Tu corazón está empezando a acelerarse rápidamente. Respira y mantenlo bajo control. Debes ser consciente de tu ritmo cardíaco, y cuando empiece a acelerarse, necesitas relajarte y concentrarse para normalizarlo. Eres capaz de hacerlo. Debes empezar creyendo.
Corinne obedeció inmediatamente, sospechando que había una compulsión oculta en la orden suavemente pronunciada. *No me esquives esta vez, Dayan. Estuve en esa caverna.* Mantuvo los ojos fijos en los de Dayan.
Los ojos negros de él se volvieron más agresivos, atrapando la mirada de Corinne en la suya oscura y misteriosa de forma que ella no pudiera dejar de mirarle lo quisiera o no. *No deseo alarmarte, cariño, y cada vez que hablamos de lo que soy o lo que está ocurriendo, tu corazón da un salto. Si estás segura de que quieres saber la verdad y estás preparada para aceptarla, te la ofreceré encantado.*
Ella alzó la barbilla decididamente. *Yo siempre quiero de ti la verdad, Dayan. Sin eso entre nosotros, no tenemos nada en absoluto*
Estoy de acuerdo contigo. Tomó aliento, contó hasta diez y lo dejó escapar lentamente. Cuidó de ser una sombra en su mente, listo para borrar cualquier revelación que pudiera ser demasiado difícil para que ella la aceptara. *La caverna en la que estabas estaba profundamente bajo la superficie de la tierra, bajo la montaña formada de fuego y hielo. Es un lugar de poder, y necesitábamos un lugar semejante para llevar a cabo el ritual sanador. Las velas estaban hechas con hierbas y componentes conocidos por promover la sanación a través del aroma. El ritual sanador fue conducido por dos sanadores, sus compañeras y mi familia. Fue una gran reunión. Mientras te atendíamos, otros dos miembros de mi familia, Syndil y Barack, se apresuraban a ayudar a Cullen.*

CAPITULO 12

– Ven aquí, mi amor. – Dijo Barack suavemente, deslizándose hacia su compañera incluso mientras daba la orden. La envolvió entre sus brazos. – Te caes de cansancio y debes alimentarte.

– Cullen necesita sangre rápida, Barack, o no podrá superarlo. No soy una auténtica sanadora como Darius y Gregori. Nunca he intentado una sanación semejante antes. – Syndil descansó la cabeza sobre su pecho, su fatiga la alcanzó. – No sé si he hecho suficiente por él. Mi don es sanar la tierra, no humanos o Cárpatos. Debes darle sangre.

– Tú estás antes que Cullen, Syndil. – Dijo Barack gentilmente, su voz una invitación. Bajo el oído de Syndil el corazón de él latía firmemente; podía oír la llamada de su sangre, el flujo y reflujo de la esencia de su vida. Le rodeó el cuello con los brazos y se movió contra él, inquieta y necesitada.

Syndil pronunció su nombre suavemente mientras empezaba a desabotonarle lentamente la camisa, sus dedos recorrieron los pesados músculos de su pecho. Sintió como el cuerpo de él se tensaba en respuesta, con anticipación. Como siempre, se sorprendió nuevamente del maravilloso misterio de su unión. Barack. Su compañero. Le había conocido durante toda su larga existencia, aunque no había conocido las maravillas de una auténtica unión hasta recientemente. El simple acto de alimentarse ya no era solamente eso. Era erótico y la llevaba de placer, con necesidades más allá del hambre que podía saciarme. Frotó la nariz contra el pecho de él, sonriendo cuando las manos de Barack le aferraron el pelo y su cuerpo se movió agresivamente contra el de ella. Le miró el pecho burlonamente, jugueteando con la lengua sobre su pulso saltarín, permitiendo el movimiento de sus incisivos sobre él.

Barack gimió y le empujó firmemente contra él, manteniéndola cerca mientras ella se alimentaba. De peligro en peligro, con Cullen en los primeros puestos de la lista de objetivos de la sociedad, Barack todavía sentía la sacudida de la urgente necesidad que le asaltaba. Syndil fue cuidadosa – él podía sentir el hambre en ella, agudo y feroz – pero tomó solo lo suficiente para mantenerse para que Barack pudiera dar a Cullen la sangre necesaria también. Después de eso, Barack siempre tendría una conexión con Cullen, y Cullen con Barack, pero no tenían elección. Si el mortal iba a sobrevivir, necesitaba su sangre sanadora para ayudar a reparar los órganos dañados. Muy cuidadosamente cerró los pinchazos con el agente sanador de su saliva y levantó la cabeza, con ojos adormecidos y soñolientos. Barack inclinó la cabeza al momento para encontrar su boca, besándola con fuerza.

– Estoy muy orgullosa de ti, Syndil. – Dijo él suavemente.

– Él es valiente. – Replicó Syndil. – Y un buen amigo nuestro. Ha arriesgado su vida muchas veces. Desearía que Gregori o Darius hubieran venido a hacer esto.

– Tú lo has hecho bien. – Barack la soltó a regañadientes y la sentó en el borde de la cama. – Le daré mi sangre, Syndil, y después debemos sacarlos a ambos de aquí. No permitas que la mujer te de ningún problema. Toma el control de ella al instante. Sin arriesgarse.

Syndil se atusó el pelo como si él fuera un simple muchacho en vez del hombre enormemente fuerte que era.

– Para un poco con la mujer, Barack. ¿No has tocado su mente?

– ¿Quién querría excepto para darle órdenes?

– Quedó terriblemente traumatizada. No ve las cosas que teme porque su mente no lo permite. Simplemente se protege a sí misma. Es la única forma en que su mente podría permanecer sana. Lisa depende de Corinne y se aferró a ella como a una tabla de salvación. Corinne es mucho más fuerte y debe haberlo comprendido a una edad temprano. Ella protege a Lisa del mundo exterior, y Lisa sabe que no puede prescindir de ella. He estudiado el interior de su mente. Ella sabe que necesita un amortiguador.

Barack agachó la cabeza, avergonzado.

– No te merezco. Nunca lo he hecho.

– Muy cierto. – Dijo Syndil complacientemente. – Pero creo que me quedaré contigo de todos modos. – Observó mientras él se inclinaba y tomaba a Cullen entre sus brazos. Observando la expresión de su cara, el corazón saltó. Barack sentía un fuerte afecto por el humano, algo que pocos de su raza habían experimentado nunca. Era necesario mantener siempre una distancia con los humanos así nadie nunca encontraba evidencia de la existencia de su especie. Se estaba haciendo más difícil con los ordenadores y los viajes hacían el mundo mucho más pequeño.

Barack murmuró el ritual canto sanador suavemente mientras obligaba a su sangre a entrar en el interior de Cullen. Solo una pequeña cantidad ayudaría en la curación de su cuerpo roto y desgarrado. Según sus leyes no deberían haber hecho esto. Deberían haber dejado que muriera de forma natural, pero Darius gobernaba su familia, y para ellos era una autoridad más alta que el Príncipe de los Cárpatos. Había sido Darius quien había decretado que Cullen debía ser salvado si era posible. Para Barack y Syndil, eso significaba que podían utilizar cualquier recurso que fuera posible.

Syndil echó hacia atrás el pelo de Cullen con dedos gentiles.

– Me alegra que fuera él quién encontrara a Lisa. Cuidará siempre de ella y apreciará su bondad, donde otro hombre podría ver solo su debilidad.
Los ojos negros de Barack se fijaron sobre su cara.
– Me he disculpado por mi error.
Ella le sonrió.
– Fue un comentario a ligera, no iba por ti, Barack, pero me alegra que sientas remordimientos por prejuzgar la elección de Cullen tan duramente antes de tocar la mente de ella para ver si era digna de él. Ella le amará y será fiel. Deseará solo complacerle y hacerle feliz. Hacen buena pareja. Él necesita sentirse necesitado, Barack.
Barack detuvo el fluyo de sangre que emanaba de su muñeca con una casual pasada de su lengua.
– Estoy seguro de que tienes razón, Syndil. – Tocó la mente de Cullen para asegurarse de que estaba respirando con facilidad, de que su cuerpo había aceptado la pequeña cantidad de sangre y la utilizaba para sanar las terribles heridas. – Debemos sacarle de aquí rápidamente, Syndil, a la casa segura donde podamos protegerle mejor. Llama a Lisa de vuelta a nosotros.
Syndil dio un paso hacia la puerta cerrada, entonces se detuvo bruscamente, su mirada alarmada buscó la de Barack.
– Están aquí. Han venido a por Cullen. Deberíamos haber sabido que se moverían rápidamente para eliminarle. Le consideran una amenaza y un traidor. Por supuesto que querrían terminar el trabajo.
Barack podía sentir las vibraciones de violencia en el aire, acercándose a la habitación.
– Cuatro. – Dijo innecesariamente, tensamente; Syndil podría recoger los pensamientos de violencia tan fácilmente como él. – Yo tomaré a Cullen, mientras tú aparta a Lisa del peligro. Llámame si necesitas mi ayuda para escudaros a las dos. – Ya estaba cogiendo a Cullen fácilmente entre sus brazos, creando la ilusión de que Cullen permanecía tendido indefenso e inmóvil en la cama.
Syndil soltó una muy femenina tos de diversión. Era una antigua, capaz de caminar invisible entre humanos y evitar que Lisa fuera vista de igual modo. Se disolvió instantáneamente en neblina y emanó de la habitación mientras los cuatro asesinos humanos abrían la puerta. Permanecieron a distancia de la cama, apuntando las armas al cuerpo inmóvil que percibían que estaba allí. El sonido de las armas fue sordo, como un suave silbido que nadie oiría más allá de la puerta. Barack se ocultó incluso más, dirigiendo a los guardas de seguridad y enfermeras lejos de la zona para mantener a los humanos tan a salvo como fuera posible.
Barack, esperando en la esquina con Cullen entre sus brazos, observando como los asesinos disparaban repetidamente hacia la cama. Ninguno de ellos vio a Barack – él había ocultado su presencia – pero podían sentir la inusual frialdad que permeaba la habitación. Uno de los miembros de la sociedad se adelantó para comprobar el cuerpo, y mientras los otros observaban, Barack se deslizó pasando a su lado. Oyó sus gritos de consternación y furiosa frustración que por haber sido tan fácilmente engañados, y porque una vez más Cullen había escapado de su venganza.
Apresurándose a bajar por el largo vestíbulo alejándose de los asesinos, Barack llamó para advertir a Darius del complot. *Están aquí*, comunicó simplemente. Con Darius, no había necesidad de embellecimientos. Darius protegía lo que era suyo, y consideraba a Cullen parte de su extensa familia. Darius vendría a toda prisa y traería justicia a los asesinos.
No había necesidad de que Barack informara a Syndil de lo que estaba ocurriendo ya que era siempre una sombra en la mente de ella. Fue bien consciente de que tomaba el control de Lisa y las escudaba a ambas de ojos curiosos mientras se abrían paso saliendo del hospital. Syndil puso a Lisa en un trance hipnótico para trasportarla de la forma más rápida posible, a través del aire, justo como Barack estaba haciendo con Cullen. Los dos humanos serían llevados a una casa segura en el interior de las montañas donde podrían protegerlos más adecuadamente.

Corinne se sentó en su cama evaluando a Dayan firmemente. Los sanadores estaban canturreando suavemente, podía oírlos en su mente. La atmósfera era consoladora, tranquila incluso, pero Corinne estaba al borde de un descubrimiento. ¿En qué estaba pensando? ¿Que Dayan no era humano? ¿Que no era de este mundo? ¿Qué, entonces? ¿Un alienígena? Se apartó el pelo que se enmarañaba alrededor de su cara mientras estudiaba los hipnóticos rasgos de Dayan. ¿Importaba tanto que fuera de una forma u otra? ¿Cómo la habían llevado a una caverna profunda en el interior de la tierra y llevado a cabo un exótico ritual sanador que realmente había funcionado? ¿Era todo esto real, o solo partes? Apartó la idea de un intercambio de sangre de su mente.

Entrelazó sus dedos con los de él.

– Cuéntame, Dayan, toda la verdad sobre ti. Necesito saber. ¿Qué eres?

El canto sanador se detuvo abruptamente cuando ella pronunció suavemente las palabras. Desari miró fijamente a Darius.

– Quizás podamos volver en un momento más conveniente para verte, Corinne. – Ofreció Desari gentilmente. Sonrió dulcemente hacia el sanador. – ¿Gregori, sería un inconveniente volver en un momento más oportuno?

Gregori arqueó una ceja hacia su hermana. Suspiró ruidosamente.

– Creo que sería lo mejor. Volveremos más tarde.

Darius advirtió a Dayan silenciosamente. *Ten mucho cuidado, Dayan. No debes alterarla de ningún modo. Gregori monitoreará su corazón a distancia, y yo vigilaré a la niña. Ella necesita respuesta, y creo que es más receptiva a que se las des tú.*

Corinne observó como los tres Cárpatos abandonaban la habitación y tranquilamente cerraban la puerta tras ellos, dejándola sola con Dayan. Él se puso en pie abruptamente, inquietamente. Ella le miró con sus ojos grandes y límpidos.

– Creo que ya es hora de que me cuentes qué y quién eres. Empieza por el principio. ¿Dónde están tus padres?

– Están muertos – asesinados, como lo fue tu madre. – Respondió él rigurosamente. Dayan se paseó intranquilo por la habitación, deslizando una mano a través de su largo pelo, dejándolo revuelto a consecuencia de sus dedos merodeadores. Se repente se agachó y cogió su amada guitarra, sujetándola cerca de su cuerpo como un talismán.

Corinne se sonrió a sí misma. Su guitarra. Estaba empezando a comprender que él la necesitaba entre sus brazos cuando estaba nervioso, y ahora estaba nervioso. Era aficionado a hacerle preguntas a ella e invadir su mente para lograr conocerla, pero no le gustaba que esa misma táctica le fuera devuelta. Nunca le había visto tan nervioso.

– Dayan. – Ella pronunció su nombre suavemente, gentilmente, y palmeó la cama a su lado. – Pareces un leopardo enjaulado en un zoo, paseando de un lado a otro. – No añadió que le recordaba a un chiquillo aferrado a su manta favorita. – ¿Tan malo es confiarme la vedad?

Él la miró, su ojos negros pensativos y caprichosos.

– ¿Y si no puedes aceptarme como soy? ¿Qué ocurre si te asusto con la verdad y tu corazón falla?

– ¿Crees que soy así de débil, Dayan? – Preguntó ella amablemente. – Mi cuerpo es frágil – he aprendido a aceptarlo – pero yo no *soy* una persona débil. Nunca lo he sido. – Extendió una mano hacia él. – Deja de pasearte y siéntate conmigo.

Dayan permaneció en pie durante un largo momento, su guitarra cruzada contra su pecho, sus ojos reflejando la confusión interna. Lentamente, resignadamente, cruzó la habitación para sentarse cuidadosamente sobre la cama a su lado. Envolvió la pequeña mano de ella con la suya más grande.

– Mi corazón no podría soportar tu rechazo, cariño. Ni por un momento. Estás segura de que quieres tener esta conversación ahora.

– Estoy segura, Dayan. Crees que tus sentimientos por mí son muy fuertes. Bien, yo he amado antes. John. – Pronunció el nombre de su marido y observó silenciosamente la mueca involuntaria de Dayan. – No te sientas así sobre él, Dayan. Era un hombre admirable y merecía algo mejor que una mujer que no le amaba como debería. Sé lo fuertes que son ya

mis sentimientos por ti. Intento decirme a mí misma que la atracción es puramente sexual, pero pienso en ti... tus expresiones, la forma en que sonríes, como vuelves la cabeza. Todo. Incluso las tonterías como el que puedes ser tan infantil a veces. Me encuentro a mí misma pensando que son es un rasgo cautivador. Eso no se debe del todo a la química.
Él suspiró.
– No voy a preguntar que consideras infantil.
Ella le sonrió.
– No, no lo harás. Vas a hablarme sobre tu niñez. Sobre ti mismo, así podré conocerte.
Él se llevó los dedos de Corinne a la boca, deseando – no, *necesitando* – la tranquilidad de estar cerca de ella.
– Crecí con Darius, Desari, Barack, Synidl y otro llamado Savon. Éramos solo niños, sin ningún adulto que nos guiara. Fue Darius quien tomó la responsabilidad. Tenía seis años y ya mostraba signos de gran poder y fuerza de voluntad. Fue Darius quien asumió la mayor parte de los riesgos por nosotros.
Sus dientes mordisqueaban ansiosamente la punta de los dedos de ella, pero parecía no ser consciente de ello. Corinne le evaluó firmemente.
– ¿Cómo escaparon un grupo de niños como ese de los servicios sociales? ¿Cómo os las arreglasteis para comer y dormir?
– Estábamos separados de nuestra gente y se creía que habíamos sido asesinados junto con nuestros padres. Hubo un naufragio, y terminamos en África. Allí fue donde crecimos. Nuestra banda viaja con leopardos; nosotros los criamos. En realidad aprendimos bastante de los animales. Fue una época difícil pero también muy estimulante.
Los pequeños dientes de Corinne arañaron su labio inferior. Le creía, pero parecía imposible que seis niños pudieran sobrevivir solos en África. El continente era salvaje e indomable. Algo en ella reconocía la verdad de la simple explicación de él, aunque sabía que había mucho más que no le estaba contando.
– Dayan, – dijo ella suavemente, atrayendo su oscura mirada hacia la de ella. – O confías en mí o no. Tienes que decidirte.
– ¿Y si te digo que no soy humano? – Lo dijo tranquilamente, sus dientes mordieron con más fuerza los nudillos de ella. – ¿Y si te digo que mis padres murieron durante las guerras turcas? ¿Te asustaría eso alejándote de mí?
El corazón de Corinne se aceleró durante un momento, y la alegró la distracción, feliz de ser capaz de concentrarse para ralentizarla, dándose a sí misma tiempo para pensar. Había sospechado que había algo no del todo humano en Dayan, pero oírle confirmarlo era algo totalmente distinto. ¿Las guerras turcas? ¿Eso que quería decir?
– Esperaría no ser tan cobarde. ¿Tienes algo más que contarme? Porque que me atrae eres amable, compasivo e increíblemente maravilloso. – Se sentía así, intentando animarle y aún así dándose a si misma el tiempo que necesitaba para asimilar la información que él le proporcionaba.
Él apartó la mirada, incapaz de enfrentar su condenación.
– Quiero ser amable y compasivo, Corinne, pero en realidad soy un depredador. – Dijo con pesar. – Tú eres todo lo bueno y correcto que hay dentro de mí.
Corinne sacudió la cabeza negando.
– Eres mucho más que un depredador, sea lo que sea lo que significa eso, Dayan. Eres un poeta sin igual. Las palabras que se derraman de tu alma, la música incomparable que hacer... eso es quién eres. Lo otro es parte de tu naturaleza, quizás, pero solo una pequeña parte. No puedes decir esas cosas, las hermosas palabras que me das, sin sentirlas profundamente en tu interior.
Él le abrió la mano, estudiando su línea de la vida durante un momento antes de presionar un beso en el centro de la palma.
– Sentí tantas cosas en mi juventud, tanta música, parecía que yo fuera música. La oía en todas partes, en la tierra y el cielo, los árboles, los animales. La oía y sabía que era mi mundo. Lentamente se desvaneció. Me aterrorizó comprender que iba a perderla, así que escribí

canciones, cientos de canciones, miles de canciones, brotaban las notas y las palabras y las mantenía en la memoria. A lo largo de los años esos recuerdos fueron lo que me mantuvieron a través de la oscuridad. Ya no podía sentir las palabras o la música, pero tenía los recuerdos para sostenerme. Podía tocar a otros que sentían la alegría del amor y la risa y echaba mano de sus emociones para creer lo que yo necesitaba.

Estudió la cara de ella, su negra mirada vagó a la deriva sobre ella posesivamente, amorosamente, con tanta hambre y necesidad que Corinne pudo sentir su cuerpo derritiéndose bajo su escrutinio.

– Posiblemente no puedas entenderlo hasta que seas capaz de fundir tu mente completamente con la mía. Conocí la desolación absoluta, un vacío negro y yermo. Sin mi música, sin mi alma, vagué por la tierra sin entender qué era yo, sin estar dispuesto a aceptar quién era. Quién soy.

Ella le tocó la cara con dedos gentiles.

– Lo que eres es un hombre con talentos excepcionales. He captado vistazos ocasionales de las cosas de las que hablas – No fingió que no – pero eso no es quién eres.

Los labios perfectamente cincelados de Dayan se curvaron en una sonrisa seductora, y deliberadamente atrajo uno de los dedos de ella a la húmeda caverna de su boca.

– Crees que soy un alienígena de otro planeta. – Había un risa burlona en su voz.

Corinne se encontró sonriéndole tímidamente.

– Podría ocurrir.

– Soy un Cárpato. Somos tan viejos como el tiempo, condenados a vagar por la tierra hasta que elijamos abandonar nuestras vidas. Nuestros hombres son depredadores mortales y oscuros; la bestia yace fuerte en nuestro interior, incluso crece hasta el momento en que encontramos a nuestras compañeras para anclarnos al mundo de la luz.

Corinne sabía que él le estaba contando algo de gran importancia, pero ella en realidad no le entendía.

– Nunca había oído el término Cárpatos. Si no recuerdo mal mis clases de geografía, hay una cadena de montañas, las Montañas de los Cárpatos en Rumania y Transilvania... – Su voz se desvaneció mientras el significado de esa región la golpeaba. Recordaba vívidamente el extraño giro que había tomado su sueño en la caverna a la que la habían llevado. Quedó en silencio durante un momento, reuniendo valor. – ¿Me diste tu sangre? – Lo preguntó muy calladamente, sin estar segura de si quería que él le respondiera.

– ¿Seguro que quieres saber la verdad?

Ella se encogió de hombros, un delicado movimiento femenino.

– Quiero la verdad, Dayan, aunque no estoy segura de poder afrontarla. No estaba soñando en la caverna, ¿verdad? Todo ocurrió justo como lo recuerdo. Toda aquella gente estaba allí para ayudarte a salvar mi vida. Y tú me diste tu sangre. ¿Por qué? ¿Por qué hiciste eso por mí? – Intentó analizarlo, temiendo que si se demoraba demasiado en el tema, se pondría enferma. Tragó con fuerza. – ¿Por qué sentiste que era necesario?

– Para salvar tu vida y la vida del bebé. – Dayan estudió su expresiva cara cuidadosamente, fue una sombra en su mente leyendo sus pensamientos. Escuchó su corazón y respiración en busca de signos de extremo nerviosismo.

Corinne se sentí muy quieta, permitiendo que su corazón siguiera el latido más fuerte y más estable del de él. Asintió, sin comprender completamente pero sabiendo que estaba acercándose a la verdad. Si la sangre de él podía salvar a su hija, entonces todo valía la pena para ella. Reunió coraje, estudiando la cara de él intensamente.

– ¿Eres un vampiro, Dayan? – Se sentía algo ridícula haciendo semejante pregunta absurda, pero nunca le había visto a la luz del sol. Además, era *demasiado* hipnotizador. Y si su extraño sueño había sido real, él le había dado su sangre de una forma para nada ortodoxa.

Dayan deseo sonreír ante los pensamientos de ella. Corinne luchaba por entender, conduciéndose en la dirección correcta, mientras al mismo tiempo se negaba a creer sus conclusiones. Le gustaba la idea de que ella le encontrara *demasiado* lo que sea. Era también consciente de que había apartado de su mente la imagen real de la recepción de sangre.

Le frotó la yema del pulgar gentilmente, consoladoramente, a lo largo del interior de la muñeca.
– No soy un vampiro, cariño, pero compartimos algunos rasgos. Un vampiro es el no–muerto, un hombre de los Cárpatos que ha elegido entregar su alma por el placer momentánea de sentir el poder de la muerte. Es engañoso, traicionero o depravado. Completamente malvado. Los Cárpatos cazan y destruyen vampiros. Es necesario para la preservación de mortales e inmortales por igual.
Ella le miró fijamente con enormes ojos verde musgo. Su mente se había quedado a toda velocidad perfectamente en blanco. Solo le miraba fijamente. Cuidadosamente se aclaró la garganta, ganando tiempo. Él creía cada palabra que estaba diciendo. O Dayan le estaba contando toda la verdad o estaba completamente loco. Tomó un profundo aliento, lo dejó escapar lentamente.
– Obviamente, no sé que decir. – Su voz fue neutral.
Dayan se inclinó para rozarle la sedosa coronilla de su cabeza con la boca.
– No estás loca, cariño, y yo tampoco. Piensa en ello. ¿Cómo que puedes oír lo que no deberías ser capaz de oír?
Corinne continuó mirándole, parecía muy joven y vulnerable. Tenía la cara pálida, casi cenicienta, y se le estaba volviendo difícil respirar.
Automáticamente Dayan lo hizo por ella, ocupándose de la tarea, dirigiendo sus pulmones para empujar el aire dentro y fuera.
– ¿Dándome tu sangre, me has hecho como tú? – Su voz fue baja, un simple hilo de voz.
Dayan le rodeó los esbeltos hombros con el brazo.
– No necesitábamos tener esta charla ahora mismo, mi amor. Y no te sientes preparada, borraré tus recuerdos y lo volveremos a intentar en otro momento.
Las cejas de ella se arquearon.
– ¿Puedes hacer eso? ¿Borrar mis recuerdos? – Súbitamente le miró con fijeza. – ¿Ya lo has hecho?
El se encogió de hombros casualmente, sin remordimiento.
– Parcialmente. Los emborroné un poco para que no te asustaras, pero los dejé accesibles por si querías encajar las piezas del puzzle.
Por un momento ella le miró; después estalló en carcajadas.
– Esto es realmente una locura, sabes, porque te creo y es demasiado extravagante para ponerlo en palabras.
– No puedo mentirte, Corinne. Tienes la habilidad, a través de nuestro intercambio de sangre, de estudiar mis recuerdos, entrar en mi mente, y ver que te estoy contando la verdad. Eres mi compañera. No intentaría engañarte por ningún motivo.
– ¿Y ser tu compañera significa... ? – inquirió ella suavemente, luchando por comprender.
– Para un hombre de los Cárpatos, hay una única posibilidad de vivir de verdad. Perdemos nuestros sentimientos pronto. Tenemos los recuerdos de las emociones para mantenernos, y tenemos la habilidad de tocar a otros de forma que podemos compartir sus sentimientos, pero después de siglos de soledad y desolación, es difícil mantener la ilusión de que la vida tiene significado. El susurro de poder nos llama continuamente, una mancha oscura que se extiende sobre nuestras almas. Algunos ceden y buscan eterno descanso; otros eligen la oscuridad y se convierten en cosas de leyenda... vampiros.
– Si todo esto es verdad, ¿cómo puedo ser tu otra mitad si yo no soy Cárpato? – No estaba seguro de querer saber la respuesta. Se sentía como si fuera su otra mitad. Se sentía como si le perteneciera. Cada momento que pasaba en su compañía solo hacía que la sensación fuera más fuerte. No sabía nada de él, pero se sentía como si lo supiera todo. Pero si creía lo que le estaba contando, también tendría que creer en los legendarios vampiros.
– Tienes habilidad psíquica. Las mujeres humanas que tienen habilidades paranormales con frecuencia parecen capaces de unirse con nosotros – el menos eso es lo que me han dicho. Syndil y Barack son compañeros. El compañero de Desari, Julian, es Cárpato. Pero Darius encontró a una mujer humana. Su nombre es Tempest, y llegó a nosotros a través de un

anuncio que Desari colocó buscando a un mecánico que viajara con nuestra banda. Desari incrustó una compulsión en el anuncio con la esperanza de que atraería a la persona correcta a nosotros, y Tempest respondió.

– ¿Ella todavía es humana?

Dayan se llevó la punta de los dedos de ella a la calidez de su boca, mordisqueando gentilmente, tiernamente.

– Tempest eligió salvar la vida de Darius y para hacerlo entrar completamente en nuestro mundo. Fue su elección, Corinne. Darius no quería ni siquiera que discutiéramos la posibilidad de que lo hiciera con ella, porque no quería correr ningún riesgo con su vida.

– ¿Riesgo? – Repitió ella. De repente estaba muy cansada y deseaba el familiar consuelo de Lisa. *O John.*

Dayan se sobresaltó visiblemente. Sabía que era natural para ella, tan natural como sería para él pensar en Desari o Syndil. Había pasado varias vidas con ellas y las amaba profundamente. Aunque le molestaba que Corinne deseara el consuelo de la compañía de otro hombre, o los brazos de otro hombre. Sabía que querría al bebe; ya sentía un fuerte vínculo con ella. Y si tenía éxito al salvar la vida de Corinne, sería su sangre la que correría por las venas de la niña.

El corazón de Dayan dio un vuelco ante la idea de su hijo en el cuerpo de ella. Le enmarcó la cara con las manos.

– Ha habido errores – mujeres humanas que no eran auténticas compañeras, y se volvieron locas. Darius no quería arriesgarse a una tragedia semejante con su mujer.

– ¿Y qué hay de ti? Dices que me has dado tu sangre. ¿Tan dispuesto estás a arriesgar mi vida?

Dayan se inclinó hacia adelante para besar su suave boca porque tenía que hacerlo. No podía ver y sentir su desasosiego, su miedo creciente, sin necesitar reconfortarla de algún modo. En el momento en que su boca tocó la de ella, ligeramente, solo un roce, su cuerpo se tensó ardientemente y su sangre se convirtió en lava fundida. Sus dedos se deslizaron alrededor de la cara de ella para aferrarle el pelo, manteniéndola inmóvil para su exploración.

Corinne respondió inmediatamente devolviéndole el beso sin titubear, la electricidad chispeó entre ellos tan fuerte como siempre. Su cuerpo pareció fundirse con el de él con total aceptación. La hizo sentir instantáneamente abrigada por él, protegida.

– Nunca me arriesgaría con tu vida, Corinne. – Susurró ferozmente contra la comisura de su boca. – ¿Cómo puedes pensar eso? Tú eres mi vida. Mi cordura. Mi música. Sin ti, no hay nada. He conocido esa existencia, y no volveré a ella. Creo que mi sangre puede salvar tu vida. Eso fue lo que permitió que Gregori te sanara tan extensamente como lo hizo.

– Pero las reconstrucciones no aguantarán. – Adivinó ella suavemente, acurrucándose más profundamente entre sus brazos. Estaba muy cansada y sabía que necesitaba volver a dormir, pero quería estar tan cerca de él como era posible.

– No, cariño, no mucho. Esperamos que lo suficiente como para dar al bebé una oportunidad. Esa es la mayor complicación. – Eligió sus palabras muy cuidadosamente.

– ¿Si mi corazón no durará, por qué estás tan seguro de que puedes salvarme la vida? – Ella murmuró las palabras suavemente, sin preocuparle realmente la respuesta. Si él podía salvar la vida de su hija, le estaría más que agradecida. Todo valdría la pena, cada mal momento de su vida.

– Mi sangre transformaría tus órganos internos, convirtiéndote en una de los nuestros. Esa es mi intención, Corinne. Sé que eres mi auténtica compañera y sé que funcionará. No hay duda en mi mente.

Ella levantó la cabeza, empujando el pecho de él para poner espacio entre ellos y poder mirarle a sus ojos oscuros.

– ¿Hacerme como tú?

Su corazón se saltó un latido, pero siguió firmemente. Estaba simplemente estudiándola, casi como si estuviera observando la escena desde una gran distancia. Dayan le cogió la mano, necesitando aferrarse a ella, temiendo súbitamente que el vacío en la mente de ella fuera una negativa a sus intenciones.

– Es la única forma, Corinne, la única cosa que salvaría tu vida. Si tú vives, yo vivo. No tenemos otra elección. Gregori dice que tu corazón no tiene remedio y solo puede esperar mantenerlo funcionando lo suficiente como para que el bebé nazca.
Corinne le enmarcó la cara con las manos, su firme mirada verde.
– Quizás deberías haber pensado en preguntarme que podía querer yo. Creo en hablar las cosas, y ciertamente creo que una decisión tan grande debería ser tomada *por* mí, no *para* mí.
Dayan asintió.
– No te mentiré, Corinne. Pensé en discutirlo contigo y deseché la idea. Ahora mismo, estás muy débil; tu corazón está tensado al máximo. Habría tenido que explicártelo todo...
– Como estás haciendo ahora... – Señaló ella solemnemente.
– Estoy intentando explicarme. – Concedió él. – pero estoy controlando tu corazón atentamente asegurándome de que la información no es demasiado aterradora. No todos los días oye uno hablar de otra especie.
– ¿Es eso lo que eres tú?
Dayan asintió lentamente, su mirada negra sosteniendo la de ella, su mente firmemente en la de ella para captar cada pensamiento que pasaba por su cerebro.
– Si. Somos tan viejos como el tiempo y vivimos largas vidas. Nuestra sangre es diferente, y tenemos muchos dones. Podemos correr con los animales, volar con los pájaros, convertirnos en niebla cuando es necesario. Pero hay un precio para esos dones. Heredarías esas habilidades, pero también pagarías el mismo precio.
– ¿Qué es...?
– El sol nos hace daño. Nuestros cuerpos se vuelven pesados, paralizados por la luz del día. Aquellos de nosotros que no hemos elegido perder nuestras almas podemos moverlos en el momento más temprano de la mañana o el principio de la noche mientras que el no–muerto está atrapado bajo la tierra, pero somos vulnerables en la tarde. Hay algunos que nos cazan.
Corinne se recostó entre las almohadas, pálida y pequeña. Le robó el aliento con una sonrisa angelical.
– No parezcas tan ansioso, Dayan. – Aconsejó suavemente. – Estoy teniendo más problema en creer esto que en aceptarlo para mí mismo. Nunca he sido capaz de correr como los otros niños. Ahora estoy atrapada en esta cama, tan débil que no puedo llevar a mi propio bebé sin ayuda. Eres tú el que mantiene latiendo mi corazón. – Sus largas pestañas abanicaron, dos espesas medias lunas contra su piel blanca. – Estoy atada a esta cama tan seguramente como tú dices que estás atado a la tierra. La idea de correr con los animales y volar con los pájaros es muy atractiva para mí. Y en realidad ya me están cazando. Recuerda, alguien mató a John e hizo otro intento contra mí. Aunque la amenaza es aterradora, no puedo fingir que no ocurrió.
El alivio se derramó a través de él dejándole débil. Corinne rió suavemente sin abrir los ojos.
– No sientas tan seguro de ti mismo, Dayan. No he decidido si eres un loco certificado y debería correr por la casa pidiendo ayuda. Estoy demasiado cansada para pensarlo ahora mismo, así que estás relativamente a salvo por el momento.
– Al menos me estás dando una oportunidad, Corinne, y no puedo pedir más. Si fuera necesario, puedo borrar tus recuerdos permanentemente.
– Puedes arreglártelas bien solo, Dayan. Quiero conocerte antes de comprometerme a vivir tu vida. Conocí a John cuando tenía once años. Pensaba que le conocía bien, pero la verdad es que no.
Él le pasó la mano por la seda de su pelo, una caricia consoladora que pretendía aliviarle la tensión.
– Le conocías. Él no te conocía a ti.
Corinne sintió lágrimas fluyendo de ninguna parte. John. Nunca debería haberse casado con él, nunca debería haberle prometido lo que sabía que no podría darle. Había amado a John, pero no como debería. No como él se merecía.
– No llores, pequeña, me partes el corazón. – Susurró él suavemente, inclinándose para terminar con sus lágrimas. Tiró de la guitarra hasta su regazo, acunando el familiar instrumento. Sus dedos empezaron a moverse, relampagueando sobre las cuerdas como si un

hechizo hubiera caído sobre él. Su ofrenda. Su confort para ella. Un torrente que surgía de lo más profundo de su alma.
Dayan tocó suavemente, su voz llenó la mente de ella con amor y felicidad, con sueños de una vida juntos, con fantasías de correr a través de los bosques con la forma de gato montés, de volar a través del aire como un águila, libre y feliz. De sábanas de seda y luz de velas. De niños jugando a la luz de la luna, cantando a coro su música. De vida. Le estaba ofreciendo su vida.

CAPITULO 13

Lisa alzó la cabeza y estudió cuidadosamente la habitación. El corazón le estaba palpitando muy ruidosamente y tenía la boca seca. No tenía ni idea de donde estaba o cómo había llegado allí. Su último pensamiento coherente había sido conseguir algo de beber en la cafetería del hospital. Definitivamente ahora no estaba en el hospital.
Cullen yacía estirado sobre una cama, una cama de tamaño gigante, su piel tenía un color mucho menos gris. Ante todo, Lisa pensó que parecía incluso más guapo que antes. Le tocó la cara una la punta de los dedos, una emoción innombrable se elevó aguda y rápida llegada de ninguna parte. Apenas le conocía, pero parecía significar tanto para ella ya. Eso la asustaba, como la asustaba todo. La propia vida la asustaba. Lisa sabía que no había estabilidad real; la gente a la que amaba, la gente que pensaba que conocías, podían convertirse en monstruos ante tus ojos y conspirar para destruirte.
No tenía ningún derecho a inmiscuirse en la vida de este hombre. Él era demasiado bueno, una roca firme, alguien capaz de intentar protegerla contra asesinos con armas. Ella estaba dañada, y nunca se repondría del todo. Mientras Corinne había crecido fuerte y aceptado la vida, aprendiendo a encontrar belleza y bondad en el mundo, Lisa pensaba en términos de

sombras. Estaba tan asustada todo el tiempo. No importaba lo duro que intentara sobreponerse a sus fallos, sabía que nunca podría enfrentar el mundo por sí misma. ¿Dónde estaba Corinne? ¿Dónde estaba su hermano? No podía seguir sola.

Pero no estás sola. Lisa se dio la vuelta, mirando salvajemente. La habitación estaba vacía. Ella era la única que estaba allí. Y no había hablado en voz alta. Solo estaba... Lisa se volvió de nuevo hacia la cama. Cullen yacía con los ojos cerrados, pero su mano se estaba moviendo lentamente para encontrar los dedos de ella. Inmediatamente entrelazó sus dedos con los de él.

– Gracias a Dios, Cullen, he estado tan preocupada.

Una débil sonrisa tocó la boca de él.

– Debería lamentar haberte preocupado. – Su voz era baja pero fuerte. – Pero la verdad es que me alegro de importante lo suficiente como para que te preocupes.

– Gracias a Dios que estás despierto. – Dijo ella acérrimamente. – No sé dónde está Corinne, y no estamos en el hospital. Tus amigos llegaron y nos sacaron de allí. Dijeron que esa gente intentaría matarte si nos quedábamos allí. Creí que nos llevarían a donde sea que estuvieran Dayan y Corinne, pero... – Miró a su alrededor bastante indefensamente. – No sé, quizás están aquí; yo misma acabo de despertarme. No estoy segura de como llegamos aquí.

Las pestañas de Cullen se agitaron mientras intentaba obligarse a abrir los ojos para verle la cara. Sonaba desamparada y perdida y quiso abrazarla.

– Barack y Syndil de la banda vinieron, ¿recuerdas? Estuve hablando con ellos. Creo que también oí a Darius.

Ella le tiró de la mano para llevársela a la barbilla, sujetándola contra su piel desnuda.

– No conozco a ningún Darius. No puedo recordar haber oído ese nombre antes.

– Daris es el hermano de nuestra cantante principal. Se encarga de la seguridad de la banda. Cuando Darius está por lo alrededores, no tienes que preocuparte mucho por nada. Si él dio la orden de trasladarnos a Corinne y a mí a una localización segura, entonces así lo harían.

– Yo solo vi a Barack y Syndil. Fueron muy agradables, especialmente Syndil – Dijo Lisa. – He estado tan asustada, Cullen. Los médicos dijeron que no podrías sobrevivir a la noche y dijeron que Corinne y el bebé se estaban muriendo. Y después Corinne simplemente desapareció sin dejar rastro. – Lisa intentó con todas sus fuerzas mantener los gemidos fuera de su voz, pero allí estaban de todas formas y lo odió.

Cullen se las arregló para conseguir abrir los ojos y mirarla. Inhaló profundamente, tomando la débil fragancia de melocotón que simple se aferraba a la piel de ella. Le resultaba tan hermosa, hacía daño mirarla. Intentaba ser fuerte, ser algo que no era, y se criticaba a sí misma porque no daba la talla a sus propios ojos.

– Todo va a ir bien, Lisa. Prometo que no voy a morir. Barack me dio su sangre.

Ella parpadeó hacia él sin expresión, sin comprender qué estaba diciendo él.

– ¿Necesitabas una transfusión y el te la proporcionó? Oí a Syndil decir que necesitabas sangre, pero el recuerdo es vago. – Lisa encontraba que sus recuerdos de los miembros de la banda eran nebulosos. No podía formarse una impresión clara de ninguno de ellos, aunque acababa de estar con ellos. Se frotó la frente; las sienes le latían.

Cullen tiró de su mano para conseguir su atención.

– Nada de eso importa, cariño. Deja que los otros se ocupen de todo lo demás. – Le sonrió. – Me alegra que esté aquí conmigo. Sé que preferirías estar con Corinne, pero te necesito aquí. Dayan es un buen hombre... nunca permitiría que a ella le ocurriera nada.

– ¿Dónde estaba él? ¿Por qué estabas *tú* con Corinne, en vez de Dayan? – Lisa intentó mantener el tono acusador fuera de su voz. A una gran parte de ella le disgustaba Dayan tremendamente – a menos que estuviera directamente delante de ella. Entonces, no sabía por qué, pero era casi como si toda su opinión sobre él cambiara. Nada de eso tenía sentido para ella. Lisa se pasó una mano por el pelo y pareció aturdida. – Estoy muy confusa acerca de Dayan.

Cullen pensó que parecía más hermosa que nunca.

– Dayan es bueno para Corinne. Le conozco, Lisa. Si valoras mi opinión, al menos confía en mí en este tema. Le conozco – sé como es. Nunca traicionaría una amistad, y es lo más

cercano a una familia que tengo. La banda me acogió cuando no tenía a nadie. Todos a los que amaba estaban muertos, y no tenía futuro. Ellos hicieron caso omiso al hecho de que yo había ayudado activamente a cazarlos y en vez de eso me permitieron viajar con ellos por mi protección. No solo me ofrecieron protección y amistad, sino que me aceptaron como parte de su familia y hicieron sentir parte de ella. Muy poca gente habría sido tan amable con un completo desconocido.

Lisa se sentó tranquilamente, extrañamente feliz en compañía de Cullen. Se sentía en paz cuando estaba con él. Hubo un suave golpe en la puerta, y Lisa se volvió rápidamente mientras Syndil la abría y les sonreía.

– Bien, estás despierto. ¿Se está portando bien?

Lisa se encontró sonriendo, no podía evitarlo. Syndil era una mujer tranquila y atractiva, y Lisa no podía imaginarla siendo otra cosa que honesta y dulce.

– Se está portando razonablemente bien. – Respondió, acariciando el pelo de Cullen para mantenerlo fuera de sus ojos. – Creo que su color es mejor y su voz es fuerte. – Se volvió hacia Cullen. – ¿Te duele algo?

Sonaba ansiosa, Cullen sonrió, apretando su garra sobre la mano de ella.

– Sorprendentemente me siento bastante bien. Pero no deseo repetir la experiencia. Fue bastante escalofriante.

Lisa y Syndil intercambiaron una mirada muy femenina.

– Estuviste inconsciente la mayor parte del tiempo. – Señaló Lisa. – Nosotros estábamos aterrorizados por ti.

– Voy a mostrarle la casa a Lisa. – Dijo Syndil a Cullen con su voz amable. – Mientras Barack te echa un vistazo. Quiere explicarte unas pocas cosas. – Tomó el brazo de Lisa firmemente. – Ven conmigo; te mostraré los alrededores para que puedas encontrarlo todo. Si hay algo que necesites, por favor dínoslo inmediatamente. – Mientras conducía a Lisa a través de la puerta, se inclinó hacia ella con una susurro conspiratorio. – Es obvio que Cullen prefiere tu compañía a la de ningún otro.

Lisa se encontró sonriendo hacia Syndil, sin sentir nunca el aire fresco que la rozó cuando Barack se deslizó a su lado invisible para acudir al lado de Cullen. Barack esperó hasta que la puerta estuvo cerrada y pudo oír a Syndil hablando con Lisa sobre la comida en la cocina antes de materializarse junto a Cullen.

Cullen le observó con ojos pacientes.

– Sabía que estaba allí. Me diste tu sangre, ¿verdad?

Barack encogió sus amplios hombros como si el tremendo don de la vida hubiera sido algo casual.

– Ya sabes lo que sienten por ti las mujeres. No podía hacer otra cosa que salvar tu pellejo inútil o me habrían dado la lata durante siglos.

– ¿Darius? – Cullen pronunció el nombre suavemente.

Barack le sonrió.

– No querría estar en tus zapatos cuando te tenga a la vista. No es que diga mucho; es la mirada que te lanza cuando casi consigues que te maten lo que hace que desees que tu enemigo no hubiera fallado. No está muy contento con que te hayas colocado a ti mismo en una posición semejante. Y, por supuesto, está Dayan.

Cullen gimió ruidosamente.

– No quiero pensar en Dayan ahora mismo. ¿Cómo está Corinne?

Barack suspiró.

– No vivirá mucho si Dayan no le da su sangre y la atrae completamente a nuestro mundo. Pero está la complicación de la niña, se dice que ella es como Corinne, y no queremos perderla tampoco. Lo están intentando. – Miró hacia la puerta. – Tenemos mucho de que hablar y poco tiempo para hacerlo. Lisa está ansiosa por volver a estar en tu compañía.

– Eres muy duro con ella, Barack. – Dijo Cullen.

– Eso me dice Syndil. – Respondió él. – Sabes que ahora eres diferente. Está conectado a mí para siempre. Puedes tocarme cuando lo desees; hay un sendero abierto entre nuestras mentes.

El vínculo de sangre entre nosotros permanecerá durante toda tu vida. Sabes que nosotros estamos separados del tiempo, pero hemos oscurecido tus recuerdos la mayor parte de la veces para que no corrieras peligro. Ahora es diferente. Siempre serás una amenaza para nuestra especie. Si tu sangre fuera examinada, nos pondrías en peligro.

Cullen asintió con la cabeza, sus ojos firmes sobre la cara de Barack. Ya había supuesto mucho de eso. Lo había sabido en el momento en que había despertado. Su audición era mucho más aguda. Era de noche, aun así podía ver claramente en la oscuridad. Se sentía diferente, más fuerte, saludable a pesar de las terribles heridas. También era consciente de que su cuerpo estaba sanando a una velocidad fenomenal.

Cullen había estado viajando con los miembros de la banda durante algún tiempo. Había aprendido a aceptar el hecho de que algunas veces sabía qué eran ellos y otras veces su recuerdo de ellos era nebuloso y no podía conjurar una imagen de su apariencia. En algún nivel sabía que era necesario para proteger la banda de cualquier otro humano que buscara información sobre ellos. Y era necesario para protegerse a sí mismo de cualquier vampiro que pudiera extraer la información de su mente. Mientras viajara en la compañía de la banda, era probable que algún día encontrara a uno. Sabía que todo eso había cambiado para él cuando Barack le había dado su sangre.

– Estás bajo la protección de la familia. – Dijo Barack suavemente. – y Darius quieres que sepas que siempre lo estarás. Pero no podemos deshacer lo que está hecho. Tenemos decisiones que tomar. Tomamos la elección de salvar tu vida, y la sangre fue libremente ofrecida a causa de tu posición dentro de nuestra familia, pero solo tú puedes tomar el resto de las decisiones por ti mismo. Respetaremos cualquier cosa que decidas.

Cullen asintió, entendiendo más de lo que Barack suponía. Cuando sus recuerdos de ellos eran claros, recordaba cada detalle y había aprendido mucho sobre su especie. Le estaban ofreciendo una elección, y agradecía incluso que le hubieran consultado.

– No es una decisión que pueda hacerse a la ligera, Cullen. – Aconsejó Barack. – Debes saber que siempre seré capaz de leer tu mente, ya sea que elijas el conocimiento total o que se borren tus recuerdos. Sabría si nos traicionas con cualquiera, incluyendo a tu futura esposa. Veo claramente en tu mente. Deseas que Lisa sea tu socia, pero ella nunca será capaz de aceptar a nuestra especie como lo que somos. Siempre debe vernos como humanos. No podría aceptar las diferencias de Corinne, y sería incapaz de vivir con el conocimiento. Si nos escoges como tu familia, nunca podrás revelarle lo que somos. Eres una persona que valora el honor y la integridad. Deseas una asociación completa con tu esposa. Ella siempre estará en nuestras vidas, porque ama a Corinne y Corinne la ama a ella. Para Corinne, Lisa es su familia, como tú lo eres para nosotros. Pero tendrás que ocultar este conocimiento a Lisa para siempre. Tenemos compañeras. Entendemos el vínculo entre hombre y mujer. Si eliges que borremos tus recuerdos de nosotros, lo entenderemos. Recuerda que nosotros todavía sentiremos lo mismo por ti, y permanecerás bajo nuestra protección. Depende de ti.

Cullen sonrió, sus dientes muy blancos.

– Vosotros sois mi familia.

– Como lo será Lisa.

– Exactamente. Como lo será Corinne. Lisa la quiere como a una hermana. Mi esposa estará conectada a vosotros durante el resto de su vida. Si elijo olvidar, entonces no podré ofrecerle mi protección y ayudar a protegerla de las cosas que no puede aceptar. Sé como es Lisa. Necesita un ambiente protegido, alguien dispuesta a escudarla de las cosas que no puede aceptar. Yo quiero ser esa persona. Ni tú ni Darius. Yo. Nunca pensé que podría sentirme vivo otra vez. Tú sabes de fuerza, Barack, pero no sabes lo que es para alguien luchar como ella lo ha hecho para vivir un mundo con gente capaz de hacer cosas monstruosas que no puede entender. Tú tienes en ti la capacidad de matar si es necesario. Ella es incapaz de gritar a nadie. Le hace daño que la gente se levante la voz los unos a los otros. Tú crees que eso es una debilidad. Yo la miro y veo a alguien demasiado bueno para vivir en un mundo como este. Quiero protegerla. Quiero la oportunidad de que ella me ame.

– Nosotros amaremos y aceptaremos que la elijas para compartir tu vida. Perdóname, Cullen – trabajaré con mis fallos. Syndil me ha señalado este mismo defecto, y no tengo intención de continuar con este comportamiento si puedo evitarlo. Conseguiré conocer a Lisa y siempre la protegeré. Puedes contar con ello.
– Gracias. – Dijo Cullen calladamente. – Retendré mis recuerdos y trabajaré en la protección de nuestra familia, como tú, Dayan, Julian y Dairus hacéis siempre. No quiero olvidar nada. Ni lo bueno ni lo malo. Sois todo lo que tengo.
– Entonces que así sea. – Barack aferró con fuerza la mano de Cullen durante un momento, después retrocedió. – He enviado tu respuesta a Dairus y los otros. Si lo necesitas, solo sigue el sendero en tu mente y podrás hablar conmigo. – Sonrió. – Por supuesto, puedes hacer lo mismo con Darius.
Cullen le miró fijamente durante un momento, pensando en ello. Debería haber sabido que Darius había tomado su sangre para abrir un canal a su mente. Darius siempre protegía a su familia. Era su naturaleza.
– Lárgate. Preferiría mirar a Lisa. Pero dile a Dayan que rezamos por Corinne y el bebé.

Corinne durmió a ratos, con extrañas imágenes entraban y salían rápidamente de sus sueños. Cuando despertaba, algunas veces los sanadores estaban en la habitación con ella, pero la mayor parte del tiempo solo estaba Dayan. Había veces en los que estaba tendido junto a ella. Con frecuencia sentado tranquilamente cogiéndola de la mano y mirando amorosamente su cara. Otras veces la despertaba el sonido de su música, una consoladora armonía de voz y guitarra. Intentó unas pocas veces sobreponerse al terrible letargo que parecía haber invadido su cuerpo, pero era demasiado problemático y cerró los ojos una y otra vez con la imagen de Dayan llenado su mente y corazón. Extrañamente, ya no tenía miedo, ni por si misma ni por su bebé.
No tenía ni idea de cuanto tiempo había pasado antes de que se las arreglara para despertar realmente. Yació tranquilamente haciendo inventario de su cuerpo. Corinne podía oír como latía su corazón, al igual que el de su hija. Movió las manos protectoramente sobre el bebé y murmuró suavemente a la niña, preguntándose si podía oírla. Mientras hablaba a su hija, estudió la hermosa habitación a su alrededor. Estaba llena de tesoros, desde obras de arte hasta las molduras de los techos altos. La habitación era muy grande, los colores apagados y elegantes. Las molduras parecían extraños y hermosos jeroglíficos. Algunos símbolos le resultaban consoladores, mientras otros hacían que su corazón martilleaba si los miraba demasiado rato.
Su mano se movió sobre la gruesa colcha que la cubría. También era una obra de arte, una hermosa mezcla de colores con símbolos similares tejidos en ella. Cada carácter era amplio y claro, la superficie lisa la tacto. Encontraba que sus dedos buscaban continuamente los diferentes símbolos y los trazaban cuidadosamente una y otra vez.
Sentía a Dayan junto a ella, simplemente tendido tranquilamente, su cuerpo envolviendo protectoramente el de ella. Corinne volvió la cabeza para encontrarle observándola, su negra mirada amorosa. Había tanta ternura allí, tanta emoción, le robaba el aliento. Sonrió, su suave boca se curvó mientras alzaba una mano para tocarle la cara con dedos gentiles.
– Hola. – Dijo ella suavemente. – ¿Has estado esperando mucho aquí?
– Varios alzamientos. – Respondió él honestamente, cambiando de posición para poder levantarse apoyado en un codo para estudiar mejor su cara.
– ¿Qué estás haciendo? – Preguntó ella, ligeramente avergonzada por el atento escrutinio. La estaba observando sin parpadear.
– Memorizando tu cara. – Respondió él honestamente, su mirada vagó sobre cada centímetro de los rasgos clásicos de Corinne. – Quiero cerrar los ojos y ser capaz todavía de verte. Solía dar la bienvenida a las horas diurnas como un alivio de los siempre presentes susurros de oscuridad, pero ahora me resiento de esas horas porque no puedo estar contigo. Quiero hablar

contigo, solo estar a tu lado, mirarte, extender la mano y tocarte, saber que eres real y no un producto de mi imaginación. – Le trazó la boca, las cejas, su pulgar se demoró en la comisura de los labios. – Ya no quiero dormir porque no puedo llevarte conmigo.
– ¿Tienes que dormir lejos de mí? – Preguntó ella, recorriendo con la mano arriba y abajo el brazo de él, necesitaba tocarle casi tanto como él necesitaba tocarla a ella.
Se inclinó para rozar un beso tierno en la tentación de su cara.
– Cuando duermo, es como si estuviera muerto. Detengo mi corazón y pulmones y no respiro. Nuestra especie no tienen que buscar la tierra para dormir, y muchos de los nuestros no lo hacen, pero duermen en cámaras bajo tierra donde están relativamente a salvo de los cazadores humanos y los accidentes. La mayor parte de nosotros busca el sueño rejuvenecedor de la tierra porque es más seguro y más natural para nosotros. Yo preferiría estar a tu lado siempre, pero sería incómodo para ti despertar y encontrarme como muerto.
– No si estuviera esperando algo semejante. ¿Por qué estás tan nervioso, Dayan? – Le pasó los dedos por el pelo. – Estoy empezando a ser capaz de leerte, y estás pasando un mal rato. Si algo va mal, simplemente dímelo.
– Todo va como los sanadores habían predicho con tu salud. – Respondió él vagamente, su negro mirada se apartó de ella.
Corinne cerró los dedos alrededor de la muñeca de él.
– ¿Qué pasa?
Él se encogió de hombros casualmente. Demasiado casualmente.
– Hay un ritual entre compañeros. Es necesario para unirnos. Hasta que estemos formalmente unidos, yo todavía soy un ligero riesgo para los demás. No hay nada que hacer, Corinne, hasta que tu salud sea mejor. Es solo incómodo para mí. – La bestia luchaba por la supremacía en su interior. La sentía crecer más fuerte con cada alzamiento. La necesitaba más que nunca para anclarle. Necesitaba su alma unida a la de él, su corazón para completarle, su cuerpo como refugio seguro.
– ¿Qué ritual? – Preguntó ella curiosamente. – Y no te encogas de hombros y me esquives. Si formamos una sociedad, entonces tienes que darme la confianza que insistes en tener de mí.
Él suspiró.
– Te estás poniendo dura conmigo, Corinne. ¿Estoy perdiendo mi encanto? – Hizo un intento de bromear con ella, aligerar una situación oscura.
– No creo que pueda ser peor. – Le reconfortó con una sonrisa de respuesta. – Pero quiero estar muy segura de que estamos juntos en esto. Es importante para mí, Dayan. No quiero hacer algo indebido y arriesgarme a hacerte daño. Esto ha ocurrido muy rápido. Soy alguien que tiene que pensarse muy bien las cosas antes de tomar decisiones. Y me estás pidiendo que acepte un montón de cosas teniendo fe.
– Podemos provenir de dos mundos diferentes, Corinne, pero sabes que nos pertenecemos el uno al otro.
– Quizas. – Estuvo de acuerdo ella sin comprometerse. – Bueno háblame del ritual.
Él le rodeó la cintura con el brazo y se inclinó para besarla de nuevo. Esta vez se demoró en el simple placer, saboreando el momento.
– Cuando un hombre de los Cárpatos reconoce a su compañera, recita palabras rituales para unirla a él. Las palabras están impresas en él desde antes de nacer. Se parece mucho a un matrimonio humano pero más permanente. Una vez pronunciadas, las palabras los unen a los dos, corazón, alma y mente. Ella no puede escapar de él. No pueden separarse después de eso. Deben tocarse el uno al otro con frecuencia, utilizando un toque mental o.... – Dudó, buscando la palabra correcta. – No sé, necesitan estar el uno con el otro o pueden estar muy incómodos.
– ¿Él simplemente dice unas pocas palabras y ella le pertenece? – Empujó contra su pecho con su pequeña mano, mirándole. – Eso no me suena muy justo.
– Vamos, Corinne. – Su voz fue tan suave como el terciopelo e igual de sensual. – No fui yo el que creó el ritual. Tiene miles de años de antigüedad. No puedo hacer otra cosa que lo que mi corazón y mi alma demandan.
– ¿Pronunciaste las palabras para mí?

Él sacudió la cabeza, su pelo negro azulado le cayó alrededor de la cara.
– No puedo mientras estés tan enferma. No sé si tu corazón sería capaz de soportar una separación de mí durante las horas en las que debo dormir.
– ¿Y es difícil para ti porque no nos has unido? – Sus pequeños dientes blancos mordieron su labio inferior mientras luchaba por entender lo que él le contaba.
Palabras como *alzamientos* y *rituales* pertenecían al mundo de algún otro, no al suyo. Era muy práctica. Cuando él empezó a reír, le frunció el ceño, intentando parecer severa.
– ¿Estas leyendo mi mente de nuevo, verdad?
El se encogió de hombro, ese intrigante ondeo de músculos bajo su camisa inmaculada
– Naturalmente. Soy tu compañero.
– ¿Cómo mantienes tu ropa tan perfecta? Y tu pelo. ¿Por qué no tienes mal aliento por las mañanas? – Inconscientemente se puso una mano sobre su propia boca. *¿Cómo parecía él tan perfectamente sexy y tentador, cuando ella estaba desarreglada y se parecía mucho a una ballena varada?*
Dayan realmente se rió entonces, no pudo evitarlo. La imagen que tenía ella de sí misma estaba tan lejos de la realidad que resultaba ridícula. No podía imaginar el cuerpo suave y curvilíneo de Corinne pareciéndose ni remotamente a una ballena. Se tendió sobre la espalda en la cama con ella a su lado, real, viva, su corazón todavía latiendo, y rió en voz alta. Era un momento perfecto en el tiempo.
Ella empezó a reír también, solo porque él era tan tonto, su alegría tan evidente. Corinne le aporreó el pecho con fuerza.
– Deja de reírte de mí.
– No puedo evitarlo, cariño. ¿Una ballena varada? Apenas puedo decir que estás embarazada. Esa no es una buena analogía en absoluto. – Le puso la mano sobre el montículo de su estómago. – Y me gusta tu desarreglo. – Le cogió la cara entre las manos y arrastró su boca hasta la de él.
La tierra pareció mover bajo la cama, un curioso efecto ondeante que provocó látigos de relámpago que se arquearon a través de la habitación. El aire vibró con hambre y necesidad. Él levantó la cabeza a regañadientes y miró fijamente a esos ojos verdes.
– Te amo como eres, Corinne. Ahora mismo, en esta cama, mientras no podemos hacer el amor y hay un niño creciendo en tu interior. Te amo con tu pelo alborotado y esa mirada ligeramente confusa en tu hermosa cara. – Rodó para colocar sus manos a cada lado de la cabeza de ella, aprisionándola contra la cama. – Adoro como me miras como si quisieras cuidar de mí, aunque soy yo el hombre.
Ella tocó con la punta de los dedos la boca perfectamente cincelada de él.
– Podemos cuidarnos el uno al otro. – Su voz fue suave e invitadora, una tentación que Dayan encontró imposible de resistir.
Se moría de amor por ella, inclinó su oscura cabeza lentamente para que ella le viera llegar, su negra mirada ardiente y hambrienta y llena de terrible necesidad. Corinne le rodeó la cabeza con sus brazos esbeltos y encontró la boca con la suya hambrienta. Él era calor y luz, una sinfonía de música que iluminó su misma alma. Hizo que el corazón de Corinne latiera salvajemente y su espíritu volara alto sobre las nubes. No había nadie más para ella, ya fuera humano o de su especie. Solo existía Dayan con su alma de poeta, ojos hambrientos y boca dominante. Su duro cuerpo masculino y sus manos perfectas que se movían sobre el cuerpo de ella con el mismo talento que se movían sobre su guitarra.
Fue Dayan el que se apartó primero, poniendo centímetros entre ellos, pero respirando pesadamente. – Tu corazón está martilleando.
La boca de ella se curvó lentamente, sus ojos danzaron.
– Es el tuyo, no el mío. – Eso no era estrictamente cierto; ambos corazones latían juntos en un ritmo desacompasado.
– Los sanadores va a venir aquí y nos darán un sermón. – Susurró Dayan mirando hacia la puerta.
Corinne le acarició el pelo, disfrutando del lujo de tocar las sedosas hebras alborotadas.

– ¿Y qué harán si nos cogen? – Preguntó sonriéndole. – ¿Sorprenderse?
– Ordenarme que salga más bien. – Dijo él gravemente. – Me darían un sermón sobre lo irresponsable y egoísta que soy. Que lo soy. Debería ser más cuidadoso contigo todo el tiempo, no caer en la tentación cada vez que me sonríes. – Le frunció el ceño cuando ella le empujó el pecho. – ¿Qué haces?
– Levantarme. Tengo que ir al baño. He notado que no es algo que tu especia haga mucho. – Estaba bromeando, pero la sonrisa se desvaneció cuando él continuó mirándola seriamente. Alzó la mano. – Ni siquiera lo menciones. No quiero saberlo. Simplemente sal de mi camino y deja que una simple mortal haga lo que tiene que hacer.
– Mi amor. – Las palabras escaparon en un susurro, suave terciopelo, y parecieron brillar en el aire entre ellos. – No puedo permitir que corras por ahí. Los sanadores dijeron descanso absoluto en la cama. Debo insistir en que obedezcas.
– No quisieron decir ir al baño. Me parece recordar que me llevaste en brazos la última vez, pero no es necesario. – Cuando él se negó a moverse, suspiró pesadamente y cambió de táctica. – De acuerdo, llévame en brazos de nuevo. Pero esto es embarazoso, y me temo que se está convirtiendo en un mal hábito.
Dayan la levantó fácilmente, acunándola entre sus brazos.
– No veo por qué. Se te ocurren las cosas más raras.
– Me gustaría estar en tu cabeza de vez en cuando y ver que hay por ahí – Le desafió.
El la colocó cuidadosamente sobre los azulejos del suelo junto a gran lavabo de mármol.
– Puedes leer mi mente cuando quieras, cariño. Mi mente está siempre fundida con la tuya. Permanezco como una sombra allí para poder encontrar todas esas cosas fascinantes que intentas esconder al mundo. – Le sonrió burlonamente. – Solo que eres demasiado gallina para mirar realmente en mi mente y ver que pensamientos acechan allí.
Ella permaneció allí en pie, aferrando el lavabo de mármol, mirándole unos pocos momentos.
– ¿Y bien? – Esperó ella. – ¡Fuera! No puedes pensar en quedarte ahí de pie.
– No puedo dejarte sola. – Dijo él suavemente.
– Lo digo en serio, Dayan. Sal en este mismo instante. Sin discusión. ¡Fuera! – Fue muy firme.
Dayan pareció indefenso durante un momento, después se encogió de hombros y salió del baño, decidiendo que el viejo dicho" La discreción en la mejor parte del valor" encerraba verdad.
La puerta se cerró con un golpe seco tras él y un saludo de la mano de Corinne.
– Asegúrate de que tu mente se va contigo. – Gritó ella, después notó que estaba sonriendo porque podía ondear la mano hacia puertas y grifos y poner en movimiento su cepillo de dientes y eso no molestaba a Dayan en absoluto.
No sé por qué crees que mi mente no iría conmigo y se quedaría contigo al mismo tiempo. Su voz rozó le paredes de la mente como el roce de las alas de una mariposa, enviando oleadas de calidez a través de su cuerpo.
Por primera vez en largo tiempo, Corinne comprendió que era verdaderamente feliz. En el baño, apoyada contra el lavabo, intentando hacer algo con su salvaje mata de pelo, era perfectamente feliz. Una vez hubo liberado su pelo de la gruesa trenza, estuvo demasiado cansada para arreglarlo. Comprendió que estaba demasiado cansada para levantar los brazos y recogerlo. Suspiró muy suavemente.
¿Qué pasa? Había ansiedad en la voz de Dayan.
Corinne en realidad no replicó, sabía que no, solo suspiró de nuevo, pero fue suficiente como para hacerle entrar rápidamente, cogiéndola en brazos como si fuera de preciosa porcelana. El pelo de Corinne cayó en todas direcciones, desplegándose sobre los hombros de él y cruzándose sobre la oscura sombra de su barbilla.
– Simplemente no puedes mantenerte alejado, ¿verdad? – Preguntó ella, secretamente agradecida de que él hubiera corrido a rescatarla.
– Sabía que necesitabas que te rescataran. – Dijo él con gran satisfacción masculina.

– ¿Estaba pensando en un rescate? ¿Esa era la palabra que tenía en mente? – Sacudió la cabeza mientras se acomodaba sobre la cama. – No creo que *rescate* fuera la palabra precisa. No puedo imaginarme utilizando una palabra como esa.
– Oh, fue *rescate* sin duda. – No iba a dejarla que se zafara tan fácilmente, ni cuando sus ojos verdes brillaron de risa y su intrigante hoyuelo fue mucho más que evidente. Adoraba especialmente ese hoyuelo. Sabía que podría pasar horas mirarlo ese hoyuelo y no cansarse nunca.
Le quitó el cepillo de la mano.
– Es asombroso lo que los hombres de mi raza se ven llevados a hacer.
Corinne ondeó la mano hacia el centro de la habitación.
– Ve hacia allí y haz algo. – Cuando se sentó allí, le empujó. – Vamos, haz algo.
– ¿Algo? – Repitió él mientras se dirigía obedientemente hacia el medio de la habitación. – ¿Qué clase de algo? – Sonaba cauteloso.
– No sé exactamente. Algo genial. ¿Qué te gusta hacer? – Le estaba mirando por debajo de sus largas pestañas.
Dayan sonrió súbitamente como un niño travieso.
– ¿Cualquier cosa?
– Claro. Algo realmente grande.
Las cejas de él se arquearon.
– Si te lo muestro, ¿tú que vas a enseñarme?
– Eso me suena a desafío. – Dijo Corinne. – No puedo resistirme a un desafío.
– Entonces tú primero. – Cruzó los brazos contra su pecho, evaluándola con su negra mirada.
– Si voy yo primero, es bastante probable que te desmayes de la sorpresa.
– *¡Desmayarme!* No soy de las que se desmayan. Nada que puedas hacer me asustaría tanto – Ahora sí hay algo que puedo hacer. – Replicó arrogante.
Corinne se encontró mirándole fijamente, casi hipnotizada por su hechizo de magia negra. Él había tejido su oscura melodía tan completamente, tan perfectamente, que no había notado que estaba inmersa en su música, en su alma. Para encubrir su reacción a la pura intimidad de una mente fundida, Corinne obligó a sus caprichosos pensamientos a mantenerse bajo control y concentrados. Al momento el cepillo en la mano de Dayan se liberó y se movió a través del aire para reasumir la tarea de domar su pelo salvaje. Con intensa concentración dividió la masa en tres secciones, utilizando solo el poder de su mente, y tejió el largo pelo en una gruesa trenza. Un elástico salió danzando del baño a su llamada y se apresuró hasta el final de su pelo para completar el trabajo.
Corinne le miró entonces, un rastro de aprehensión estropeó la perfección de su alegría.
– ¿Y bien? – Le miró como una chiquilla, insegura de si sentir orgullo o miedo.
Deliberadamente él le sonrió, una burlona sonrisa masculina de pura competición.
– Observa esto. – Extendió sus brazos, sus ojos intensamente fijos sobre la cara de ella, su mente completamente fundida con la de ella por si acaso se asustaba por el cambio que iba a acontecer. Ondeó un pelaje a lo largo de su brazo, se contorsionaron frotaron músculos.
Corinne observó con asombro como el hombre lentamente cambiaba de forma hasta convertirse en una gran leopardo macho que permanecía en el centro de la habitación mirándola con esa misma mirada sin parpadear. Por un momento le miró, casi congelada en el lugar, pero entonces el felino se movió, sus poderosos músculos se ondearon mientras se deslizaba silenciosamente hacia ella. ¡Le reconoció! Sabía que era Dayan. Tenía la misma fluida gracia y poder, los mismos ojos hambrientos que la devoraban. Su ritmo cardíaco se aceleró, pero no de miedo. Asombro. Fascinación. Nunca miedo. No cuando era Dayan.
El leopardo se frotó contra ella para que enterrara la mano en el lustroso pelaje, asombrándose ante la textura, ante la alegría de estar tan cerca de algo que pertenecía a la jungla. Rió en voz alta mientras acariciaba la cabeza del animal con la punta de los dedos. Durante un momento frotó la cara a lo largo del grueso cuello del leopardo, adorando la sensación del pelaje contra su piel. Era exótico, un raro privilegio estar tan cerca de un animal salvaje. El leopardo se frotó contra su espalda, sus ojos la miraban fijamente, hipnotizándola, atrapándola en sus

indomables profundidades. Dayan. Su Dayan. Le conocería en cualquier parte, con cualquier forma.

Sin advertencia, una oscura sombra pareció arrastrarse lentamente por la habitación, invadiendo el aire como un apestoso aceite espeso. Corinne quedó congelada en el lugar, todo su cuerpo quedó perfectamente inmóvil. Sintió la tranquilizadora presencia de Dayan en su mente. Observó con horror como la sombra parecía tomar forma en la pared más alejada, una figura grotesca encorvada, un flaca figura esquelética con largos y huesudos dedos que parecían terminar en garras como cuchillas. Su corazón golpeó alarmado, e instantáneamente el cuerpo de Dayan estuvo sólidamente delante de ella. Sintió que los otros se unían también a ella, uniendo sus mentes – Desari una influencia tranquilizadora y calmante, y Gregori y Darius poderosos y, lo sintió, mortales.

Todos ellos protegiéndola, escudándola de la rastrera sombra. Era completamente malvada, una espesa y aceitosa presencia indagando, buscando, *cazando* algo. Corinne se sintió segura de que la malvada cosa la perseguía a ella. Se sentó muy tranquila, manteniendo su mente firmemente anclada en la cordura y la calma de los otros. Sorprendentemente, su corazón permaneció firme, latiendo al mismo ritmo que el de Dayan mientras sus pulmones respiraban junto con los de él.

Fue Dayan el que más la sorprendió. Su poeta, tan amable y gentil, tan atento y amoroso, se convirtió súbitamente en algo completamente diferente. Sintió el contraste en su mente primero. Estaba tan sintonizado con él que reconoció el cambio inmediatamente. Llegó veloz, naturalmente, y comprendió que esas cualidades eran tan parte de él como su música o sus hermosas palabras. Él era oscuro, peligroso, un depredador silencioso y mortífero, una máquina de matar. Despiadado. Sin remordimiento. Cruel. El completo opuesto a su poeta. La astuta e implacable bestia que se llamaba a sí mismo. Sería inquebrantable en la caza.

Y no se detendría nunca hasta que hubiera destruido a su presa.

Corinne sintió a Desari con más fuerza que nunca, tranquila, consoladora, reconfortando, susurrando suavemente en su mente, las palabras casi indistinguibles, aunque Corinne sabía que la estaba ayudando a entender como manejar a la criatura que era Dayan realmente. Sintió la momentánea oleada cuando el intruso se extendió a por ella en un intento de alcanzarla. Ella estaba segura y protegida dentro de las paredes del capullo que los otros la habían envuelta. No había posibilidad de que el oscuro horror la encontrara, pero tocó a los tres hombres de los Cárpatos.

Lo sintió. Sintió la sorpresa, la retirada. La cosa chilló, un horrendo sonido que estaba en su cabeza, oído a través de los Cárpatos que escuchaban, un agudo sonido de cólera, odio y miedo. A Corinne le llevó unos pocos latidos comprender que la criatura solo podía detectar a los hombres. Las mujeres estaban tan profundamente fundidas con los hombres que la bestia solo podía detectar el poder de los hombres. La criatura instantáneamente se retiró, huyendo con furtiva rapidez.

Corinne parpadeó hacia Dayan, apenas capaz de comprender esa transformación en él de poeta a depredador. La mano de él le acarició la cara, el pelo, increíblemente gentil, pareció demorarse durante un momento, aunque su cuerpo era reluciente, casi transparente. Observó, con el corazón en la garganta, como él se disolvía justo ante sus ojos. En su lugar había gotas de neblina. La neblina fluyó a través de la habitación y salió por la puerta.

Así simplemente, Dayan se fue. De la habitación, de su mente. Gregori y Darius también había desaparecido de la mente común, dejando solo a Desari, que abrió la puerta de la habitación deslizándose hasta su lado con una sonrisa alentadora.

– No estás asustada, ¿verdad? – su voz estaba llena de belleza.

CAPITULO 14

– Todo ocurrió demasiado rápido para comprender realmente lo que estaba pasando. – Respondió Corinne honestamente, insegura de cómo sentirse. Pasó la mirada de Desari a las otras dos mujeres tras ella. Estaban sonriendo tranquilizadoramente pero dudaban en el umbral de la puerta, así que Corinne saludó para animarlas a entrar.

– Creo que estamos bajo asedio. – Desari tomó la mano de Corinne para reconfortarla y al mismo tiempo comprobarle el pulso. – No hay necesidad de asustarse. Mi hermano Darius y Gregori son dos de los mejores cazadores que tenemos. Están buscando al maligno, junto con Dayan, para destruir lo que es una amenaza para humanos e inmortales por igual. – Hablaba tranquilamente, como si cazar a monstruos malignos fuera cosa de todos los días. – Naturalmente se ocuparán de que Dayan vuelva ileso. Después de todo, estábamos luchando por salvarte a ti y a la niña. No perderemos a Dayan por este maligno.

Corinne estudió cuidadosamente la cara de la otra mujer. Podía ver solo bondad, compasión, una luz que brillaba desde las profundidades de su alma. Parecía tranquila incluso enfrentada a semejante ser maligno.

– Se sentía horrible. – Admitió Corinne en voz baja. – y eso que Dayan me escudó de algún modo de la experiencia.

– Era un vampiro. – La mujer más baja, de pelo negro como ala de cuervo respondió tranquilamente, extendiéndose en busca de un vaso de agua cristalina. – Aquí tienes, bebe esto. Soy Savannah, la compañera de Gregori, por cierto. Sé que suena absurdo y algo que no

puede ser real, pero te lo aseguro, los vampiros existen y buscan activamente mujeres que tengan habilidades psíquicas. Especialmente mujeres no reclamadas.
– Tú eres Savannah Dubrinsky, la maga. Vi tu actuación en Seattle hace unos pocos meses. Eres maravillosa. – Corinne sorbió el agua para dar tiempo a su mente de comprender la situación. – Esa cosa me estaba buscando a mí, ¿verdad?
Desari se encogió de hombros casualmente.
– En cierto modo. Tú le atrajiste aquí, aunque no sabe quién eres. Cuando indagó, encontró solo cazadores. No será un problema, porque lo destruirán.
– Si todo esto es cierto. – Exigió Corinne. – ¿Por qué nunca antes intentó ninguno encontrarme? – Por mucho que pareciera imposible para Desari mentir, Corinne no quería que su explicación fuera cierta. Quizás había sido mejor vivir sin saber nada de esto.
La pelirroja le sonrió.
– Soy Tempest, y créeme, Corinne, sé lo confuso que debe ser todo esto. Yo estuve en tus zapatos hace solo unas pocas semanas. Sólo recuerda esto. – Continuó, revelando que podía leer los pensamientos de Corinne; – te habrías perdido una gran aventura, que es la vida, y te habrías perdido el conocer a Dayan. Lo que es más importante, finalmente habrías elegido utilizar tu don, y la oleada de poder habría revelado tu presencia al no–muerto. Te habrían encontrado.
– He utilizado mi talento antes. – Afirmó Corinne.
– Quizás, pero en cosas pequeñas... pequeñas oleadas de poder que no llamarían la atención del no–muerto a menos que estuvieras realmente cerca de ellos. Se habría vuelto más y más fácil para ti utilizar tus talentos. Cualquier oleada de poder deja rastros. Podemos encontrarnos los unos a otros a través de esas oleadas, y también puede el no–muerto. – Declaró Desari, tranquilamente, como si estuviera hablando del tiempo.
– Por otra parte, todo esto podría ser alguna extraña pesadilla de la que no me las arreglo para despertar. – Sugirió Corinne con una ligera sonrisa. – Aún así Dayan vale la pena. Me encanta escucharle. Me dice las cosas más bonitas. Tiene una voz tan hermosa, y una hermosa alma. Siempre me hace sentir como si fuera la única mujer en su mundo.
– Para él eres la única. – Dijo Desari. – Y verdaderamente, Corinne, ¿cómo podrían no enamorarse de ti? Mírate... la forma en que aceptas tus problemas físicos y todavía mantienes unida a tu familia, la forma en que aceptaste la información que Dayan te proporcionó. No puede ser fácil para ti, pero trabajas en escuchar, creer y comprender lo que se te cuenta. ¿Quién más le daría esa clase de aceptación? Después de siglos de estar solo, sin su otra mitad, finalmente está en casa, y lo aprecia. Tú eres su casa. No otra. Tú.
– No creo que él haya aceptado mis problemas físicos. – Dijo Corinne, avergonzada por la palabras de la mujer.
– ¿Porque lucha por ti? – Tempest rió suavemente. – Encontrarás que eso es algo en lo que los hombres de esta especie son excepcionalmente buenos.
Savannah asintió.
– Dayan está luchando por tu vida y la vida de tu hija. En realidad lucha también por su propia vida. Sin ti él no es nada. Dayan ha existido en un mundo yermo y vacío... no elegirá continuar sin ti. Si debes viajar al próximo mundo, él te acompañará, como es su derecho como hombre de los Cárpatos.
– Estoy muy cansada. – Confesó Corinne, su mano fue protectoramente a cubrir gentilmente a su bebé. – Intento escondérselo, pero él siempre parece saberlo.
Desari peinó hacia atrás el pelo de Corinne con dedos amables.
– Es tu compañero. Por supuesto que lo sabe. He conocido a Dayan toda mi vida. Me alegra tanto que te haya encontrado. Nos contó que eres C.J. Wentworth, la escritora de canciones. Me complace mucho darte la bienvenida a nuestra familia.
Corinne se recostó hacia atrás entre las almohadas.
– Yo me alegro de que él os tenga a todos vosotros. – Ella quería a Dayan. Quería pasar cada momento que le quedaba con él. Podía sentir como su fuerza se desvanecía, lenta pero

seguramente. – ¿Qué hay de mi bebé? – Miró a Svannah y después a Tempest. – Sé que ellos deben haberos contado la verdad.
Fue Savannah quien respondió.
– Tu corazón no aguantará para siempre. En un alzamiento más llevaremos acabo otro ritual sanador. Nuestra meta ahora es dar a tu hija unas pocas horas más, o días, tanto tiempo como podamos. Gregori dice que ella será fuerte, y esa es la mitad de la batalla. Es como tú, una verdadera psíquica, y por consiguiente de suma importancia para nuestra raza.
– Utilizáis el término alzamiento porque es en la noche, no en la mañana, cuando os levantáis. Adivinó Corinne. – ¿Creen que pueden salvarla?
– Estamos esperando a que llegue Shea. Jacques, su compañero, insiste en descansar antes de completar el viaje. Shea está embarazada, y él es muy protector. – Informó Savannah. – Mi madre envió noticias por adelantado. Shea ha avanzado mucho en la investigación de los problemas para mantener vivos a nuestros niños. Ella es un recurso tremendo para todos nosotros.
– No puedo creer que viaje desde tan lejos cuando está embarazada. – Dijo Desari ligeramente sorprendida. – Corinne, tenemos problemas para tener niños; nuestra raza está al borde de la extinción. Julian espera que podamos dar un niño a nuestra gente pronto.
– Lo interesante es. – Dijo Savannah. – que Gary Jansen, un amigo humano, un investigador, ha trazado los linajes de familias en las que han nacido niños con menos de cincuenta o cien años de diferencia. Solo hay un par de ellos. Sarantha, la madre de Mikhail, proviene de uno de esos linajes, al igual que Gregori. Gary y Shea cree que la infrecuencia de las concepciones es una forma natural de control de natalidad. Desari, tú eres descendiente de una de las líneas. Por lo que sabemos, yo soy la única de la otra.
Tempest intercambió una larga mirada con Desari.
– ¿Estás intentando quedarte embarazada? – Preguntó Tempest. – Darius y yo solo acabamos de encontrarnos el uno al otro. No he pensado en tener niños aún.
Savannah rió.
– En realidad, Gregori y yo solo llevamos juntos unas pocas semanas. Me encantaría darle gemelos. Montones de problemas para que los persiga y los guarde a ellos en vez de a mí. Tan pronto como terminemos aquí, tenemos intención de volver a las Montañas de los Cárpatos, donde formaremos nuestro hogar. Una vez establecidos, estoy segura de que intentaremos tener un niño. Jacques y Shea viajarán a casa con nosotros. Todos tenemos intención de volar a Paris primero para visitar a los hermanos mayores de Gregori, Gabriel y Lucian. Lucian acaba de casarse, pero desafortunadamente, Gregori y yo nos perdimos la boda a causa de circunstancias imprevistas.
– ¿Es peligroso para Shea viajar? – Corinne no quería pensar en que otra mujer pusiera en peligro a su hijo a causa de ella.
– Jacques nunca permitiría que Shea hiciera nada peligroso. – Señaló Savannah. – Es Mister Protector en lo que a ella concierne.
Tempest y Desari estallaron en carcajadas.
– ¿Y Gregori no lo es contigo?
Corinne frunció el ceño.
– ¿Dónde están Lisa y Cullen? ¿Están bien? Lisa debe estar tan asustada.
La sonrisa se desvaneció de la cara de Desari. Estuvo en silencio durante un momento antes de responder, obviamente conferenciando con alguien más.
– Lisa y Cullen están relativamente a salvo donde están. Barack y Syndil están con ellos. Julian, mi compañero, ha ido en su ayuda y ha apartado inmediatamente toda amenaza de ellos. Están bajo su protección. Tiene algo de reputación en cuestiones de seguridad. – Desari lo expuso tan delicadamente como le fue posible para no perturbar el delicado equilibrio de Corinne.
Corinne palideció incluso más.
– Pensaba que esa gente estaba intentando matarme a mí. ¿Lisa todavía está en peligro?

Librodot

– La sociedad busca a cualquiera con habilidades paranormales, pero sus miembros no parecen ser capaces de distinguir muy bien esos rasgos. Como Lisa es miembro de tu familia, también la han puesto en la lista. Cullen ya estaba en ella y lo ha estado desde hace algún tiempo. Después de que Dayan te trajera aquí, se llevó a cabo otro atentado contra la vida de Cullen en el hospital. Por supuesto, Barack y Syndil estaban allí, así que Lisa y Cullen están ilesos. Se los llevaron a un lugar más fácil de proteger.
– ¿Por qué no los trajeron aquí? Lisa se asusta con facilidad. Esto debe ser terrible para ella. Necesito ir con ella. – Dijo Corinne inmediatamente, agarrando la colcha como para apartarla.
Desari tendió una mano gentil sobre la de Corinne.
– No estás pensando con claridad. Tu primer deber es para con tu hija y tu propia salud. Puedes sentirte mejor, pero la mejora es definitivamente temporal. No puedes moverte y hacer que tu corazón trabaje más de lo necesario. No haría ningún bien a Lisa, Cullen o a ningún otro que tú murieras. – Se inclinó más cerca para que sus ojos oscuros pudieran mirar directamente a los de Corinne. – Lo sabes, ¿verdad, Corinne?
Corinne parpadeó alejando la ilusión de que experimentaba una caída libre.
– Sé que quiero a Lisa y ella debe estar muy asustada. ¿Cullen vivirá?
Desari asintió. Corinne tenía una protección mental extremadamente fuerte para una humana. Dayan les había hablado de requería más fuerza de lo normal escudar la mente de ella o persuadirla. Desari no quería ejercer ninguna presión que pudiera alarmarla. – Cullen soportó heridas tremendas, y la verdad es que Barack donó sangre para él, lo cual es algo que no hacemos a la ligera. Cullen no puede ser completamente convertido. Él y Barack estarán conectados el uno al otro durante el resto de la vida de Cullen. Tenemos un gran afecto a Cullen, y Darius no permitiría que muriera cuando estaba en nuestro poder salvarle. Lisa está con él y ayudando a cuidarle. Creo que será bueno para ella hacerse responsable de la salud de Cullen.
Corinne estaba estudiando la cara de Desari.
– Porque crees que me estoy muriendo.
Desari sacudió la cabeza decisivamente.
– Porque Dayan no tiene más elección que traerte completamente a nuestro mundo, y Lisa no puede seguirte aquí. Seguiréis siendo buenas amigas, pero ya no podrás ocuparte de su vida por ella. – Desari habló tan gentilmente como fue posible, pero su seriedad se mostraba en sus ojos oscuros y expresivos.
Corinne apretó la manta en su mano, sus dedos recorrieron nerviosamente los extraños símbolos cosidos en el borde la misma.
– Completamente a vuestro mundo. – Repitió la frase suavemente, por lo bajo.
– El mundo de Dayan. – Le recordó Desari gentilmente. – Mantén eso en primer plano en tu mente. Estarás en su mundo.
– ¿Y qué hay del bebé? – Corinne finalmente dio voz a la pregunta que había sido incapaz siquiera de considerar. Estaba aterrorizada por su bebé.
Desari le sonrió alentadoramente.
– ¿Estás lo suficientemente fuerte como para la verdad, Corinne? Porque tienes que sabes que quieres la verdad cuando la pides.
Corinne encontró que trazar los extraños símbolos de la colcha una y otra vez era consolador. Ayudaba a evitar que su mente gritar de miedo. – ¿Mi bebé va a vivir y estar sano?
– Estamos haciendo todo lo que está en nuestro poder para que eso ocurra. La sangre de Dayan, que creemos que salvará tu vida y te convertirá, también convertirá al bebé si te damos la sangre mientras estás embarazada. Eso nos presenta algunos problemas y es un nuevo territorio que nunca antes hemos recorrido. – La voz de Desari era fantasmalmente hermosa y tranquila. – Estoy siendo completamente honesta contigo. No tenemos las respuestas que buscas. Esto nunca había ocurrido antes, al menos no que yo sepa. Ciertamente, no le ha ocurrido a Gregori, y él es sanador reconocido de nuestra gente.
Los dedos de Corinne encontraron el siguiente símbolo en la colcha y trazó el carácter.

– Estoy intentando entender lo que me estás contando. Si Dayan no me da su sangre, seguro que moriré. Estás diciendo que eso es un hecho.
Desari asintió solemnemente.
– Solo estamos retrasando lo inevitable. Él ya habría completado la conversión si no estuvieras embarazada.
Corinne oyó su corazón acelerado y le llevó un momento ralentizando.
– ¿Cómo lo haría? ¿Cómo completaría la conversión?
La mirada de desari mantuvo la suya cautiva, casi como si estuviera compartiendo su valor.
– Debe haber tres intercambios de sangre. Cada intercambio de sangre te introduce un paso más en nuestro mundo. Y por supuesto, como eres su compañera, Dayan completará el ritual y te hará completamente suya.
– ¿Y crees que eso salvará mi vida? – Preguntó Corinne dudosamente, estudiando la cara de Desari cuidadosamente. Dayan lo creía porque tenía que creerlo – no tenía otra elección o se volvería loco – pero Desari no tenía lazos con ella. – ¿Realmente lo crees, Desari?
Desari suspiró suavemente.
– Creo que las probabilidades están a tu favor si todo va bien y ajustamos el tiempo perfectamente. Sabes tan bien como yo que tu corazón está en mala forma. Incluso con la fuerte sangre de Dayan reformando tus órganos internos, tendrás que tener la fuerza necesaria para atravesar la conversión. Gregori cree que podemos conseguirlo, y he oído que él es capaz de grandes milagros.
– Es capaz de milagros, Corinne. – Afirmó Savannah.
Corinne sonrió tristemente.
– Aún así, por el bien del bebé, debo estar cerca de Lisa. Si me ocurriera algo, ella es la que debe criarla. Será el único pariente del bebé.
Desari estaba sacudiendo la cabeza.
– Cuando Dayan te de su sangre, la sangre pasará a través de la placenta al bebé. La niña tendrá su sangre, su código genético, no el de tu anterior marido. La niña será eventualmente uno de los nuestros.
Corinne quedó en silencio, escuchando los sonidos de la casa, el viento fuera de la ventana, las ramas oscilando y danzando. Podía oír su propia respiración y el latido del corazón de la niña latiendo en su interior.
– Ya me ha dado su sangre. ¿Qué hará eso al bebé? – Estaba luchando desesperadamente por entender.
– Corinne... – Empezó Desari amablemente.
Corinne sacudió la cabeza.
– No, no quiero que me trates como a una niña. Simplemente dímelo claro. ¿Que le ocurrirá a mi bebé?
– Tu hija nunca habría sobrevivido al parto. – Dijo Desari. – Tu corazón era apenas capaz de funcionar para ti, mucho menos para las dos. Sin la sangre de Dayan, ambas habríais muerto, y esa es la verdad. Ella ya lleva el código genético de Dayan, pero no está completamente en nuestro mundo. Darius la monitoreo junto con Gregori durante el intercambio. Cuando se convirtió era demasiado para el bebé, la transfusión se detuvo para permitir que su cuerpo se ajustara. – Deliberadamente utilizó el término humano *transfusión* para tranquilizar a Corinne.
– Pensaba que un humano no podía ser convertido a menos que él o ella tuviera un compañero. – Corinne se sentía entumecida, atrapada, repentinamente cediendo al pánico a causa de las repercusiones de su decisión. Una cosa era tomar semejante decisión para sí misma, elegir el mundo de Dayan, pero era algo totalmente diferente tomarla para su hija. ¿Dónde estaba Dayan? Su guía, su cordura*. ¿Dónde estás?* Se extendió a través del tiempo y el espacio hacia él. Sus dedos se aferraron a la colcha, cosa extraña que la encontrara tan reconfortante.
Estoy aquí, mi amor, siempre contigo, una sombra en tu mente. Cazo al malvado para hacer nuestro mundo seguro, pero nunca me alejo de ti o de nuestra hija. Volveré ileso a ti tan pronto como acabemos con lo que es menester. Enfrentaremos eso que te asusta juntos, como

debe ser. Unir nuestros dos mundos no es tan difícil cuando sentimos como lo hacemos. Nuestro amor por nuestra hija nos ayudará en nuestras elecciones. Su voz fue una mezcla de calor y luz, música y melodía, tan hermosa que le robó el aliento. Le sentía fuerte y real y una parte de ella.

– Tu hija tiene un fuerte talento psíquico, quizás incluso más fuerte que el tuyo. – Dijo Desari.

– Puede ser convertida sin peligro para su cordura, pero hay otras complicaciones. Esto no es algo que hagamos a la ligera, Corinne.

Corinne podía sentir inesperadas lágrimas llegando de ninguna parte.

– Me siento como si me estuvieran dando pequeñas piezas de un puzzle una o dos cada vez, y la imagen es tan sobrecogedora que no puedo comprenderla. ¿Qué otras complicaciones?

– Nuestra especie tiene problemas para tener bebés, particularmente niñas. Pocos de nosotros concebimos niñas, y cuando las concebimos apenas podemos llevar los embarazos a término. Incluso después de que nazcan, nuestros bebés con frecuencia no sobreviven al primer año. Es una tragedia terrible y ha contribuido al declive de nuestra raza. A causa de que debemos darte sangre para salvar a tu vida, el bebé recibirá la misma sangre...

– ¡No! – Corinne fue inflexible. – Su vida es más importante que la mía. Ella tiene que estar primero en cada decisión. Sé que Dayan no quiere eso, pero es *mi* decisión, no suya. No quiero darle la vida solo para perderla porque egoístamente deseara vivir yo misma. Sería mejor arriesgarme a darla a luz ahora y dejar que los médicos hicieran lo que pudieran. Hacen milagros con los bebés prematuros. Tú misma dijiste que era fuerte.

Desari sacudió la cabeza.

– No habría sobrevivido a que la dieras a luz la noche que Dayan te sacó del hospital. Requirió toda la fuerza y poder de Gregori mantenerla con vida. Ahora es demasiado tarde para volverse atrás. Ella tiene la sangre de Dayan en su sistema. Ahora nos necesita para sobrevivir. Un médico humano nunca podría salvar su vida.

Corinne retorció los dedos bajo la manta con agitación.

– Me siento indefensa. – Confesó a las mujeres. – Siempre he sido yo la que se ha ocupado de los problemas de nuestras vidas, y ahora no puedo ayudar a mi propia hija cuando más lo necesita.

Desari sacudió la cabeza.

– Estás muy equivocada, Corinne. Ahora más que nunca eres tú quien debe tener la fuerza para llevarla a ella. Ya estás vigilando tu propio corazón e intentando regularlo.

– Siento a Dayan conmigo cuando tengo problemas. Es él quien regula mi ritmo cardíaco e introduce el aire en mis pulmones. – Corrigió Corinne. – Sé que él está ahí.

– Por supuesto... es tu compañero. – Dijo Desari complacientemente. – Pero él no puede salvarte si no estás dispuesta a ser salvada. Estás utilizando tu propia voluntad, y esta es considerable. – Palmeó la colcha. – Te veo como esta colcha. Francesca, la compañera de Gabriel, la hizo para ti. Es una gran sanadora que vive en Paris. Cuando tuvo noticia de que estabas embarazada y necesitabas ayuda, la hizo especialmente para ti. Es una colcha sanadora. Junto con los símbolos de sanación, utilizó otros para ayudar en tu protección si el enemigo te... encuentra.

– Es tan hermosa. – Dijo Corinne honestamente. – No quiero dejarla. Espero tener la oportunidad de agradecerle un regalo tan único.

Desari le palmeó la mano.

– Me gustaría examinarte y renovar el proceso de sanación si es posible. ¿Recuerdas lo que se siente? Savannah y Tempest me prestarán su fuerza, y te haremos sentir al menos más confortable. Recuéstate y empezaremos.

Dayan, cruzó velozmente el aire, con la apariencia de un largo rastro de gotas, muy similar a un cometa moviéndose rápidamente a través del cielo nocturno. Gregori y Darius estaban a ambos lados de él, formidables cazadores ambos, pero había sido la compañera de Dayan la

que había sido amenazada, y era él el que debía salvarla. Sentía a la bestia alzándose dentro de él, luchando por la supremacía. Gregori, renombrado por sus tormentas, generó una feroz borrasca, y nubes oscuras se arremolinaron velozmente para cubrir su vuelo a través del cielo nocturno en persecución del vampiro.

El relámpago zigzagueó, arqueándose de nube en nube, intenso y amenazador. Matices de profundo púrpura y negro emborronaron el cielo para que las estrellas fueran lentamente apagadas. El trueno reverberó a través del valle, resonando en los cañones, heraldo de una tormenta de gran magnitud. Muy por debajo, mientras los tres cazadores atravesaban a gran velocidad el cielo enturbia, las criaturas salvajes sintiendo a los peligrosos depredadores encontraron cobijo apresuradamente y permanecieron muy quietas. Perros domésticos aullaron de miedo y se escondieron cuando las sombras oscuras pasaron por encima.

Dayan. La voz de Gregori era compeledora, una suave orden. *La bestia es fuerte en tu interior. Recuerda, están en doble peligro. Tu compañera está atada a ti. No hay ancla que te mantenga en el buen camino. La violencia provocará el afloramiento de la bestia. Es tiempo de tener cuidado, no rabia. Junto con tu vida, tu alma está en peligro mortal.*

Dayan pudo oír la pureza de la voz de Gregori y la misma se derramó a través de la roja neblina de rabia de su mente. Durante un momento pudo ver y oír claramente de nuevo, pero entonces la idea del vampiro buscando a Corinne, amenazándola, le consumió de nuevo, y continuó su veloz persecución hacia el enemigo.

Dairus y Gregori volaban a ambos lados de Dayan manteniendo fácilmente el paso, los sentidos desplegados para escudriñar en busca de trampas ocultas. El vampiro no estaba intentando cubrir su retirada. Sabía por largos siglos de experiencia que si estuviera intentado evadirlos seriamente, habría lanzado más de un señuelo.

Dayan era bien consciente de las intenciones del vampiro. No le importaba. Tenía tremenda confianza en su propia fuerza y habilidad. Aunque no se consideraba a sí mismo un cazador del no–muerto, había acompañado con frecuencia a Darius en semejantes cazas. Era su compañera la amenazada ahora, y el código de honor de su gente dictaba que era responsabilidad de Dayan al igual que su derecho terminar con esa amenaza.

Súbitamente una lluvia ácida llegó de las nubes tormentosas, asaltando a los cazadores en vuelo. Delgadas vetas de luz plateada empezaron a llover a través del volar negro que se arremolinaba. Casi imposibles de ver, las gotas ardían con un cáustico ácido, chamuscando la piel. Las hebras como dardos venenosos se dirigían hacia los cazadores. Sabían que la mortífera lluvia era una táctica dilatoria del huidizo vampiro.

Inmediatamente Gregori se elevó sobre Dayan, protegiéndole instintivamente. Mientras Gregori tomaba la posición más alta, Darius envío una anaranjada veta flameante de energía pura, vaporizando las astillas de ácido antes de que pudieran alcanzar sus objetivos.

Dayan pudo captar un vistazo del vampiro a través de las nubes, atravesando rápidamente el cielo. Dayan dobló su velocidad, lanzándose directamente como una flecha hacia el vampiro en huida. Él era uno de los protegidos de Darius, había aprendido de él. Dayan creía en ser directo, llevando la lucha al enemigo. Sentía la presencia del maligno, una aceitosa sustancia que dejaba tras de sí dejando el aire apestado con el hedor del no–muerto. Dayan lanzó una oleada de vibraciones, una alta frecuencia que ensordeció los cielos y golpeó al demonio en fuga desde las nubes.

Justo delante vieron a la figura luchando por cambiar de forma, surgiéndole alas. Estaba ya peligrosamente cerca del suelo y era el último momento posible, el vampiro llevó a cabo una proeza atlética y se dio la vuelta, aterrizando sobre sus pies como un gato. Al momento trató de encubrir su presencia de los cazadores y los mortales que ocupaban la zona.

¡Dayan! La imperiosa advertencia de Darius fue aguda. *Es una trampa. Comprueba*.

Dayan lo había hecho automáticamente mientras se lanzaba tras el vampiro. Había cuatro humanos en una pequeña cabaña, todos hombres. Todos fanáticos. El hedor de la sociedad se aferraba a ellos. Dayan sabía que no tenían relación con el no–muerto. El vampiro simplemente los estaba utilizando como otra táctica dilatoria. Dayan confiaba totalmente en

Darius y Gregori. Sus reputaciones eran leyenda. No tenía que mirar para ver que estaban tras él. Sabía que estaban allí y confiaba en que ellos se ocuparan de los humanos.

– Creo que querías presentarte. – Dijo Dayan suavemente al vampiro, su voz pura y melodiosa, el sonido llenaba cada átomo de espacio a su alrededor aunque no había levantado la voz. – Te volverás y me enfrentarás, vampiro. Estoy bastante dispuesto a aceptar tu desafío.

El vampiro se estremeció ante el esfuerzo de liberarse del sonido de esa voz. Estaba hecha de doradas melodías, verdad y honestidad. Era horrorosa para la criatura, así que se presionó las manos con fuerza contra los oídos en un intento de bloquear el sonido. Se volvió lentamente, con las manos apretadas sobre la cabeza, su cuerpo tambaleándose ligeramente. Mientras se volvía abrió la boca como para hablar. Un negro enjambre de insectos irrumpió rodeándole, el aire se espesó con ellos, tantos que parecían una sólida pared, oscureciendo durante un breve segundo la visión de Dayan del no–muerto.

Estaba avanzando a zancadas, bloqueando fácilmente los molestos y venenosos bichos alejándolos de su cuerpo con una poderosa corriente de aire que produjo con un ondeo casual de la mano. Continuó moviéndose rápidamente, un borrón mientras se deslizaba a través de la nube de escudos vivientes. Dayan comprendió inmediatamente que el vampiro había utilizado los insectos para huir una vez más. Había desaparecido como si nunca hubiera estado allí, dejando tras él un espacio vacío en el aire. Vacío.

Tras él, Dayan oyó los gritos de los humanos, la ruidosa descarga de un arma. El aire vibró con poder, la rabia de la tormenta, aunque nada importaba más que la persecución de su presa... el vampiro que había amenazado a su compañera. Utilizó el vacío para rastrear al no–muerto. El vampiro estaba cambiando su forma, pero Dayan no se dejaba engañar. El hedor de su presa era abrumador, la tierra se sacudió. Cerca, un árbol enorme explotó en una feroz conflagración. Saltaron chispas desde la vegetación. Una pared de llamas saltó hacia Dayan, sólidas, rojas, de un brillante vivo, sin considerarlo su antagonista rugió directamente hacia él.

Al momento se revolvió rápidamente, una capa de húmeda neblina le envolvió mientras corría a través del fuego con velocidad preternatural. Oyó el siseo de la niebla mientras se calentaba y evaporaba, pero ya había atravesado la pared y estaba en el otro lado, y lo siguió implacablemente. No miró atrás; sabía que Darius y Gregori se ocuparían del enemigo y le seguirían tan pronto como fuera posible.

La tormenta era feroz, una arremolinada masa de pesadas nubes negras en ebullición. Se arqueó un relámpago de nube en nube y hubo un rápido aumento de carga eléctrica a lo largo de la tierra. Golpearon rayos desde el cielo a la tierra, el sonido fue ensordecedor.

Una sombra oscura estaba justamente delante, huyendo hacia el interior oscurecido de una alameda. Dayan tomó aire, cambiando de forma mientras lo hacía, una aerodinámica ave de presa corriendo a través de la masa de ramas para alcanzar al no–muerto antes de que se las arreglara para alcanzar su guarida. Llegó desde arriba, dejándose caer del turbulento cielo tan rápido que el vampiro no tuvo advertencia. El gran cuerpo del pájaro golpeó a la criatura nocturna haciendo perder el equilibrio, afiladas garras arañando viciosamente haciendo que la sangre corrupta salpicara la alfombra de vegetación, marchitándola al contacto.

Gruñendo, el vampiro se tambaleó, rasgando ciegamente el cielo a su alrededor en un intento de destruir a su enemigo, su cabeza ondeó de un lado a otro como un reptil. Era un ser horrendo y depravado decidido a vivir a toda costa. Intentó desesperadamente recobrar el equilibro, sus coordenadas, buscando en cielo y tierra a su atacante.

Dayan se movía tan rápido que era un borrón, un camaleón confundiéndose con los árboles, una vez más en forma humana. Embistió directamente a la abominación, la furia de la muerte surgiendo en el calor de la batalla. Saltaron llamas en las profundidades de sus ojos negro como el carbón, y cada vestigio del poeta desapareció, dejando detrás a la bestia en el ardor de la batalla. Su puño se hundió en la pared del pecho del vampiro, una frágil barrera, directamente a por el ennegrecido y marchito corazón. La vieja lujuria de la bestia estaba sobre él. El deseo de matar era una neblina roja que nublaba su juicio y su honor, llamándole implacablemente. Más, siempre exigía más, nunca saciada, nunca satisfecha.

Corinne oyó la voz suave del reconocido líder de los Trovadores Oscuros, Darius. Un susurro de pureza, suave y perfecto, limpiando y sanando como una lluvia fresca. *Corinne. Se te necesita. Debes convocarle de vuelta a ti. Ningún otro puede salvarle ahora. Alimentaré tu fuerza con la mía propia. Llámale a tu lado. Debes hacerlo ahora.* Su voz era calmada, tranquila incluso, pero ella supo inmediatamente que había una terrible urgencia. No se paró a preguntar. Estaba tan sintonizada con Dayan, que en el momento en que se extendió en busca de la mente de él, sintió el frenesí aniquilador, la implacable garra de la bestia.

Corinne yacía muy quieta, tomando instintivamente un profundo aliento y dejándolo escapar para relajarse. Concentró sus pensamientos en Dayan, bloqueando todo lo demás a su alrededor. La habitación se desvaneció, las restricciones de su condición física se desvanecieron, incluso su conciencia de Darius, hasta que solo quedó Dayan en su mente. Su Dayan. Alto, dulce y amoroso. Generoso. Entregado. Cerró los ojos hasta que casi pudo oler su limpia esencia a bosque. *Dayan.* Deliberadamente utilizó su nombre. Llamando al hombre. Buscando el intelecto. *Dayan, vuelve a mí*.

Al momento él estuvo allí a su lado, profundamente unido de forma que ella estuvo en el calor de su batalla con el olor a sangre y la lujuria de la muerte dominando su cerebro. Se quedó quieta un momento, ligeramente sorprendida de presenciar realmente el lado violento de él que siempre había presentido. Corinne yació muy quieta, permaneciendo completamente concentrada. Sin saber como utilizar su propio talento, creando una oleada de poder. Este era simplemente el otro lado de Dayan. Su Dayan*. Vuelve a mí. Abandona ese lugar y vuelve a donde se te necesita*. Puso toda su energía en su llamada, pero eso no importaba. Dayan era todo lo que importaba.

Sintió la terrible lucha. Algo más estaba luchando por apoderarse de él. Algo sombrío, no tangible, pero no obstante muy poderoso. Sintió la oscura mancha extendiéndose como una enfermedad a través de él, el triunfo de la maldad cuando amenazó con consumirle. Al principio Corinne creyó que él estaba enzarzado en combate mortal con el vampiro. Fuera lo que fuera, su adversario era malvado y ávido y quería a Dayan. Entonces comprendió que el vampiro estaba muriendo. Esta otra fuerza con la que ella luchaba quería el alma de Dayan, quería convertirle en la misma cosa que él cazaba y destruía. Entendió poco, pero instintivamente cayó en la cuenta de que una fuerza mental fluía de Darius a ella. Reguló su propia respiración, trabajando en regular de la Dayan. La adrenalina bombeaba a través de su cuerpo, mezclándose con el salvaje frenesí del depredador hasta que fue más animal que hombre. Una astuta y feroz criatura de la noche.

Tú eres Dayan, un músico sin igual, un poeta con palabras que me roban el aliento. Eres mi compañero, mi corazón y alma. Vuelve a mí, Dayan. Abandona ese lugar. Abandona a esa pobre e infortunada aberración. Ruego a Dios que encuentre un lugar mejor. No puedes hacer nada más por él. Vuelve a casa conmigo. Habló desde lo más profundo de su corazón, diciendo en serio cada palabra, sintiendo cada palabra. Estaba tan profundamente arraigado en el corazón de ella, tan profundamente enterrado en su alma, que no sabía dónde termina él y empezaba ella.

Durante un momento, la razón y el juicio brillaron en su cerebro, una arremolinante neblina plateada que atravesó la mortal neblina roja. *¿Corinne?* Su voz fue distante, un sonido lejano, rápidamente ahogado por un bramido de furia.

Corinne permaneció muy tranquila, enviando oleadas de amor y tranquilidad hacia Dayan. Darius estaba con ella, guiándola a una gran distancia. En algún nivel fue consciente de que él la dirigía, pero la mayor parte de sus acciones eran instintivas. Este era Dayan, su otra mitad, y estaba fuera en la oscura noche, en algún lugar con relámpagos y truenos golpeando la tierra a su alrededor, un telón de fondo apropiado para la turbulencia de su mente. Estaban tan unidos que podía sentir los salvajes vientos, el terrible vértice de violencia, arremolinándose como un tornado, fuerte y destructivo, decidido a hacer a un lado al hombre y dejar a la bestia que despertaba. *Dayan, ven a mi. Abandona ese lugar y ven a mí. El bebé está descansando tranquilamente y estoy muy cansada. Te necesito aquí donde perteneces.*

Ella estaba cansada. El vínculo mental era difícil para ella incluso con la fuerza que Darius le infundía. Su cuerpo estaba agotado y cansado. Un sonido estaba empezando a imponerse entre la violencia de la mente de Dayan. Era débil, irregular, un suave retumbar como un tambor distante. El código era extraño y errático. Un latido. Un fallo.

Corinne sintió a Dayan moverse dentro de su mente. Un suave siseo, un gemido de desesperación. *¡Corinne!* Su nombre fue un susurro en esa suave voz aterciopelada. Cerró los ojos, segura de que él vendría. La bestia nunca podría tenerle cuando ella le necesitaba. Nada evitaría que acudiera a ella. Sentía la fuerza de su determinación, sabía que él forcejeaba por la supremacía, enjaulando a la bestia en su interior. Corinne le dejó con ello. Respirar era ahora un esfuerzo, sus pulmones trabajaban.

Sintió a Desari a su lado, sosteniéndola la mano, murmurando un cántico. Sintió la energía sanadora de las tres mujeres. Fue un cálido hormigueo que recorrió su cuerpo, Desari estaba tranquila, como siempre serena, aunque Corinne sentía una alarma. No importaba, nada importaba. Dayan estaba en camino, y sabía que de algún modo él lo arreglaría todo. Deseaba oír el sonido de su voz.

Corinne fue a la deriva en un mundo de ensueño. Oyó la música de él, las palabras hermosas y poéticas que emergían de su alma mientras expresaba su necesidad de amor. Su necesidad de Corinne. Solo Corinne. Al fin creía en él. Él podía hacer cosas que otros no podían, y volvería a ella desde la oscura y terrible lucha que libraba por su alma. Ella tenía fe.

– Completa fe. – Murmuró las palabras en voz alta, pero su voz fue demasiado suave incluso para la aguda audición que había adquirido recientemente. Dayan. El nombre de él era su fuerza, su ancla que evitaba que se alejara a la deriva del mundo real.

Corinne. La voz de él susurró a través de su mente, llenando su corazón y pulmones, haciendo por un momento más fácil el respirar. Sus largas pestañas revolotearon mientras intentaba asegurar a las mujeres que todavía estaba viva. Sus pestañas eran más pesadas de lo que recordaba. Al final, fue demasiado esfuerzo el alzarla, así que se obligó a sonreír en vez de eso.

Sabía que vendrías. Apresúrate, Dayan. No sé por qué estoy tan cansada. Corinne estaba segura de haber pensado las palabras claramente en su mente, pero parecían emborronadas, juntándose como finos granos de arena. Su mano libre se movió lentamente sobre la colcha, buscando algo que necesitaba.

Desari tiró de la colcha hacia arriba para que en símbolo en particular quedara bajo los dedos en movimiento de Corinne. Al momento la mano de Corinne se cerró alrededor de él, tranquila una vez más.

Dayan atravesó el cielo, más rápido de lo que se había movido en su vida. Corinne se alejaba. Podía sentirla deslizándose lejos de él, moviéndose en una dirección que no iba a permitirle tomar. Un vapor oscuro surgió cuando explotó de las nubes, una veta verdeazulada contra el turbio negro de los cielos. La niebla se arremolinó en largas hilachas a la largo de la tierra y empezó a acumularse alrededor de árboles y casas.

Dairus le mantuvo el paso, concentrándose en la niña, cuyo agarre a la vida era tan frágil que estaba inusualmente preocupado. Gregori estaba intentando sujetar a Corinne a la tierra, concentrándose en su corazón moribundo. La cantidad de energía que ella había utilizado para evitar que Dayan sucumbiera a la lujuria de la muerte había sido más de lo que su débil corazón podía soportar. Corinne estaba luchando, no tenía miedo... simplemente confiaba en Dayan, sabía que él estaría allí para ella como ella había estado para él.

Dayan no pudo encontrar recriminación en la mente de ella, ni asombro ante el conocimiento de su lado más oscuro. Estaba tan dispuesta a aceptarle como siempre, y su aceptación le humillaba.

Mientras atravesaba el cielo nocturno con el rugido de la tormenta reflejando su tormento interior, se recompuso, preparándose para la ceremonia que se avecinaba. No tenía elección. Tenía que unirla a él por el bien de ambos. Tenía que darle su sangre sanadora. El bebé estaba en peligro, y Dayan, más que nadie, sabía que la pérdida de su hija era algo que Corinne nunca aceptaría. Intercambiaría su vida por la del bebé.

Dayan relució hasta una sombra sólida, inclinándose sobre Corinne mientras lo hacía, su mano grande engullendo la de ella mientras se la llevaba a la boca. Las pestañas de Corinne no se alzaron, pero su suave boca se curvó. *Sabía que vendrías.*

CAPITULO 15

Se estaban reuniendo. Dayan envolvió a Corinne en la colcha que ella tanto adoraba para transportarla hasta la cueva de sanación. La sostuvo con facilidad, su peso no más que el de una niña para él. La sostuvo con cuidado, su más preciado tesoro en el mundo, escudando su cuerpo de los elementos mientras atravesaba aprisa el cielo nocturno.

Corinne frotó la cara contra el hombro de él, acurrucándose más cerca, una vez más sintiéndose conectada con él en un extraño mundo de ensueño. El viento soplaba con fuerza, golpeando su cuerpo mientras volaban por el aire, pero era hilarante en vez de aterrador. Se sentía perfectamente a salvo, perfectamente protegida entre los brazos de Dayan, incluso viajando a un paso tan rápido y de una forma tan extraordinaria. Alzó la cara hacia el cielo, observando los matices púrpura que cruzaban las arremolinadas nubes negras. Era increíblemente hermoso, y encontró lágrimas ardiendo en sus ojos. Este era el mundo de Dayan, un lugar mágico. La noche era suya, y podía volar como un águila o correr a través del bosque tan rápido como un lobo. Corinne nunca había sido capaz de correr en toda su vida. Este era su momento, su último momento para volar.

Dayan, leyendo sus pensamientos, parpadeó para contener las lágrimas que amenazaban con arder en sus ojos y le atragantaban la garganta. *No es así, amor; tenemos una eternidad.*

Mientras aceleraban a través de la tormenta decreciente, Darius y Gregori permanecieron muy cerca de Dayan y Corinne. El compañero de Desari, Julian, estaba también de camino a la caverna, todavía a distancia. Había sido designado como hombre de la limpieza, se le asignó el borrar toda evidencia de la destrucción de vampiro y los miembros humanos de la sociedad que el vampiro había utilizado para intentar apartar a los cazadores de su rastro.

Corinne se alegraba de descansar entre los brazos de Dayan. Sabía que los otros estaban llegando, algunos en parejas, otros solos. Estaba ganando rápidamente los atributos de la gente de Dayan. Su audición era más que aguda. Podía ver claramente en la noche. Su talento era la telequinesis, pero ahora *sentía* las cosas mucho más profundamente. Sabía que la gente de los Cárpatos se estaba reuniendo para ayudar a Dayan a salvar su vida y la vida de su hija nonata. Los sanadores estaba preparándose para un parto prematuro, quizás incluso para un intento de acuparse de la niña si Corinne no sobrevivía. No estaba segura de si estaba recibiendo la información de Dayan o estaba tan conectada con los sanadores que estaba leyendo sus mentes por sí misma.

Dayan se deslizó cruzando el suelo de la caverna de sanación, sujetando a Corinne cerca de él. Parecían estar flotando, ligeros como plumas, desconectados del suelo. Surgieron luces, cientos de ellas, velas tras velas haciendo que las llamas titilaran y danzaran sobre las paredes de la cueva. Era hermoso. Los cristales multicolores, algunas altas torres, otros en filas de rechonchas columnas, brillando como fuegos apagados. Las gemas recogían los colores y llamas, amplificándolas y generando réplicas por toda la cámara, añadiéndose al brillo. Las velas producían esa extraña y tranquilizadora fragancia que Corinne recordara de antes. La combinación de esencias instaba a una pacífica tranquilidad a todo el que podía tomarla en sus pulmones. Sentía el poder del lugar moviéndose a través de su cuerpo, al igual que la combinación de fuerza de los sanadores.

Corinne hizo un esfuerzo por mirar a su alrededor, deseando ver a estas gentes que había viajado largas distancias, algunos de ellos cruzado océanos, para ayudar en el esfuerzo de salvar su vida y la de su hija. Reconoció algunas caras de su primera excursión a la caverna, pero ahora había más. En su mente podía oír el suave canturreo de voces, no solo de la gente de la caverna, sino también de esos Cárpatos desconocidos de lejos. Sabía por Dayan, que este era un esfuerzo bien combinado por parte de los sanadores, que estaban decididos a no perderla en favor de la muerte. Decididos a no perder a Dayan. Ni tampoco a perder a su bebé.

Corinne se los agradecía a todos ellos, pero parecía como si todo estuviera ocurriéndole a otra persona. Ella lo observaba todo como si estuviera flotando sobra la escena, en vez de ser el centro de ella. Había hombres decididos a salvarla por más razones que la simple simpatía. Era una mujer de gran talento psíquico, que había probado ser capaz de concebir una hija de extraordinario talento psíquico. Su hija era ya apreciada para esta gente, un tesoro que guardarían y protegerían si algo le ocurriera a ella. Lo sentía. Lo leía en sus mentes, fundidos como estaban todos juntos.

Volvió su atención a Dayan. Estaba pálido, había arrugas profundamente grabadas en su apuesta cara. Sus ojos negros vagaron sobre la cara amada en un estudio pensativo y sensual que le derritió el corazón. Parecía solitario, descarnado, vulnerable. Corinne levantó la mano y le tocó la cara, sus yemas gentiles mientras le trazaba la boca.

– No parezcas tan triste, Dayan. – Dijo suavemente. – Volviste... eso es todo lo que importa.

– No debería haberte dejado nunca. Había otros cazadores que podrían haber matado el vampiro. Debería haber sido lo suficientemente fuerte como para imponerme a mi naturaleza.

Estaba exponiendo más que su culpa a ella; estaba exponiendo su corazón y alma. Tendiéndolos delante de ella, sin preocuparse por que ella viera su vulnerabilidad desnuda. Su pena. Su miedo.

– Tú eres mi vida, Corinne, todo para mí. Quiero que luches. No solo por el bebé, sino por nosotros. Debes saber que estás luchando por la vida de ambos. Mantén ese conocimiento en

tu corazón, mente y alma mientras te unes a mí y a mi gente para preservar tu vida, la vida de todos nosotros.
Corinne le sonrió, una lenta y amorosa sonrisa.
– No tengo miedo, Dayan, y no quiero que tú lo tengas tampoco.
Él inclinó su oscura cabeza para cerrar los centímetros que los separaban, sin importarle que hubiera allí tantos testigos. Su boca encontró la de ella, gentilmente, tiernamente en una oscura melodía de inconmensurable amor. Levantó la cabeza lentamente, resueltamente. El corazón de Corinne estaba ahora luchando por cada latido. Todos podían oírlo a pesar del ruido del agua goteando en la caverna, a pesar del cántico de los antiguos uniéndose desde lejanos países.
Gregori se colocó al costado derecho de Corinne, tomando su pequeña y pálida mano en la suya. Darius se aproximó por la izquierda, colocando su mano gentilmente sobre el pequeño montículo de su abdomen. Por toda la caverna, los Cárpatos se extendieron los unos hacia los otros, uniéndose físicamente al igual que mentalmente. Julian y Desari permanecían en pie junto a Dayan y descansaban sus manos en firme consuelo sobre los hombros de Dayan.
No podemos arriesgarnos a una repetición de los eventos de esta noche, aconsejó Darius. Debes unirla a ti dándole tu sangre. Es necesario, Dayan.
No me arriesgaré con su vida. No sobreviviría a una separación en su frágil estado. Dayan fue inflexible.
Entonces debes permanecer con ellos todo el tiempo, despierto o dormido. No veo que ella tenga mucho miedo. Es mejor arriesgarse a que ella conozca nuestras debilidades que a otro encuentro cercano con la bestia. Había un ultimátum en el decreto. Darius había liderado a su grupo de Carpatos sin miedo a través de largos siglos. Confiaban en su sabiduría y habilidades. Su palabra raramente era cuestionada.
Corinne sabía que el hombre al que Dayan se refería como su hermano estaba hablando telepáticamente con él.
– Puedo sentir que está preocupado por ti, Dayan. Sea lo que sea lo que quiere que hagas, por favor hazlo. – Susurró las palabras contra la garganta de él.
– No quiero que sufras más por mi culpa.
Ella le sonrió aunque sus párpados estaban cerrados.
– Nunca he sufrido por tu culpa. ¡Que idea! Mi corazón ha estado fallando desde el día que nací. Tú no tienes nada que ver con ello.
– ¿Estás segura? Asegúrate, Corinne. No hay vuelta atrás. Cada paso hacia adelante que des es otro paso que te aproxima más a mi mundo.
– Nunca he estado más segura. Sea cual sea el mundo al que perteneces, Dayan, también es el mío. – Apenas podía hablar ahora.
Hubo un momento de inmovilidad en la caverna. Una espera. Corinne supe en que momento Darius y Gregori se fundieron con ella, Gregori viajó a través de su cuerpo hacia su hija. *Te quiero*. Susurró las palabras para Dayan, deseando que él lo supiera, deseando que comprendiera que si las cosas no salían como todos pretendían, le había amado incondicionalmente, aceptado incondicionalmente, incluso si nunca habían tenido la oportunidad de consumar su amor.
Dayan le besó la frente, los párpados; Después su boca vagó a la deriva hasta la de ella. Tomó posesión con un hambre elemental, con pura y dolorosa necesidad, haciendo tambalearse la tierra para los dos.
– Te reclamo como mi compañera. – Susurró suavemente para ella, contra sus labios, en medio del ancestral canto sanador. Su boca se deslizó por el cuello, ligera como una pluma, sensual, un susurro de satén y seda. – Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi lealtad, mi corazón, mi alma y mi cuerpo.
Un dolor ardiente atravesó el cuerpo de ella, dando paso instantáneamente a un placer puro que se arqueó a través de ella, a través de ambos. Corinne se sentía adormecida, inesperadamente sensual. Se cuerpo se tensó y ardió con calor y necesidad. Intentó permanecer despierta, no desmayarse, deseando experimentar la belleza de lo que estaba

ocurriendo, deseando prestar su débil fuerza a la de todos los demás que luchaban por su vida, pero se encontró a sí mismas relajada bajo la conexión. Sintió el barrido de la lengua de él mientras cerraba los diminutos pinchazos.

Su boca se movía gentilmente a lo largo de la garganta, subiendo hasta la comisura de los labios.

– Del mismo modo tomo en mi los tuyos. Tu vida, felicidad y bienestar serán apreciados y colocados sobre los míos propios siempre. – Con su nueva conciencia, Corinne sintió cuando Dayan fue más allá distanciándose de lo que estaba ocurriendo. Como en un sueño, observó que una uña se alargaba hasta una sola garra larga y afilada como una cuchilla. Se cortó el pecho, abriendo el pesado músculo, presionando la boca de ella hacia él de forma que su sangre corrieran dentro de ella.

Quedó atónita de encontrarse a sí misma bebiendo casi vorazmente, atónita de encontrar que no sentía repulsión en lo más mínimo. Una fuerza pareció entrar a raudales en su cuerpo, una riqueza que no se parecía a nada que hubiera experimentado nunca. Esta vez sintió el poder de él, sintió la forma ávida en que sus células y tejidos absorbían el don de la vida que él estaba compartiendo con ella.

Dayan la sujetaba con exquisita ternura, mirándola como si fuera la mujer más hermosa del mundo, un tesoro, un tesoro sin precio que él estaba guardando. Corinne sintió lágrimas ardiendo en su garganta, en sus ojos. Era tan guapo, tan torturado, su cara tallada con líneas de preocupación y pena que ella había puesto allí.

– Eres mi compañera, unida a mí por toda la eternidad y siempre a mi cuidado. – Susurró las últimas palabras del ritual. , uniéndolos a ambos a través de la ceremonia Cárpato tan vieja como el tiempo. Las palabras estaban impresas en él y en todos los otros hombres incluso antes de que nacieran. Cada hombre tenía la extraordinaria habilidad de unir a él a su compañera por toda la eternidad.

Corinne lo sintió inmediatamente, su alma, su corazón, incluso su mente, se extendieron hacia él. Era como si mil hebras se hubieran tejido uniéndolos, formando un vínculo inquebrantable. Estaba siendo incluso más consciente con lo que ocurría dentro de su cuerpo. Gregori estaba trabajando con fuerza para reparar el daño en su desintegrado corazón, mientras Darius estaba controlando al bebé en busca de problemas potenciales causados por la riqueza de la sangre introducida en su cuerpo. Dentro de Corinne, órganos y tejidos estaba ya cambiando de forma, y lo mismo le ocurría a su hija.

Corinne supo en qué momento la riqueza y el poder se convirtieron en demasiado para el bebé. Oyó su propia protesta, hizo el esfuerzo de moverse alejándose de Dayan incluso mientras Darius le daba la orden de parar. Fue Julian quien cerró la herida del pecho de Dayan con su propia saliva sanadora. Durante un momento Corinne yació allí, temiendo pensar o respirar, envuelta en la consoladora manta y al abrigo de los fuertes brazos de Dayan. Su bebé estaba luchando por sobrevivir. La sangre estaba cambiando el diminuto cuerpo demasiado rápido... era incómodo y atemorizante para la niña. Corinne oyó a Darius susurrar a la niña, enviando imágenes más que palabras. Hermosas, tranquilas, consoladoras imágenes.

La niña era consciente de que su entorno se deterioraba, de los cambios que tenían lugar rápidamente en su cuerpo. Corinne añadió su propia voz para reconfortar a su hija. Dayan se unió a ella, fundiéndose juntos, ofreciendo su amor, protección y compromiso hacia el bebé. Y entonces Gregori se unió a ellos. Corinne estaba atónita del poder y fuerza que emanaba de Gregori, la habilidad que utilizaba para evitar que el bebé dejara el incómodo refugio en el que habitaba. El cuerpo del bebe estaba caliente, sus entrañas ardían. Gregori la consoló y proveyó un refrescante bálsamo para el retorcido dolor.

Corinne parpadeó rápidamente cuando las lágrimas le corrieron por la cara. *¡Está sufriendo por mi culpa, por lo que me has hecho!* El llanto era desgarrador para su corazón. *Le hace daño. ¡Puedo sentir que le hace daño!*

Al momento su ritmo cardíaco fue irregular, sonando ruidoso y accidentado en la caverna. Desari rodeó a Dayan para apretar la mano de Corinne.

– Corinne. – Desari habló en voz alta para que el sonido de su voz fuera un ancla de tranquilidad. – La sangre de Dayan es la única cosa que os mantiene a ti y al bebé con vida. La conversión es difícil para el cuerpo, y es dolorosa. Darius están haciendo lo que puede por minimizar el dolor del bebé, y nosotros añadimos nuestra fuerza a la de él, pero no podíamos tomarlo todo. Su cuerpo es diminuto, y una pequeña cantidad de sangre causará daños mayores en ella. Tú necesitas la conversión. Las reparaciones de tu corazón no aguantarán más de un día o dos, quizás solo horas. La niña nacerá, y debemos estar preparados para ello. Le damos el tiempo que tú puedas ofrecer. Con esta sangre, con su cuerpo cambiando, esperamos que su corazón y pulmones maduraren los suficiente como para resistir en el mundo exterior. Es un riesgo que ninguno de nosotros se alegra de hacer, pero se estima que es necesario.

Dayan se inclinó, sus ojos oscuros se movían amorosamente sobre la cara de Corinne.

– No puedes ceder ahora al pánico, mi amor. Hemos elegido un camino y estamos ya embarcados en él. Haremos el viaje juntos. Ella crecerá fuerte... confía en Darius. Él es familia. Nuestra familia, la familia de la niña. Y pon tu fe en Gregori. Es un gran sanador y hará todo lo posible para proteger a nuestra niña nonata. Ni Darius ni su hermano pierden las batallas en la que han elegido comprometerse.

Corinne se recordó a sí misma respirar oxígeno para el bebé, o quizás fue uno de los otros el que se lo recordó. Era consciente de las mentes unidas, un vínculo ligeramente diferente al que utilizaba exclusivamente con Dayan. El suyo era privado, aparentemente íntimo, sensual. Este era diferente, pero aún así confortable y compasivo. Acunada como estaba entre los brazos de Dayan, se sentía escudada y apreciada por la familia y amigos de él.

Estaba exhausta, y no quería sentirse así. Todos lo intentaban con tanta fuerza, Gregori y Darius estaban gastando tremenda energía por su causa. Quería sentirse mejor por todos ellos, pero su corazón perdía el ritmo, y a través de su cuerpo un extraño letargo se estaba extendiendo. Dejándola débil e incapaz de hacer más que yacer en brazos de Dayan, respirando dentro y fuera tan lenta y firmemente como era capaz.

Desari miró aprensivamente a la cara de Darius. Estaba exhausto y pálido a causa de la lucha por la vida de la niña. Gregori sacudió la cabeza.

– Un alzamiento, quizás dos como mucho. La niña se beneficiará de cada hora que podamos ganar para ella. – Puso su mano sobre la de Corinne. – Es una luchadora, como tú. Acepta lo que le está ocurriendo, tomando ejemplo de ti. Sé que esto ha sido difícil... todo es nuevo y completamente extraño para ti... pero lo estás haciendo muy bien. No perderemos a tu hija. Ella está dispuesta a luchar con nosotros, y eso es más que media batalla.

– Gracias. – Corinne obligó a su voz a expresarse en voz alta, un diminuto y aflautado susurro, pero Gregori la oyó claramente. Ella se rindió entonces, cerrando los ojos y acurrucándose más cerca de la calidez y fuerza del cuerpo de Dayan.

– Ya no puede regular su calor corporal. – Dijo Dayan ansiosamente a Gregori. – ¿Por qué no está respondiendo a la sangre y a tu sanación?

– Ha respondido, Dayan. – Replicó Gregori tranquilamente. – Su corazón todavía late a pesar del hecho de que se desintegra a gran velocidad. Está utilizando toda su energía solo para vivir. Cuando ya no pueda continuar con su fuerza de voluntad, nuestra fuerza la mantendrá, entonces deberás convertirla inmediatamente. Debemos estar preparados. Será rápido. Reza por que ocurra durante nuestra hora más fuerte, no cuando el sol está en su cenit.

Dayan palideció visiblemente.

– Eso no puede ocurrir.

– La niña es consciente del peligro. – Dijo Darius suavemente, su voz una mezcla perfecta de poder y terciopelo. – Pondrá todo su empeño en aguantar durante nuestra hora más débil. Entiende y luchará por aguantar.

– Yo no carezco completamente de poder en ese momento y ayudaré a evitar que el parto comience temprano, pero no puedo hacer nada si el corazón de Corinne le falla. – Dijo Gregori.

– Entonces la convertiré ahora. – Dijo Dayan, sus ojos negros titilaron con las llamas reflejadas en los cristales. Un viento frío pareció soplar a través de la enorme caverna haciendo que las luces de las velas oscilaran creciendo y danzando en un loco frenesí.
La pequeña mano de Corinne revoloteó, encontrando la boca de Dayan, la yema de sus dedos se movieron gentilmente sobre sus rasgos perfectamente cincelados en un gesto de tierna recriminación. *Me lo prometiste, Dayan. Mantén tu palabra*.
Al momento él le presionó un beso en el centro de la palma, le sostuvo la mano firmemente como si pudiera encadenarla a la tierra con él. No puedo hacer más que honrarla.
– Corinne. – La voz de Savannah fue muy suave. – Shea es una gran sanadora. Antes de que llegara a nosotros, era cirujano, humana, como tú misma. ¿Recuerdas? Hablamos de ella. Le he llamado, se abre paso hacia nosotros velozmente. Será de gran ayuda con tu bebé. ¿Me entiendes?
Corinne asintió.
– Entiendo lo que intentas decirme. Aguantaré hasta que ella llegue. Si da una mejor posibilidad a mi bebé, haré lo que sea.
– Shea es una mujer excepcional. – Asintió Gregori. – Ha investigado mucho este problema en particular y es esperanzador que haya encontrado formas de ayudar a nuestros niños mientras crecen.
– Corinne está muy cansada. – Dijo Dayan suavemente. – Gracias a todos por vuestra ayuda.
Corinne fue consciente de movimiento en el interior de la cámara, otro remolino de actividad mientras se preparaba una cama para ella. No había intención de devolverla a la superficie, a la casa que originalmente había preparado para ella. Permanecería con Dayan profundamente en el interior del mundo de cristal hasta que su corazón cesara de proveerla de vida.
Dayan la mantuvo cerca de él mientras murmuraba su agradecimiento a las vagas y sombreadas figuras que salían de la cámara. Corinne se contentaba con yacer entre sus brazos, sintiendo su sólida forma, agradeciendo la fuerza en él. La cámara estaba llena de una fragancia que parecía envolverla en tranquilidad, serenidad. Se sentía en paz, libre de disfrutar lo que pudiera en este extraño mundo subterráneo.
Darius se inclinó para descansar su mano en la coronilla del sedoso pelo de Corinne.
– Bienvenida a la familia, hermanita. Nos alegramos de que hayas sido hallada. – Su mano se apartó y se movió silenciosamente, llevándose con él la sensación de su enorme poder.
Tempest se inclinó para besarle la mejilla.
– Sé fuerte, Corinne, y bienvenida. – Tomó la mano extendida de Darius y le siguió fuera.
Desari y Julian rozaron un beso de bienvenida y ánimo en su frente, intercambiando una suave palabra con Dayan y deslizándose fuera.
Gregori y su compañera Savannah fueron los últimos en salir. Aseguraron a Dayan que estarían cerca por si les necesitaban.
– Al fin. – Murmuró Dayan suavemente. – estamos solos. – Colocó a Corinne confortablemente en la cama. El sonido de la cascada debería haber sido ruidoso, pero Corinne ya había aprendido a silenciar su audición dejando una cosa menos que Dayan necesitaba hacer por ella. Él colocó los pliegues de la colcha a su alrededor. – Después de que nazca el bebé, sanarás completamente, y voy a pasar noches interminables haciéndote el amor. ¿Mi pelo tiene color todavía? Espero alzarme con el pelo blanco después de todos estos sustos.
Ella sonrió, su mano se enredó entre el largo pelo negro de él.
– Adoro tu pelo justo como está. No te saldrán canas por mi culpa. ¿Quién de nosotros fue el tonto que salió a luchar con el malvado dragón? – ¿Qué fue eso de todos modos? Tenía demasiados problemas para utilizar su voz, así que se deslizó hacia la intimidad de la fusión de mentes. ¿*Creíste necesitar una aventura? ¿El caballero blanco desafiando al fuego con un cubo de agua?*
Él rió suavemente mientras se estiraba junto a ella y una vez más la abrazaba acercándola a él.
– *Confundes tus historias*. – Las yemas de sus dedos se deslizaron sobre la amada cara de ella, trazando cada delicado hueso, cada curva clásica.

– *Esto es tan hermoso*. – Los ojos de Corinne estaban cerrados y su voz fue adormecidamente satisfecha. – *Sabía que sería así. Solía soñar con explorar nuevos mundos. Quería nadar en el océano y ver los arrecifes de coral*. – Sus dedos acariciaron el pelo de él. *Me has dado tanto en tan poco tiempo, Dayan. Gracias. He volado por el cielo como un pájaro. Fui capaz de ir bajo tierra y ver cristales y gemas*. Una sonrisa tiró intrigantemente de la comisura de su boca. – *He conocido a algunos músicos muy famosos... el sueño de mi vida, ya sabes.*

Dayan cerró los ojos firmemente, sintiendo una mano que le estrujó su corazón como un puño. Su pecho ardía de terror. Ella se deslizaba abandonando de su fusión mental y utilizando la voz, sin ser enteramente consciente de ello.

– Te amo, Corinne. – Murmuró en voz alta.

Yo también te amo. Ella se desmayaba entre sus brazos. *Muéstrame como es para ti, Dayan, correr y volar y sentir tan maravillosa libertad*. Sentía la terrible pena de él e instintivamente quiso aliviar su carga. Sus dedos se lanzaron gentilmente hacia el pelo de él, animándole a llevarla con él en tan increíble viaje a través del tiempo y el espacio.

– No puedo llevarte de viaje. – Dijo él suavemente, deseando darle cualquier cosa que quisiera, deseando poder acunarla entre sus brazos y volar atravesando el cielo nocturno con ella. – El tiempo está volviéndose fríos y se aproxima una tormenta. No sería seguro.

– *¿Dónde está su imaginación esta noche, Dayan? – ¿Dónde está mi poeta? Canta para mí y permíteme ver tus recuerdos. Quiero los más salvajes, de correr y saltar, cosas que nunca podría atreverme a imaginar por mí misma. – Comparte eso conmigo*. – No abrió los ojos para mirarle, pero él la sintió en su interior, profundamente donde más importaba.

Dayan se inclinó más cerca, poniendo sus manos sobre la hija de ella, la hija de ambos, la hija de John, para incluirla, para mostrarle su mundo nocturno. Sintió al bebé moverse en respuesta y se encontró a sí mismo sonriendo. Corinne deslizó su mano sobre la de Dayan, entrelazando sus dedos a través de los más grandes de él. Dayan bloqueó su miedo, su terror de perderlas a ambas en la muerte, y fundió su mente completamente con la de Corinne.

Ella dejó que los recuerdos de él barrieran en su interior, inundándola de forma que pudo sentir el poder atravesándola mientras él cambiaba de forma. El pelaje ondeando sobre su piel, sus músculos convirtiéndose en nervudas cuerdas extendiéndose sobre su cuerpo. Se fundieron profundamente dentro del cuerpo de leopardo. El felino se paseó lentamente, confiadamente a través de la jungla, moviéndose a través de la densa vegetación casi perezosamente. Era asombroso... podía sentir el viento erizando el pelaje del leopardo, oler las fragancias del aire; sabía todo lo que ocurría a su alrededor a través de las puntas de sus bigotes.

¡Es como un radar!

Dayan se alegró del deleite de ella. El leopardo saltó casualmente del suelo del bosque a la rama de un árbol a seis pies de altura. Fue un movimiento fácil y nada esforzada de puro músculo, similar a un casual encogimiento de hombros. Todo a su alrededor era densa jungla, las enormes hojas y frondas como espadas se extendían hacia el cielo. En lo alto las copas de los árboles se balanceaban con la brisa permitiendo que rayos de luz lanzaran sombras danzantes sobre el suelo de abajo. Corinne estaba asombrada de la aguda inteligencia del leopardo. Al principio pensó que era porque Dayan estaba ocupando el enorme cuerpo del felino, pero después comprendió que la mente de él permanecía profundamente escondida mientras el animal se movía y cazada.

Tú y el leopardo coexistís en este cuerpo.

Esto es un recuerdo de mi niñez. Yo necesitaba aprender. Los leopardos son verdaderamente criaturas asombrosas. Son veloces e inteligentes, cautelosos y siempre difíciles de detectar. Se adaptan bien a ambientes de los más variados, desde la junta al desierto. Nosotros exploramos varios hábitat para ganar más conocimiento. Los animales proporcionaron tremendos conocimientos a nuestro mundo.

Corinne encontraba el tema fascinante, y estaba muy impresionada por el profundo aprecio y respeto que él sentía por los animales. *Muéstrame más.*

Esta vez el terreno era completamente diferente. El leopardo incluso parecía diferente. Tenía un pelaje más largo y enormes manchas. Corinne lo examinó cuidadosamente. Parece un leopardo de la nieve, pero no exactamente.

– Esta especie se llama leopardo Amur, llamada así por el río que fluye entre Rusia y China. Los encontramos en una estrecha cadena montañosa a lo largo de las fronteras de Russia, Corea del Norte y China. Son muy hermosos, pero la caza es escasa y están muy presionados por la amenaza de extinción, justo como nuestra especie.

Al momento él sintió una oleada de tristeza, que pareció unirse a la suya propia. Estaban tan profundamente fundidos, que no podía decir donde terminaba ella y empezaba él. Era una intimidad a la que no estaba acostumbrado, pero se sentía bien. Ahora tenía un hogar, y su nombre era Corinne. Ella era su mundo, el aire mismo que respiraba en sus pulmones. No podía soportar que ella estuviera triste, incluso por algo tan importante como una especie moribunda.

Dayan llamó a sus recuerdos, volviendo al leopardo que se movía implacablemente, con un solo propósito en mente hacia su presa. Sus ojos estabas enfocados, atentos, despiadados. Corinne podía sentir el salvajismo inundándola, inundando a Dayan.

Dayan sintió que Corinne tomaba una respiración profunda y excitada. El bebé saltó bajo la palma de su mano. Al momento Corinne se extendió hacia la niña tranquilizadoramente. Inmediatamente Dayan añadió su propio esfuerzo. La felicidad de su madre añadida al consuelo de Dayan permitió al bebé aceptar las nuevas impresiones más fácilmente.

Él cambió de nuevo el recuerdo, atrayendo algo menos aterrador, los simples mecanismos de la vida diaria de un felino. El leopardo extendido sobre la rama de un árbol y permaneciendo allí un largo momento, comprobando el viento en busca de la riqueza de información que este impartiría. Estirarse perezosamente y saltar al suelo. Paseando sobre silenciosas patas, moviéndose a través de la jungla de vuelta al pequeño arroyo donde podría beber. Por todas partes había rastros de criaturas más pequeñas, apartándose a toda prisa del peligro mientras el felino viajaba velozmente a través de la densa vegetación. Empezó a correr, una ráfaga de velocidad y poder, moviéndose veloz por el puro placer de hacerlo. Era el recuerdo de Dayan, su alegría de la niñez al ocupar el cuerpo del leopardo, y Corinne agradeció compartirla.

Él la llevó de esa jungla de tanto tiempo atrás a un concierto de hoy en día, una gran habitación llena de gente hablando y riendo. Las luces bajaron y hubo un súbito silencio de anticipación. El momento se extendió. Corinne esperó con tanta excitación como la multitud la aparición de la banda. Los Trovadores Oscuros, renombrados por su música, pero la belleza de sus letras y su fenomenal talento con los instrumentos. De repente la banda salió al escenario y la multitud rugió, alzándose, saltando y aplaudiendo salvajemente.

Eres increíblemente guapo. Había orgullo en los pensamientos de ella, un placer, un placer bastante posesivo que hizo a Dayan increíblemente feliz.

Las yemas de los dedos de Dayan trazaron la curva de la boca de ella.

– Mi pequeña grupee. – Su burló e inclinó la cabeza para reclamar sus labios. No podía contenerse. Anhelaba la sensación de su sedosa boca. Fue exquisitamente tierno, aunque ferozmente posesivo, con dolorida necesidad.

Corinne respondió con la misma cálida ternura, su única forma de expresar el creciente amor por este hombre solitario y salvaje. Deslizó sus brazos alrededor del cuello de él para acunarle la cabeza, un tremendo esfuerzo cuando su cuerpo estaba tan cansado y desgarrado.

Al instante Dayan sintió su debilidad y lentamente, rompió el contacto para besarle la comisura de la boca, la barbilla, la línea de su suave y vulnerable garganta. Se sentía dolorido de amor por ella, sentía ese mismo dolor en ella. Le humillaba como nada más lo habría podido hacer nunca. Podía leer cada pensamiento de ella, ver fácilmente sus recuerdos. Había estado solo durante siglos, rodeado de gente a las que solo recordaba amar. Ella había cambiado su mundo, dándole tanto.

Corinne le aceptaba como era. Estaba ganando acceso a sus recuerdos y pensamientos a través de la continua unión de sus mentes, y ahora el ritual de unión y su vínculo de sangre, pero la aceptación de ella iba más allá de eso. Lo sentía, vio aceptación no porque fueran

compañeros, sino basada en un profundo amor y compromiso con él. Corinne tenía fe en sí misma y su juicio. Sentía bondad en él y la abrazada. Amaba al poeta en él, la forma en que se expresaba a sí mismo en su música y sus letras. Aceptaba su lado más oscuro, sabía que era su naturaleza, parte de quién era. Creía en él y en quién era. En qué era.

– Quiero que duermas, mi amor. – Murmuró él suavemente, su boca viajando a lo largo de su delicada clavícula. – Puedo sentir que estás cansada. Simplemente duerme. Dará a tu cuerpo una oportunidad de descansar. Yo permaneceré aquí a tu lado.

Los esbeltos brazos de ella se deslizaron suavemente abandonando el cuello de Dayan para caer débilmente sobre la colcha. La boca errante de él le estaba robando la habilidad de pensar con propiedad. Si cerraba los ojos, ardientes lágrimas brotaban a la vida, enredándose en sus pestañas. Lo lamentaba por él, por su terrible pena. Él no quería irse a dormir. Le asustaba que al levantarse ella pudiera estar perdida para él. Su acostumbrada calma estaba totalmente destruida. Corinne reconoció, con su nueva conciencia, que se estaba volviendo más y más como Dayan, dotada con realzadas habilidades.

¿Estás a salvo aquí conmigo? Estaba consolándole, intentando reconfortarle.

Dayan le cogió la mano, llevándosela a la boca. Sus dientes fuertes mordisquearon con extraordinaria gentileza las yemas de los dedos. Ella le estaba volviendo del revés.

– Estamos profundamente bajo tierra. No siempre he dormido bajo una manta de nutriente tierra. En vez de eso permaneceré tu lado. Si te despiertas antes de la puesta de sol, no te asustes. Mi cuerpo tendrá la apariencia de muerte mortal. Pero está simplemente rejuveneciendo. Es un estado natural para los Cárpatos, Corinne. No querrías que te alarmaras de ningún modo.

Ella le sonrió tranquilizándole. Todo en Dayan era extraordinario. Mágico. Podía creerlo todo de él, incluso el que despertara de la que podría parecer un estado de muerte. Había descubierto imágenes en la mente de él. Los Cárpatos descansaban en un estado muy parecido a la animación suspendida. Sintió la bienvenida de la tierra sanadora como la sentía él, como un estado natural, en el cual podría ser verdaderamente uno con la tierra y el cielo.

– No me asustaré, Dayan, si despierto. Esperaré que reaparezcas como la Bella Durmiente. – Su voz era tan débil que resultaba apenas discernible para el oído humano, pero Dayan podía oírla sin problemas. Había una sonrisa en esa voz. – Si te beso, ¿te despertará eso?

– Si me necesitas, Corinne. – Sabía que se burlaba de él, pero respondió solemnemente. – te oiré. – Deliberadamente entrelazó sus dedos con los de ella, sujetando el cuerpo de ella cerca del de él. – Siempre oiré que me llamas.

Sé que lo harás. Ya no tengo miedo, Dayan. No lo tengo. Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá. Hemos hecho lo que hemos podido para prepararnos para esto. Sobreviva y consigamos el final feliz o no. Quiero disfrutar mi tiempo contigo, cada minuto, cada segundo. Por favor no tengas tanto miedo por mí.

Él podía sentir como su propio corazón palpitaba perdiendo el ritmo de miedo en su pecho. Tomó un aliento, profundo, llevando la fragancia de ella a sus pulmones. Entrando en un sereno y tranquilo estado mental. Permitió que fluyera en él, a través de él, sabiendo que lo que ella decía era verdad.

– No temo viajar al otro mundo. Si tú estás allí, es allí adonde ambos iremos. Espero permanecer en este tiempo y lugar para compartir la belleza de este mundo contigo. Deseo ser capaz de sentir amor una vez más por mi familia y criar a nuestros niños aquí antes de continuar nuestro viaje. Pero si se eso es lo que tiene que ocurrir, que así sea.

Corinne yació junto a él, derivando a un estado de semi–sueño. El bebé se movió en su interior bajo la cálida mano de Dayan. Estaban los tres conectados. Dayan sentía esa conexión muy fuertemente, y Corinne se encontró sonriendo, relajada y totalmente feliz. Él le había concedido un tesoro más allá de cualquier precio. La había amado tal y como era. Con su corazón desintegrándose y el hijo de otro hombre en su cuerpo. La amaba con su extraño talento y modales mandones. Había aceptado quién y qué era. Ni más ni menos. Nadie podía pedir más.

Quería oír su música, vagar a la deriva hasta sus sueños sobre él con el sonido de sus canciones en los oídos. Dayan sintió su deseo en la mente, recorrió la cueva con la mirada, súbitamente consciente de que no tenía su preciado instrumento, y que no había pensado en ello. Siempre la tenía entre sus manos, pero ahora cuando la necesitaba, no estaba a la vista.

Tu mantita. Había un rastro de risa, como si ella sintiera el pánico que le embargaba. *Pequeña.* Dayan se encontró a sí mismo riendo, relajándose en la calidez de su compañía. *No puedo tocar sin mi guitarra.*

No te librarás tan fácilmente. Canta para nosotras... para el bebé y para mí. No necesitas tu instrumento para cantarnos. Sonó increíblemente presumida, burlona y feliz.

Dayan tiró de ella firmemente apretándola contra él de forma que la cabeza encajara cómodamente en su hombro. No podía hacer otra cosa que complacerla. Su hermosa voz estaba llena de amor, la letra emanaba de él como oro fundido. Se quedó dormida con una pequeña sonrisa curvando su boca. Bajo su mano, la niña se acurrucó más cerca y se durmió con su madre.

CAPITULO 16

Corinne despertó, su cuerpo se retorcía de dolor. Oyó el suave eco del lamento del bebé, y la asustó que el momento del parto se hubiera presentado demasiado pronto. Fue ese pequeño y desamparado lamento en su mente lo que la mantuvo tranquila. Tomó un profundo aliento para dar a su hija el precioso oxígeno.

– Todo irá bien, pequeña. – Canturreó suavemente. – Esperábamos que esto ocurriera.
Estaba muy oscuro en la cueva. Solo el agua brillando con plata negra proporcionaba una débil luz, un reflejo de un respiradero lejos en lo alto, pero Corinne podía ver tan claramente como si fuera de día. Hizo un cuidadoso inventario de su cuerpo, excitada, temerosa, pero decidida. Intentó no notar que su corazón estaba latiendo con demasiada fuerza y trabajaba perezosamente.
No quería pensar en morir, o asustarse por ello. Había amado. Completamente. Totalmente. Sin reservas. Y había sido amada a cambio de la misma forma. ¿Cuántos podían decir eso? Y sabía que triunfaría en esta la más importante, más monumental tarea de su vida. Dejará un legado de belleza y maravilla. Un tesoro para el mundo. Su hija. Cerró los ojos y respiró profundamente, concentrándose en sí misma. Podía hacer esto. Siempre podía hacer lo que se requería de ella. Más que nada en su vida, este era su momento más importante. Dar la vida a su hija.
– Podemos hacerlo, pequeña. – Susurró suavemente. – Juntas. Las dos. Podemos hacerlos. – Muchas otras mujeres la habían precedido y habría millones después de ella, pero este era su momento y no fallaría a su hija.
Corinne giró la cabeza lentamente para mirar a Dayan. Yacía junto a ella absolutamente inmóvil. Estaba muy pálido, no había alzamiento y caída discernible de su pecho. Su piel, normalmente caliente al tacto, estaba fría como la piedra. Yacía como si estuviera muerto. Encontró su largo, oscuro y sedoso cabello y enredó los dedos en él para conectarse. Le necesitaba, le necesitaba sólido y real a su lado. Dormido o despierto, la tranquilizaba con su presencia. El sol no se había puesto aún, pero instintivamente supo que el momento estaba cerca. Era extraño no tener a Dayan como una sombra en su mente. Había estado tanto allí, que ahora lo daba por supuesto, aunque no había comprendido hasta el momento que se sentía tan conectada con él siempre. Cuánto le importaba.
Así es, mi amor, está ocurriendo. Sus dedos se apretaron entre el pelo de él. Sostuvo las sedosas hebras contra su cara. *Creo que estamos preparados, tan preparados como puede estar alguien. Te quiero mucho. Escúchame, Dayan. Te amo*.
La oleada empezó de nuevo, una larga y enojada onda que pareció elevarse más y más alto haciéndola respirar superficialmente, concentrándose en el aire que se movía a través de sus pulmones, ventilando hasta su bebé. La niña estaba incómoda, asustada. Algo la apretaba hacia abajo, presionándola para que se moviera, pero ella no quería que ocurriera aún.
El instinto tomó el control de madre e hija que empezaron a trabajar en una especie de unión. Corinne ordenó a su cuerpo que empezara a relajarse y tranquilizarse, respirando entre las incómodas contracciones, todo mientras consolaba al bebé con su mente. Se encontró atónita de poder tocar la mente de la niña, de que el bebé fuera tan inteligente y consciente a tan corta edad. El bebé la advertía antes de que Corinne sintiera en realidad el principio de una contracción, capacitándola para tomar una profunda y tranquilizadora respiración y soportar cada una de ellas. Deseó poder levantarse y caminar, sabiendo que eso aceleraría el proceso, pero no se atrevía a arriesgarse. A pesar de su determinación de no ceder al pánico, Corinne encontró que el miedo la inundaba mientras las contracciones se incrementaban y una pesada piedra pareció colocarse en las proximidades de su pecho.
Supo en qué instante Dayan despertó. Estaba allí en su mente incluso mientras atraía su primer aliento, incluso mientras el sonido de su corazón llenaba la cámara con su tranquilizador y firme latido. Su roca. Su ancla. Dayan. Respiró su nombre, inhaló su esencia. Por supuesto que vendría a ella en su momento de necesidad.
La manos de él le recorrieron la cara, una gesto amoroso y tierno. Podía sentir su amor por ella derramándose de su corazón y alma hasta los de ella.
– Nunca estarás sola, mi amor, nunca más. Ocurra lo que ocurra aquí esta noche, yo estaré contigo.
– Me alegro de que estés conmigo. Desearía que estuviera Lisa, pero sé que ella pasaría un mal rato enfrentándose a esto. No podría apoyarme tanto en ella. Eso la hace sentir tan culpable. No comprende que me da tantos otros regalos. No necesito apoyarme en ella para

quererla. – El aliento se le quedó atascado en la garganta cuando la siguiente contracción empezó a elevarse como una gran marea.
– Es la hora. – Declaró el con suavidad. Su voz fue suave terciopelo. Sus ojos negros encontraron los verdes de ella, e instantáneamente cayó a través del tiempo y el espacio a un profundo pozo insondable. Dayan cambió de posición incluso mientras la mantenía atrapada en su hipnótica mirada. Su momento ha llegado. El bebé está llegando, y su corazón está fallando. Necesitamos a los sanadores ahora. Envió la llamada a la noche, sabiendo que los otros estaban en algún lugar cercano, durmiendo bajo la tierra en la red de túneles subterráneos y cámaras. Su llamada los despertaría instantáneamente.
Dayan la mantuvo en la trampa de su mirada, apartando el dolor de la experiencia de la labor para dar un descanso a su corazón. Podía oírlo, el terrible brinco, el heraldo del desastre. El cuerpo de ella estaba ya agotado, y solo acababa de empezar.
– Ya no puedo sentir las contracciones. – Susurró ella. – Se supone que tengo que ayudar al bebé a través de esto, Dayan. ¿Si no puedo sentir lo que está ocurriendo, como puedo ayudarla?
– Simplemente estoy bloqueando el dolor como hacen con frecuencia los mortales con los medicamentos cuando están de parto; sentirás las contracciones sin la incomodidad. – Estaba exteriormente calmado, tranquilo dentro de su mente donde ella estaba seguramente fundida con él. Profundamente en su interior donde ella no podía ver, una mano le estrujaba el corazón en un puño.
– No hay necesidad de poner una tensión innecesaria sobre tu corazón si puedo evitarlo. – Intentó sonar seguro. El momento de la contracción estaba pasando, Dayan la empujó a sus brazos, sensible a la necesidad de ella de cambiar de posición.
Corinne estaba dedicando cada onza de voluntad en mantener su corazón en funcionamiento, pero el parto estaba agotando su energía rápidamente. Dayan enterró la cara entre los sedosos mechones del pelo de ella, escondiéndose allí durante un momento mientras se obligaba a apartar sus propios temores.
– Desearía poder hacer esto por ti, Corinne. – Murmuró él suavemente.
Ella inclinó la cabeza para besarle.
– Lisa es frágil, Dayan. Es mi familia y la quiero mucho. – Corinne encontró difícil dejar de respirar lo suficiente como para hablar.
Dayan la sostuvo entre sus fuertes brazos como si así pudiera evitar que viajara al otro mundo.
– Ssh, cariño, me ocuparé de que Lisa sea protegida y amada toda su vida. No necesitas preocuparte por ella.
¿Pero y si no puedo hacerlo, Dayan? ¿Quién se lo dirá, cómo llegará hasta aquí para estar con el bebé y contigo? Cullen...
– Cullen lo está haciendo bien por el momento, descansando cómodamente con Lisa sujetándole la mano. – La tranquilizó rápidamente. – Syndil y Barack están protegiéndoles, asegurándose de que no les sobrevenga ningún daño. Puedo tocarles en cualquier momento, al igual que tú. Solo tienes que enviar tus miedos a nuestros congéneres y ellos te tranquilizarán como lo hago yo. Syndil sabe que estás de parto; está comprobándonos como yo los compruebo a ellos.
No dejes que le diga a Lisa que algo va mal. Si me ocurre algo, ve a ver a Lisa tú mismo. Ve, Dayan. Debes ser tú el que se lo diga.
– Quiero que permanezcas tranquila, cariño. Conserva tu energía. tu trabajo es mantenerte con vida a través de esto, dar a luz a nuestra niña. No te preocupes por algo que puede que no ocurra nunca, y ciertamente no por Lisa, que está perfectamente a salvo.
La siguiente contracción barrió a través de su cuerpo, mucho más intensa que la última. Su corazón estalló con un violento y frenético palpitar. Era imposible respirar. Una piedra le estaba aplastando el pecho, y en su interior, el bebé estaba muy, muy quieto. El pánico la inundó mientras luchaba sólo por respirar. Sabía que Dayan la estaba ayudando, pero no podía llenar de aire sus pulmones.

Gregori se materializó en el interior de la habitación. En un momento no había nadie junto a la cama, y al instante siguiente, estaba de pie allí erguido, invencible. Su sonrisa parecía tranquilizadora, pero Corinne estaba empezando a conocerle a través de sus continuas fusiones mentales. Había preocupación en su mente. Darius se erguía sobre ella también, una figura más grande que la vida misma tan poderosa que parecía inconmovible. Una mujer emergió de lo que parecía el mismo aire, transparente al principio, después muy real. Era pequeña, con pelo rojo vino, y daba la impresión de total competencia. Fue ella la que se inclinó cerca y puso su mano sobre el abdomen de Corinne, con un ligero ceño de concentración en su cara.

– Esta es Shea, Corinne. – Dijo Gregori suavemente. – Confía en su juicio como hacemos nosotros. – Gregori le tomó la mano. – Nuestra gente se está congregando donde quiera que estén y añadirán también su ayuda. Lo conseguiremos.

Corinne fijó sus ojos en Dayan. *Salva a mi bebé.* Fue una súplica desesperada. *Algo va mal, puedo sentirlo.*

– Corinne. – La voz de Shea era amable pero muy firme. – Voy a ocuparme del bebé inmediatamente. Tiene problemas, y necesitamos sacarla ahora. – Levantó la mirada hacia Dayan. Debes completar el ritual mientras lo hago, Dayan. Hazla cruzar completamente a nuestro mundo y esperaremos que su cuerpo pase a través de la conversión lo suficientemente rápido como para salvar su vida. Gregori y Darius te ayudarán en esto. Julian permanecerá aquí para proporcionar su sangre, al igual que Jacques. Mientras hablaba a Dayan, ya estaba preparando a Corinne, cortando diestramente la ropa, sin ninguna necesidad de luz. Su mente estaba dirigiendo a Darius y Gregori sin tener que utilizar palabras mientras trabajaban juntos como una máquina bien engrasada.

Dayan cambió de nuevo de posición, sus brazos rodeando a Corinne, la cabeza de ella descansando sobre su pecho. Shea era rápida y eficiente, una cirujana muy hábil al igual que una sanadora Cárpato. Resultaba obvio para Corinne que Shea sabía lo que estaba haciendo. No sintió dolor; estaban trabajando en equipo para evitar el dolor. Sintió extrañas sensaciones mientras Shea llevaba a cabo el procedimiento de emergencia, abriendo su vientre para permitir el acceso al bebé.

Corinne se sentía desconectada de todo el procedimiento. Estaba flotando de nuevo en un mundo de ensueño, sin saber con seguridad si era real o estaba soñando. Vio a la mujer pelirroja cortándola. Vio a Dayan frotándole el cuello con la nariz, su boca vagando sobre el pulso, sus dientes hundiéndose en la piel. Nada de ello la alarmó. Gregori se había concentrado, saliendo de su propio cuerpo para convertirse en pura luz y energía, inundando el de Corinne para ralentizar el proceso de la muerte y acelerar la conversión.

Corinne oyó voces canturreando en una lengua ancestral, vio el pequeño remolino de actividad mientras los otros cercaban a la niña dentro de una especie de incubadora. Dayan levantó la cabeza, su cara una máscara de tormento. Eso la afecto incluso cuando nada más parecía hacerlo. Lo lamentaba por él, por su pesar. Parecía más viejo; había líneas talladas profundamente en sus oscuros rasgos sensuales. Le vio hacer un pequeño corte a lo largo de los pesados músculos de su pecho, sobre el corazón. Le vio presionarla contra él, sujetándola cerca, murmurándole, ordenándole tomar lo que ofrecía para que ambos vivieran.

Se vio a sí misma intentando obedecer su orden, sus movimientos débiles y torpes de forma que Dayan tenía que sujetarle la cabeza contra él, acariciándole la garganta para que tragara compulsivamente. Al mismo tiempo, vio a Shea sacar al bebé, una forma diminuta. Sus auxiliadores se movieron incluso más rápido ahora, cortando el cordón, trabajando sobre el bebé, Darius en primer plano. Él se inclinó sobre el bebé, sus modales protectores, tiernos incluso.

Corinne sintió las lágrimas en su cara. Felicidad. Estaba hecho. Su hija estaba viva y entre un círculo de gente que la amaría y cuidaría de ella. Yendo a la deriva sobre todo, Corinne estaba tan cansada que solo quería cerrar los ojos y acabar. Dormir un largo, largo tiempo. Una eternidad quizás. Parecía que hubiera estado cansada toda su vida.

¡No! La orden fue aguda. *No has terminado aquí, Corinne. Te prohíbo que lo hagas*. La voz era imperiosa, autoritaria. La siguió al interior de sus sueños y la sacudió sacándola de su estado adormecido. Se encontró a sí misma entre los brazos de Dayan, su boca presionada contra el pecho de él, un cálido líquido salado bajando por su garganta.

¡Es suficiente! Gregori advirtió a Dayan antes de que Corinne pudiera comprender totalmente qué estaba ocurriendo y cediera al pánico, o sintiera repulsión y luchara. No puede haber resistencia de su parte. Simplemente no es lo suficientemente fuerte como para sobrevivir si se resiste.

Dayan permitió inmediatamente que Julian cerrada la herida de su pecho y abrazó a Corinne, bloqueando su mente a él. Ella estaba desmayándose... podía sentir como su espíritu se alejaba de él, aunque su partida no era una elección consciente. Parecía incapaz de reunir suficiente fuerza para seguir luchando, incluso con la sangre ancestral, incluso con los Cárpatos inundo con su fuerza de voluntad su cuerpo endeble.

Dayan descansó la cabeza sobre la de ella. Habían esperado demasiado. Su pobre cuerpo mortal había luchado tanto como había sido capaz, permaneciendo solo lo suficiente como para dar vida a otro. Ahora la fuerza vital se escapaba. Ella ya no sentía la sangre atravesando su cuerpo. Su frágil corazón estaba todavía bombeando porque Gregori estaba obligando al órgano dañado a trabajar, pero Corinne parecía demasiado lejos para ser llamada de regreso.

Dayan sintió a los otros a su alrededor... su gente, su familia. El canto ganó volumen. Oyó el suave lamento afligido del bebé mientras Shea trabajaba con ella. Inhaló la fragancia de las hierbas sanadoras. Durante un momento se permitió el último lujo de tomarlo todo en su interior, la belleza de la cámara, el flujo de recuerdos de su vida: cambiar de forma, volar, desafiar a la propia tierra mientras ganaba conocimiento; su amada música, tan parte de él. Lo adoraba todo, pero la mujer que estaba entre sus brazos lo era todo. Nada más le importaba.

Sin ella, no habría color, ni luz, ni música en su corazón o alma.

Dayan inclinó la cabeza para rozarle los párpados, la comisura de la boca, con la de él. *Te quiero, Corinne. No te irás solo a un mundo desconocido. Estoy contigo.*

Al momento hubo una ruidosa protesta. Aguda. Exigente. De todos ellos. Su familia. Desde la distancia oyó los gritos de alarma de Barack y Syndil. Oyó el eco de Cullen, que debía haber captado la objeción de la mente de Barack. Oyó la ayuda negación de Julian y el pequeño y suave murmullo de Desari. Tempest le llamó. Gregori y Savannah añadieron sus protestas. Pero era a Darius a quien Dayan había seguido toda su vida, solo ante Darius respondía. Y era Darius el que le daba órdenes ahora.

No la seguirás. La salvarás. Su voz era increíblemente suave, pero Darius no tenía nunca necesidad de levantar la voz para ser obedecido.

Ella no desea continuar, Darius. No puedo hacer más que permitirle descansar.

La mano de Darius se apoyó con fuerza sobre el hombro de Dayan, conectándolos físicamente. *Puedes ser su compañero después, cediendo a todos sus deseos, pero ahora no. Eres un Cárpato, Dayan. Nosotros abrazamos la vida. Nos aferramos. Resistimos. No la librarás a ella o a ti mismo de este mundo.*

Tiene derecho a tomar su propia decisión. Él tenía el derecho de tomar su propia decisión, Corinne merecía el mismo respeto. Era la última cosa que podía darle.

¡Esta no es su elección, Dayan! insistió Darius. *Nunca tuvo elección. La muerte era inevitable, y ella lo sabía y lo aceptaba. Está cansada y agotada, pero esta no es su elección. Ella se aferró a ti, te acepta, sabiendo lo que eres. No se resistió cada vez que le ofreciste introducirla en nuestro mundo. No estabas ocultándole el conocimiento; ella siempre lo supo a algún nivel. Su elección sería la vida, tú, su hija. Ella no puedo tomar esa decisión, así que tú debes tomarla por ella. No comprendes lo cansado y agotado que estás tú mismo, cuanta energía has utilizado en mantenerla con vida y dar a la niña una oportunidad. No estás pensando con claridad. No irás con ella. Permanecerás con nosotros, y le impondrás tu voluntad evitando esta tragedia*. No fue nada menos que un decreto. Una orden que exigía ser obedecida.

Darius se agachó de repente y miró a Dayan a los ojos.

– Si alguna vez has confiado en mí, confiado en mi juicio, si alguna vez has creído en mí, sígueme ahora.

Dayan sintió la fuerza de su líder, el hombre al que llamaba hermano, fluyendo en su interior, y asintió, una lenta y sombría sonrisa suavizó los bordes de su boca. Había pasado tanto tiempo desde que había conocido la emoción de estar rodeado de su familia, y ahora su orgullo y amor por ellos era sobrecogedor. Se volvió hacia dentro, avanzando velozmente y capturando esa débil y vacilante luz que se alejaba tan rápido de él. Rodeó al espíritu de Corinne; su voluntad un fuerte muro, un ancla que la mantuvo en su mundo. *Corinne. Reconóceme*.

Sintió la respuesta de ella. Débil. Vacilante. Pero ella le reconocía. Por supuesto que le reconocía. Le reconocería en cualquier sitio. ¿En qué había estado pensando? Corinne le amaba. Ella se aferraba a la vida. Podía aceptar las dificultades que la vida le había impuesto, pero encontraba alegría en todo, belleza en el mundo que la rodeaba. Quería criar a su hija, quería ver la felicidad de Lisa y Cullen. Corinne quería una vida con Dayan.

Dayan la mantuvo aferrada a él. Su espíritu estaba empezando a tirar para alejarse de él, alejándose de su cuerpo dañado. Vio a Gregori y Darius trabajando, dos puntos de pura luz, masajeando y estimulando el corazón de ella. Sabía que Gregori ordenaba que se proporcionara más sangre, y fue Jacques, el hermano del Príncipe, el que se la proporcionó a Corinne. Dayan vio como los dos sanadores trabajaban furiosamente para esparcir la sangre a los órganos del cuerpo de Corinne con la esperanza de acelerar la conversión. Ambos estaba exhaustos por mantener la experiencia extracorporal, pero ninguno vacilaba en su tarea.

Estoy cansada. Déjame dormir un rato.

Fueron esas últimas seis pequeñas palabras las que le convencieron. Ella quería dormir, no morir. No el sueño eterno. *Aún no, mi amor. Esto no ha terminado aún. Una cosa más. Solo una, y te permitiré dormir tanto como gustes. Únete a mí, funde tu mente para que pueda mantenerte a salvo mientras cruzas completamente a mi mundo*. La primera oleada de dolor fue sorprendente. Se sintió como fuego corriendo a través del torrente sanguíneo de ella. El cuerpo de Corinne se contorsionó, poniéndose rígido entre los brazos de Dayan. Él no podía creer la fuerza del impulso, una bola de fuego la consumía. Corinne gritó, el sonido surgió desgarrado de su garganta, ruidoso en la quietud de la cámara, haciendo resonar hacia arriba por la ventilación hasta el cielo nocturno.

Oh, Dios, ella no puede sobrevivir a esto. No quiero que sus últimos momentos sean tan dolorosos. Las palabras surgieron de él mientras pequeñas gotas de sangre rezumaban a lo largo de su frente. Él no podía evitar el dolor. Lo había embotado, pero era algo que ninguno de ellos podía impedir completamente.

Debe sobrevivir. Darius era implacable en su resolución.

Dayan respiró profundamente, permitiendo que el dolor le bañara y le atravesara antes de volver su completa atención hacia dentro a ese frágil espíritu acurrucado tan débilmente dentro de los muros que él había construido. Corinne le dejó atónito. No tenía miedo. Aceptaba la conversión como había hecho con el parto. Estaba débil, sin embargo, e incapaz de ayudarle en reunir fuerzas para la batalla que se avecinaba.

La siguiente oleada de fuego ardió a través de los órganos internos de ella con un asalto tan severo que casi cayó de los brazos de Dayan. No hubo aumento gradual. Los sanadores estaban forzando la conversión para acomodarla a su desintegrado corazón. Habría fallado ya mucho antes si los dos sanadores hubieran cesado en su trabajo.

Dayan sostuvo la cabeza de Corinne mientras ella se sentía tan violentamente enferma, una y otra vez. Estaba demasiado débil para moverse por sí misma. Él puso gran cuidado en evitar que inhalara, deseando que expeliera toda toxina dañina de su cuerpo. Se encontró apretando los dientes contra las oleadas de terrible dolor que atravesaban el cuerpo de ella. En lo más profundo de su mente sentía que el espíritu de ella desfallecía, la luz titilando. *¡No!* Se aferró a ella, empeñando cada onza de su voluntad en evitar que la luz se extinguiera. Habían llegado tan lejos. La muerte no podía llevársela ahora.

El canto era un murmullo continuo en su mente, y supo que estaba ayudando en el proceso, pero necesitaba algo más, necesitaba algo que la atrajera a él. El bebé estaba callado, luchando su propia batalla por la vida con la ayuda de Shea. Llegó a él entonces. La única cosa que podía darle y que sabía que ella adoraba. Su música. Empezó a cantar. Suavemente al principio, una melodía de oscuro y peligroso amor. Una balada de necesidad. De la desesperada lucha de un hombre por una mujer a la que amaba por encima de todo.

Desari se unió al coro, su voz hermosa y musical un don de los cielos. Cantó con él, ayudándole a utilizar su voz para apartar a Corinne de las garras de la muerte. Las notas saltaron en el aire, plata y oro, danzando como destellos de luz solar en la cámara oscurecida.

Sintió entonces la respuesta de Corinne. Débil, pero estaba allí. Ella se aferraba al sonido de sus voces, permitiendo que la melodía la alejara del terrible ardor de su cuerpo, la humillación de su sistema librándose de las toxinas humanas. La pérdida de control, la sensación de indefensión que la hacían incapaz de moverse, mientras su cuerpo se contorsionaba y retorcía de dolor. Se encadenó a sí misma a esas notas, el regalo que él le ofrecía, y flotó sobre el fuego, aferrándose a la vida, a Dayan, su sólida ancla.

Él quedó humillado por su completa confianza y fe en él. No tenía ni idea de si él hubiera puesto su vida tan completamente en las manos de otro. Estaba impresionado, humilde y agradecido. Lágrimas de sangre gotearon sobre el dorso de su mano, pero su voz nunca vaciló mientras cantaba para ella.

La ordalía parecía durar una eternidad para él, y sus recién encontradas emociones eran crudas. Pero cantó con su corazón y alma. Su voz la rodeó, le elevó sobre el terrible dolor y la mantuvo firmemente anclada a él.

Ahora, Dayan. Había alivio en la voz de Darius. *Envíala a dormir y podremos completar la sanación.*

A Dayan le llevó unos pocos momentos comprender lo que quería decir Darius. Los sanadores se las habían arreglado para utilizar su sangre y la preciosa sangre del linaje del Príncipe para convertir el desfallecido corazón humano de Corinne en un fuerte corazón Cárpato. El peligro había pasado. Apenas podía comprender que pudiera ser así. Sentía como si hubiera luchado diez mil batallas, como si hubiera estado luchando desde siempre.

Emitió la orden de dormir, fuerte, exigente, instantánea. Corinne no tenía más elección que obedecer, y en su débil estado, fue fácil para él enviarla al método Cárpato de dormir. Dayan dejó escapar un suspiro de alivio. Al menos ella estaba más allá del dolor. Levantó la mirada, sus amplios hombros se encorvaron. Estaba completamente desfallecido. Había dado a Corinne una gran cantidad de sangre, no se había alimentado, ni había dormido en la tierra rejuvenecedora. Cada onza de energía había sido utilizada para mantener funcionando el corazón y los pulmones de Corinne, para unirla a él. Las emociones que había soportado habían sido suficientes como para drenar su gran fuerza. Estaba peligrosamente débil y pálido.

Recorrió con la mirada la cámara buscando a los otros que le habían ofrecido tanto, que habían ofrecido tanto a Corinne. Shea estaba trabajando con el bebé. Se encontró a sí mismo sonriendo, una lenta sonrisa que reemplazó su fatiga con calidez. Su hija. Corinne podía pensar que su hija era de John, y él lo entendía, pero en realidad, la niña llevaba la sangre de Dayan en su cuerpo. Mientras Darius y Gregori continuaban trabajando en sanar a Corinne, él estudió al bebé.

– ¿Vivirá? – Preguntó a Shea quedamente.

La mujer pelirroja le miró.

– Es muy fuerte y quiere vivir. Corinne, Gregori, Darius y tú habéis hecho un buen trabajo en inculcarle una fuerte voluntad. Tendrá padres amorosos y preocupados. Creo que será mejor que se quedé aquí durante unas semanas para dar a su cuerpo tiempo para ajustarse al mundo exterior, pero lo está haciendo bastante bien.

– Pocos bebés sobreviven al primer año. – El dolor le atravesó ante la idea de perder a la niña. Se sentía ferozmente protector con ella.

– Así es. – Admitió Shea, – pero he hecho tremendos avances en la investigación y creo que puedo mantenerla viva. La dieta es importante. El cuerpo de un niño de los Cárpatos es

diferente al de un adulto. Ya no podemos cuidar de ellos como hacen los humanos, y necesitan una mezcla de nutrientes. Nuestra sangre es demasiado rica para ellos. Por eso es importante que el bebé no sea convertido antes de nacer. Simplemente es demasiado pequeña para sobrevivir a eso.

– No tiene sentido que una madre no pueda alimentar a su propio bebé. ¿Siempre ha sido así? La naturaleza provee para los jóvenes.

Shea asintió

– Hace cientos de años, según Gabriel y Lucian, nuestra gente no tenía este problema. Algo ha ocurrido con los años que causó este dilema. El cambio tuvo lugar en algún momento alrededor de los últimos trescientos o cuatrocientos años. Estoy casi segura de ellos. Estoy muy cerca de encontrar la solución. – Hablaba confiadamente. – Entretanto, este bebé tiene necesidades especiales. No es completamente humana, ni completamente Cárpato. En vez de intentar convertirla, creo que deberíamos permitirle crecer tal y como está, al menos hasta que sea mayor. Yo no era totalmente Cárpato y me las arreglé para sobrevivir. Gregori y yo hemos trabajado en una dieta que creemos ayudará a esta pequeña a crecer fuerte. Y no debería haber ningún problema, podemos controlarla a distancia y ayudarte inmediatamente. Tiene una buena probabilidad, Dayan.

– Gracias por lo que has hecho por nosotros.

Shea le sonrió.

– Me alegro haber podido llegar a tiempo. El viaje fue largo, y sólo podíamos viajar de noche, cubriendo muchas millas rápidamente. Estaba preocupada por Corinne. Darius y Gregori sanarán su cuerpo completamente. Cuando se alce, tendrá un corazón fuerte y un cuerpo perfectamente sano. No sufrirá ningún efecto secundario por el parto. Ellos se ocuparán de que no sienta incomodidad. Permítele descansar varios alzamientos bajo la tierra sanadora. El bebé estará bien con nosotros. Nos conoce, y aunque desea el confort de su madre, nosotros lo haremos por ella.

– ¿Quién la cuidará durante las horas diurnas? No puede ir a la tierra como nosotros, y es demasiado débil para estar desatendida, ordenándole dormir durante nuestras horas de sueño. Debemos traer aquí a Lisa. – De repente Dayan estaba pensando como un padre, no como un Cárpato.

Shea le sonrió tranquilizadoramente.

– Hemos arrastrado al pobre Gary Jansen con nosotros. Ha sido de tremenda ayuda en mi investigación y está totalmente bajo la protección de todos los Cárpatos. Él atenderá al bebé mientras nosotros dormimos profundamente en la tierra.

Dayan pareció escéptico.

Shea rió hacia él.

– Gary es perfectamente capaz de cuidar de este bebé. Confía en mí. Trabajo con él todo el tiempo. Y se le ha confiado el cuidado de los hijos adoptivos de Falcon y Sara durante las horas diurnas.

Dayan asintió a regañadientes y señaló a la pequeña cúpula.

– ¿Qué es eso?

– Se parece mucho a una incubadora humana. Todavía es muy pequeña para vivir completamente por su cuenta, pero con tu sangre y cuidados, crecerá muy rápido. – Shea se aclaró la garganta cuidadosamente, sus ojos súbitamente volviendo hacia el bebé. – Cuando Corinne se alce, querrá ver a la niña, Dayan. Es natural para una madre sentirse así.

Dayan sonrió de repente, el relámpago de sus dientes blancos disipando la apariencia cansada de sus rasgos sensuales.

– ¿Estás intentando decirme de forma delicada que mi compañera no se alzará con los mismo apetitos que yo?

Shea rió suavemente.

– Creo que ella tendrá la misma hambre, Dayan, pero sus instintos demandarán ver a su hija.

– Corinne quería llamarla Jennifer por la madre de John y Lisa. Leí en su mente que temía dar nombre a su hija, temiendo maldecir de algún modo al bebé. – Dayan se inclinó para mirar al

interior de la cúpula transparente. Miró fijamente a la niña, con una expresión horrorizada en la cara. – Cabría en mi mano.
Shea se rió de él.
– Pesa alrededor de cuadro libras. No te preocupes, ganará peso bastante rápidamente.
– Dayan. – Julian le palmeó el hombro. – Se imponen felicitaciones. Tienes una compañera y eres padre. Eso es causa de gran celebración. Sin embargo, debemos posponer cualquier festividad hasta después de habernos alimentado y haber acudido a la tierra. Esta ha sido una larga ordalía, y necesitas rejuvenecer con propiedad. Tu compañera sanará bajo la acogedora tierra. Darius y yo guardaremos vuestro lugar de descanso y a vuestra hija con nuestras vidas.
– Incluso mientras hablaba, se llevaba casualmente la muñeca a la boca. Sin mucho más que una mueca, rasgó una herida en su piel y presionó su mano hacia la boca de Dayan. – Toma lo que ofrezco libremente a fin de que puedas fortalecerte para proteger a tu compañera e hija.
Dayan aceptó agradecido la sangre ancestral. Inundó sus células y tejidos, proporcionándole una oleada de poder a su cuerpo agotado. Julian había ofrecido libremente, sabían que Dayan no dejaría a Corinne. Había pasado por demasiados traumas con Corinne para confiarla a ningún otro. Dayan guardaría a Corinne él mismo, y Darius guardaría a toda su familia como había hecho durante siglos. Julian, el compañero de Desari, había tomado su posición guardando las espaldas de Darius.
Barack y Sinil enviaron su alborozo hacia Dayan volando a través del aire nocturno, una lluvia de chispeantes gemas como fuegos artificiales en el cielo sobre la ventilación de la chimenea de la cámara. Dayan agradecía a su familia que compartiera su felicidad.
La preferida de la banda, Desari, se inclinó para rozar un beso en su mejilla, irradiando felicidad. Su compañero, Julian, sonrió con su acostumbrada apariencia burlona. Observaron como los otros Cárpatos abandonaban la cámara, su misión de misericordia lograda. Ahora eran libres de volver a sus casas.
Aparte de los miembros de la familia de Dayan, solo Tempest y Shea permanecieron junto a sus compañeros. Los sanadores estarían exhaustos cuando terminaran su trabajo, desesperadamente necesitados de sangre. Sus compañeros les suplirían de sangre antes de que cazaran por sí mismos esta noche.
Gregori emergió primero, su cuerpo pálido, el cansancio extremo obvio en su cara. Después Darius, tambaleándose de forma que Tempest y Julian se extendieron ambos hacia él al mismo tiempo. Su piel estaba casi gris. Rodeó la cintura de su compañera amorosamente.
– Está hecho, Dayan. Vivirá, completa y fuerte.
Gregori asintió.
– Permítele descansar bajo tierra dos o tres alzamientos. Shea, Darius y yo nos aseguraremos de que el bebé viva. El cuerpo de Corinne necesita desesperadamente tiempo para sanar completamente. Este ha sido el trabajo más difícil que he hecho nunca. Aconsejo precaución antes de alzarse; compruébala antes de despertarla. Si tienes dudas, llámame a mí o a Darius. La examinaremos por ti y te aconsejaremos.
Detrás de Dayan, Julian rió suavemente.
– Así que, Gregori, quizás aceptarás mi oscuro abrazo para reponerte, después de todo. Savannah es bastante pequeña.
Savannha se lanzó la melena de pelo negro azabache sobre el hombro y golpeó a Julian en el pecho mientras pasaba junto a la forma mucho más grande de él para tomar la mano de Gregori.
– No sé porqué todos insistís en que soy baja. Yo suelo pensar en mí misma como *muy* alta.
Dayan se encontró sonriendo ante la tierna expresión de la cara de Gregori mientras el sanador bajaba la mirada hacia su diminuta compañera. Intentó recordar todo lo que había oído sobre el sanador. Gregori. El Oscuro. Tenía reputación como renombrado cazador de vampiros, un individuo alrededor del cual los demás caminaban con cuidado. Pero Dayan dudaba de que Savannah estuviera en lo más mínimo intimidaba por su elegido; parecía ser una mujer muy enamorada y segura en su relación.

Dayan conocía a Julian medianamente bien. Como compañero de Desari, Julian viajaba con la banda. Era definitivamente una ley en sí mismo, confiado y ciertamente contaba con sus propias habilidades después de viajar solo por la tierra durante siglos. Podía meterse con Darius y Gregori fácilmente con su burlón sentido del humor, casi como si se estuviera riendo secretamente de los dos hombres por su caída antes sus mujeres. A Dayan le gustaba la naturaleza sardónica e independiente de Julian, aunque había resultado difícil al principio permitirle la entrada a la familia.

Gregori sonrió hacia Savannah, sus rasgos eran todo amor, después volvió sus ojos plateados y fríos como el hielo hacia Julian.

– Debería aceptar tu oferta, Julian, y dejarte seco. Te bajaría los humos durante unos cuantos días y alejado del pelo de tu compañera.

Julian rió suavemente, frotando la nariz contra la espesa pata de pelo largo y sedoso de Desari.

– Ella adora tenerme entre su pelo, ¿verdad, Desari?

Dayan podía sentir el alivio en la habitación, la liberación de la tensión a través del humor. Gregori estaba casi gris de fatiga, pero nadie lo mencionó. Savannah miró al sanador, y ambos simplemente se disolvieron en niebla y fluyeron saliendo de la cámara antes de que Dayan tuviera oportunidad de darles las gracias. Sabía que tenía una enorme deuda con Gregori.

– Ahora os dejaremos. – Dijo Desari con su voz suave y musical. – para que podáis dormir sin ser perturbados. No puedo esperar a saludar a Corinne como una hermana. Comprobaré a Cullen esta noche también. No te preocupes, todos nosotros estamos ligados por la palabra de Darius. Él ha admitido a Cullen en la familia, y con Corinne viene Lisa. Son humanos, pero serán bienamados. Me ocuparé de que Lisa esté al tanto de las noticias y sepa que Corinne está fuera de peligro. Le diré que llevarás a Corinne y al bebé hasta ella en el momento en que sea seguro para Corinne viajar. Syndil dice que Lisa se sentirá muy aliviada cuando oiga noticias de Corinne.

Dayan se pasó una mano por el pelo negro, dejándolo más despeinado que nunca.

– Gracias, Desari. Corinne ha estado ansiosa por Lisa. Y sé que Cullen tiene fuertes sentimientos con respecto a ella.

– Eso me cuenta Syndil. No te preocupes más, Dayan. Llevó algo de tiempo que todos aceptaran a Julian en la familia. Corinne y Lisa también ocuparán sus lugares con el tiempo. Sé que estás preocupado porque Corinne pueda no desear viajar con nosotros a causa del bebé, pero ella te ama. Sabía que en tu corazón y tu alma eres músico. Como ella es tu hogar, tú lo eres para ella. – Desari se inclinó y abrazó a Dayan. – Te quiero muchísimo, y me alegro tanto por ti.

Dayan la besó y observó como Julian y Desari abandonaban la cámara, caminando lado a lado. Julian tenía el brazo alrededor de los esbeltos hombros de Desari y le estaba susurrando suavemente, sugestivamente al oído. Dayan oyó la voz musical de ella riendo suavemente, felizmente. El sonido le llenó con tantos recuerdos, inundándole con calidez.

Corinne estaba viva y fuera de peligro. El bebé estaba vivo y a salvo dentro de la cúpula. Darius abrió la tierra y gesticuló para que Dayan cogiera el cuerpo de Corinne en brazos. Dayan dudó.

– ¿Seguro de que ese Jansen velará por mi hija?

Shea rió suavemente.

– Ya te estás convirtiendo en un padre preocupado. Gary es de muy de confianza. Yo estaré aquí con Jacques, por supuesto. Darius y Tempest dormirán sobre ti y Corinne. Gregori y Savannah están en la siguiente cámara. Nuestra gente está por todas partes dentro de esta red de túneles. Ningún daño sobrevendrá al bebé mientras descansas.

Dayan lanzó una última mirada al bebé, tocó la parte alta de la cúpula transparente con la yema de los dedos, justo sobre la pequeña cabeza de la niña. Después flotó hacia abajo dentro de la rica y acogedora tierra con Corinne, abrazándola cerca, su cuerpo protector mientras permitía a su corazón ralentizarse y finalmente cesar de latir.

Darius cerró la tierra sobre sus cabezas y se volvió entonces, entre los brazos de su amada compañera, Tempest, necesitando reponer sus fuerzas.

CAPITULO 17

Dayan despertó bajo la superficie de la tierra con el corazón palpitando y el cuerpo ardiendo. Corinne.

Volvió la cabeza para mirarla, asustado, hilarante, tan hambriento de ella que pensó que podría arder en llamas. Ella yacía junto a él donde la había colocado, inmóvil, completamente quieta; yacía como muerta. Parecía increíblemente pequeña y frágil junto a él. Su cuerpo era el de una mujer, suave y curvilíneo, y él sabía que tenía el corazón de una leona, pero parecía una niña en su sueño.

Habían pasado tres alzamientos desde que había acudido a la tierra con ella. Él había despertado cada noche para comprobar que el bebé vivía y le iba bien en su pequeño capullo. Sabía que Corinne lo esperaría, pero lo hizo porque se encontraba lleno de preocupación por la niña. Cada vez que la respiración entraba en su cuerpo, el miedo por el bebé, por su hija, le rodeaba*. Hija.* Saboreó la palabra. Era padre.

Dayan escudriñó automáticamente, buscando en el área inmediata primero peligro, después para asegurarse de que ninguno de los suyos deambulaba cerca de su lugar de descanso.

Dairus y Tempest se habían alzado y estaban a alguna distancia. Shea estaba ya despierta e inclinado sobre la niña, alimentándola con alguna fórmula que había preparado.

¿El bebé está bien? Hizo la pregunta antes incluso de haber apartado la tierra de su lugar de descanso, ansioso por noticias, ansioso por tocar gentilmente la mente del bebé con la suya propia.

Crece más fuerte con cada alzamiento, Dayan. La réplica de Shea fue gentil y paciente.

Dayan se concentró en los otros dos sanadores, enfocando su atención completamente. *Deseo traer a Corinne a la superficie*.

Hubo una breve pausa, como si los sanadores estuvieran conferenciando. Fue Gregori quien le respondió. *Iré enseguida.*

Dayan esperó impacientemente mientras Gregori se apresuraba hasta la cámara. Dyan ondeó la mano para abrir la tierra sobre sus cabezas. Esperó ansiosamente mientras Gregori se tomaba su tiempo, concentrándose en sí mismo, enfocando, moviéndose fuera de su propio cuerpo y dentro del de Corinne para examinar las reparaciones. Prestó atención al más mínimo detalle, asegurándose de que Corinne estuviera completamente sanada antes de que fuera despertada. Dayan observó como Gregori volvía en sí, arqueando una elegante ceja hacia la obvia ansiedad de Dayan.

– Está curada, Dayan, y completamente lista para afrontar su vida contigo. Examinaré al bebé y te dejaré en paz. – Gregori se marchó, sabiendo muy bien lo que Dayan tenía en mente.

Mientras Dayan flotaba saliendo de la tierra con Corinne acunada entre sus brazos, la limpió a ella y a sí mismo, examinando el lujurioso cuerpo de Corinne buscando marcas o signos de su ordalía. Ni una solo marca estropeaba su piel, ni siquiera el largo y feo corte donde la habían abierto para sacar el niño de su cuerpo. La vistió a ella y a sí mismo, conociendo la modestia natural de Corinne.

Emitió la orden de despertar, llevándola con seguridad a la superficie, inclinando su oscura cabeza para encontrar su boca, para capturar su primer aliento. Corinne. Su compañera. *Te deseo, amor, más de lo que mi cuerpo puede soportar.*

Fundida tan profundamente con él ella sintió las urgentes demandas de su cuerpo, no pudo evitar captar el fuego, su cuerpo perfectamente sintonizado con el de él. Fue consciente de que el cuerpo de él estaba pleno y duro, su mente danzando con pensamientos e imágenes eróticas. Él permitió que el reconfortante informe nocturno de Shea se repitiera en su cabeza, para que ella supiera inmediatamente que el bebé prosperaba.

Dayan la llevó velozmente cruzando la cámara hasta la pequeña área donde Shea había cercado al bebé protectoramente. Corinne gritó ante la visión de su hija. Rodeó el cuello de Dayan con sus brazos esbeltos y estalló en lágrimas. No podía creer que estuviera viva. Su cuerpo era fuerte y flexible, su corazón latía en un ritmo perfecto con el de Dayan. Cada célula se sentía viva, con fuego. Deseaba a Dayan mucho más de lo que él le deseaba a ella.
Eso no es posible. La voz de él fue pecaminosamente malvada.
Ella rió en medio de sus lágrimas, tan increíblemente feliz que no podía con todo.
– Tengo que abrazarla. Tengo que tenerla entre mis brazos. Levantó la mirada hacia Dayan con el corazón brillando en sus grandes ojos. – ¿La has cogido en brazos?
Él sacudió la cabeza.
– Solo Shea y Gary la han cogido. Gregori y Darius la han examinado diariamente, y todo la hemos estado tranquilizando, pero es a ti a quien quiere.
Shea sonrió a Corinne.
– Es muy fuerte, Corinne. Definitivamente quiere a su madre. No es bueno tenerla fuera de su medio ambiente protegido durante mucho tiempo. Juntos, Dayan y yo podemos proveerla de un escudo mientras pasa tiempo contigo. Pero solo durante unos pocos minutos. Es mejor estar seguro.
– ¿Qué le pasa? – Preguntó Corinne ansiosamente.
– Quiero que su sistema inmunológico se fortalezca. Ha pasado un mal rato y necesita un poco más de tiempo. ¿Has elegido un nombre para ella? Dayan pensó que podías querer llamarla Jennifer por la madre de John y Lisa.
Corinne asintió, incapaz de apartar los ojos de su hija.
– Eres tan hermosa. Pequeña Jennifer, al fin nos conocemos.
Shea levantó al bebé cuidadosamente sacándolo de su cúpula, colocando el diminuto cuerpo entre los ansiosos brazos de Corinne. Fundido como estaba con Corinne, Dayan compartió el vínculo instantánea entre madre e hija, un lazo inquebrantable, el intercambio de amor y tributo. Fluyó entre los tres. La aceptación. El amor. Dayan sintió las lágrimas ardiendo en sus ojos. Esta era su familia para siempre. Eternamente.
Lo tenemos todo, mi amor, no puedo creer nuestra buena fortuna.
Corinne canturreó suavemente al bebé, meciéndola gentilmente hacia adelante y atrás mientras Dayan las rodeaba a ambas con sus brazos.
– Mira lo pequeños que son sus dedos y sus pies. – Se maravilló él. – Lo tiene todo, como una persona de verdad. – Casi tenía miedo de tocar al diminuto infante, su dedo pareció muy grande cuando la niña apretó el puño alrededor de él.
Corinne rió suavemente.
– Nunca has estado cerca de un bebé antes, ¿verdad?
Él le sonrió, frotando la nariz contra su cuello haciendo que inesperadas chispas parecieran saltar hacia detrás y adelante entre ellos.
– ¿Se nota?
– Absolutamente. ¿Quieres cogerla en brazos?
Dayan parecía ir a desmayarse en el lugar, y ambas mujeres se rieron abiertamente de él. Fue Corinne la que se recuperó.
– Lo lamento tanto, Shea. Savannah me contó que estás embarazada, y has tenido que hacer un viaje tan largo hasta aquí. No sé como podremos pagar alguna vez tu amabilidad. ¿Tu bebé está bien?
Shea colocó ambas manos sobre su estómago, abrazando a su bebé protectoramente, sintiendo la respiración de su compañero en la nuca incluso a pesar de que él no estaba en la cámara con ellos.
– A veces es difícil para nuestra gente llevarlo a término. El bebé está bien, pero hemos viajado cautelosamente para prevenir complicaciones.
– Dayan me contó que preocupa que los bebés Cárpatos con frecuencia no sobreviven al primer año de vida. – Corinne miraba ansiosamente a Shea.
Shea suspiró y se pasó la mano por el pelo rojo vino.

– Es cierto, Corinne. Ha habido problemas durante muchos siglos. Gregori ha avanzado mucho en la investigación de esto, y yo me he unido a él hace unos pocos años. Descubrimos que los problemas han estado ocurriendo desde hace más de lo que originariamente pensábamos. Se asumió que fue durante el siglo catorce que la mayoría de nuestros adultos y niños fueron destruidos, muchos, compañeros quedaron perdidos para nosotros. Se creía que casi universalmente las mujeres de los Cárpatos tenía algún tipo de mecanismo químico que hacía posible que solo fetos masculinos fueran implantados con éxito.
Shea se inclinó y sonrió hacia el bebé durmiente.
– Yo creo que es mucho más que eso. Creo que tiene algo que ver con la plaga.
El corazón de Corinne dio un brinco, y aferró al bebé protectoramente.
– ¿Qué quieres decir?
Shea rió suavemente.
– Jennifer no tiene la plaga, no te asustes. La plaga ha estado por los alrededores desde hace mucho más de lo que la gente cree. Sabemos de casos en China en el 224 antes de Cristo. Hubo un brote en Roma alrededor del 262 despues de Cristo que mató a cinco mil personas en un día. Los cruzados llevaron la plaga a Europa. Se extendió a través del continente en el 1300 y a principios de 1400.
– ¿Cómo podría haber resultado afectada nuestra gente? Las enfermedades humanas no tienen *ningún* efecto en nosotros. Sus drogas y alcohol tampoco. – Señaló Dayan.
Shea sacudió la cabeza.
– Eso es lo que creo, pero no es necesariamente verdad. Las drogas y el alcohol atraviesan nuestros sistemas, de forma que no sentimos los efectos. Lo mismo ocurre con las enfermedades humanas. No es necesariamente cierto no que no dejen rastro en nuestros sistemas.
– ¿Ha habido alguna vez algún caso de un Cárpato que cayera enfermo por una cosa semejante? – Dayan apenas podía creer lo que Shea estaba diciendo. – He vivido cientos de años... ¿cómo es posible que yo no haya contraído una enfermedad?
Shea rió de nuevo.
– Sois hombres de los Cárpatos. Tenéis egos del tamaño de un continente. Leo tus pensamientos tan fácilmente como tú lees los míos. Si, mi madre era humana y mi padre Cárpato. Soy una investigadora, Dayan. Solo estoy buscando una hipótesis. No me importa mucho si crees que no soy capaz de entender la forma de entender a un Cárpato o no. Lo que me importa es encontrar una respuesta a este puzzle. Si la encuentro, podemos salvar a nuestros niños. Estoy en ello, hay una oportunidad de que podamos salvar a nuestra raza de la extinción.
Dayan se inclinó cortésmente, elegantemente, un gesto cortes.
– Pido perdón por mis pensamientos, Shea. Nunca ha visto a un Cárpato con una enfermedad humana.
– Todavía pueden haber quedado rastros atrás. – Señaló Shea pacientemente. – Los descendientes humanos de los supervivientes de la plaga cargan un gen mutante. Ese gen parece ser responsable de darles protección contra el virus VIH. Nuestra gente debe haberse visto forzada a utilizar a veces a los enfermos como sustento durante ese tiempo. Con más de cinco mil personas cayendo a causa de la plaga diariamente, pudieron no tener elección. Fue durante ese tiempo que empezamos a perder a nuestros bebés de forma regular. Puedo no significar nada en absoluto, puede ser simplemente una coincidencia, pero es un hecho interesante.
– ¿Cómo afecta eso a Jennifer? – Preguntó Corinne temerosamente.
– Honestamente no lo sé. – Dijo Shea. – Trabajaré estrechamente contigo para ver como prospera con la mezcla de nutrientes que le damos. Hasta hora le va bien. Otra semana o así y será capaz de estar contigo durante todo el tiempo. Por ahora, necesita estar en su pequeña incubadora. – Sonrió a Corinne. – Te sugiero que Dayan y tú os toméis algo de tiempo para estar solos. Disfruta... te lo has ganado. Gregori, Darius, Gary y yo cuidaremos de Jennifer.

Mírala como si tuviera que quedarse en el hospital. Dormirá largas horas. Sabrás cuando se despierta; su mente buscará la tuya.
Aflijida Corinne permitió que Shea tomara a la diminuta niña de sus brazos.
– Parece tan pequeña e indefensa.
– Está creciendo. – La tranquilizó Shea. – Ambos estáis extremadamente pálidos. Largaos un rato, órdenes del médico. – Añadió firmemente.
Corinne observó a Shea colocar al bebé durmida cuidadosamente dentro de la cúpula transparente. Dayan enredó los brazos alrededor de la cintura de Corinne.
– No te entristezcas, cariño. – Susurró contra su piel satinada. – Sabremos cuando despierta y podemos estar aquí inmediatamente. Salgamos y exploremos tu nuevo mundo. – Había un crudo dolor en su cuerpo, en su mente.
Lo oyó en su voz. Dayan nunca intentaba esconderle sus necesidades, su vulnerabilidad. Algo profundo dentro de ella le respondió, acalorándose y derritiéndose, dejándola preparada y suave esperando por él. Arrastró la mano hasta el cuello de él, sus yemas masajearon gentilmente los músculos tensos. Se apoyó más cerca de él, deseando sentir la calidez de su boca contra la piel. *No puedo esperar mucho más para estar contigo*. Hubo un jadeo en su voz que él encontró increíblemente sexy. La levantó en brazos y atravesó la cámara para fluir a través de los túneles hacia arriba hasta el tormentoso cielo nocturno.
Corinne yació en sus brazos, acunada contra su pecho. Levantó la mirada hasta la cara de él, marcada de preocupación, viendo arrugas grabadas donde no las había visto nunca antes. Por ella. El viento les golpeó, frío y mordaz, pero Dayan inmediatamente le mostró como regular la temperatura de su cuerpo para sentirse perfectamente cálida. Una fría niebla roció su piel mientras se atravesaban el aire hacia algún destino desconocido para ella. Bajo ellos había acres de copas de árboles, balanceándose y danzando con el viento. Era extraño como las hojas parecían plateadas en la negrura de la noche. Fue entonces cuando Corinne comprendió que podía ver el suelo claramente, incluso con lo rápido que estaban viajando. Podía verlo todo, hasta el más pequeño ratón escurriéndose entre las hojas de pino para escapar de la lluvia.
Las gotas de lluvia brillaban como gemas en la noche. El cuerpo de Dayan era cálido y dura, y volando a través del cielo era totalmente hilarante. Volvió la cara contra su garganta, frotando la nariz contra él, su sangre espesa, lava fundida atravesando su cuerpo. Simplemente dejó que ocurriera, deseó que ocurriera. Él se había convertido en todo su mundo. La forma en que hablaba, la forma en que volvía la cabeza. Su lenta y sexy sonrisa. La forma en que sus ojos ardían sobre ella.
Estoy leyendo tus pensamientos. ¿Quieres que nos caigamos del cielo? Tomó un agarre más firme sobre el suave cuerpo de ella, consciente de cada exuberante curva.
Ella le besó la garganta, inhalando su fragancia. Algo profundo en su interior estaba luchando por liberarse. Un salvajismo que sabía que estaba allí, esperando... no, necesitando... salir. Corinne sonrió. Siempre había deseado la libertad de ser esa mujer de su alma. Ahora la tenía. Su lengua encontró el pulso de Dayan, arremolinándose en una pequeña caricia. Sintió su reacción, el instantáneo golpear de su corazón, la tensión de su cuerpo. Su boca bajó hacia arriba hasta la oreja, explorando y brevemente jugueteando antes de moverse a la largo de la mandíbula. Si no me besas, podría morir y nunca llegaremos a donde sea que me estás llevando.
Las gotas de lluvia eran más grandes ahora, gotas de brillante agua que corrían a lo largo de su piel y crepitaban sobre el calor de su cuerpo. La delgada seda de su blusa blanca quedó inmediatamente transparente, atrayendo la mirada de él hacia la reveladora excitación de sus pechos y haciendo estragos en su habilidad de moverse velozmente a través del cielo. Agradeció que la casa de piedra surgiera a la vista, anidada en los acantilados al borde de un claro del bosque.
Bajaron en picado, casi cayendo del aire mientras él tomaba con su ardiente y ansiosa boca la de ella, posesiva, exploradora, anhelando más y más de ella hasta que pensó que nada sería nunca suficiente. La espera había sido interminable. Aterrizaron fortuitamente, no sobre el

porche, sino contra él, un enredo de brazos y ropas. Dayan se ocupó de ese problema inmediatamente, sin esperar al abrigo de un techo, sino rasgando la tela y lanzando el calzado a los cuatro vientos. Tenía que tocarla, cada centímetro desnudo de su suave y satinada piel. Sentirla. Memorizarla.

Su boca era cálida, húmeda y famélica, sin dar a Corinne oportunidad de notar que estaban todavía fuera. Alrededor de ellos las gotas de lluvia salpicaban la tierra, y chispeaban y humeaban contra sus pieles. Las manos de Corinne tenían vida propia, tocando el cuerpo de él, haciendo su propia exploración, trazando sus músculos definidos, su estrecha cintura y caderas, después moviéndose más abajo aún hasta donde estaba grueso y duro de urgente deseo. Sintió el cuerpo de él tensarse, sintió la forma en que contenía el aliento cuando sus dedos se movieron sobre él.

Un relámpago se arqueó cruzando el cielo y estalló abriendo los cielos. La tierra se movió bajo sus pies cuando sus bocas se encontraron de nuevo, soldándolos juntos en calor y fuego. No podían acercarse lo suficiente, piel con piel, desesperados por ser uno. Dayan pensó que estallaría en llamas, su cuerpo ardiente, duro y exigente. *Tengo que tenerte, Corinne. Podría volverme loco si no te tengo inmediatamente.*

La despreocupada risa de Corinne quedó amortiguada en el costado del cuello de él. Su aliento encontró el pulso; sus dientes rasparon y juguetearon. Había tanta alegría en ella, rebalsándose e inundándola a él. Su lengua se arremolinó de nuevo, sus labios siguieron el camino de su clavícula. Todo el rato, sus manos siguieron probando el peso de él, grueso, duro y tan necesitado. Las yemas de sus dedos se deslizaron y danzaron, su cuerpo se movió intranquilo al calor de sus propias demandas.

– ¿No quieres esperar? – La voz de Corinne fue ronca, sexy, una promesa de paraíso. Su boca estaba vagando sobre los pesados músculos del pecho de él hacia el abdomen plano. Los músculos del estómago se tensaron mientras el fuego explotaba en el fondo de su estómago.

La mano de Dayan se deslizó sobre su cuerpo, intentando memorizar cada centímetro de su satinada piel. Perdió la habilidad de pensar racionalmente, y no importó. Las manos y la boca de Corinne estaban inflamándole aún más, su cuerpo dispuesto, acogedor, ardiente y tan necesitado como el suyo propio. Sus dedos encontraron su calor húmedo y acogedor, probando, empujando, sintiendo la oleada de calor líquido, esperándole ansiosamente. Dayan la levantó, susurrando instrucciones en su mente o quizás fue solo una imagen.

Los brazos de Corinne la rodearon el cuello y sus piernas la cintura. Podía sentirle, duro y grueso, presionando dentro de ella. Estaba abierta y completamente vulnerable a él. Cerró los ojos, saboreando el momento, el exquisito placer, el calor y el fuego, mientras le envolvía, tomándole en el interior de su cuerpo, uniéndolos como debía ser. El placer fue más de lo que nunca se había atrevido a soñar. Oyó su propio gritito de felicidad, y sus caderas empezaron a moverse, casi por propia voluntad. Estaba cabalgándole con fuerza, tomándole tan profundamente como podía. Sus pechos rozaban el pecho de él, y las gotas de lluvia corrían hacia abajo por sus cuerpos como lenguas rozando diminutas caricias sobre sus pieles sensibilizadas.

Dayan inclinó la cabeza sobre sus pecho mientras ella se inclinaba hacia atrás, con la cara vuelta hacia los cielos en una especie de éxtasis. Así era como se suponía que debía ser. Correcto. Perfecto. Dos mitades de un mismo todo.

La cálida y ansiosa boca de él encontró la tentación, empujando con fuerza mientras el cuerpo de Corinne se apretaba más a su alrededor, una feroz vaina de terciopelo en la que quedó perdido para siempre. Sus dientes rasparon, mordisquearon, se hundieron profundamente.

Corinne gritó, sus puño se apretaron entre el pelo de él mientras un ardiente fuego blanco corría a través de su cuerpo, un placer tan intenso que rayaba el dolor. Obligó a sus dientes a abrirse para observar como él se alimentaba, como su cuerpo tomaba el de ella, empujando fuertemente hacia adelante para llenarla, la fricción la mantenía al borde haciendo apretar los dientes mientras sus músculos le aferraban convulsivamente.

Era erótico observarle, la boca sobre su piel, la garganta trabajando, el pelo negro húmedo y resbaladizo. Fue entonces, en ese momento perfecto, entre la salvaje viento y la lluvia, que notó que el pelo de él ya no era negro sino de un suave carbón. Dejó escapar un sonido, un suave lamento de amor, de devoción, sus ojos se llenaron de lágrimas. Él alzó la cabeza, sus ojos negros brillaban como obsidiana. De los dos pinchazos del pecho de ella, dos pequeños hilos de crisol se fundían con las gotas de lluvia. Observándola, Dayan inclinó la cabeza y los siguió, volviendo para cerrar las diminutos pinchazos con su lengua. Su oscura sensualidad provocó una especie de hambre en ella. Profunda. Elemental. Sensual.

Corinne sintió como su cuerpo se tensaba, apretándose alrededor de él hasta que le estuvo sujetando en una garra firme y apretada. Dayan empujó deliberadamente a un lado las húmedas hebras de su propio cabello. *Vamos, mi amor, por mí. Hazlo por mí. Lo necesito.* Ella ralentizó el movimiento de sus caderas, utilizando largas y lentas estocadas, esperando que el hambre se derramara sobre ella. Lentamente se inclinó hacia adelante, observándole mirarla. Muy lentamente bebió con la lengua el agua sobre el pulso de él. El cuerpo de Dayan saltó y se calentó unos mil grados. Los dientes de ella mordisquearon experimentalmente. Sintió la respuesta de él, sus caderas empujando hacia adelante más fuerte, un poco más rápido. Corinne levantó la mirada hacia él, sus ojos soñolientos, sexys. *Lo hago por mí, porque lo necesito. Lo quiero todo de ti, Dayan. Quiero lo que me pertenece. Te deseo en cada parte de mí, con cada aliento que tomo.*

Sin titubear Corinne permitió que ocurriera. Extendiéndose hacia ello. Abrazándolo. Esta era su vida, y confiaba en el liderazgo de él en cada paso del camino. No había habido repulsión ante la necesidad de él, su hambre oscura; en vez de eso le anhelaba de formas que nunca había creído posible imaginar. Más que nada, confiaba en él. Sabía que si no podía pasar por ello, él la ayudaría; él tenía una cualidad hipnotizadora, que haría fácil seguirle a donde quiera que la condujera. Dayan la amaba. Nunca haría nada que le hiciera daño a ella o a su hija.

El cuerpo de él pareció hincharse en el de ella, crecer más grueso y duro, mientras el cuerpo de ella le aferraba. Instintos recientes tomaron el control, los dientes se hundieron profundamente, y él fluyó en su interior como néctar. Le sintió jadear cuando una bola de ardiente fuego blanco le recorrió el torrente sanguíneo, mientras sus manos le aferraban las caderas y empujaba hacia adelante, golpeando con poderosas estocadas. Entonces explotaron juntos, mentes fragmentándose mientras sus cuerpos parecían ondear y arder. La tierra se movió, una fuerte sacudida bajo ellos. Corinne no podía decir si era real o imaginado. Solo podía aferrarse a Dayan sin aliento, cada célula gritando de alegría. ¡Estaba viva! Había encontrado su paraíso, y era muy real.

Corinne cerró los pinchazos y descansó la cabeza sobre el hombro de Dayan. Se abrazaron, sus corazones latiendo salvajemente, luchando por poner sus respiraciones bajo control.

– Te amo, Corinne. – Susurró Dayan suavemente contra la piel desnuda de ella, sus ojos se cerraron, sus negras pestañas enfatizaron la palidez de su cara. – Te amo tanto. – Levantó la cabeza lentamente, serenamente, mirándola a través de sus ojos entrecerrados.

Ella le miraba, con el corazón en los ojos. Sus cuerpo estaban todavía unidos, y el cuerpo de ella todavía se sacudía con temblores. Levantó la mano para tocar su pelo húmedo, para trazar la perfección de su boca.

– Muchas gracias por encontrarme.

Él sonrió entonces, una lenta y tierna sonrisa que siempre era capaz de robarle el corazón.

– De nada. – Pequeñas gotas de agua gotearon de su pelo para salpicar la cara de ella. Ambos estallaron en carcajadas. – No llegamos a entrar en la casa.

– Ya lo veo. – Reconoció Corinne, mirando a su alrededor como si estuviera despertando de un sueño.

Dayan separó sus cuerpos a regañadientes, extendiéndose para levantarla en brazos.

– Mujer alocada. La próxima vez que decidas seducirme, hazlo a cubierto de la lluvia.

Ella inclinó la cabeza para lamer el agua de los hombros de él.

– No sé. Más bien me gustó.

El toque de la lengua envió llamas danzarinas sobre la piel de Dayan. Abrió la puerta de un empujó con el pie y ondeó una mano casual para encender las velas y la leña de la chimenea. Había una espesa alfombra de piel sobre el suelo de madera y la bajó, la piel inmediatamente se frotó contra la piel desnuda haciendo que el cuerpo de Corinne se tensara de nuevo con anticipación. Dayan se tumbó junto a ella sobre su espalda, su largo cuerpo muy masculino.
– Vas a descansar un rato. – Lo convirtió en una orden. – No voy a llevarte de vuelta a los sanadores medio muerta.
Corinne se rió de él.
– ¿Crees que es posible morir haciendo el amor?
– De la forma en que hacemos el amor, todo es posible. – Miró hacia el techo, observando las luces titubeantes mientras la lluvia caía contra las ventanas. Se estiró en busca de la mano de ella, entrelazando los dedos de ambos. – No quiero volver a sentirme como cuando pensé que te estabas muriendo, Corinne. Te llevabas mi alma contigo.
Ella frotó la cara contra su hombro, contra su espeso cabello que ahora tenía hebras grises. El distintivo de su amor por ella.
– Eres un milagro, Dayan, y persistes en pensar en que soy yo. – Le miró con ojo crítico. – ¿Por qué estás tan pálido? Nunca había tenido este aspecto. – Le tocó la cara.
– Necesito alimentarme. – Dijo él simplemente. – Dentro de un rato cazaré, pero no ahora mismo. Quiero pasar cada minuto, cada segundo, en tu compañía.
Ella yació tranquilamente durante un momento, absorbiendo lo que él le estaba contando.
– ¿Tendré que hacer yo eso, Dayan? – Rodó de lado para mirarle. – Porque no estoy segura de poder. Contigo es diferente, pero no sé como será con cualquier otro.
Los ojos negros de Dayan le recorrieron la cara en una especie de oscuro y pensativo estudio.
– No pensé en semejante posibilidad. No me gusta mucho la idea. – Se quedó callado un rato mientras la lluvia y el viendo soplaban contra las paredes y ventanas. – Ahora que has sacado el tema, no recuerdo que Tempest se haya alimentado nunca delante de nosotros.
– Tempest era humana. – Dijo Corinne esperanzada. – Es la compañera de Dairus.
– Si, era humana cuando llegó a nosotros. No recuerdo haberla visto nunca alimentarse. – Una lenta sonrisa tocó su boca. – Darius nunca toleraría que se alimentara de otro hombre, humano o de cualquier otro tipo. Creo que es mejor que nosotros adoptemos la misma política. Es enteramente posible que yo tenga una vena celosa.
Corinne se rió de él.
– No puedes estar en mi mente y sentirte nunca celoso. – Tiró de su mano. – Vamos, perezoso, salgamos de nuevo. Quiero correr.
Las cejas de él se arquearon.
– Si tienes una sobrecarga de energía, puedo pensar en otras cosas mucho más placenteras que correr. He sido bueno porque necesitas descansar.
Corinne rió suavemente.
– ¿Crees que necesito descansar? – Se estiró, levantando los brazos hacia el cielo. – Fuiste tú quien se detuvo, no yo. Quiero tomar con tranquilidad lo de ser una Cárpato. Quiero correr, Dayan. Por primera vez en mi vida, puedo hacerlo. Realmente quiero correr. Por favor, corramos.
– ¿Ahora mismo? – Yacía de espaldas con perezosa satisfacción, con los dedos entrelazados tras la cabeza, observándola atentamente, bebiendo de la perfección de su cuerpo. Adoraba la forma en que se movía, adoraba la alegría en ella, la naturalidad. – Hay una tormenta ahí afuera.
La risa de ella llenó la habitación de calidez, llenando su corazón y alma.
– Creo que aquí también hay una tormenta. Una pequeña tormenta nunca hace daño a nadie. – Se inclinó para besarle, su pelo se deslizó sobre el pecho de él, las sedosas hebras le causaron un estremecimiento de anticipación. – No digas que no. No estoy exagerando, de verdad, Dayan. Necesito correr.
– Eres una mujer alocada. – Él suspiró pesadamente porque sabía que iba a correr en medio de la tormenta con ella. ¿Cómo podía resistirse a su felicidad? Le era imposible. Deseaba

Librodot

acurrucarse con ella en algún lugar seguro, pero Corinne quería vivir. Enfrentaba su nuevo mundo con la misma falta de temor con que había enfrentado su vida anterior.
Corinne la tomó del brazo y tiró.
– Vamos, perezoso, o me voy sin ti. – Estaba recorriendo la habitación con la mirada. – ¿Qué demonios hicimos con nuestra ropa? – Se estaba ruborizando, el carmesí se arrastraba hacia arriba por su cuello hasta sus mejillas haciendo que pareciera que brillaba.
Él cambió de posición, volviéndose de lado, apoyando la cabeza en la mano mientras evaluaba el cuerpo desnudo de ella con ojos brillantes y hambrientos.
– No creo que necesites ropa, cariño. – Observó, su negra mirada se demoraba intensamente sobre los pechos turgentes.
Al momento el cuerpo de ella empezó a hormiguear de calor.
– Para, Dayan. – Retrocedió saliendo de su alcance, pero no intentó cubrirse. Le gustaba que él la mirara con esa mirada intensamente hambrienta. – Fuiste tú el que dijiste que teníamos que parar. Vamos. – Le volvió la espalda y avanzó lentamente, provocativamente, hacia la puerta, sus caderas se balanceaban con invitación y su trasero firme le llamaba. Ella tenía hermosas piernas y una larga y elegante espalda. Le dejaba sin aliento.
Dayan se movió velozmente, saltando sobre sus pies, escudriñando el área exterior de la casa para asegurarse de que no había peligro. Ella se volvió a mirarle sobre el hombro, su mirada francamente sexy.
– No pienso que correr desnuda sea una idea muy buena – se volvió para darle una muestra, sus manos acunando los generosos y firmes pechos. – cuando estoy constituida así.
El cuerpo de Dayan se tensó ante la vista de un pezón lanzado hacia él a través de los dedos.
– Entonces tendremos que *caminar* desnudos, pero me gusta mirarte. – La cogió de la mano, las yemas de sus dedos se deslizaron en una caricia sobre su piel satinada.
Los ojos de ella le recorrieron el cuerpo, una sonrisa tiraba de las comisuras de su boca.
– Ya lo veo. – Señaló, completamente feliz. Podía tocar la mente del bebé a voluntad, sabía que la niña dormía profundamente al cuidado de los sanadores mientras ella descubría los dones excepcionales que Dayan le había dado. Podía tenerlo todo, experimentarlo todo, y estaba decidida a hacerlo.
Se movieron juntos saliendo por la puerta hasta el porche. Dayan tiró para acercarla, colocándola bajo su amplio hombro para su protección.
– Recuerda regular la temperatura de tu cuerpo. – Dijo él. El cuerpo de ella le rozaba mientras caminaban juntos, y sus pieles se habían vuelto tan sensibles, que la electricidad empezó a arquearse entre ellos.
Corinne echó la cabeza hacia atrás, levantando la mirada hacia el cielo nocturno, observando las brillantes gotas plateadas de lluvia caer de las oscurecidas nubes sobre ellos. Una pequeña luna plateada salió brevemente de detrás de una pesada nube negra para brillar sobre la espesa arboleda que se balanceaba alrededor de ellos. Las sombras danzaban, el aire era limpio y crispado, y el sonido de la lluvia sobre la vegetación era una melodía musical.
Corinne bajó la mirada a sus pies desnudos, sorprendida de poder caminar sin zapatos sobre ramas, rocas y agujas de pino. Parecía deslizarse sobre la superficie, como haría un animal, su cuerpo encontraba instintivamente el camino más tranquilo y fácil de atravesar los bosques. Se maravilló de tener semejante talento. No solo era su cuerpo moviéndose eficientemente, sino su sentido del olfato que también se había agudizado, y podía ver a pesar de la oscuridad. Volaba información en el viento, casi atravesando sus mismos poros. No provenía de Dayan esta vez; la estaba recibiendo por sí misma.
Rió suavemente, felizmente, incapaz de creer que estuviera tan viva. Que el mundo que la rodeaba fuera tan hermoso y nuevo. Estaba caminando más rápido, escuchando el latido de su corazón, celebrando su fuerte ritmo.
Dayan le permitió escapar de debajo de su hombro, observando como su cuerpo se movía, sensual, cautivador. Ella levantó los brazos de nuevo hacia la luna y las nubes oscuras, su pelo despeinado y humedecido por la lluvia, sus pechos alzándose mientras inhalaba profundamente para tomar la fragancia de la noche. Parecía una diosa, una salvaje e

indomable sirena alzando los brazos en un sacrificio pagano mientras giraba en un lento círculo.
– Quiero correr, Dayan. – Repitió.
– Entonces cambiaremos de forma, cariño. – ¿Quién podía negarle cualquier cosa? Dayan sabía que para él era imposible. – ¿Recuerda lo que te dije antes? Siempre empieza en tu mente. Debes construir una imagen completa en tu cabeza y mantenerla. Es una sensación rara, aunque no desagradable. Si te asusta, Corinne, búscame. Estaré contigo en tu mente todo el tiempo.
Corinne dejó de moverse, bruscamente, girando rápidamente para mirarle, sus ojos abiertos de par en par con excitación.
– No tengo miedo. De veras, Dayan, no lo tengo.
– Imagina un leopardo. – Él lo hizo para ambos, creando la imagen para que ella pudiera captar hasta el más pequeño detalle.
Ella dejó escapar un pequeño sonido, un ronroneo gutural mientras el pelaje ondeó a lo largo de sus brazos, mientras sus músculos se contorsionaban, su cuerpo se tensaba, y entonces corría a cuatro patas, un brillante felino de la jungla. Su cuerpo se sentía como una máquina bien engrasada. Corrió velozmente, celebrando su habilidad de hacerlo. Tenía nudosos músculos y tejidos. Patas acolchadas. Correr bajo esta forma no se parecía a nada que hubiera experimentado nunca, completa y total libertad. Saltó cruzando el suelo, sus patas apenas rozaban la tierra. Su pelaje evitaba que la lluvia penetrara en su piel. Los bigotes actuaban como un radar haciéndola consciente de todo lo que la rodeaba. *¡Dayan! ¡Esto es maravilloso*!
El leopardo macho cerró la distancia entre ellos de un solo salto, su cuerpo más grande y pesado protectoramente cerca. No quería que ella se extralimitara en su exuberancia. Había experimentado una terrible experiencia, e incluso si pensaba que era lo suficientemente fuerte, él no podía arriesgarse a que saliera herida. Ni siquiera un dedo del pie magullado. Ni una uña rota.
Estoy leyendo tus pensamientos, y estás comportándote como un tonto. ¡Estoy entera! ¿No es grandioso estar vivo? Él podía oír la risa excitada mientras la veía saltar sobre una gruesa rama de árbol y alzar el morro hacia el viento y la lluvia.
Estaba captando la alegría de ella. ¿Cómo podía no hacerlo? Ella le bañaba de calidez, su luz, su placer total en el momento. Dayan habría volado hasta la luna y la habría arrancado del cielo si ella se lo hubiera pedido. Rondó bajo ella, sus oídos y ojos alertas en busca de peligro, a pesar de estar profundamente fundido con ella, inmerso en su inocente felicidad.
Corinne saltó de la rama porque podía. Había un poder no expresado en el cuerpo del felino. Quería utilizarlo, probarlo, ver que se sentía al ser un leopardo. Dayan estaba increíblemente sensual dentro del cuerpo del leopardo macho. Notó, con una ligera sorpresa, que estaba tomando los atributos del animal. Era asombroso para ella. Se frotó contra las altas frondas de hierba, disfrutando de la sensación.
Pequeña, cuidado aquí. Los instintos sexuales de ambos estan muy intensificados. En esta forma, el sexo es posible entre nosotros, y podrías provocarnos a ambos, pero no estoy seguro de que fuera del todo agradable para ti. Los leopardos son muy peligrosos en ese momento. Cuando se aparean, el macho debe sujetar a la hembra en una posición sumisa para protegerse. Necesitas mucha más experiencia para controlar las pasiones animales. En la caza esta forma es extremadamente difícil de controlar.
Corinne estaba tentada a descubrir de que hablaba él. El leopardo hembra ciertamente deseaba aparearse, pero, fundida como estaba con Dayan, podía leer fácilmente que él estaba preocupado, incluso aunque el macho compartía el mismo deseo. Inmediatamente controló sus impulsos y tomó carrerilla de nuevo, estirando su cuerpo flexible y musculoso. Fue silenciosa, sus saltos la llevaban sobre troncos caídos e incluso amplios arroyos. Adoraba la sensación y quería que siguiera para siempre.
¿Podemos hacer esto en cualquier momento?
Por supuesto. Deberías practicar conmigo a menudo. Hay mucho que aprender, cariño, y puedo ver que tienes facilidad.

¿Puedo volar?
La risa de él fue un suave sonido de alegría en la cabeza de Corinne.
Está lloviendo. A los pájaros no les gusta mojarse.
A este pájaro le gusta. Podemos ir volando a ver a Lisa y Cullen.
En el cuerpo del leopardo, Dayan la empujó, haciéndola retroceder hacia la protección de la casa. *Es demasiado pronto. Lisa sabe que estabas muy enferma y que has tenido al bebé. Ella esperaría que te llevara unos pocos días recuperarte.*
Han pasado unos pocos días.
Te deseo, Corinne. Toda para mí. Quiero saborear cada centímetro cuadrado de tu cuerpo. Quiero este alzamiento y el siguiente y diez más para hacer el amor contigo.
La risa de respuesta de ella fue tierna. *¿De veras? ¿Y por qué no lo dijiste simplemente así?*

CAPITULO 18

Corinne recorrió con la mirada la cámara de cristal con sus charcas humeantes y velas oscilantes. El agua saltaba de las grandes formaciones de rocas y reflejaba colores de los variados cristales a lo largo de las paredes corvas y el techo. Esta caverna subterránea con su red de túneles y grandes habitaciones estaba empezando a parecerla un hogar. El bebé estaba fortaleciéndose, ganando suficiente peso como para que Shea estuviera segura de que podrían sacarle de su ambiente protegido pronto. Corinne abrazaba a su hija durante pequeños períodos de tiempo, muy consciente de los peligros en el exterior de la incubadora. Dayan y Corinne con frecuencia se fundían con la niña para confortarla y consolarla. Querían que supiera que era amada y deseada y que no podían esperar para que estuviera fuera con ellos.
Desari y Julian eran visitantes frecuentes, y a Corinne realmente le gustaban ambos. Encontraba el sentido del humor de Julian un buen contrapeso frente a su conducta intimidante. Sabía que Desari no le encontraba en lo más mínimo intimidante. Desari tenía una personalidad dulce, y había dado la bienvenida a Corinne como a una hermana. Estaba llevando algo de tiempo, pero Corinne estaba empezando a sentir que podía encajar en la familia de Dayan. Todos ellos parecían excitados con el bebé, incluso Darius, que era de lejos el hombre más escalofriante que Corinne había conocido nunca.
– Darius no es para nada escalofriante. – Negó Dayan, levantándose junto a ella para descansar la cabeza sobre el hombro de Corinne y poder mirar a la niña. – Jennifer tiene mejor color hoy.
– Me estas leyendo la mente de nuevo. – Corinne se recostó hacia atrás, presionando su cuerpo en la forma mucho más dura de él. Al momento el cuerpo de Dayan volvió a la vida, tenso contra su trasero.
Dayan estaba siempre en su mente. Siempre estaría en su cuerpo también, si por él fuera. No quería abandonarla. Corinne captó el eco de sus pensamientos y rió suavemente.
– Eso no tendrá buena pinta cuando estés tocando con la banda sobre el escenario. Un poco retorcido. No estoy segura de que los censores nos dejaran hacerlo.
Dayan permitió que el alivio le bañara. Varias veces en el curso de los últimos días, Desari había hecho amables referencias a viajar en la carretera con la banda, pero Corinne nunca había respondido ni en un sentido ni en otro. Cuando Dayan tocaba su mente en un intento de captar su humor sobre el tema, siempre encontraba que simplemente ella evitaba pensar en ello.
– ¿No te opones en viajar con músicos de ciudad en ciudad? ¿Dejando a todos los que amas detrás?
Corinne movió su cuerpo provocativamente contra el de él.
– Todo lo que amo está aquí mismo conmigo. Y Lisa. No puedo quedarme en casa por ella. Lisa tiene dinero para viajar, si quiere visitarnos. Si realmente está enamorada de Cullen, como sigo oyendo a todo el mundo, entonces supongo que querrá tener su propio hogar.
Dayan le levantó el pelo de la nuca para presionar una serie de pequeños besos contra la calidez de su piel.

– Cullen decidirá que hacer.
Corinne saboreó la sensación de su boca durante un momento, después se inclinó para poner a la pequeña Jennifer en la incubadora. La acción presionó su trasero firmemente contra Dayan, que aprovechó la ventaja, capturando sus caderas para arrastrarla incluso más cerca. Ella se tomó su tiempo, su felicidad rebalsándose mientras gentilmente besaba a su hija y encerraba al bebé dormido en la incubadora. Permaneció en pie, todavía mirando al bebé.
– ¿No es preciosa, Dayan?
Las manos de él se movieron lentamente hacia arriba por el cuerpo de Corinne desde atrás, deslizándose de su cadera hasta los pliegues de su cintura, pasando por su estrecho torso para ahuecarle los pechos en las palmas de las manos.
– Es realmente hermosa, Corinne, justo como su madre. – Le susurró las palabras contra el oído, su lengua tocándole la piel, saboreándola porque algunas veces tenía que hacerlo.
Apoyó su peso en él, sus manos cubriendo las de Dayan mientras el pulgar de él jugueteaba con los pezones hasta convertirlas en duros pináculos y sus pechos se llenaban, doloridos de deseo por él.
– Algunas veces, cuando me acabo de despertar, mi corazón palpita de terror porque tengo tanto miedo de que esto no sea real. – Volvió la cara para mirarle sobre el hombro. – Temo que no puedas ser real, y que me despertaré y habrá sido todo un sueño.
La boca de él vagó hacia arriba por el costado de su cuello. Sus dedos encontraron el lóbulo de la oreja y lo mordisqueó con fuerza. Ella chilló y le miró. Dayan sonrió sin arrepentimiento.
– Solo quería que vieras que soy muy real. – Jugueteó con la lengua en su oreja para aliviar el dolor.
– Quiero visitar a Lisa y Cullen hoy. Sé que Barack y Syndil están siendo muy tranquilizadores sobre su estado, pero quiero verlo por mí misma. E incluso aunque le han dicho a Lisa que estoy bien, sé que está ansiosa.
– De acuerdo, entonces, cariño, iremos cuando Shea venga a comprobar a Jennifer. – Enterró la cara en el cuello de ella, inhalando su fragancia. Estaba enviando escalofríos por la espina dorsal de ella, mientras lava fundida se extendía por su sangre. Él solo tenía que mirarla y ella se encontraba deseándole. Más que desearle. Corinne anhelaba la fragancia de él. La sensación de él. La visión de su cuerpo desnudo. El sonido de su hermosa voz. Quería observarle haciendo el amor con ella, ver su cara tallada con sensual belleza. Ella se giró entre sus brazos y encontró ciegamente su boca, le rodeó el cuello con los brazos, su cuerpo al momento suave, preparado e instantáneamente invitador.
– Eres asombroso. – Susurró en el calor de la boca de él.
La mano de él le acaricio el pelo e inclinó la cabeza hacia atrás para darle un mejor acceso a su exploración. Él se tomó su tiempo, besándola a conciencia, saboreando su sabor.
– Tu eres la asombrosa. – Corrigió él, encontrando su pulso con la lengua. – La forma en que confías en mí. La forma en que te lanzas a nuestro mundo y lo abrazas con los brazos abiertos. Has requerido poca ayuda incluso cuando te alimentas.
Ella alzó la cabeza.
– Creía que lo estaba haciendo todo por mí misma. Admito que me he sorprendido a mí misma. Si pienso en ello, la idea me repele, pero cuando estamos juntos... – Su voz se desvaneció, apoyando su cuerpo contra él.
– Realzo tu necesidad y deseo de alimentarte. – Admitió él. – No quiero que te sientas incómoda. Durante siglos he estado en pocas situaciones donde la ilusión de comer no fuera suficiente y me viera forzado a consumir comida humana. Las verduras no son tan malas, aunque mi cuerpo las rechaza inmediatamente, pero la carne de animales que había matado fue completamente repugnante para mí. Sé que tú sientes eso mismo sobre tomar sangre. Para nuestra gente, es sagrado y muy natural.
Dayan gimió súbitamente, cogiéndole la cara entre las manos y bajó su boca una vez más sobre la de ella. Podía oír la risa silenciosa de Corinne resonando cálidamente en su mente. Su

audición era intensa ahora, y había recogido el ruido deliberado de Shea cuando se aproximó a la cámara.

Ha sido amable por su parte advertirnos.

Ha sido necesario, pero no amable. Hemos desperdiciado nuestro tiempo a solas aquí. Hubo otro gemido, el aliento de él cálido sobre su cuello. *Deja de reír, podría tener que caminar inclinado*. Permitió que ella sintiera la dolorosa hinchazón, los pequeños martilleos que le taladraban la cabeza. Deliberadamente gimió de nuevo, solo para dejarlo claro.

Corinne rió en voz alta, un sonido despreocupado y feliz.

– Pobrecito. Bienvenido a la vida real.

Él le enredó los brazos alrededor firmemente.

– No quiero vida real. Quiero sexo. – Se inclinó más cerca de ella. – Sexo ardiente, sexo abrasador. – Su voz era malvada en el oído, su aliento moviendo los mechones de pelo y enviando estremecimientos a lo largo de su espina dorsal.

– Ahora realmente no lo lamento en absoluto. – Empujó contra la pared de su pecho para poner distancia entre ellos. Se estaba riendo, sus ojos danzaban mientras se burlaba de él. – Eres un hombre malvado y mereces que te hagan daño. – Él sabía muy bien lo que le estaba haciendo a su cuerpo... la oleada de calor, el fuego que se extendía. Era totalmente incorregible.

Shea entró en la cámara, todavía haciendo ruido para advertirles de su llegada. Podía oírlos reír juntos, podía oler la vieja llamada del apareamiento con su sentidos intensificados. Les sonrió mientras ellos se apartaban culpables.

– Estudiaré a Jennifer mientras duerme. ¿Vais a visitar a Cullen y Lisa hoy? He comprobado a Cullen mientras estaban durmiendo solo para asegurarme de que sana bien. Ya está deseando levantarse. Gregori fue también dos veces, solo para asegurarse.

La mano de Dayan resbaló hacia abajó por el brazo de Corinne, sus dedos se cerraron como grilletes en la muñeca.

– Eso suena a Cullen.

– Lisa ha estado muy ansiosa por ver a Corinne. – Admitió Shea. – Cullen no quiere que se preocupe, así que está decidido a levantarse y encontraros a los dos.

– Allí es a donde íbamos ahora. – Tranquilizó Dayan a la sanadora.

Corinne asintió.

– He estado preocupada por Lisa, pero Dayan cree que sería demasiado pronto para que Lisa pensara que yo podría haber viajado después de todo lo que ha ocurrido.

Shea se encogió de hombros mientras se inclinaba sobre la incubadora.

– Creo que en este punto, Lisa se alegrará tanto de verte que no se preguntará nada. Ella prefiere no enfrentar nada que no encaje con su visión del mundo.

Corinne tiró de Dayan.

– Vamos. Realmente quiero verla. Jennifer está dormida... ahora es nuestra oportunidad. – De repente le sonrió, sus dientes muy blancos y sus ojos danzando con excitación. – Podemos volar. Puedes enseñarme a volar. Aprisa, Dayan, no puedo esperar. – Estaba arrastrándole hacia la entrada de la cámara.

Dayan no podía evitar captar su exhuberancia. Ella estaba extrayendo de vuelta recuerdos de la infancia de Dayan cuando había experimentado por primera vez sus habilidades como un niño. La detuvo.

– ¿Ves esa chimenea de la ventilación? Es la forma más rápida de subir.

Ella la estudió durante un momento, insegura de si se estaba burlando de ella.

– Parece muy estrecha. ¿Cómo podemos encajar, incluso si somos pájaros?

– Los murciélagos viven en cuevas. Son pequeños y puede entrar en lugares muy estrechos.

– De eso nada. ¿Realmente puedes hacerte tan pequeño?

– Puedo ser la niebla sobre el viento, moléculas en el aire. Por supuesto que puedo hacerme tan pequeño. Así que tú también puedes. Es exactamente como lo del leopardo. Estudia la imagen en mi cabeza así tendrás la réplica exacta al detalle, entonces enfoca y mantén esa

imagen. Puedes hacerlo. – Él la ayudaría a mantener la imagen, justo como había hecho con el leopardo.
Corinne siguió su liderazgo sin dudar, dispuesta a experimentar todo lo que la vida tenía que ofrecer. Las sensaciones eran completamente diferentes: la información entrando a raudales en el cuerpo del murciélago llegaba de forma diferente que a través de los sentidos del leopardo. Cuando irrumpió en el cielo nocturno, Dayan estaba ya proveyendo la siguiente imagen, que era de una lechuza. En medio del aire, llevó a cabo la transformación, esta vez consciente de la ayuda de él, y aceptándola.
Volar cruzando el cielo era tan increíble, perdió la imagen más de una vez y tuvo que confiar en que Dayan la mantuviera por ella. No importaba... estaba encantada. A gran altura sobre los árboles dio vueltas, extendiendo sus silenciosas alas y escudriñando la tierra en busca de todo lo que podía ver u oír. *¡Podría quedarme aquí para siempre!*
Él estaba experimentando el volar y cambiar de forma a través de sus ojos. Era tan parte de él, pero había olvidado la alegría de ello. O quizás nunca había sido capaz de sentirlo con tanto fuerza como Corinne hasta ahora, ni siquiera como un niño cuyas emociones estaban todavía intactas. O quizás la intensidad de sus sentimientos eran a causa de que Corinne estaba con él, a su lado, en su corazón y alma, y que tenía alguien con quien compartir cada placer, cada pena. Quizás en eso radicaba la diferencia. Él solo sabía que le hacía sentirse completo, había cambiado su mundo a algo nuevo y brillante, y la alegría de ella estaba bañándole constantemente.
Dayan la giró rumbo a la casa donde Syndil y Barack habían llevado a Cullen y Lisa para protegerlos de los miembros de la sociedad. Dayan sabía que Darius había rastreado a los cazadores y había tenido éxito en disminuir su número. Así lo había hecho ya antes. Con suerte, pasaría algún tiempo antes de que pudieran reponer sus filas de soldados y enviar nuevos asesinos tras su familia. Se contuvo de pasar la información a Corinne, no deseaba que ella tuviera que enfrentar los aspectos más duros de su vida hasta que fuera necesario.
Bajo ellos la casa pareció una larga y extendida estructura rodeada de bosque. El claro contenía un jardín de flores silvestres y helechos. A un lado había un enorme roble. De una rama pendía una gruesa cuerda con un neumático para columpiarse. La casa parecía bien conservada. Dayan se deslizó hasta tierra, guiando a Corinne mientras ella aterrizaba, revolviendo un montón de agujas de pino y vegetación. La lechuza hembra casi chocó con el neumático que se balanceaba. Cambió de nuevo a su forma normal, riendo en voz alta. Fue Dayan quien proporcionó las ropas.
– Dayan, esto es tan divertido. ¿Me viste? Pensé que iba a empotrarme con el roble. Estaba intentando posarme en una rama, pero en el último segundo tuve miedo de no poder.
Su pelo era una salvaje mata de seda, sus mejillas ruborizadas de excitación, y sus ojos verde musgo estaban danzando de nuevo. Conseguía quitarle el aliento y derretirle el corazón.
– Lo hiciste bien, aunque tu aterrizaje podría mejorar.
La voz de él fue burlona, una melodía de negro terciopelo que de algún modo sonó a través de su cuerpo y alma. Corinne le tocó la cara.
– Gracias, Dayan. Adoro cada minuto de esto, de veras. – Miró hacia la casa. – ¿Es aquí donde está Lisa? Es maravillosa... ¿de quién es?
Dayan se encogió de hombros.
– Los Cárpatos tiene propiedades por todas partes y las prestamos cuando es necesario. Escúchame, cariño, antes de entrar. Lisa no debe saber de nosotros. De que somos diferentes. Será mejor para ella que nunca se lo imagine. – Dayan habló con extraordinaria gentileza.
Corinne sonrió amorosamente hacia él y le enmarcó la cara con las manos.
– Conozco a Lisa mejor que ningún otro, Dayan, y la quiero. Nunca querría que cargara con más de lo que puede manejar.
Él sintió su aceptación e inclinó la cabeza para besar su boca invitadora.
– Me temo que pareces demasiado hermosa para haber atravesado una ordalía como la que has pasado. No sé como se tomará Lisa tu recuperación. – Su mano trazó la esbelta columna de la garganta de Corinne, moviéndose más abajo para acunar el peso de su suave y firme

pecho en la palma. Pensaba que ese toque sería suficiente, pero la necesidad golpeó su cuerpo. Antes de poder detenerse, inclinó la cabeza para encontrar su pezón justo a través de la delgada seda de la blusa, su dientes mordisquearon gentilmente, su boca súbitamente ardiente y urgente, tirando con fuerza.

Corinne cerró los ojos y se apoyó en él, deseándole una vez más, su cuerpo inundado de calor líquido. Le rodeó la cabeza y le abrazó firmemente a ella.

– ¿Qué estás haciendo, Dayan? Estamos justo fuera de la casa; cualquiera podría vernos a través de las ventanas si estuvieran mirando. – Pero no le apartó como debería haber hecho; le estaba presionando contra ella, arqueando su cuerpo para darle un mejor acceso. Su respiración estaba llegando en pequeños jadeos. ¿Cómo podía necesitar tanto su toque? Le deseaba ya mismo, en ese minuto, una y otra vez, su cuerpo duro y grueso, empujando en el de ella.

Podemos no ser vistos si lo deseamos. Incluso en su mente, su voz fue áspera, sensual, maliciosamente erótica. Podía saborearle en su boca, sentirle profundamente en su interior, y él estaba solo en su pecho, su boca exigente. La sensación de su boca, ardiente y húmeda sobre la seda de la blusa, la estaba volviendo salvaje y hambrienta.

¿Quieres decir invisibles? La idea la excitó. Tenerle allí mismo, justo en ese momento. Cuando lo deseaba. Estaba ya moviéndose contra él, haciendo sus propias demandas. *Dime cómo.*

Primero has lo que sea que veas en mi cabeza. Su mano se estaba deslizando sobre el estómago plano de ella, echando a un lado la camisa para poder sentir la piel desnuda.

Él tenía imágenes en su cabeza, pero Corinne estaba segura de que no tenían nada que ver con hacerse invisibles. Oyó una suave risa. Eres tan increíblemente malo a veces. En realidad quería castigarle, pero le salió suave y sexy. Estaba ya respondiendo a esas imágenes, confiando en que él los ocultara de ojos curiosos. Estaba apartándole la ropa, sus manos encontrando la dura longitud, las yemas de sus dedos danzando y tentando, haciéndole íntimas promesas.

Dayan se libró de las ropas de ambos según la costumbre de su gente, fácilmente, simplemente, dejando el cuerpo de ella abierto al de él, para poder mirar su curvilínea forma femenina y maravillarse de su exuberante perfección. Su mano se deslizó hacia abajo por el estómago plano hasta el nido de rizos y se estableció allí, sus dedos la encontraron ardiente y húmeda de deseo.

– Podría tomarte una y otra vez y nunca tener suficiente. – Susurró él, recostándose hacia atrás para observar la cara de ella mientras empujaba con la palma de su mano contra la entrada. Adoraba ver su cara, la forma en que se movía en él, sus caderas suplicando más, deseándole con la misma ansia que él sentía por ella.

– Dayan. – Susurró su nombre. Suavemente. Su voz lo decía todo. Él inclinó de nuevo la cabeza para encontrar su boca con la propia, al mismo tiempo que insertaba dos dedos en la ardiente canal, acariciando, tentando, igualando el ritmo de las caderas de ella. Estaba ferozmente ardiente, y su fragancia le llamaba. Corinne se movió intranquila contra él, adorando la forma en que la brisa se deslizaba sobre su cuerpo como los dedos de él, jugueteando con sus pezones hasta convertirlos en duros e invitadores picos haciendo que Dayan no pudiera resistir su invitación. Adoraba que él observara su placer, que *sintiera* su placer cuando se fundía con ella.

Quiero saborearte, Corinne. Quiero ser parte de ti.

No te negaría nada, Dayan. Lo sabes. Adoraba la intimidad de sus mentes unidas. La forma en que todo entre ellos era tan abierto. No tenía que decirle que quería que empujara dentro de ella más fuerte... él ya lo sabía. Él no tenía que decirle que la forma en que se estaba moviendo y mostrando su deseo por él le excitaba insoportablemente.

Las manos de Dayan se extendieron a lo largo de su cintura y la levantó, colocando su trasero inesperadamente sobre el neumático que se balanceaba. La echó hacia atrás para tener acceso a su vaina.

– Será mejor que ahora estés haciendo eso de hacernos invisibles. – Le advirtió ella, pero sus puños estaban aferrados entre el pelo de él y ya estaba ardiendo en llamas.

Dayan exploró el dulce y ardiente centro. Ella se sacudía ya de deseo, sus músculos se tensaban más y más. Le enredó las piernas alrededor de la espalda, gimiendo su placer, incapaz de creer que podía sentirse tan viva y lista para estallar en pedazos en cualquier momento. Las manos de él era duras en sus caderas, empujándola contra él mientras deliberadamente la llevaba al borde de una liberación que hacía pedazos la mente y que parecía que iba a durar para siempre. Satisfecho, él siguió, arrastrando el columpio hacia adelante, manteniendo las caderas de ella para poder enterrarse en ella para compartir su explosivo placer. Se movió con fuertes y profundas estocadas mientras el cuerpo de ella explotaba alrededor del suyo y las manos que aferraban la cuerda eran la única cosa que mantenían su toque con la realidad.

Dayan aferró su garra sobre la curva de las caderas de ella y permitió que el salvajismo de su naturaleza le reclamara. Corinne le estaba urgiendo con pequeños gritos sin aliento, con su cuerpo ardiente y apretado rodeándole, empujándole más y más profundo en ella. Un relámpago se arqueó cruzando el cielo y abrió los cielos, lloviendo una ducha de chispas a su alrededor. O quizás estaba solo en sus mentes... Corinne no estaba seguro. La electricidad parecía estar crepitando entre ellos haciendo que las llamas crepitaran y danzaran a lo largo de sus pieles.

Tiró hacia atrás la cabeza, empujando hacia adelante una y otra vez, el viento en su cara, su cuerpo enterrado en la ardiente vaina aterciopelada de ella, apretada y feroz, arrastrándole más y más cerca del borde del mundo. Corinne era tan parte de él, no podía decir donde empezaba su placer y terminaba el de ella. Sintió el primer estremecimiento, la contracción, la fuerte garra del músculo de ella rodeándole y dispuestamente la siguió, justo sobre el borde del mundo. Estaba cayendo a través del tiempo y el espacio, mientras a su alrededor la tierra se meció y ondeó y fuegos artificiales parecieron esparcirse por el cielo nocturno en un feroz despliegue.

Corinne se encontró volviendo a su propio cuerpo, luchando por controlar su salvaje respiración, ambas manos aferradas a su grueso cuerpo. Dayan estaba observándola, su corazón parecía tronar en los oídos de ambos. Su negra mirada tan hambrienta e intensa, el corazón de Corinne se derritió al instante. Ambos sonrieron, la misma larga sonrisa de saciada satisfacción. De íntima conspiración.

Dayan se desenredó gentilmente a sí mismo, ayudándola a ponerse en pie, abrazándola. Adoraba abrazarla casi tanto como hacer el amor salvajemente con ella. Estaba sonando música en su cabeza, notas y letras que recorrían su corazón y alma. *Corinne.* La respiración llego al interior de sus pulmones, permitiendo a ambos recobrarse naturalmente.

– ¿Era yo la que gritaba como una banshee? Honestamente no puedo recordarlo. – Preguntó Corinne.

– Si, eras tú, y yo debo haber estado chillando justo a tu lado. – La tranquilizó Dayan. Permitió que el viento enfriara el calor de sus cuerpos antes de vestir sus pieles desnudas. Inclinando la cabeza a un lado, la regañó suavemente. – Eres tan hermosa, Corinne. Cuando esté sobre el escenario actuando y tú estés justo a mi lado, tocando conmigo, o simplemente sentada entre la audiencia con todos esos hombres solteros mirándote, voy a pasar unos cuantos malos momentos.

Ella se rió, lanzándole los brazos al cuello para besarle ruidosamente.

– Hombre alocado, acabamos de hacer que la tierra se mueva. Sé que no vas a fingir que no te sientes arrogante y el mejor amante de todos los tiempo. ¿Qué es toda esta repentina inseguridad?

Los dientes blancos de él relampaguearon, sus ojos negros como los de un muchachito travieso.

– Sabía que si lo planteaba bien, tarde o temprano conseguiría que lo admitieras. – Se recogió el pelo con una mano y lo aseguró en la nuca con una tira de cuero.

Las yemas de los dedos de Corinne rozaron tiernamente las hebras grises que le caían sobre a frente.
– Esta vez te lo mereces. Te quiero mucho.
– Al fin. ¡Nunca pensé que serías tan directa y me lo dirías! Iba a sacártelo a la fuerza si esperabas mucho más. Ya no somos invisibles. Creo que sería mejor que nos acercáramos a la casa y entráramos por si a caso sale Lisa y nota que no hemos traído coche. Veo que las cortinas de arriba revolotean.
Corinne se volvió ansiosamente hacia la casa, apresurándose a subir los escalones del porche hacia la puerta delantera. Antes de poder llamar, la puerta se abrió de par en par.
– ¡Corinne! – Lisa se lanzó a los brazos de Corinne con tanta fuerza que casi las tiró a las dos. Dayan las salvó con una mano firme sobre la espalda de Corinne. Las lágrimas inundaban los ojos azules de Lisa, corriendo desenfrenadas por su cara. Las dos mujeres se abrazaron, riendo y llorando al mismo tiempo mientras Dayan las miraba con indefenso horror masculino.
– Tenía tanto miedo por ti. – Dijo Lisa, aferrándose a ella. – Deja que te mire. Me dijeron en el hospital que te estabas muriendo. Simplemente desapareciste de tu cama de hospital. Syndil me dijo que tu corazón es fuerte y el bebé está vivo. ¿Dónde está?
Corinne abrazó a Lisa mientras las palabras empezaban a salir a borbotones.
– No me he muerto. Mi corazón es muy fuerte, más fuerte de lo que ha sido nunca. La familia de Dayan conoce a sanadores... médicos increíbles, nos salvaron al bebé y a mí. Jennifer está todavía en la incubadora, pero prometo que tan pronto como me permitan tenerla, te la traeré. Cuéntame sobre Cullen. ¿Cómo está?
Lisa estaba conduciendo a Corinne a través de la hermosa casa, hacia el dormitorio de Cullen. Dayan las seguía, manteniendo la distancia, dejando que Lisa tuviera la completa atención de Corinne.
– Cullen está ya bien, pero no se queda en la cama diga yo lo que diga. ¡Ayer por la mañana quiso levantarse y prepararme el desayuno! Él es así... está siempre deseando hacer las cosas más dulces. Me gusta hacer cosas por él, pero él no me deja; cree que es imponente.
– ¿Aún no ha probado tu lasagna vegetariana? Eso debería convencerle de que puedes ser muy doméstica. – Aconsejó Corinne.
Lisa se detuvo antes de abrir la puerta.
– Quiero estar con él, Corinne. Lo digo en serio... nunca había conocido a nadie como él, alguien con el que puedo simplemente hablar durante horas. Adoro estar con él. – Sonrió. – Es capaz de ser una audiencia cautivadora.
– Eso es bueno, ¿no?
Lisa se encogió de hombros.
– Dejaría de ser modelo para estar con él. Sabes cuanto significa para mí saber que tengo un enorme plan de jubilación, un montón de dinero para respaldarme. Pero lo dejaría por él, realmente lo haría.
– Pero... – Animó Corinne amablemente.
Lisa miró hacia Dayan, que estaba a alguna distancia abajo en el vestíbulo, estudiando una pintura. Bajó la voz.
– Cullen no me ha dicho nada. Creo que le gusta estar conmigo, sé que se siente atraído, pero no sé lo que *siente* realmente por mí. O cuanto. Es diferente al resto de los hombres, Corinne, realmente lo es.
– Me alegro por ti, Lisa. Me gusta Cullen. Creo que podría encariñarme con él, y no puedo imaginar que él no te adore como yo. – Tomó el brazo de Lisa. – Antes de entrar en la habitación de Cullen, debería contarte que Dayan y yo estamos casados.
– ¿Qué? – Lisa la miró fijamente, claramente herida.
– Era necesario para proteger al bebé. Le amo, realmente le amo, y quiero que tú le quieras como a un hermano. Ha sido tan bueno para mí. Él me salvó la vida; salvó la vida de Jennifer. – Corinne miró a Lisa con una mirada firme, casi hipnotizadora. – Tengo intención de pasar el resto de mi vida con él. Necesito que le aceptes como parte de la familia.
Lisa asintió, rodeando a Corinne con los brazos de nuevo.

– Le debo todo por salvar a la pequeña Jennifer y a ti.
– ¡Lisa! – La voz de Cullen era todavía ligeramente ronca pero sonaba bastante fuerte. – ¿Qué estás haciendo ahí fuera?
Dayan sabía perfectamente bien que Cullen podía oír cada palabra con su realzada audición. Dayan bajó por el vestíbulo, pasando a las dos mujeres para abrir la puerta de un empujón.
– Hey, perezoso, estas dos no pueden dejar de llorar y reír o simplemente quedarse ahí de pie abrazándose la una a la otra. Necesito otro hombre alrededor para equilibrar la balanza.
– No somos tan malas. – Negó Corinne, deslizando el brazo alrededor de la estrecha cintura de Dayan mientras Lisa se apresuraba a acudir junto a Cullen.
Cullen estaba sentado en una silla, un poco pálido, pero con aspecto más fuerte de lo que Corinne había esperado. Había algo diferente en él. Le llevó solo momentos, pero cuando miró a Dayan él asintió imperceptiblemente. El Poder reconoce al Poder. *Él no puede hacer lo que nosotros, pero camina parcialmente en nuestro mundo. Comparte una unión mental con Barack.*
Corinne lo había sabido, Dayan lo había discutido con ella, pero le resultaba extraño haber podido ver la diferencia en Cullen en el momento en que entró en la habitación. Le tocó la mano con dedos gentiles.
– Lamento tanto que resultaras herido, Cullen, y que mi corazón diera problemas al mismo tiempo. Los pobres Lisa y Dayan tuvieron que preocuparse mucho por nosotros. ¿Cómo te sientes?
– Como si pudiera ir a bailar y alguien me diera la oportunidad.
– No deberías apresurarte, Cullen. – Dijo Lisa ansiosamente. – ¿A qué viene tanta prisa? – Entrelazó los dedos con los de Cullen con una mano mientras le echaba el pelo hacia atrás con la otra.
– Un hombre no puede pedir apropiadamente a una mujer que se case con él cuando está vestido con una bata y no tiene un anillo como Dios manda. Eso no se hace. – Dijo Cullen.
Lisa miró a Corinne ansiosamente, como si no se atreviera a entender lo que él decía.
– No creo que a una mujer le importara ni una cosa ni la otra. – Dijo Lisa cautelosamente. – ¿Estás planeando pedir a alguien que se case contigo?
– Quiero preguntárselo a alguien. – Admitió Cullen. – Pero ella es guapa y famosa y demasiado buena para mí. Podía lograrlo con un traje formal y una cena a la luz de las velas y un anillo, pero una bata es algo que le quita el valor a un hombre.
Lisa se quedó allí en pie con aspecto tan indefenso, que Corinne deseo abrazarla. Evidentemente, Cullen se sentía del mismo modo. Tiró de Lisa hasta sentarla en su regazo, sus brazos la rodearon.
– ¿Lisa Wentworth, considerarías casarte conmigo? Antes de que me respondas, quiero que seas consciente de que tengo enemigos. Pasaremos tiempo en la carretera, viajando con la banda, y cuando no lo hagamos, estaremos escondidos en algún lugar como este. Puedo prometerte que haré lo que pueda por eliminar el peligro para que podamos vivir en algún lugar confortable, pero entretanto, tendremos que viajar por ahí en la seguridad de la banda.
Lisa se echó el pelo hacia atrás.
– Quiero estar contigo, Cullen. Tendré que encontrar la forma de librarme de mi contrato, pero lo habrá. Encontraré una forma.
– Barack y Syndil te ayudarán con eso. – Dijo Dayan. – Deja que vayan contigo y se ocupen de ello. Barack es un super hombre de negocios, y ya que Cullen no puedo ir contigo, uno de nosotros debe protegerte a ti y a tus intereses.
– Esa es una idea maravillosa. – Dijo Corinne.
Lisa se encontró asintiendo, parpadeando rápidamente. Algunas veces se sentía como si estuviera cayendo en los ojos de Dayan cuando él la miraba directamente. Era una locura. Y siempre parecía acabar estando de acuerdo con cosas que ordinariamente no consentiría. Miró a Cullen un poco indefensa.
– ¿Tú que crees?

– Creo que si yo no puedo ir, Barack, debería ir contigo. Sabe mucho de contratos, si alguien puede encontrar un escape es él. Si vas, Lisa, tienes que quedarte junto con Barack y Syndil y hacer todo lo que te digan.
¿Por qué tiene que ir Barack con Lisa? Deberíamos ir nosotros, Dayan. Está incómoda con esto. Objetó Corinne.
No puede confiar solo en ti, cariño. Barack y Syndil la protegerán de cualquier miembro de la sociedad que pudiera acechar por los alrededores, y por supuesto, cualquiera de ellos puedo fácilmente persuadir a los que mantienen su contrato para que la libren de él. Déjala depender de Cullen y los otros.
– Syndil cree que debo esconderme aquí durante unos cuantos días más, pero Lisa y yo nos uniremos a vosotros antes de la fecha del primer concierto. – Prometió Cullen. – Me gustaría casarme tan pronto como sea posible. – Miró a Corinne. – ¿Te molestaría mucho que nos casáramos rápidamente? Sería peligroso planear una gran boda siendo Lisa tan famosa. Atraería a los miembros de la sociedad con seguridad. Creo que deberíamos hacerlo en secreto y después podemos celebrarlo con los miembros de la banda. ¿Tú que crees Lisa?
– Siempre he pensado que quería una boda enorme con una larga cola y rosas por todas partes, pero en realidad solo te quiero a ti. Sería agradable que Dayan y Corinne pudieran estar allí como testigos.
– Tú di el momento y el lugar, Cullen. – Prometió Dayan de inmediato. – Estaremos allí. – Se alegró de haberlo dicho cuando sintió la felicidad de Corinne floreciendo dentro de él. Ella quería a Lisa y quería ver como se casaba.
Dayan deslizó el brazo alrededor de los hombros de Lisa, empujándola cerca de él.
– ¿Se está ocupando Barack de ti? – Hubo un lento arrastrar en su suave voz.
Cullen rió.
– Él se está acostumbrando a que Syndil me adore. Lo hace desde el momento en que posó sus ojos en mí. Simplemente él no parece capaz de admitirlo aún.
Para sorpresa de Corinne, Lisa rió con él.
– Habla en serio de Barack. Cullen está siempre guiñándole el ojo a Syndil o soplándole besos. Siempre le dice las cosas más escandalosas. Barack siempre reacciona con esa cara... no tiene precio, Corinne.
– No he conocido a Syndil y Barack aún. – Admitió Corinne. – Pero Desari y su marido, Julian, son muy agradables.
Lisa asintió.
– Nos visitan cada noche. No puedo creer que haya conocido a toda la banda. Incluso al guardaespaldas, Darius y su esposa, Tempest. Ella es realmente agradable, pero Darius es intimidante.
Corinne quedó sorprendida de captar el eco de los pensamientos de Lisa. *Como Dayan.* Lisa encontraba a Dayan y Darius intimidantes. Pensaba que Barack era divertido, y Syndil era una dulzura. Corinne extendió su mano hacia Lisa.
– Quiero hablarte de la pequeña Jennifer. Vamos, hablemos mientras Dayan se asegura de que Cullen realmente está tan bien como él dice.
– ¿Cuánto pesó? – Preguntó Lisa.
– Es muy pequeña, solo cuatro libras, pero está ganando peso. Debería salir de la incubadora pronto. Tiene un montón de pelo, un pequeño hoyuelo en la comisura de la boca.
– Como tú. – Dijo Lisa.
Corinne rió y la abrazó.
– Soy tan feliz, Lisa. Realmente, realmente feliz.

CAPITULO 19

Corinne despertó enredada entre las sábanas, su corazón palpitando erráticamente y un grito de alarma en su garganta. Había lágrimas en su cara, y ambas manos se extendían protectoramente en busca del pequeño montículo que había habido en su estómago.

¿Qué pasa? Dayan la arrastró cerca de él, sus brazos se cerrando alrededor de ella, un refugio seguro en la tormenta de sus pesadillas. *Cuéntame, cariño.* Estaba rastreando los alrededores, fundiéndose profundamente para poder ver los fantasmales sueños de Corinne.

– No podía respirar, Dayan... ¡por un momento no podía respirar! – Su corazón se reacomodaba al ritmo más tranquilo y firme del corazón de él. Yacía entre sus brazos, agradeciendo la fuerza de su cuerpo. Escuchó el sonido tranquilizador de su corazón y el más suave y casi imperceptible sonido de la respiración de su hija. – Por un momento, nada de esto fue real... ni tú ni el bebé ni mi nuevo corazón. Te habías ido y me habías dejado sola.

Dayan presionó su boca contra las sienes de ella.

– Estabas descansando al modo de los humanos, Corinne. Quisiste echarte en la cama aquí en nuestra nueva casa.

Corinne se encontró sonriendo a pesar de los ecos de su terrible sueño.

– ¿La gente considera los autobuses de gira como casas?

Dayan se giró para poder bajar la mirada hacia la cara de ella, las yemas de sus dedos trazaron la delicada estructura ósea.

– Vivimos principalmente en la carretera, así que los autobuses se convierten en hogares muy rápidamente. Noté que estabas muy nerviosa alrededor de los gatos.

Su pulgar estaba dejando pequeñas caricias en la comisura de su labio inferior, enviando pequeños estremecimientos por su espalda hasta la base de su espina dorsal. Él siempre la hacía tan consciente de las diferencias de sus cuerpos. Lo duro que eran sus músculos, sus huesos anchos y fuertes; el cuerpo de ella parecía suave y muy femenino en contraste aún cuando sus músculos eran bastante firmes. Corinne se regocijaba en su nueva fuerza. Más aún, él la hacía recordar siempre que él era un hombre y ella una mujer.

Mi mujer. Él le recordó que era siempre una sombra en su mente.

– ¿Gatos? ¿Así es como llamas a esas cosas? No son gatos, Dayan, son animales salvajes. Auténticos animales salvajes. Los leopardos comen bebés. La pequeña Jennifer sería un apetitoso manjar para ellos. – Señaló.
– ¿Apetitoso manjar? Me gusta eso. – su mano se extendió por la garganta de Corinne mientras se inclinaba para tomar posesión de su boca. Un lento remolino de fuego. Cuando alzó la cabeza, sus ojos negros brillaban de hambre, una mano vagaba hacia abajo para encontrar sus abundantes pechos. – Todo el mundo necesita apetitosos manjares ahora y siempre. – Al inclinar la oscura cabeza su largo pelo se deslizó sobre la piel de ella como hebras de seda, tentando cada nervio hasta pura necesidad. Su aliento era cálido, y el cuerpo de ella se tensó de anticipación.
Corinne se encontró sonriendo, relajándose en su interior donde todavía escuchaba los ecos de su pesadilla. Jennifer estaba fuera de la incubadora y durmiendo pacíficamente en la pequeña cuna que Dayan había diseñado para la nueva casa móvil que compartían. La gira empezaría en una semana y necesitaban ponerse en movimiento. Jennifer era demasiado pequeña, y Dayan y Corinne casi tenían miedo de cogerla en brazos, así que era tranquilizador tener a los otros miembros de la banda cerca para echar una mano. Gary Jansen había decidido viajar con ellos hasta que Jennifer ya no necesitara su protección o Cullen y Lisa volvieran para viajar con ellos.
– ¿Qué hora es? – Preguntó Corinne, súbitamente preocupada.
Dayan se acercó al pico tentador, su boca se deslizó por la cremosa carne haciendo que los pensamientos de ella inmediatamente se disiparan en todas direcciones. Sus manos apretaron puños del pelo grisáceo de él entre sus palmas, y tiró hacia abajo de la cabeza hasta su cuerpo ansioso.
– Deja de tentarme. No tenemos toda la noche.
La lengua de él acarició.
– Me gusta tomarme mi tiempo. Cada centímetro de ti merece atención.
– Absolutamente. – Estuvo ella de acuerdo. – y tenemos un poco de prisa aquí, así que si estamos planeando darme la atención que necesito, hazlo y deja de volverme loca! – Él la estaba volviendo loca y lo sabía. Su cuerpo en tan cercana proximidad del de él estaba ardiente y dolorido de deseo.
La suave risa burlona de él estaba en su mente cuando finalmente accedió a sus demandas y tomó el pecho en la ardiente y húmeda caverna de su boca. El cuerpo de Corinne respondió con una oleada de calor húmedo que le llamaba. Dayan se tomó su tiempo, una larga, perezosa y muy placentera exploración del cuerpo de ella, acariciando cada hueco y curva, cada lugar secreto sombreado. Sus manos y lengua produjeron un espeso calor fundido al torrente sanguíneo de ella y una urgencia creciente que Corinne no podía ignorar. Estaba ardiendo, por dentro y por fuera. Profundamente en su interior rabiaba una conflagración, una tormenta de fuego tan ardiente que pensó que podría explotar. Su toque la volvía del revés haciendo que apenas pudiera recobrar el aliento.
Maliciosamente encontró su cuerpo con las manos. Tentando su camino a través de su mente, descubrió cada secreto que lo conduciría a la locura. Su boca encontró la garganta, mordisqueando y raspando sobre el pulso. Oyó el eco del golpeteo del corazón de él. Sus manos acariciaron las nalgas firmes, demorándose en los músculos, trazando las líneas talladas mientras propagaba pequeños besos a través de los pesados músculos del pecho. Él estaba grueso y duro ahora, su piel ardiente mientras ella se movía a lo largo de la línea de su estómago plano. Su aliento era entrecortado y su mente una roja neblina de hambre.
Su lengua se arremolinó siguiendo a un sendero a lo largo del hueso de la cadera, mientras con las manos encontraba las columnas de los muslos. Los músculos estaban duros y rígidos de anticipación. Corinne dejó que su aliento se derramara sobre la cabeza aterciopelada de la pesada erección, mientras le acunaba en sus manos, mientras sus dedos danzaban y tentaban. Siguió hasta que él gimió y le tomo la cabeza entre las manos, arrastrándola hacia él. Su boca era apretada y ardiente, su lengua un fuego danzante. Las caderas de Dayan se movían urgentemente, un duro ritmo que parecía incapaz de detener.

Dayan murmuró algo, un sonido espeso y ronco de puro placer, y súbitamente utilizó su enorme fuerza para recuperar el liderazgo. La empujó hacia abajo sobre las sábanas enredadas, sus manos la cogieron por las caderas curvilíneas mientras se arrodillaba sobre ella. Simplemente la tiró hacia él, hacia su dura y gruesa estaca, exigiendo entrada. Ella estaba resbaladiza con acogedor líquido, su apretada vaina le envolvió con fiera bienvenida. Empujó dentro de ella, con fuerza y rapidez, su cuerpo un poco salvaje, un poco fuera de control. Observó como se convertían en uno, un tango solo para ellos dos, mientras en su cabeza las notas musicales se hinchaban en un crescendo de calor, luz y puro placer erótico.

Corinne estudió su cara mientras se movían juntos. Amándole. Adorando lo que le hacía. Lo que ella le hacía a él. Todo el tiempo el fuego se acumulaba y ahora podía oír su música, las salvajes e incontenibles notas que danzaban como llamas dentro de él. En su alma. O la de ella.

¡En la nuestra! La palabra se deslizó en su mente y se fragmentaron juntos, chocando contra tormentosos mares y lanzándolos hacia las brillantes estrellas. Se aferraron el uno al otro mientras la tierra se estremecía y el salvajismo en su interior se asentaba.

La negra mirada de Dayan nunca abandonó su cara. Se inclinó para besarla, para saborearla de nuevo, deseando más pero sabiendo que les faltaba tiempo.

– Nuestra alma, Corinne. La música proviene de nosotros dos. Sin ti, nunca la encontraría en mi. – La besó de nuevo. – ¿Por qué estás ahí tendida? ¿No eres la dama de honor de esta boda? Sé que yo soy el padrino. Se supone que tendríamos que haber estado allí hace cinco minutos. Lisa habrá cedido al pánico.

– ¡Lo olvidé! Demonios, Dayan, siempre haces lo mismo. Borra esa sonrisa satisfecha de tu cara. – Ella adoraba esa expresión en su cara. Se sentó y le cogió la cara entre las manos porque tenía que besarle, era tan feliz.

– Solo estaba mostrándote que esto es real, no un sueño. Deberías estar agradecida. – Se burló él.

Un ruidoso golpe en la puerta del trailer hizo que se separaran culpablemente. Corinne estalló en carcajadas, no pudo evitarlo. Se encontró a sí misma completamente vestida mientras Dayan se sentaba completamente desnudo al borde de la cama.

– Salid, vosotros dos. – Ordenó Darius desde fuera de su casa móvil. – Todo el mundo está esperando. Estáis retrasando la función.

– Gracias por la ropa. – Susurró Corinne a Dayan con cara seria. – Eso fue muy considerado por tu parte.

Él la miró.

– Darius tiene un oído excelente. – Señaló.

Ella se encogió de hombro, todavía riéndose secretamente de él.

– Entonces esperemos que sea muy discreto.

Recorrió con la mirada su ajustado traje de noche en el espejo. Parecía sexy, femenina, elegante. Diferente. Era diferente. Estaba entera. Corinne sonrió a su reflejo mientras Dayan, completamente vestido y extraordinariamente guapo con un traje, llegaba desde atrás para rodearle la cintura con el brazo. Inclinó la cabeza para besarla en la sien, y pudo ver su amor por ella brillando en sus ojos.

– Yo cogeré a Jennifer. – Dijo ella suavemente, deleitándose en la calidez de él. Su mundo era más perfecto de lo que nunca había imaginado. – Podemos hablar sobre esos leopardos que tenéis por mascotas de camino a la capilla. Lisa también cree que estáis todos locos, aunque la pequeña traidora acariciaba a uno de ellos esta mañana con Syndil.

Dayan la observó coger a Jennifer. Las miró durante un largo momento... su hermosa mujer tan llena de risa y calidez... su pequeña hija, un milagro tan grande para su gente. La melodía de su vida había sido oscura durante mucho tiempo, una interminable eternidad, pero en un instante, había sido reemplazada para siempre por una melodía de amor.

FIN